La sonrisa del Gorila

ERLE STANLEY GARDNER



El caso comienza cuando Mason llega a su oficina con una caja que ha adquirido en una subasta. Cuando Della, su secretaria, le pregunta qué hay en ella, él le dice que no lo sabe, y al abrirla descubren que contenía los diarios y algunos libros que pertenecían a Helen Cadmus, secretaria de Benjamin Addicks, un millonario que está llevando a cabo experimentos para ver si los gorilas pueden ser hipnotizados y convertirse en maníacos homicidas.



Erle Stanley Gardner

El caso de la sonrisa del gorila

Perry Mason - 40

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Grinning Gorilla*
Erle Stanley Gardner, 1952
Traducción: Mª del Refugio Contreras

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PRÓLOGO

Hace unos cincuenta años, el doctor R. B. H. Gradwohl, quien había completado un entrenamiento en las mejores escuelas de Alemania sobre los sujetos de Medicina Legal y Patología, vino a San Luis y se hizo Médico Forense.

En ese tiempo, el campo de la Medicina Legal, particularmente en Norteamérica, estaba en su infancia. El sistema del Médico Forense estaba más impregnado de política que de eficacia, y el doctor Gradwohl, observando las enormes responsabilidades de su cargo, reconoció con plena agudeza la necesidad de inaugurar un programa de mejoramientos a largo término y levantar mayor interés en el campo de la Medicina Legal.

El doctor Gradwohl, recientemente, le decía a un amigo: «Yo me encontré en una selva casi impenetrable. Ha sido el trabajo de mi vida, el luchar a través de esa selva para llegar a la luz de una eficiencia profesional más grande en todo el campo de la investigación médico legal».

Uno de los grandes objetivos alcanzados por el doctor Gradwohl, fue su obra para ayudar a conseguir la fundación de la Academia Americana de Ciencias Forenses, que ha atraído recientemente la más amplia atención.

Hace casi treinta años, el doctor Gradwohl inició un laboratorio en el Departamento de Policía de San Luis, y después de muchas dificultades, ha llevado aquél al nivel más alto. De hecho, el trabajo de su laboratorio se alinea con los mejores en cualquier parte del país. Consistentemente, evalúa claves mediante el uso de técnicas que infortunadamente sólo son alcanzadas por unos pocos de los mejor organizados laboratorios de policía en el país.

El doctor Gradwohl no es un hombre joven, pero ciertamente es un hombre vigoroso. Hay una cualidad dinámica impresionante en él. No solamente está en posesión de las calificaciones profesionales más altas, sino que si él piensa que un hombre es culpable, muestra la persistencia de un perro de presa en seguir la pista de los hechos científicos, con los cuales demostrará esa culpa.

Por otra parte, en varias ocasiones en las que sus opiniones han

diferido de las del acusador, él se ha mostrado igualmente vigoroso en proteger los derechos de un hombre que él creía que era falsamente acusado de crimen.

Yo hablo de esos hechos en términos generales, porque los lectores encontrarán el nombre del doctor Gradwohl mencionado en este libro, y quiero que sepan que no es un personaje ficticio, ni que tampoco es ficticio el sorprendente trabajo que le ha sido atribuido a lo largo de las líneas del punto particular mencionado en esta obra de ficción.

Hace algunos meses, el doctor Gradwohl me confió que estaba entregado a trabajos de investigación que pudieran tener repercusiones de largo alcance en el campo legal. Yo he estado en estrecho contacto con él, mientras él ha estado prosiguiendo sus experimentos, y tengo ahora en mi posesión reproducciones fotográficas de pruebas estableciendo teorías que están destinadas a tener un importante efecto en los testimonios médicos, particularmente en casos de homicidio.

El doctor Gradwohl busca la verdad. Su principal preocupación es establecer la verdad por igual dentro y fuera de los Tribunales. El busca establecer esa verdad por medio de la prueba científica, más que por la inferencia, la deducción o la conjetura. Esencialmente, él es un científico.

A veces, es un hombre duro. Cuando la cuestión es perseguir la verdad, él no se molesta en ser diplomático. Si la cosa es negra, es negra. Si es blanca, es blanca.

Cuando el doctor Gradwohl le comunicó los resultados de sus más recientes experimentos a un oficial de la fuerza de policía de San Luis, el oficial digirió la información con los ojos abiertos de maravilla y después dijo: «Pero, doctor, ¿no irá a provocar un infierno con sus demostraciones?».

El doctor Gradwohl lo miró directo a los ojos y contestó: «Eso no va a afectar a mi demostración en lo más mínimo, señor, pero puede causar un infierno contra las pruebas de usted».

Yo no sé de ninguna anécdota que sea más típica de ese hombre, o que pudiese dar a mis lectores una impresión sobre el individuo cuyo nombre es mencionado en las páginas de esta obra.

Y así, yo dedico este libro a mi amigo:

R. B. H. Gradwohl, M. D.

Capítulo 1

A las nueve y cincuenta y cinco, un lunes por la mañana, Perry Mason, llevando en la mano un paquete envuelto en papel oscuro, echó su sombrero en dirección al busto de Blackstone que adornaba la cima de una librería situada detrás de su mesa.

El sombrero hizo dos perezosas curvas y luego se acomodó incongruentemente en un ángulo de la ceja de mármol del gran jurista.

Della Street, la secretaria confidencial de Mason, que había estado en la mesa abriendo correo, aplaudió.

—Ya estoy consiguiendo hacerlo bien —dijo Mason con orgullo juvenil.

—Blackstone —observó Della— probablemente se está revolviendo en su sepulcro.

Mason sonrió.

—Él está acostumbrado ya a estas alturas. Durante los últimos cincuenta años, los abogados han estado arrojando sus sombreros a la noble cabeza de Blackstone. Eso marca un período de transición, Della.

—¿Qué es lo que lo marca?

—El lanzar sombreros.

—Yo no lo comprendo.

—Hace un par de generaciones —le dijo Mason— las gentes eran estúpidas. Metían una mano en el bolsillo de la chaqueta mientras estaban declamando retóricamente. Había bustos de Blackstone adornando sus oficinas.

»Después, vino una nueva y más pimpante generación. Los jóvenes abogados que heredaban bustos de Blackstone, con juegos de libros de Leyes y mobiliario de oficina y se resentían de la dignidad pétrea de la cara de aquel viejo.

—A usted debían *psicoanalizarlo* —dijo Della Street—. Blackstone, probablemente, significa algo contra lo que usted está luchando. ¿Y qué guarda en ese paquete?

—Maldito si yo mismo lo sé —dijo Mason—. Yo pienso que estoy luchando contra convencionalismos estúpidos. Pagué cinco dólares por él, por el paquete, quiero decir.

La voz de Della Street era una combinación de tierna indulgencia y de exasperación oficial.

—Yo de veras espero que usted no tratará de cargar esto como un gasto de oficina.

—Pero si eso es lo que es, un gasto general.

—¿Y usted no sabe siquiera lo que es eso?

—No. Lo compré sin verlo.

—Ésa es una gran forma para mí, de que yo trate de seguir adelante con mi contabilidad haciendo una entrada de cinco dólares por un paquete que usted no sabe… ¿Cómo, por los cielos, ocurrió eso?

—Bueno —dijo Perry Mason—, eso fue así… —y sonrió.

—Siga usted —le dijo Della Street, sonriendo a pesar de sí misma.

—¿Recuerda usted a Helen Cadmus? ¿Quiere decir eso algo para usted?

—Es un feo nombre —dijo ella—. Es lo que me parece a mí… Oh, no. ¿No era la muchacha que se suicidó saltando del yate de un millonario?

—Así fue. Benjamin Addicks, el millonario excéntrico, estaba navegando en su yate. Helen Cadmus, que era su secretaria, desapareció. La suposición fue que ella había saltado al mar. Y este paquete contiene…, bueno, ahora vamos a ver lo que tiene marcado.

Mason volvió el paquete y leyó: «Pertenencias privadas personales y asuntos del testamento de Helen Cadmus. Oficina del Administrador Público».

Della Street suspiró:

—Habiendo sido la secretaria confidencial de usted durante todos estos años, algunas veces pienso yo que lo conozco a usted muy bien, pero entonces ocurre algo como esto, y comprendo, que no lo conozco a usted en absoluto. ¿Dónde, por Dios, consiguió

usted esto y por qué pagó cinco dólares por él?

—A veces, y bastante a menudo, el Administrador Público vende en subasta objetos de propiedad personal que se han acumulado en su oficina.

»Conforme ocurrió eso, yo estaba en las vecindades del Tribunal esta mañana, cuando la venta en subasta se estaba realizando. Había bastante competencia en las ofertas por aquellos paquetes que se suponía que contenían joyería, ropas raras, servicios de plata y cosas de esa clase. Entonces, pusieron este paquete a subasta y nadie ofreció nada por él. Bueno, usted ya conoce al Administrador Público; él es un amigo nuestro, y entonces yo le hice un guiño y empecé a ofrecer cinco dólares; y de lo primero que me di cuenta, fue que me encontraba con este paquete en las manos y sin cinco dólares.

—Bueno, ¿qué es lo que hay dentro? —preguntó Della Street.

—Vamos a comprobarlo —dijo Mason.

Abrió su cortaplumas de bolsillo, cortó la cuerda, deshizo las envolturas y dijo:

—¡Bueno, bueno, bueno! Parece ser que aquí tenemos una gramática inglesa, un diccionario, un par de libros sobre un sistema taquigráfico, algunos diarios personales y un álbum de fotografías.

—¡Cinco dólares! —dijo Della Street.

—Bueno, vamos a ver el álbum fotográfico —dijo Mason—. Aquí hay una fotografía que vale cinco dólares del dinero de cualquiera.

Ella se acercó para mirar por encima del hombro de Mason.

—Si eso es un traje de baño —dijo ella— yo…

—Aparentemente —dijo Mason— el traje consiste de escasa tela. Yo me pregunto si ésta será Helen.

—Si es ella, no se recataba mucho al retratarse —comentó Della Street.

—Quién sabe si la fotografía no fue tomada en público, y si solamente se trata de una broma, habiendo sido tomada por una amiga de ella. Oh, y aquí hay un lío completo de fotografías de monos.

—Ahora ya lo comprendo —dijo Della Street—. Recuerde usted que Addicks era su jefe. Y él tiene una colección de monos y simios. Está realizando ciertos experimentos psicológicos con ellos.

Mason meneó la cabeza y continuó mirando el álbum de

fotografías. Después, dijo:

—Algunas de estas fotografías son muy buenas. Quienquiera que haya hecho estas fotografías, sabía lo que estaba haciendo. Son muy precisas.

—¿Qué es lo que hay en ellas? —preguntó Della Street abriendo los cuatro volúmenes del diario.

—La mayor parte son fotografías de escenas de playa y yate —dijo Mason—. Helen parece haber tomado también un buen número de fotografías de monos y simios.

—¿Y cómo define usted la diferencia que hay entre un mono y un simio? —preguntó Della Street.

—Me supongo que la diferencia está en que uno es más grande que el otro —dijo Mason—. ¿Cómo voy a saberlo yo? De todas maneras, usted puede conseguir buenos conocimientos examinando estas fotografías.

Della Street dijo:

—Escuche esto en este diario, Jefe.

Mason dijo:

—Siga leyendo, yo escucho. —Pero él volvió el álbum de fotografías hacia la luz, en forma de poder observar otra fotografía grande de Helen Cadmus.

Della Street le arrancó el libro de fotografías de las manos y le dijo:

—Usted puede ver eso más tarde. Escuche esto.

Della leyó en el diario:

«… Yo no sé si podré resistir esto mucho más tiempo. El pobre Pete, parece comprobar que le están haciendo algo malo a él, y está siempre saltando sobre mí para que yo lo proteja. A mí no me importan los otros gran cosa, pero me preocupo por Pete, porque si ellos empiezan a tratar de quebrar la mente de Pete y minar su sistema nervioso, voy a hacer algo respecto a eso. Esto es definitivo. He estado salvando a un pequeño mono y voy a tratar de comprar a Pete, si el señor Addicks quiere vendérmelo. Yo ya sé que él me lo venderá, si tiene cualquier idea de que estoy tratando de salvar a Pete de lo que los otros han sufrido. Yo no sé si la S. P. C. A.[1]*, hará alguna cosa sobre esto o no, pero si no consigo comprar a Pete, ciertamente voy a hacer algo*

sobre esto».

—Bueno —dijo Mason—. Ésa era evidentemente una familia extraordinaria. Yo me pregunto qué es lo que estará pasando allí ahora.

—Pues vamos a averiguarlo —dijo Della Street.

Mason frunció el ceño pensativo.

—Cuando uno mira directamente a esto —dijo él— nadie sabe si esa muchacha se suicidó o no. Conforme yo recuerdo, su cuerpo nunca fue encontrado. Ella estaba en el yate, y se encontraban en medio de una tempestad en alguna parte cerca de la Isla Catalina. Addicks le dictó algunas cosas, que ella prometió tener puestas en máquina y sobre la mesa de él, a las ocho de la mañana siguiente. La tormenta fue empeorando, y Addicks pensó si ella podría encontrarse indispuesta. Fue al camarote de ella para ver si estaba bien y encontró que la cama estaba hecha sin que nadie hubiera dormido en ella. Entonces, la buscaron por todo el yate, pero ella no apareció. La suposición fue que había sido barrida de la cubierta por una ola, o que se había suicidado.

—Addicks hizo que el caso fuese considerado como un suicidio.

Sonó el teléfono.

Della Street tomó el receptor y dijo:

—¡Hola! —Y después—: Sólo un minuto, Gertie. Yo voy a hablar con ellos. —Una vez más, Della dijo—: ¡Hola! Aquí habla Della Street, la secretaria confidencial del señor Mason. ¿Pueden ustedes decirme exactamente lo que quieren?… ¿Quién?… Oh, ya veo…

Escuchó cerca de un minuto y después, dijo:

—Sólo un minuto. Yo voy a tratar de ponerme en contacto con el señor Mason. Está en una importante conferencia en este momento, pero si usted espera mientras yo trato de conseguir hablar con él…

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Mason.

Della Street puso su mano sobre la boca del receptor y dijo:

—Es el *Inquire*. Ellos quieren enviar un fotógrafo y un repórter y obtener algunas fotografías de interés humano.

—¿Sobre qué?

—Sobre usted, comprando los diarios de Cadmus. Parece ser que el Administrador Público, o alguien, le informó a uno de los

reporteros de los Tribunales sobre eso, y ellos piensan que tienen una información exclusiva sobre ello. Quieren publicarla como una historia de interés humano.

—Dígales que vengan —dijo Mason—. Seguro yo voy a posar para ellos. Esto le dará a usted oportunidad para explicárselo a la gente de los Impuestos, Della. Usted puede decirles a los recaudadores que esos cinco dólares fueron gastados en publicidad.

Della dijo:

—Ellos parecen creer que usted ha comprado esos diarios con algún propósito. Hay algo sobre un pleito de una tal señora Kempton, contra Addicks. ¿Sabe usted algo sobre ello?

—Nunca oí hablar de eso —dijo Mason—, pero no deje que ellos lo sepan. Sea usted misteriosa y enigmática. Eso aumentará el interés público y les dará a ellos una buena historia.

Della Street dijo por el teléfono:

—El señor Mason está en conferencia en este momento, y después tiene otra entrevista, pero puede concederles a ustedes algún tiempo, exactamente dentro de treinta y cinco minutos, si ustedes se las arreglan para estar aquí entonces. —Colgó el teléfono —. Yo estaba esperando que usted despachase algo de este correo esta mañana.

Mason sonrió:

—¿Quién sabe? Puede que lo hagamos. Haga que Jackson vaya al Tribunal, Della, que busque en el fichero de pleitos y que averigüe qué diablo de caso es el de la señora Kempton contra Addicks. Él puede telefonearle un informe. Después de todo, yo no quiero dirigir esta interviú con los periodistas, pero me gustaría que esos muchachos tengan una buena historia. Ellos tienen derecho a ella y nadie sabe nunca cuándo puede necesitar un contacto amistoso con los diarios.

Della movió la cabeza, caminó hasta la estatua de Blackstone y dijo:

—Buenos días, señor Blackstone. Si a usted no le importa, yo le sacaré el sombrero que tiene puesto con un ángulo tan feo. Nosotros estamos esperando a los fotógrafos de los diarios y queremos que la oficina tenga una apariencia digna.

Capítulo 2

El martes por la mañana, masón abrió la puerta de su oficina privada, se quitó el sombrero y lo mantuvo en alto por un momento, mirando especulativamente al busto de Blackstone.

—¿Ha visto usted los diarios? —preguntó Della Street.

—Sólo eché una mirada a los titulares. ¿Por qué? —Mason bajó lentamente la mano en la que sostenía su sombrero.

—Debiera usted ver sus fotografías en la sección gráfica del *Inquire*; y debiera ver el billete de tres dólares que está sentado en la oficina, mirando a su reloj cada quince segundos y esperando por usted para que él pueda hablarle sobre el «paquete» de la herencia de Helen Cadmus.

—¿Y entonces? —preguntó Mason cruzando hacia el ropero y disponiendo en forma más convencional de su sombrero—. ¿Qué es eso del billete de tres dólares?

Della Street dijo:

—Quiero decir que es tan falso, como un billete de tres dólares.

—¿En qué sentido?

—Su nombre es Nathan Fallon, según sus palabras, es «asociado» del señor Benjamin Addicks, y asegura ser un pariente lejano de Helen Cadmus. Se ha sorprendido profundamente de que las memorias de ella fuesen vendidas en subasta. Es suntuoso, empalagoso, refinado y no está acostumbrado a una cosa como ésa. Está más acostumbrado a levantar orgullosamente la barbilla ante cualquiera, y decirle: «Muy bien, haga esto, o si no…».

—Bueno, bueno, bueno —dijo Mason—. ¿Y el informe de Jackson sobre el caso de Kempton contra Addicks?

—Bueno, usted ya recibió el informe general de Addicks, por teléfono, ayer, diciendo que era un pleito por difamación. Nosotros tenemos ahora una copia de la demanda.

Della le entregó a Mason una copia de la demanda que había sido presentada en la oficina del Juez, y Mason la leyó, moviendo su cabeza y sonriendo a la vez que leía.

—La trama se hincha —observó él—. Aparentemente, la señora Josephine Kempton fue despedida bajo circunstancias que ella encontró altamente insatisfactorias. Ella no fue capaz de conseguir ninguna explicación de su patrono, y más tarde, cuando ella trató de obtener otros empleos, descubrió que en cada caso en que el nuevo patrono le había escrito al señor Addicks, pidiéndole referencias, que las cartas que se recibían de Addicks la acusaban a ella de robo.

—¿Y qué dice la Ley sobre eso? —preguntó Della Street—. ¿Es ésa una comunicación privilegiada?

—¿Quiere usted decir, las cartas de Addicks?

—Sí.

Mason sonrió.

—Mi querida Della. Usted está haciendo suposiciones sobre las prerrogativas de los abogados del acusado, en el caso de Kempton contra Addicks. En cuanto a la Ley concerniente a este caso, déjelos a ellos que luchen; pero en cuanto a lo que concierne a los hechos del caso, yo mismo me siento muy interesado. Yo también estoy interesado en saber por qué el señor Fallon ha estado tan preocupado sobre los diarios de Helen Cadmus.

—Bueno, desde luego —dijo Della Street—, él no admite que está interesado primariamente en los diarios. El simplemente quiere cualquiera de los efectos personales que fueron dejados por la «pobre e infortunada muchacha», como él la llama.

—Ta-ta-ta —murmuró Mason.

—¿Va usted a ver al señor Fallon —preguntó Della— antes de que él gaste toda la alfombra en la sala de recepción paseando por ella?

—Nosotros vamos a verlo a él —dijo Mason—, pero el señor Fallon, que al parecer es una camisa almidonada, igual que un mal actor, debiera vernos a nosotros como nosotros realmente somos, Della. El probablemente ha estado acostumbrado a los solemnes abogados de las corporaciones que manejan los asuntos del señor Addicks y lo han aconsejado a él sobre la forma en que puede falsear sus ganancias para pagar menos impuestos.

»Yo pienso que ya es hora de que el señor Fallon comprenda que está tratando con un gato de una raza enteramente diferente.

Y con esto, Mason cruzó el cuarto hasta el guardarropa, tomó su sombrero, lo llevó hasta el busto de Blackstone, y deliberadamente se lo colocó en un ángulo que le daba aspecto libertino.

—Y ahora, Della —dijo él—, puede usted traer aquí al señor Nathan Fallon.

Della Street sonrió ante el gesto de mofa de Mason, y prontamente fue a la oficina exterior y regresó con el hombre a quien ella había descrito como un billete de tres dólares.

Nathan Fallon tenía una frente prominente, una nariz corta y abultada, gruesos lentes, una boca grande y sonriente, y sobre todo, una actitud congraciadora.

Había un espacio calvo en la parte posterior de su cabeza, y el cabello había crecido muy fino en la parte delantera de aquélla, pero él había dejado que el cabello de los lados creciese tan largo como fuera posible, y peinando este cabello dando la vuelta y aplastándolo en su lugar con ungüentos, había arreglado de forma de borrar mucho del brillo del espacio calvo.

—Señor Mason —dijo él—. Señor Perry Mason. No puedo siquiera empezar a decirle a usted el placer que tengo en encontrarlo cara a cara. Yo he sido un admirador de usted por largo tiempo. He seguido los relatos en la Prensa de sus triunfos en los Tribunales. Y ya desde el principio, me convencí a mí mismo de que si alguna vez me encontrase en dificultades, vendría a la oficina de usted inmediatamente.

—Eso es excelente —dijo Mason estrechándole la mano y haciéndole a Della Street un guiño rápido—. ¿De eso deduzco que entonces usted se encuentra en dificultades?

—No, no, no. No en absoluto. No, no, mi *querido* señor Mason. Oh, por favor, no me interprete usted mal. No hay dificultades.

—¡Oh! —dijo Mason—. Entonces yo lo comprendí a usted mal. Siéntese.

Mason se sentó también, detrás de su gran mesa. Della Street se fue a su mesa de secretaria, con el libro de notas preparado.

—Oh, mi querido señor Mason. Yo no hubiera querido privarme de esta impresión por nada, y en cuanto a su secretaria tan encantadora, la señorita Street, es indudablemente un placer el

verla en carne y hueso.

—Al decir eso, usted da la sensación de que ella estuviera desnuda —dijo Mason.

—Oh, no, no. Mi *querido* señor Mason, por favor. Por favor se lo pido a usted.

Della Street miró malévola por encima de su libro de notas.

Fallon se apresuró con sus explicaciones:

—Yo solamente quiero decir que había leído sobre ella, y que ella resultaba una intangible. Pero, ahora, ella aparece muy definida, muy tangible.

—Y ella —Mason le recordó a Fallon—, está esperando a tomar notas sobre la naturaleza de su asunto, de manera que pueda hacer una ficha adecuada y mantener los ficheros de la oficina correctos.

—Sí, sí. Perdóneme usted, señor Mason. Yo comprendo, desde luego, el valor del tiempo de usted. Yo soy un hombre que cree que se debe ir directo al asunto, señor Mason.

—Continúe usted.

—Yo soy un asociado de Benjamin Addicks, y aunque resulte bastante extraño, también soy pariente de Helen Cadmus.

—Exactamente, ¿cuál es la naturaleza de su parentesco? —preguntó Mason.

—Oh, más bien un pariente lejano. Ella siempre me llamaba a mí, tío. Fue mediante mi intervención, que consiguió su empleo con Benny.

—¿Benny? —preguntó Mason.

—Le pido a usted perdón. Benjamin Addicks. Nosotros le llamamos Benny.

—Ya veo.

—La pobre querida Helen. Yo no puedo imaginarme lo que la poseyó para llevarla a hacer la cosa terrible que hizo, y sobre todo la forma en que lo hizo. Si ella hubiese estado determinada a acabar con todo, una sobredosis de píldoras para dormir hubiera sido mucho más simple. Así…, bueno, si yo puedo expresarme francamente, señor Mason, hubiera sido mucho más considerado.

—Yo supongo —dijo Mason— que cuando una muchacha encuentra los problemas de la vida demasiado grandes para ella y decide quitarse la vida, ella está preocupada antes que todo con su propia aventura a la eternidad.

—Sí, sí, desde luego. Yo comprendo eso. La pobre muchacha. Yo puedo comprenderlo personalmente, y sin embargo, señor Mason, eso no pudo haber sido planeado en una forma que fuese más…, bueno, diré yo, más inoportuna.

—¿En qué sentido?

—Todo el escándalo en los diarios, todas las inconveniencias que le causó a Benny —es decir, Benjamin Addicks—. El señor Addicks estaba muy ligado a ella. Sólo como patrono, comprende usted, señor Mason; sólo como patrono. Él hubiera hecho cualquier cosa posible para aliviarle a ella los sufrimientos, conque solamente él lo hubiera sabido. Yo creo que estoy en posición para asegurarle a usted definitivamente, señor Mason, que si las dificultades de la pobre muchacha hubieran sido en cualquier forma financieras, el señor Addicks hubiera hecho cualquier cosa, hubiera hecho cualquier concesión…

—¿Cuáles eran las dificultades de ella? —preguntó Mason.

Fallon puso las manos con las palmas hacia arriba y dijo:

—Eso, señor Mason, yo lo ignoro. No puedo decírselo. Simplemente, yo no lo sé.

—¿Ella no confiaba en nadie?

—Sí, señor Mason. Infortunadamente, ella confiaba en mí, pero yo no la creía. Yo pensaba que era solamente esa clase de ideas en que las mujeres caen algunas veces durante períodos de desilusión. Ella me dijo que muchas veces sentía que no podía continuar soportando la gran cantidad de responsabilidades que creía que la vida estaba cargándole encima, y que ella estaba…

—¿Qué clase de responsabilidades?

—Ella no lo dijo, señor Mason. Lamento tener que admitir que yo no animé a la muchacha. Yo…, bueno, esto no era ni esto ni aquello. El asunto ya ha pasado, y yo bien sé lo ocupado que está usted, señor Mason. Yo quedé sorprendido al leer en la Prensa esta mañana que usted había adquirido, comprándolos, los efectos personales íntimos de Helen. Yo no tenía idea que ella hubiese dejado posesiones personales de esa naturaleza. Como pariente más próximo de ella…

—Yo creo que usted había dicho que usted era un pariente lejano.

—Relativamente lejano, señor Mason. Ja, ja, ja. Yo no quiero

hacer un juego de palabras. Quiero decir que soy un pariente lejano, pero a causa de que no hay parientes más cercanos que yo, me refiero algunas veces a ella como pariente próximo. Eso suena un poco ambiguo, pero estoy muy seguro que usted lo comprenderá.

—Pues yo no comparto su optimismo —dijo Mason—. Y ahora, exactamente, ¿qué es lo que usted quiere?

—Pues naturalmente, señor Mason, yo quiero los efectos personales y los diarios de la pobre querida Helen. Comprendo que usted hizo una oferta por ellos con el objeto de ayudar a su amigo el Administrador Público, y compró artículos que no tienen valor intrínseco real. La oferta, creo yo, fue de cinco dólares.

El señor Fallon se puso en pie de un salto, extrajo un billete arrugado de cinco dólares de su bolsillo, y lo tendió hacia Mason. Cuando el abogado no hizo ademán alguno para aceptarlo, él se volvió un tanto dudosamente hacia Della Street y dijo:

—Yo supongo que usted es quien está a cargo de las transacciones financieras, señorita Street.

Della Street miró a Mason interrogadoramente.

El abogado, imperceptiblemente, sacudió su cabeza en negativa.

Fallon se quedó sosteniendo en la mano el billete de cinco dólares, mirando del uno al otro, con la cara expresando su perplejidad al ser rechazado.

—Pero yo no comprendo… —dijo él—. ¿Quizá no he conseguido hacerme comprender?

Mason dijo:

—Yo compré el paquete. Éste contiene algunos diarios, un álbum de fotografías y algunos otros efectos personales. Yo creo que con eso tengo el valor de los cinco dólares.

—¿Diarios, señor Mason?

—Exactamente —dijo Mason manteniendo sus ojos fijos en los de su visitante—. Y son unos diarios bastante completos.

—Pero, mi querido señor Mason, esos diarios ciertamente no pueden ser de ningún uso para usted. Y si usted me perdona la expresión, yo sé que usted no querrá inmiscuirse en los secretos de una muchacha muerta.

—¿Por qué no? —preguntó Mason.

—¿Por qué no? —exclamó Fallon sorprendido—. Porque, cielo santo, señor Mason, porque… seguramente usted está bromeando.

—Ciertamente, no estoy bromeando —dijo Mason—. Yo me gano la vida por saber algo sobre la Ley y algo sobre la naturaleza humana. Me planto frente a los jurados. Interrogo a los testigos. Y tengo que saber mucho más sobre la naturaleza humana que la mayoría de los hombres.

—Sí, sí, sí. Yo comprendo, señor Mason. Esa parte, desde luego, está completamente clara.

—Usted no consigue comprender la naturaleza humana —dijo Mason—, con sólo escuchar a la gente lo que dice cuando le está hablando a usted.

—¿No se consigue así? —preguntó Fallon sorprendido.

Mason sacudió la cabeza:

—Entonces, es cuando usted los ve a ellos con su maquillaje, con su mejor pie adelantado. Usted aprende sobre la naturaleza humana, observando a las gentes cuando ellas no saben que están siendo observadas, escuchando conversaciones que ellas no saben que son oídas, espiando sus pensamientos cuando usted puede descubrir que son verdaderos. Usted aprende sobre las gentes, cuando usted ve sus almas desnudas por el sufrimiento.

—Realmente, señor Mason, esto me sorprende.

—Por ejemplo, en su caso —dijo Mason—. Uno no descubre todo sobre usted, sobre sus motivos, sobre sus ideas y sobre lo que usted *realmente* quiere, con oír lo que usted dice.

—Yo…, señor Mason, ¿me está usted acusando de hipocresía?

—Yo le preguntaré a usted —dijo Mason—. ¿Me está usted diciendo la *entera* verdad?

—¿Cómo? Ciertamente. Sí, desde luego, desde luego…

—¿Y usted quiere esos diarios solamente por razones sentimentales?

—Sí, así es.

—Entonces, yo —dijo Mason— le diré a usted que los quiero por una razón de negocio. Ellos me ayudan a comprender la naturaleza humana. Así, esto dará por terminada la entrevista, señor Fallon, y no habrá malos sentimientos por ninguna de las dos partes.

—Pero yo no comprendo, señor Mason…

—Yo he tratado de explicárselo a usted.

—¿Acaso, por casualidad, quiere usted decir que esas cosas tienen para usted un valor monetario substancial?

—Exactamente.

—¡Oh! —dijo Fallon sonriendo—. En ese caso, señor Mason, yo estoy preparado completamente para encontrarlo a usted en su propio terreno. Yo había pensado, como de un caballero a otro, que el reembolso de cinco dólares sería todo lo requerido, pero si se trata de una cuestión de regateo financiero…

—No lo es —dijo Mason—. Simplemente ocurre que yo deseo retener la propiedad de lo que yo he comprado.

—Oh, pero en una base puramente financiera, en una base concreta, señor Mason, yo estoy preparado para tratar el asunto desde un punto de vista enteramente diferente.

—Continúe entonces, y trátelo así.

—Bueno, señor Mason, sobre una base de dinero, sobre una base de transacción que quiera decir algo para usted en un aspecto monetario —déjeme plantearlo en esta forma—, usted pagó cinco dólares por esa propiedad, y usted espera recibir, por lo menos, cinco dólares de beneficio sobre ella. ¿Es ésa la cuestión?

—Exacto.

—Yo puedo querer decir más que cinco dólares.

—Exacto. Muchísimo más que eso.

La sonrisa congraciadora, cayó repentinamente de la cara de Fallon. Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó una cartera de piel de cerdo, la abrió, contó cinco billetes de cien dólares y los arrojó sobre la mesa de Mason.

—Muy bien, Mason —dijo Fallon—. Vamos a entendernos. Aquí hay una ganancia.

Mason sacudió la cabeza.

Fallon arqueó las cejas con gesto de sorpresa.

—Lo siento —dijo Mason—. Ésta no es la clase de compensación que yo busco.

Los dedos nudosos de Fallon, se movieron una vez más dentro de la cartera de piel de cerdo. Sacó de ella otros cinco billetes de cien dólares.

—Muy bien, Mason —dijo fríamente—. Aquí están mil. Y ahora, acabemos con esta maldita farsa.

No había señal alguna de afabilidad en el rostro del hombre, ahora. Era igual que la cara de un jugador de póker, empujando las fichas al centro de la mesa y mirando a su antagonista a través de

aquélla, tratando de determinar lo que éste va a hacer y qué cartas tiene en sus manos.

—Los diarios no están en venta —dijo Mason.

—Pero, señor Mason, ésta es una situación absurda.

—A mí no me parece absurda —dijo Mason—. Yo compré algo, porque me interesaba. Y continúa interesándome.

—Señor Mason —dijo Fallon—. Vamos a entendernos. Seamos definitivos. Yo no estoy preparado para subir más de ese dinero. Esto es, mis instrucciones eran de parar ahí. Yo pienso, sin embargo, que… Señor Mason, ¿no le importaría hablar con Benjamin Addicks?

—¿Sobre qué?

—Sobre los documentos que tiene usted.

Mason sacudió la cabeza.

—No hay nada que hablar sobre eso.

—Pues yo pienso que sí, señor Mason. Yo pienso que si usted ve personalmente al señor Addicks, usted comprenderá…, bueno, después de todo, señor Mason, dejemos de estar forcejeando y hablemos fríamente del negocio.

—Esta fiesta es de usted —le dijo Mason—. Vaya y sirva los refrescos. Yo pensaba que usted quería conseguir el paquete, simplemente por razones sentimentales, y porque usted era pariente de Helen Cadmus.

—¿Realmente, pensó usted eso?

—Eso fue lo que usted me dijo.

—Cielo santo, señor Mason. Yo tenía que decirle algo a usted. Usted es abogado. Seguramente usted tenía que darse cuenta de la disculpa que iba a facilitarnos a los dos el salvar la cara.

—Yo no estoy seguro de que mi cara valga la pena de ser salvada —dijo Mason.

—No, no, por favor, no bromee, señor Mason. Seamos francos el uno con el otro.

—Yo he sido franco con usted.

—Muy bien y yo seré franco con usted. La desaparición de Helen Cadmus, causó un montón de conjeturas. Los periodistas que se ganan la vida cuidando de alimentar a un público que está hambriento de noticias sensacionales, se lanzaron sobre este asunto. Fue necesario para el señor Addicks, recluirse, tomar elaboradas

precauciones para no ser muerto a dentelladas por esos devoradores de sensaciones.

»Por consiguiente, ahora aparece que Helen llevaba un diario. Yo no sé cómo ocurrió que los oficiales investigadores no descubrieron eso.

—El informe es —dijo Mason— que Addicks usó todos los recursos de influencia política que poseía, para conseguir que la investigación no consistiese nada más que en una gran capa de lechada blanca, aplicada rápidamente sobre el asunto, con una gran brocha. No hubo investigación alguna merecedora de ese nombre.

—Oh, yo estoy seguro que usted no puede decir eso, señor Mason. Usted realmente no puede creerlo. El señor Addicks trató de evitarse a sí mismo inconvenientes personales, pero eso es todo.

Mason sonrió.

—Muy bien —dijo Fallon—. Seamos francos. Esos diarios aparecieron. Buen Dios, nosotros no teníamos idea en absoluto de que existieran. Evidentemente, fueron encontrados en alguna caja o en algún lugar sobre el que nadie sabía nada. El corriente diario desde luego era…

—¿Sí? —preguntó Mason.

Fallon tosió.

—Yo no debiera haber usado esa expresión. Fue infortunada.

—¿Qué le ocurrió al corriente diario? —preguntó Mason.

Fallon fijó sus ojos en los de Mason. Los suyos estaban fríos, duros y hostiles.

—No había ninguno —dijo él—. Ella, evidentemente, paró de escribir su diario en el último volumen que ahora tiene usted en su poder.

—¿Cuánto está dispuesto a pagar Addicks? —preguntó Mason.

—Yo no lo sé —dijo Fallon—. Él me dijo que yo llegase hasta mil dólares. Nosotros no teníamos idea sino de que probablemente podíamos conseguirlos como una cuestión de cortesía, simplemente con reembolsarlo a usted del precio que había pagado, o si usted tenía alguna idea de obtener alguna ganancia, dos o trescientos dólares representarían todo lo que precisaríamos pagar. Fue a causa de la impresión que usted me produjo, cuando vi que usted no se dejaba engañar por mi acto sentimental, que yo fui directo al límite extremo que estaba autorizado a ofrecer.

—Muy bien —dijo Mason—. Así, ¿qué es lo que hace usted ahora?

Fallon volvió a meter los billetes de cien dólares en su cartera de piel de cerdo cuidadosamente dobló el billete de cinco dólares y lo metió en el bolsillo, le sonrió a Mason y dijo:

—Yo regreso allí para pedir nuevas instrucciones. Muchas gracias. Buenos días.

Se volvió bruscamente sobre sus talones y salió de la oficina.

Mason miró a Della Street interrogadoramente.

—Bueno —dijo Della Street—. Yo supongo que eso significa el fin de todo trabajo de oficina, por hoy.

—Eso significa el fin de todo trabajo de oficina para este día. Yo llevaré uno de los volúmenes, usted toma otro, le da otro a Jackson y le da otro a Gertie. Nosotros vamos a leer esos diarios. Leeremos cada palabra. Tomen notas de cualquier cosa que sea significante, y pongan en esas notas el número de la página de referencia. Vamos a descubrir qué es lo que está preocupándole al señor Benjamin Addicks, preferentemente antes de que oigamos del señor Addicks otra vez. ¿Cuál es la última fecha del último volumen, Della?

—Yo ya he comprobado eso, Jefe —dijo ella—. Es una o dos semanas antes de la fecha de su desaparición.

—Diablos, cómo me gustaría tener el volumen número cinco —dijo Mason—. Pero, gracias al descuido de indiscreción cometido por el Billete de Tres Dólares Fallon, yo estoy seguro que Addicks, Fallon y Compañía, encontraron ese diario, lo metieron en un saco, le ataron un peso y lo arrojaron por la borda en la parte más profunda del Canal. Muy bien, Della, vamos a averiguar lo que tenemos. Cancele todas las citas para hoy, saque todo ese correo de la mesa y vamos a trabajar.

Capítulo 3

Tarde el martes por la noche, después que todo el resto de los empleados de la oficina se habían ido a sus casas, Perry Mason y Della Street estaban sentados en el despacho privado de Mason, comprobando la información que había sido recogida del diario de Helen Cadmus.

—Caramba —dijo Mason—. Yo no excluyo la posibilidad del asesinato.

Della Street dijo:

—Bueno, pues yo casi estoy a punto de excluir la posibilidad de accidente y suicidio.

—Nosotros no tenemos ninguna prueba —le contestó Mason—. Es decir, ninguna prueba tangible.

—Pues esto es bastante tangible para mí —dijo Della Street con convicción—. Usted lee a lo largo de este diario, Jefe, y se forma el retrato de una muchacha joven, agradable, normal, con un hermoso físico, que tiene ambiciones de ser artista de cine, las cuales yo supongo que también las tienen casi todas las muchachas con físico hermoso, y muy simpática y de mentalidad comprensiva.

»Ella estaba fascinada por la fuerza del carácter de Benjamin Addicks. Y estaba indignada por el trato que le daba a los gorilas y los monos. Ella sentía que había algún gran misterio en relación con la vida de ese hombre. El primer volumen revela una extraordinaria curiosidad por descubrir cuál era el secreto, y después, repentinamente, ya no hay más referencias a ello.

»Y aquí hay algo más: la muchacha estaba enamorada.

—¿Cómo lo sabe usted, Della?

—Por su actitud y por la forma en que ella escribía en su diario. Ella tenía tiempo libre y lo pasaba pensando cosas románticas.

—Pero ella no confió esos pensamientos románticos a su diario

—señaló Mason.

—No hay palabras completas —concordó Della Street—, pero está aquí por entero entre líneas. Por alguna razón, evitó realmente el confiarlo a su diario, pero ella, sin lugar a error alguno, mostraba aquí su estado de ánimo. Las personas que están enamoradas, hablan sobre las cosas hermosas de la naturaleza. La belleza en la primavera del año y la primavera en el corazón.

—Della, está usted poniéndose poética.

—Yo estoy poniéndome lógica.

—¿Escribe usted un diario también?

El rostro de la muchacha enrojeció de furia.

—Y otra cosa —añadió Della rápidamente—. Ella odiaba a Nathan Fallon.

—¿Y quién no lo odia? —preguntó Mason.

—Pues, Nathan Fallon —replicó Della.

Mason echó atrás la cabeza y rió.

Della rió también y dijo:

—Ella amaba a los animales y estaba fuertemente atada de afecto por ese mono llamado Pete. Odiaba los experimentos que Benjamin Addicks estaba realizando con los animales.

Mason entornó los ojos.

—Addicks estaba experimentando sobre líneas modernas, tratando de poner neuróticos a los animales. Y él tenía algunas ideas peculiares sobre el hipnotismo. Aparentemente, él creía que un hombre no podía ser puesto en un trance hipnótico tan grande, que pudiese hacer algo que enfurecería su más alto sentido moral, pero creía que los gorilas estaban tan estrechamente relacionados con el hombre, que podían ser hipnotizados y enseñados a cometer un crimen.

»Maldito si yo sé cuál es el punto que Addicks estaba tratando de demostrar. Tengo la impresión de que hay algo extraño en su pasado. Él debe haber estado en dificultades serias, y puede que haya cometido un crimen y creído que lo hizo bajo la influencia hipnótica de alguna persona.

—Es un pasado de pesadilla para ejercer un trabajo de secretaria —dijo Della Street—. Addicks es rico pero eso no le da ninguna excusa para torturar animales.

Mason asintió con la cabeza.

—Aparentemente, Helen Cadmus tuvo esa misma sensación al principio. Luego, parece haber cambiado. Ella, ciertamente, se refería a Addicks con gran respecto, y parecía creer que había algo importante en el fondo de sus experimentos.

—Y entonces, ella fue asesinada —dijo Della Street.

—No diga eso, Della. No hay pruebas.

—Bueno, yo tengo un sentimiento intuitivo, un sentimiento muy definido, de que ella no se suicidó.

Mason dijo:

—Hay otro ángulo interesante en el volumen del diario que yo estoy leyendo. Ello me interesa mucho, Della.

—¿Qué es?

—Ese mono Pete, al que ella quería tanto, desarrolló la costumbre de robar las chucherías de ella, cualquier cosa que él veía que ella miraba con admiración. El compacto, el lápiz de labios, sus pendientes…, él los tomaba y los escondía. Al parecer, su sitio favorito para esconder lo robado, era una urna griega en el vestíbulo de recepción… Della, yo tengo mi presentimiento. ¿Quién es el abogado que representa a la señora Josephine Kempton en ese pleito contra Addicks?

—Voy a verlo en el fichero —dijo Della Street—. Está en el otro despacho.

Se ausentó por unos tres minutos. Cuando regresó, le entregó un pedazo de papel mecanografiado a Mason, en el cual ella había escrito: «James Etna, de la firma Etna y Douglas».

Mientras Mason consultaba la nota, ella dijo:

—Yo me temo que marcho a la cabeza, Jefe.

—¿Qué quiere decir usted?

—Cuando fui al otro despacho, el conmutador estaba sonando intensamente; entonces, conecté para explicar que ya no eran horas de oficina, que no había nadie aquí para contestar al teléfono y…, bueno, me encontré hablando con Mortimer Hershey, el agente de negocios de Benjamin Addicks. Estaba muy interesado en arreglar una conferencia entre usted y el señor Addicks.

—¿Y qué le dijo usted? —preguntó Mason.

—Le dije que tenía que ponerme en contacto con usted y consultar su libro de citas. Entonces, él me explicó que el señor Addicks no podía venir a la oficina de usted, porque había sido

herido.

—¿Herido?

—Eso es lo que él dijo.

—¿No tiene usted más detalles?

—Eso fue todo. Él dijo que el señor Addicks estaba herido y no podía venir a la oficina de usted, pero que creía que sería de mucha ventaja para usted el ver al señor Addicks. Le dije que yo trataría de ponerme en contacto con usted y que lo volvería a llamar a él.

Mason dijo:

—Sólo para probar, Della, póngame una llamada a Etna, Etna y Douglas.

—No habrá nadie allí a esta hora.

—Uno de los socios puede estar trabajando hasta tarde. Después de todo, Della, usted sabe que nosotros también trabajamos hasta tarde.

—¡Caramba si lo sé! —dijo ella. Tomó el teléfono, marcó un número, y después de un momento dijo—: ¿Me permite preguntar quién está hablando?… Ésta es la oficina del señor Mason, el señor Perry Mason… Exactamente, el abogado… ¿Oh, es así?… Bueno, siento molestarlo a usted a esta hora, pero el señor Mason deseaba ponerse en contacto con el señor James Etna. Espere, por favor.

Della Street hizo seña a Mason y conmutó la comunicación al teléfono de aquél.

—Otro búho nocturno —dijo ella—. Él está trabajando en un caso judicial.

Mason tomó el teléfono y dijo:

—Hola. Habla Perry Mason. ¿Es usted James Etna?

—Exacto.

—¿Es usted el abogado de la señora Josephine Kempton en un pleito contra Benjamin Addicks?

—Sí, señor. Así es.

—Pues yo me encuentro interesado personalmente en ese caso —dijo Mason.

—¿Y a quién representa usted? —preguntó Etna con un tono de voz frío y cauto.

—A nadie. Yo simplemente estoy interesado en ello.

—Bueno, yo mismo estoy interesado en ello también personalmente, y pienso que es un maldito ultraje. De hecho, me

está impidiendo ir a una cena a la que estaba comprometido esta noche. El caso está señalado para ir a juicio pasado mañana y yo estoy tratando de desenterrar un poco de legislación sobre él.

—¿Le importaría a usted decirme el fondo del caso?

—Yo creo que ya fue revelado por la demanda —dijo Etna cautamente.

—Me gustaría saber algo más que eso.

—¿Por qué?

—Solamente curiosidad, podríamos decir.

—Me temo, señor Mason, que sólo puedo referirlo a usted a las demandas. Desde luego cuando el caso vaya al Tribunal…

—Hay precisamente una posibilidad —dijo Mason— de que yo puedo darle a usted una pequeña ayuda.

—¿En qué forma?

—Yo no puedo decirlo por el momento. Pero si usted quiere decirme algo… No pretendo que usted me descubra ninguna comunicación confidencial, pero…

—Oh, muy bien —dijo Etna—. Yo podré decirle a usted en términos generales de lo que el caso trata. La señora Kempton fue despedida fulminantemente. Ella había estado como empleada del señor Addicks durante unos dos años y medio. Addicks no dio razón alguna de por qué la despedía. La señora Kempton estaba furiosa cuando se marchó. No pidió ninguna carta de recomendación. Había sido despedida sin previo aviso.

—¿Sabe ella cuáles eran las causas? —preguntó Mason.

—Por lo que a ella concierne no había ninguna causa.

—Siga usted. ¿Qué ocurrió después de eso?

—Bueno, ella consiguió empleo. Naturalmente, el patrono quería saber para quién ella había estado trabajando, y la señora Kempton se lo dijo. Ella trabajó durante unas dos semanas. Aparentemente, sus servicios eran por entero satisfactorios, y luego, un buen día, fue despedida sin aviso. Ella no podía comprenderlo. Sin embargo, como es una buena cocinera y cuidadora de la casa, consiguió otro empleo en seguida. Naturalmente, allí también quisieron saber dónde había estado trabajando, y así, ella se lo dijo, se puso a trabajar en el empleo y todo iba bien. Los patronos se manifestaban muy complacidos, y después, repentinamente, la despidieron sin decirle una palabra.

—Siga usted —dijo Mason.

Etna dudó.

—¿Bueno? —preguntó Mason.

—Este punto —dijo él—, no es generalmente conocido. Yo… Oh, creo que está bien que yo se lo diga a usted.

—No me lo diga, si no está bien —dijo Mason—. Yo no le pido que me diga nada confidencial.

—Oh, al fin va a salir a relucir en el Tribunal —dijo Etna—. La señora Kempton había tenido algunos otros asuntos con nuestra oficina sobre una cuestión de seguros. Ella tuvo sospechas. Vino a mí y me dijo lo que estaba ocurriendo. Entonces, yo hice que uno de mis amigos le escribiese a Benjamin Addicks, manifestando que una tal señora Josephine Kempton estaba empleada a su servicio, que él creía que uno de sus últimos empleos había sido en casa del señor Addicks, durante algo más de dos años, y le preguntó al señor Addicks si podía darle alguna información sobre, la señora Kempton.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Mason.

—En término de una semana, fue recibida una carta de Benjamin Addicks declarando brevemente que la señora Kempton había sido despedida por razones de falta de honradez; que una sortija de diamantes muy valiosa, por la que el señor Addicks tenía mucho afecto y que estaba valorada aproximadamente en cinco mil dólares, había desaparecido; que un reloj de platino, valorado en mil quinientos cincuenta dólares, también había desaparecido; que el robo no había podido ser atribuido a la señora Kempton con suficientes pruebas para poder denunciarla, pero que había habido suficiente evidencia para que Addicks la despidiese sumariamente.

—Eso es un diablo de carta —dijo Mason.

—¿No es así?

—¿Y qué hizo usted?

—Bueno, para hacer el seguro doblemente seguro, hice que la señora Kempton obtuviese un empleo en casa de unos amigos míos, personas en quienes yo podía confiar, y donde la carta posiblemente tuviese mayor significación legal. El hecho de que la otra carta había sido escrita por alguien que realmente no había empleado a la señora Kempton, comprende usted, podría hacer una diferencia en la situación legal.

—Comprendo.

—Así, la señora Kempton se aseguró un empleo de doscientos cincuenta dólares al mes, con comida y cuarto, que era una posición muy buena. Aquella gente le escribió al señor Addicks y recibió la misma clase de carta que los otros, la cual, desde luego, ellos han guardado en su posesión, y están dispuestos para identificarla ante el Tribunal.

—¿Y el caso será juzgado pasado mañana?

—Exacto. Yo he estado tratando todo lo posible de apresurar que la cosa vaya a juicio, porque eso significa una diferencia considerable para mi clienta. Addicks es rico y puede vivir de rentas. Pero mi clienta tiene que trabajar.

—¿Usted le ha pedido a Addicks que se retracte?

—Yo hice todo lo que pude para someterlo a presión a Addicks. No sé si usted lo conoce a él.

—Yo no lo conozco.

—Bueno, él es un individuo muy obstinado. Él me dijo que tenía pruebas que podían convencer a cualquiera de que la señora Kempton había robado la sortija de diamantes y el reloj; que él no había sido suficientemente duro en cuanto a eso para recurrir a un proceso criminal, pero que si yo lo arrastraba a él al Tribunal, él iba a hacer explotar para siempre el nombre de la señora Kempton.

»Dijo que si ella quería obtener un empleo sin mencionarlo a él como referencia, no habría inconveniente por parte de él. Todo lo que ella tenía que hacer, era mentir sobre dónde había estado trabajando. Pero que cuando cualquiera le escribiese a él y le preguntase sus opiniones sobre la señora Kempton, él las daría.

—¿Yo supongo —dijo Mason— que usted ha estudiado las disposiciones legales en relación con las comunicaciones privilegiadas?

—En eso es en lo que estoy ahondando ahora —dijo Etna—. Hay una cuestión de comunicaciones privilegiadas. También hay la cuestión de malicia, la cuestión de bases razonables para escribir una tal carta, y toda esa clase de cosas. La Ley no está demasiado clara.

—Ahora yo quiero preguntarle a usted otra cuestión —dijo Mason—. ¿Recuerda usted haber leído en los diarios sobre la desaparición de la secretaria de Addicks, una muchacha cuyo

nombre era Helen Cadmus?

—Yo no recuerdo gran cosa sobre las informaciones de los diarios, no —dijo Etna cautamente.

—Pero ¿recuerda usted algo de su desaparición?

—Yo sólo sé unas pocas cosas que la señora Kempton me dijo —contestó Etna con cautela.

—Ahora —dijo Mason— usted está llegando cerca de lo que yo quiero. ¿Qué fue lo que la señora Kempton le dijo a usted?

—¿Por qué quiere usted saber eso?

—Yo no estoy en libertad por el momento para descubrir esa información.

—Entonces, yo no estoy en libertad tampoco por el momento para darle a usted ninguna.

—Muy bien. ¿Puede usted decirme algo sobre cuando la señora Kempton fue despedida, con referencia a la desaparición de Helen Cadmus?

Etna dijo:

—Helen Cadmus se supone que se suicidó unos dos días antes de que la señora Kempton fuese despedida. Es mi opinión meditada ahora comprenda, señor Mason, que yo no estoy haciendo ninguno cargo que si alguna cosa había sido robada de la residencia de Addicks, hay mucha más razón para creer que Helen Cadmus era más responsable de ello que la señora Kempton.

»Ahora, yo voy a analizar eso en ese sentido. La sortija y el reloj, fueron dejados en el dormitorio del señor Addicks. Ese dormitorio estaba siempre cerrado con llave. Dos personas tenían la llave de él. Una, era la señora Kempton, y la otra, era Helen Cadmus. La señora Kempton tenía que entrar en ese dormitorio a causa de sus deberes de ama de llaves, y Helen Cadmus tenía que entrar en ese dormitorio a causa de sus deberes de secretaria. Era realmente una *suite* de cuartos: un dormitorio, un despacho, un baño y un saloncito. Y ahora, todo eso es cuanto yo puedo decirle a usted, señor Mason: todo lo que puedo yo decirle a usted por el momento.

—¿Puede usted darme un número de teléfono donde yo pueda encontrarlo a usted tarde esta noche?

—Yo estaré aquí una hora o dos más. El número del teléfono de mi hogar, es West 9-7211.

Mason dijo:

—Muchas gracias. Es posible que lo llame a usted más tarde.

Mason colgó. Della Street arqueó las cejas inquiriendo.

—Yo me presumo —dijo él— que su pregunta silenciosa es un deseo de saber lo que el señor James Etna me dijo.

—Mi pregunta silenciosa —dijo ella— es un deseo de saber cuándo vamos a cenar.

Mason rió:

—Vamos a cenar ahora, Della, y después que nosotros hayamos cenado, vamos a ir en auto a visitar al señor Benjamin Addicks, y ver lo que él tiene que decir, por si acaso. ¿Comprende ahora, Della? Esto es sólo un tiro disparado en la oscuridad con una posibilidad entre mil de acertar, pero si descubriésemos una sortija de cinco mil dólares y un reloj de platino de mil quinientos cincuenta dólares, en la urna griega, en el vestíbulo de recepción, entonces vamos a obligar a un millonario muy arrogante, y quizá sádico, a meterse avergonzado en un agujero y tapar éste encima de él.

—Eso es magnífico —dijo Della Street—, pero entiendo que no es para ser hecho con un estómago vacío.

—Absolutamente no. ¿Dónde le gustaría a usted cenar?

—Donde yo pueda conseguir un bistec grueso, con manteca y perejil picado; y si vamos a visitar a un millonario, pienso que deberíamos disfrutar el lujo de comer algún pan francés, tostado hasta un delicioso oscuro, y espolvoreado con ajo raspado.

—Así será enteramente —dijo Mason muy serio—. Uno le debe a la propia profesión el gozar las oportunidades del momento. Y ahora bien, si nosotros fuéramos allí para hacer un testamento para el señor Addicks, o si hubiéramos sido llamados para consultar con él un asunto de negocios, nosotros naturalmente tendríamos que prescindir del ajo, Della.

—Oh, naturalmente —concordó ella con los ojos parpadeando —, pero bajo estas circunstancias y desde que yo he trabajado hasta bastante tarde en la noche, usted puede pagarme también una botella de vino tinto, tipo Chianti, para acompañar al bistec y al pan con ajo.

—Bueno, antes de que usted se vaya —dijo Mason— podía llamar al señor Mortimer Hershey y decirle que nosotros vamos a visitar al señor Addicks esta noche, a las nueve y treinta.

—¿Deberé decirle a él que si no ha cenado todavía hará mejor en tomar un poco de pan con ajo, porque en esas circunstancias él podría gozar más de nuestra compañía?

—No —dijo Mason—. Nosotros no lo conocemos hasta ese punto todavía.

—¿Pero nosotros lo conoceremos? —preguntó ella.

—Oh, decididamente —prometió Mason sonriendo—, nosotros lo conoceremos, pero de todas formas él no gozará de nuestra compañía.

Capítulo 4

Perry Mason acercó su auto a un punto donde dos pilares cuadrados proporcionaban soporte a dos fuertes puertas de hierro, las cuales cerraban el paso a una entrada ancha de grava.

Un guardián con una estrella de ayudante de sheriff colgada en su pecho y una linterna de cinco pilas eléctricas en la mano, un revólver en la funda y un cinturón bien lleno de cartuchos estaba exactamente detrás de las puertas.

El foco de la linterna brilló sobre los ocupantes del coche.

Mason bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Qué es lo que ustedes quieren? —preguntó el guardián.

—Lo primero que yo quiero —dijo Mason es que usted aparte el foco de esa linterna de nuestros ojos.

El foco se apartó y después se apagó.

Mason dijo:

—Lo siguiente que yo quiero, es ver a Benjamin Addicks.

—Y lo que yo quiero saber —dijo el guardián— es si Benjamin Addicks quiere verlo a usted.

—Él dijo que si quería.

—¿Cuál es su nombre?

—Perry Mason.

—Espere usted aquí —dijo el guardián—. Y ahora, no salga usted del coche. Exactamente espere ahí mismo hasta que yo telefonee a la casa.

El guardián cruzó hasta una cabina de teléfonos que estaba disimulada en una de las columnas cuadradas de concreto que sostenían las puertas.

—¿Qué gente tan agradablemente acogedora son éstos, verdad? —le dijo Mason a Della Street.

—Bueno, quizá él tenga que ser así. Este lugar es más bien

aislado, Jefe y después de todo, el hombre se supone que es rico. Yo me presumo que si no se guardase así, estaría asediado de merodeadores.

El guardián colgó el teléfono y apretó un resorte que empezó a abrir las pesadas puertas, moviéndose éstas lentamente atrás, sobre sus goznes bien engrasados.

El guardián vino adelante para ponerse junto al auto, del lado de Mason.

—Muy bien —dijo el guardián—. Él lo está esperando a usted. Ahora usted sigue directo todo ese camino de grava. Cuando llegue al pórtico de piedra de la casa, con los grandes pilares, usted sigue hasta la propia escalera de piedra y para allí el auto. Allí habrá alguien para recibirlo a usted. Deje el auto allí mismo. No pare antes de llegar allí y no salga con el coche del camino de grava. ¿Comprendió?

—Comprendí —dijo Mason— pero no me siento particularmente impresionado con la cordialidad de su bienvenida. ¿Qué ocurriría si nosotros saliésemos fuera del camino de grava?

—Puede ocurrir mucho.

—¿Qué?

—Bueno, en primer lugar usted se encontraría con que había cruzado unos focos de luz invisible, y cuando usted cruza uno de esos focos, todo el infierno se suelta aquí perdido. Las sirenas chillan, los reflectores se encienden y las puertas de las perreras se abren automáticamente. Eso da suelta a los perros policías. No diga usted que yo no lo advertí. Si usted quiere experimentarlo, siga y descúbralo.

El guardián se alejó.

Mason dijo a Della Street:

—Yo adivino que el señor Addicks lo ha arreglado todo para una amplia protección. Todo cuanto le falta en hospitalidad, parece poseerlo en eficiencia.

—Puso en marcha el auto y se deslizó a través de las puertas, con las ruedas mordiendo la grava sobre el amplio camino que se curvaba a través de terrenos de campiña, los cuales, a unos ojos no iniciados, parecían proporcionarle montones de oportunidades para ocultarse.

Después de unos momentos, la gran casa se iluminó enfrente de

ellos. Era una sólida construcción que tenía sus líneas ablandadas aquí y allí con trozos de hiedra subiendo por la piedra.

Mason dijo:

—Tiene toda la suave y agradable arquitectura de una cárcel del Estado.

Condujo el coche hasta parar junto a las escaleras del pórtico del frente.

Una luz que se encendió en el pórtico, llenó aquel lugar de resplandor; en alguna parte atrás, los perros estaban ladrando con salvaje insistencia.

Mason apagó el motor y los faros delanteros, abrió la puerta del coche y caminó en torno a éste para ayudar a Della a apearse. Pero ella abrió la puerta, y sin esperar saltó a la escalera que subía al pórtico y ligeramente ascendió los peldaños.

La gran puerta del frente se abrió y Nathan Fallon vino a saludarlos.

—Bienvenidos a Stonehenge —dijo él.

—¿Stonehenge? —exclamó Della Street.

Fallon dijo:

—Ése es el nombre de este lugar. Es en realidad una vasta mansión, señorita Street. Tiene abundante espacio para todos los requerimientos del señor Addicks. Espacio para entretenimientos, espacio para trabajar y espacio para hacer experimentos con animales.

—¿Puede usted decirme exactamente cuál es el propósito de esa experimentación con animales a que usted se refiere? —preguntó Mason.

Nathan Fallon ya no se molestó más en conservar su fachada de sonriente afabilidad. Miró a Mason a través de sus lentes de gruesos cristales, en silente contemplación.

—No —dijo él.

Por un momento hubo silencio y luego Nathan Fallon retrocedió para indicarles la puerta.

—¿No quieren ustedes pasar? —invitó él.

Entraron en el vestíbulo de recepción, el cual, con su ponderada y poderosa arquitectura, todavía parecía también ostentar los motivos de una prisión de Estado.

Había cortinajes en una puerta a la derecha, y un individuo flaco

y alto estaba allí observándolos.

Sus ojos eran grises, marcadamente sin expresión, y tan grandes, que cuando cerraba sus pestañas el proceso parecía tan deliberadamente exagerado, como si uno hubiera estado mirando a los ojos de un búho. El lento cerrarse de las pestañas descubría una patente convexidad de los grandes ojos, y después las pestañas se abrían otra vez como las persianas en dos cámaras iguales de estudio fotográfico al perpetuar una imagen en la película.

—Buenas noches —dijo aquel hombre en una voz que, en cierta forma, hacía del simple saludo una cuestión de lenta y deliberada formalidad.

—Éste es Mortimer Hershey —dijo Nathan Fallon—, el agente de negocios del señor Addicks.

—Yo entiendo —dijo Hershey— que esta joven dama es la señorita Street y que yo tengo el honor de dirigirme al señor Perry Mason.

—Así es.

—Por favor, ¿quieren ustedes pasar aquí?

Los guió a un cuarto que era un cruce entre una biblioteca y una gran oficina.

Había una mesa maciza, de unos quince pies de largo. Confortables butacas de cuero estilo «director», estaban alineadas a lo largo de uno de los lados de esa mesa.

A pesar de lo grande que era la mesa, el tamaño enorme del salón le impedía dominar los contornos. Librerías bajas corrían alrededor de tres lados de la estancia. Sobre esas librerías, había pinturas al óleo mostrando caballeros enzarzados en batallas.

Algunos de esos cuadros mostraban caballeros armados montados a caballo, inclinados hacia adelante y con lanzas cargando unos contra otros. Otros eran retratos de individuales caballeros envueltos en choques mano a mano. Aún otros retratos más, mostraban a caballeros, armados cargando contra hombres a pie; hombres en traje de batalla, lanzando flechas con sus arcos, flechas que se arqueaban pesadamente en el vuelo, indicando su peso y su impulso, mientras iban veloces hacia un grupo de caballeros armados; caballos gruñendo en la agonía, o muriendo entre cuerpos de soldados a pie, amontonados unos sobre otros, así como caballeros armados sosteniendo escudos y espadas que

estaban teñidos de sangre.

En otros sitios alrededor del cuarto, había grandes butacas de cuero, en las cuales una persona podía sentarse en lujoso confort. Había banquetas para los pies enfrente de cada una de esas sillas, y al lado de cada una había una luz para leer, con pantalla. Y el propio salón estaba también iluminado por un sistema indirecto de luces.

—¿No quiere usted sentarse? —invitó Hershey, y caminó delante hacia la mesa, tirando de las butacas de manera que Mason y Della pudiesen sentarse de un lado y Nathan y Hershey en el otro.

—Y ahora, pues —dijo Hershey sonriendo con lenta deliberación —, yo quiero pedirle excusas a usted, señor Mason, en nombre del señor Addicks.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Porque usted fue menospreciado.

—¿Quiere usted decir que el señor Addicks me menospreció a mí?

—Lo hizo Fallon —dijo Hershey, y se volvió a mirar fijamente a Fallon. Levantó sus pestañas, las volvió a bajar y volvió a levantarlas otra vez.

Había algo en la lenta y maliciosa mirada que parecía deliberadamente sarcástico, pero los labios de Hershey permanecieron fijos en una sonrisa.

Se volvió otra vez hacia Mason.

—Muy bien —dijo Mason—. Yo he sido menospreciado y me han dado explicaciones por ello. Y esas explicaciones no eran en absoluto necesarias.

—Ciertamente no.

Mortimer Hershey abrió un cajón de la mesa. Sacó un fajo de billetes de Banco y lentamente los fue contando hasta que tuvo treinta billetes nuevos de cien dólares ante él.

—¿Para qué es eso? —preguntó Mason.

—Por los diarios y las fotografías —dijo Hershey.

—¿Y por qué hace usted esa oferta?

—Porque el señor Addicks los quiere. Desde luego, señor Mason, usted comprende que el señor Addicks nunca admitirá que él pagó tal suma por los documentos, y usted tampoco nunca estará en la necesidad de hacer tal admisión.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir esto —dijo Hershey—, que en los libros del señor Addicks no figurará que a usted le han sido pagados tres mil dólares. Los libros del señor Addicks mostrarán sólo que usted fue reembolsado de la cantidad de cinco dólares que usted pagó por los objetos que adquirió en la subasta. Los otros tres mil dólares serían anotados bajo la forma de un regalo que el señor Addicks le haría a usted. Como tales, no estarían sujetos a los impuestos. ¿Soy suficientemente claro?

—Oh, muy claro —dijo Mason—. La única cuestión que yo no comprendo, es por qué el señor Addicks está tan ansioso para adueñarse de las fotografías, y los diarios.

—Hay razones.

—Yo creo —dijo Mason— que prefiero discutir el asunto con el propio señor Addicks. Yo pensé que iba a verlo a él. Es por eso que vine aquí.

—El señor Addicks le pide que le perdone. Está indispuesto.

Mason sacudió la cabeza.

—Yo he venido aquí a ver a Benjamin Addicks. Usted me dijo que él estaba indispuesto y no podía venir a verme a mí. Yo le dije a usted que vine a verlo a él. Yo quiero hablar con él.

—Si usted insiste —dijo Hershey— estoy muy seguro de que el señor Addicks accedería a verlo a usted, pero después de todo, señor Mason, yo puedo asegurarle a usted que esta oferta es completa y final. El señor Addicks no lo aumentará ni siquiera en un centavo más. Usted lo mismo puede aceptarla que rechazarla.

—Muy bien —dijo Mason prontamente—. Queda rechazada.

—Usted rechaza la oferta más bien bruscamente —dijo Hershey.

—Bueno, si usted prefiere más diplomacia —le dijo Mason sonriendo—, le manifestaré que en vista del hecho de que yo encuentro los diarios en extremo interesantes, y en vista del hecho de que yo pienso que ofrecen una clave muy evidente, yo no quiero desprenderme de ellos.

—¿Una clave? —dijo Hershey con fría solemnidad.

—Una clave —dijo Mason.

—¿Una clave de qué, me permite preguntarle?

—Ciertamente puede usted preguntarlo —dijo Mason—, pero yo no le responderé. La respuesta a esa pregunta quedará reservada

para el señor Addicks en persona.

—Usted comprende, señor Mason, que esto va a causarle al señor Addicks alguna molestia, pero yo quedaré muy satisfecho de transmitir su mensaje a él, y yo estoy muy cierto de que él accederá a verlo a usted. Si usted espera sólo un momento, por favor…

Hershey se volvió y miró a Fallon.

Nathan Fallon saltó de la butaca, levantándose como si repentinamente hubiera recibido un choque eléctrico, y caminando con sus distintivos y enérgicos pasos, cruzó el salón y desapareció a través de la puerta encortinada.

Hershey miró a los tres mil dólares en billetes de a cien, tomó el dinero, puso los billetes juntos en una pila invitadora, e hizo ademán de tenderlos hacia Mason. Mason sacudió la cabeza negativamente.

Hershey abrió el cajón de la mesa, arrojó el dinero otra vez dentro de aquél, después lo cerró, puso sus manos frente de sí en la mesa, entrelazó los largos dedos y se quedó silencioso e inmóvil.

Un momento más tarde, los pesados cortinajes al extremo del salón se abrieron, y un hombre de ampuloso pecho, apoyándose pesadamente en un bastón, entró cojeando en la estancia. Su rostro estaba parcialmente cubierto por un vendaje y sus ojos ocultos detrás de unos lentes negros. Casi todo al lado derecho de su cara y parte del lado izquierdo, estaban cubiertos por el vendaje. El lado izquierdo tenía un pedazo de gasa sostenido en su lugar por esparadrapo, el cual no llegaba a ocultar la evidencia de una barba negra azulada, bajo la piel afeitada.

Era difícil juzgar el rostro oculto debajo del vendaje, pero la mandíbula parecía fuerte y la parte alta de la frente estaba sobremontada por un cabello negro muy corto.

—El señor Benjamin Addicks —anunció Hershey.

Addicks hizo un saludo con la cabeza y dijo:

—¿Cómo está usted? ¿Cómo está usted? Siento que estoy indispuesto.

Seguido por Nathan Fallon, caminó a través del salón y tendió su mano.

—El señor Perry Mason —dijo Hershey.

—Encantado de conocerlo a usted, señor Mason. Oí hablar mucho sobre usted. He seguido unos pocos de sus casos judiciales

en los diarios.

—Y la señorita Street, la secretaria del señor Mason —continuó Hershey.

—Buenas noches, señorita Street. Muy complacido de conocerla a usted. Siento que estoy un poco maltrecho. Yo hago experimentos con animales, ¿sabe usted?, y esto no siempre conduce a una buena salud.

El rostro vendado se contorsionó en una sonrisa retorcida.

—Uno de esos malditos gorilas —continuó Addicks explicando y hablando despacio a través del vendaje— me sorprendió demasiado cerca de su jaula, me agarró por las ropas, y antes de que yo pudiera desprenderme de él, me zarandeó, logró, hacer presa en mi brazo y tiró de mí hacia la jaula. Yo me eché para atrás y traté de soltarme. Me agarró también por un pie y me lo retorció, causándome algunas heridas algo profundas y rasgaduras en la cara. Yo estoy bien pero no muy presentable.

Tiró de una butaca y se acomodó en ella a la manera de un hombre que está doliente y rígido.

—El gorila —explicó Nathan Fallon— estaba tratando de aprisionar al señor Addicks por el cuello. Si lo hubiera conseguido, con sus poderosos dedos le hubiera retorcido el cuello.

—Ahora, espere un momento —dijo Addicks impaciente—. Usted siempre está saltando sobre conclusiones con elementos insuficientes, Nathan. Usted es una vieja maldita, en ese sentido. Yo no creo que el gorila realizase un intento de agarrarme por el cuello. No estoy muy satisfecho, pero no creo que él tratara de agarrarme más que la corbata.

Se volvió hacia Mason y añadió:

—Los gorilas son así. Ellos siempre están ansiosos de agarrar algún artículo de vestido, particularmente algo que esté suelto. Si usted lleva puesta una corbata cerca de ellos, ellos sienten el impulso de extender el brazo por las rejas de la jaula y agarrarlo a usted por ella…, y desde luego, si uno de esos gorilas ha desarrollado malas tendencias, entonces es un animal muy peligroso.

—¿Y usted intencionadamente estimula ese tipo de peligro? —preguntó Mason.

—Estoy realizando investigaciones científicas —replicó Addicks

—. Yo quiero saber cuán profundamente los instintos homicidas han sido implantados en las mentes de ésos, grandes seres primitivos.

—Pues parece ser —dijo Mason— que usted estuvo muy cerca de comprobarlo.

—Yo salté atrás instintivamente —dijo Addicks—, pero, caramba, pensé por un momento que él estaba tratando de agarrarme por la garganta, aunque volviendo a pensar en ello, no puedo excluir la posibilidad de que él estaba sólo tratando de agarrar mi corbata. Ellos hacen eso, sabe usted, y este gorila es en extremo juguetón. Son animales muy grandes, pero son rápidos como el relámpago, Mason. Exacto, tan rápidos como el relámpago.

—Yo vi todo eso —dijo Fallon— y no hay absolutamente duda alguna en mi mente de que él estaba tratando de agarrarlo a usted por el cuello, Benny.

—Bueno…, él ciertamente me causó unos malos momentos —admitió Addicks—. En cierta forma, yo lo sorprendí a él levantando mi pie y dándole una patada, y sosteniéndome con los brazos contra las barras. Entonces, Nathan le gritó y agarró un bastón.

Mason dijo:

—Parece ser con eso, que sus experimentos están destinados a ser inconclusivos hasta que alcancen un punto en que un gorila haya definitivamente matado a alguien.

Addicks lo miró con ojos fríos y observadores y después encogió sus hombros.

—Yo pienso que usted interpreta mal lo que estoy tratando de hacer, señor Mason, y francamente no veo razón para explicarlo. Yo estoy más interesado en descubrir algo sobre la explicación real del hipnotismo, que en ninguna otra cosa. Algunas gentes no lo creen. A mí no me importa nada que ellos lo crean o no. Estos gorilas son míos. Yo los compro y son míos.

—Yo lo dudo —dijo Mason.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Usted puede conseguir el obtener la propiedad física de los gorilas —dijo Mason—, pero moralmente yo no creo que un hombre pueda realmente poseer una cosa viviente. El animal tiene un derecho a su propio desarrollo a través del fenómeno de la vida.

—Usted es abogado. Yo tengo un derecho legal. Usted tendrá que admitir eso.

—Yo estaba discutiendo la propiedad moral, las responsabilidades morales.

—Deme usted la propiedad física de algo que está encerrado en una jaula con barrotes de hierro, y deme usted un recibo de venta de ello, y puede usted quedarse con todas sus responsabilidades morales. Yo tomaré posesión legal de ello en todo cuanto a mí me concierna.

—¿Usted quería verme a mí para alguna cosa? —preguntó Mason.

—Yo quería, pero ahora ya no quiero.

—¿Qué es lo que lo hizo cambiar de manera de pensar?

—Usted lo hizo. A usted le fueron ofrecidos tres mil dólares por esos diarios. Usted rechazó la oferta. Muy bien, si ésa es la forma en qué usted lo quiere, ésa es la forma que nosotros jugaremos. La oferta queda retirada. El precio vuelve a ser ahora otra vez de cinco dólares. ¿Está esto claro?

—Está claro —dijo Mason—. El dinero es suyo y los diarios son míos.

—Vamos a comprendernos el uno al otro, Mason. Usted es un abogado inteligente. Yo soy un luchador duro. Usted le da esos diarios a la Prensa y empieza a provocar cuestiones sobre la muerte de Helen, y yo lo reventaré a usted.

Mason se puso en pie.

—Hable en grande si usted quiere impresionar a sus empleados. Pero eso no me dice a mí nada, excepto que usted tiene miedo. Vamos, Della. Vámonos. —Abandonaron el salón seguidos por los tres hombres.

En el pasillo, Mason le dijo a Della:

—¿Puede usted ayudarme un momento, Della?

—¿Qué quiere usted ahora? —preguntó Addicks.

—Yo quiero ver lo que hay en esa urna de piedra.

—¿Qué es lo que le hace a usted pensar que hay algo en ella? —preguntó Addicks.

Mason sonrió fríamente:

—Los diarios. *Mis* diarios.

—Nathan, usted y Mort bajan esa urna y le muestran a Mason que no hay nada en ella.

Bajaron la gran urna de piedra y la depositaron suavemente en

el suelo.

Nathan Fallon, con una linterna de bolsillo, iluminó el oscuro interior. Inmediatamente pareció como si el interior de la urna hubiese sido inundado con miles de reflejos centelleantes.

—Cielo santo —dijo Fallon—. Hay aquí un gran diamante, Benny.

—Sáquelo usted —dijo brevemente Addicks.

Fallon extendió el brazo al fondo de la urna, pero no pudo alcanzarlo.

—Tendré que quitarme la chaqueta —dijo—, y aun así no sé si podré alcanzar el fondo.

—Podemos volver la urna boca abajo —dijo Addicks—. Agárrenla ustedes y vuélvanla. Veamos qué diablos hay dentro de ella.

Volvieron la urna sobre un lado inclinándola boca abajo. Y lo primero que cayó rodando de su interior, fue una enorme sortija de diamante.

—¡Mi solitario! —exclamó Addicks.

Un reloj de platino cayó después deslizándose suavemente por el lado interior de la urna.

Fallon lo agarró.

—Inclínela un poco más —dijo Mason.

Una completa colección de joyas y monedas, una cartera, una caja de naipes y un compacto de maquillaje femenino, cayeron rodando al piso.

—Bueno, que me lleve el diablo —dijo Addicks.

Mason dijo secamente:

—El diario indicaba que el mono Pete era muy travieso en ocasiones y había desarrollado una tendencia a robar objetos, particularmente objetos que pensaba que Helen Cadmus apreciaba, y los escondía en esta urna griega.

—Entonces, *eso* lo explica todo —dijo Addicks.

Mason lo miró fijamente a los ojos.

—Yo creo que hay un juicio para efectuarse pasado mañana; el caso de Josephine Kempton, que lo demanda a usted por difamación.

—Oh, eso… —dijo Addicks.

—Ajá —exclamó Fallon—. *Ahora* la cosa se hace aparente.

Ahora ya vemos por qué el gran Perry Mason se interesó personalmente en los diarios de Helen Cadmus. *Ahora* ya empezamos a conseguir formarnos el cuadro completo.

Addicks lo miró por un momento y luego dijo:

—Cállese.

Se volvió hacia Perry Mason:

—Usted es inteligente. A mí me gustan los hombres inteligentes. ¿Cuál es la actitud de usted?

—Yo no tengo ninguna —dijo Mason.

Nathan Fallon dijo:

—¿No lo comprende usted, Benny?

Addicks tomó el reloj y lo volvió una y otra vez en su mano.

—No, yo no lo comprendo, y por todos los diablos, dudo que tampoco lo comprenda usted.

—Esto es lo que Mason ha estado planeando todo el tiempo. El preparó una trampa para nosotros —continuó Fallon.

—Continúe hablando —dijo Mason—. Usted lo está haciendo muy bien, Fallon. Pero, piense lo que dice.

—Yo no tengo que pensar lo que yo diga —dijo Fallon enfurecido—. Cuando usted vino por este pasillo la primera vez, usted arrojó esos objetos en la urna de piedra, y después fabricó una historia de un mono que los había ocultado allí.

—Yo no me acerqué a la urna de piedra —dijo Mason.

—Usted pasó al lado de ella exactamente.

—Usted estuvo de pie aquí conmigo todo el tiempo.

—Yo estaba vuelto de espaldas. Yo iba caminando delante hacia el otro salón.

Mason dijo:

—Fallon, yo quiero que usted me mire. Míreme derecho a los ojos.

Fallon lo miró.

—Usted es un maldito mentiroso —dijo Mason.

Fallon apretó sus puños, pero después lo pensó mejor.

—Ahora, espere un momento —dijo Addicks—. Este asunto está desarrollándose demasiado rápido. Yo quiero obtener alguna información más sobre esta cuestión. Hershey, yo tengo confianza en usted. ¿Estaba usted de pie donde usted podía ver a Mason cuando pasó frente a esta urna?

—Él no se acercó a la urna —dijo Hershey—. Él la miró, pero no se acercó a ella y no pudo haber arrojado ninguna cosa en ella. Usted puede ver por sí mismo que todas estas cosas están cubiertas de polvo. Han estado ahí largo tiempo.

—Ése es el problema con usted, Fallon —dijo Addicks—. Usted siempre está sumando dos y dos y haciendo que sean seis, y después tratando de venderme a mí la idea de que ésa es la respuesta. Maldita sea, usted va a conseguir meternos a todos en un lío. Ahora, siéntese y cállese.

El teléfono en el vestíbulo de la entrada sonó agudamente.

—¿Qué diablos es eso? —dijo Addicks, y después le ordenó a Fallon—: Conteste.

Fallon tomó el teléfono y dijo:

—Hola, aquí habla Nathan Fallon… ¿Quién es?… Bueno, el señor Addicks no lo esperaba a él… Espere un momento.

—Aquí hay algo —dijo Nathan a Addicks—. Su abogado, Sidney Hardwick, está ahí fuera.

—Yo no puedo verlo —dijo Addicks—. Definitivamente, no voy a sujetarme yo mismo a mayores tensiones nerviosas, ni a recibir más visitantes esta noche. Que se vaya al infierno. Yo no le pedí a él que viniese.

—Bueno, él dice que es importante —dijo Fallon—. ¿Qué es lo que vamos a hacer? Nosotros tampoco podemos mandarlo marchar cuando está ahí a la puerta.

Addicks se volvió:

—¿Quién es usted para decirme a mí lo que yo puedo hacer y lo que no puedo hacer, Fallon? Yo lo tomé a usted sacándolo de las cloacas. Y algún día voy arrojarlo allí otra vez. Yo le dije a usted que no iba a recibir a Hardwick, y así lo pienso. No me importa la importancia que eso pueda tener.

Addicks se dirigió fuera del cuarto y luego regresó para quedarse parado en el umbral.

—Usted jugó sus cartas muy inteligentemente, Mason —dijo él —. Buenas noches.

Mortimer Hershey le dirigió a Fallon una mirada significativa.

—Usted va a tener que atender a Hardwick, Nathan.

Fallon dijo por el teléfono:

—Abra las puertas. Sidney Hardwick puede venir

inmediatamente. —Colgó el receptor y dijo—: Voy a tener que pedirles a ustedes que esperen aquí un minuto, señor Mason. Siento mucho el haber procedido en la forma en que lo hice. Lo siento. Yo estaba tratando de proteger los intereses de Benny. Y ya ve usted las gracias que recibí por ello.

Mason, inclinándose sobre el surtido de objetos que habían salido de la urna, le dijo a Della Street:

—Haga una lista de todos los objetos que estaban en la urna, Della.

—No toque usted a nada —advirtió Fallon—. No toque a una sola cosa aquí. Se lo advierto a usted.

—Yo no estoy tocando a ninguna cosa —le dijo Mason—. Yo estoy mirando. ¿Hay alguna objeción a que mire?

Fallon dudó un momento y después dijo:

—Yo he dicho lo bastante. Hardwick contestará a todas las preguntas.

Fallon abrió la puerta del frente.

—Bueno, bueno, bueno. Señor Hardwick, entre usted. Entre usted en seguida.

Hardwick era un individuo alto, de cara huesuda, de unos sesenta años, con larga nariz, barbilla aguda, cejas espesas y ojos grises. Se paró en el umbral para estrechar la mano de Fallon.

Llevaba lentes, de los cuales colgaba ostentatoriamente una cinta negra. En su oído derecho había un aparato para ayudarlo a oír. Dijo:

—¿Cómo está usted, Nathan? ¿Cómo está Benny esta noche?

—Benny no está en absoluto bien —dijo Nathan—. Él no puede verlo a usted.

—¿Qué? —exclamó Hardwick con sorpresa—. ¿No puede verme? Es importante. Yo ya le he dicho sobre las complicaciones que han exigido que su testamento…

—Un montón de otras cosas son también importantes —dijo Fallon significativamente, señalando con su dedo pulgar hacia donde Perry Mason y Della Street estaban de pie—. Estamos en un pequeño lío.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Hardwick, viendo a Perry Mason y Della Street por primera vez.

—Estamos enfrentándonos con problemas legales —dijo Nathan

Fallon—. Éste es Perry Mason.

—Bueno, bendita sea mi alma, conque es así —dijo Hardwick. Su rostro iluminó una sonrisa. Se aproximó y tendió una fuerte y huesuda mano, que estrechó cordialmente la de Mason.

—La señorita Della Street, mi secretaria —dijo Mason, presentándola.

Hardwick se inclinó.

—Encantado de conocerla, señorita Street. Bueno, bueno, Mason. ¿Qué lo trae a usted aquí?

—Yo vine aquí —dijo Mason— a petición del señor Addicks y por un asunto enteramente diferente. Como el señor Fallon le explicará a usted, nosotros acabamos de descubrir pruebas indicando que los robos alegados, que se afirmaba haber sido cometidos por la señora Josephine Kempton, el ama de llaves, fueron realmente cometidos por un mono.

El rostro de Hardwick perdió instantáneamente su sonrisa y quedó fijo en una expresión de gravedad profesional. Se volvió a Fallon:

—¿Cómo ocurrió eso, Nathan? —preguntó él.

—El señor Mason vino aquí para vernos a Hershey y a mí sobre otro asunto. Nosotros le ofrecimos cierta transacción financiera.

—¿Qué asunto? —preguntó Hardwick con la voz estallando como un látigo.

—Esos diarios de Helen Cadmus.

—Yo vi el retrato de Mason en el periódico en relación con ello —dijo Hardwick—. Ésa es otra cuestión sobre la que yo quiero ver a Addicks.

—Nosotros le ofrecimos dinero por ellos.

—¿Cuánto?

—Tres mil dólares.

—¿Qué ocurrió?

—El los rechazó.

Hardwick frunció el ceño y se volvió a Mason.

—Realmente, colega, yo hubiera predecido que usted quedaría satisfecho en entregar esos diarios a cambio de lo que usted había pagado por ellos.

—Si ellos hubieran actuado decentemente, yo les hubiera dado los diarios —dijo Mason—. Pero ellos estaban demasiado

espantados. Y entonces, yo pensé en averiguar qué era lo que los espantaba.

—Sólo la idea de la publicidad —dijo Hershey.

La sonrisa de Mason era fríamente escéptica y una silente contradicción a las palabras de Hershey.

Hershey cerró los ojos.

—Continúe usted —dijo Hardwick.

Nathan Fallon suplió la información.

—Por la lectura de esos diarios, Mason tuvo la idea de mirar dentro de esta urna de piedra, aquí en el vestíbulo. Y usted puede ver por sí mismo lo que encontramos en ella. Ahí está en el suelo. Benny tiene la sortija de diamante. Pero, ahí está el reloj de platino, un compacto femenino, alguna otra joyería y una cartera que probablemente está bien llena de dinero. De hecho, yo pienso que ésa es *mi* billetera.

Hardwick se adelantó para ver el surtido de cosas en el suelo.

—Yo puedo decirle a usted en un instante sobre la billetera —dijo Fallon.

Se acercó, tomó la billetera, la abrió, sonrió y le mostró a Hardwick la tarjeta de identificación que había frente de la billetera.

—Bueno —dijo él—, así es. Yo la había perdido hacía algún tiempo.

—¿Cuánto dinero hay en ella? —preguntó Hardwick.

—Había treinta y dos dólares cuando yo la perdí —dijo Fallon. Abrió la billetera para ver dentro lo que había y dijo—: Exacto —y apresuradamente la metió en su bolsillo.

—Mejor será que cuente usted y vea si hay algún dinero perdido —injirió Mason.

Fallon lo miró fríamente.

—Está todo en ella.

Hardwick dijo:

—Esto complica la situación. Mason, ¿cuál es su interés en ello?

—Yo estoy interesado.

—Comprendo, pero, ¿en qué forma? ¿Quién lo ha encargado a usted de esto?

—Nadie —dijo Mason, y después añadió—: Todavía nadie.

—Bueno, ahora —dijo Hardwick— eso plantea una interesante

cuestión. Bajo las circunstancias presentes yo sugeriría que el señor Addicks lo nombre a usted para ayudarme en este caso que va a ser llevado a juicio pasado mañana. Un caso en el cual, desde luego, puede ser posible… Sin embargo, yo discutiré los aspectos legales con usted *después* que usted haya sido nombrado.

—Lo siento —dijo Mason—, pero no estoy preparado para aceptar un nombramiento del señor Addicks.

—¿Está usted dándome a entender, entonces, que está usted nombrado por la señora Kempton?

—No exactamente —dijo Mason—. Ocurre que sé algo sobre esa demanda y que la he discutido con su abogado.

—Muy bien —dijo Hardwick—. Vamos a ser claros sobre esto, señor Mason. No le diga usted a la señora Kempton o a sus abogados nada sobre esto, hasta que nosotros hayamos tenido una ocasión de efectuar un arreglo.

Mason sonrió y sacudió la cabeza negativamente.

—¿Usted quiere decir que va a llevarles a ellos esta información?

—Yo quiero decir que voy a hablarle a James Etna, de la firma Etna, Etna y Douglas, sobre lo que aparece escrito en el diario, y voy a decirles a ellos sobre lo que nosotros hemos encontrado.

—Eso no hará una partícula de bien —dijo Hardwick—. Ello puede causar daño.

Mason se encogió de hombros.

—Echemos una mirada al asunto desde un punto de vista frío y legal —continuó Hardwick—. Hay dos circunstancias en las cuales una persona puede acusar a otra persona de delito, sin compromiso ni responsabilidad por parte de la persona que hace la acusación. Una de ellas, es en el caso de que el acusado es realmente culpable del delito. La Ley de difamación y libelo en este país, es diferente de lo que es en muchos otros países. Aquí, la verdad es siempre una defensa para una declaración, la cual puede de otra manera ser libelosa o difamadora.

—Gracias por enseñarme la Ley —dijo Mason.

Hardwick sonrió.

—Yo no estoy *enseñándole* a usted la Ley. Estoy señalando a una situación legal. La segunda clase del caso, señor Mason, es cuando se trata de una comunicación privilegiada.

»Ahora supongamos nosotros que el señor Addicks acusa a Josephine Kempton. Él tiene dos defensas. En el caso que ella fuese culpable de delito, él puede alegar la verdad, y ésa es una completa defensa. En el caso de que ella no fuese culpable de delito pero él dijo que lo era, todo lo que él necesita mostrar es que la comunicación fue privilegiada. En otras palabras, que él estaba actuando de buena fe al suministrar información a una persona que tenía un legítimo interés en el asunto. Y eso elimina completamente cualquier cuestión de difamación.

Mason estiró sus brazos, bostezó y dijo:

—A mí nunca me gusta discutir puntos legales, a menos que me paguen por ello. Y hasta ahora, nadie me ha nombrado abogado suyo, y en cierta forma no creo que nadie vaya a hacerlo en este caso.

Hardwick dijo:

—Desde luego; señor Mason, las circunstancias lo han puesto a usted en una posición más bien peculiar. ¿Debo entonces comprender que usted sospechó que los artículos en cuestión podían haber sido ocultados en esta urna de piedra a causa de lo escrito en las anotaciones del diario de Helen Cadmus?

—Exactamente.

—¿Y esas anotaciones estaban escritas de su puño y letra?

—Francamente, colega, yo no lo sé.

—Desde luego, tales anotaciones no constituirían prueba para ninguna cosa —dijo Hardwick—. No podrían ser presentadas en el Tribunal. Eso es simplemente algo que Helen Cadmus ha escrito. Podían ser declaraciones para su propio uso.

—¿En qué forma? —preguntó Mason.

—Ella *pudo* haber tomado esas cosas ella misma, y ocultarlas en la urna, y después haberse dado el trabajo de escribir esas notas en un diario de modo que en el caso de que si alguna vez ella se veía complicada en alguna forma, podía referirse a esas notas para sostener su declaración de que el mono había estado escondiendo cosas allí. Seguramente, Mason, usted no necesita que yo le señale que ésta resultaría ser una declaración en beneficio propio.

Mason dijo:

—Yo no creo que yo necesite que usted me señale ninguna cosa a mí.

Hardwick se volvió a Nathan Fallon:

—Yo pienso que nosotros haremos mejor en pasar de una vez a conferenciar con el señor Addicks.

—Él me dijo que no lo vería a usted —manifestó Fallon obstinadamente—. Él ha sido herido. Ayer fue casi muerto por un gorila al que había estado entrenando. Yo vi todo lo que ocurrió.

Hardwick frunció el ceño:

—Bueno, Nathan, yo pienso que nosotros no necesitamos detener por más tiempo al señor Mason y la señorita Street. Creo que ya ellos están para marcharse.

—Exacto.

—Buenas noches —dijo bruscamente Hardwick estrechando la mano a Mason e inclinándose una vez más hacia Della Street.

Fallon dijo:

—Yo le telefonearé al guarda de la puerta para que los deje salir, señor Mason. Creo que es preciso advertirle a usted que ruede a una marcha lenta, directo por el camino abajo y a través de la puerta. No se pare, y sobre todo no se salga del coche. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Mason.

Capítulo 5

Perry Mason guió su auto lentamente a través de la gran puerta de hierro. El guardián estaba sospechosamente alerta. En el momento en que el auto había pasado entre las columnas de piedra, las pesadas puertas de hierro se movieron sobre sus goznes, se cerraron y una tranca de hierro cayó en su lugar.

Mason apretó el acelerador.

—Bueno, eso es lo que hay —dijo Della Street.

—Una buena cantidad de acción para una noche —dijo Mason.

—¿Qué es lo que hacemos ahora?

—Vamos a hacer varias cosas —le dijo Mason—. Una de ellas, es que vamos a tratar de encontrar a James Etna. Esperemos que esté todavía levantado. Hay una droguería con cabina telefónica allí abajo, a media milla, según recuerdo.

Mason lanzó el coche a velocidad.

—¿Observó usted el olor peculiar y mustio que reina en esa casa? —preguntó Della Street—. Eso era algo que… Yo no puedo saber qué era, y, sin embargo, me produjo escalofríos.

—Era el olor de un zoológico —dijo Mason—. Hay allí animales encerrados en jaulas.

—Eso pone piel de gallina —dijo ella riendo.

—Es un lugar sombrío —le dijo Mason—. A mí me gustaría averiguar mucho más sobre Benjamin Addicks, aunque después de todo, eso no es piel arrancada de nuestras narices, Della. Nosotros vamos a hacerle a James Etna un buen favor, y dejemos la cuestión en eso.

Guió el coche hasta la droguería.

Della Street llamó por teléfono a la residencia de Etna, habló durante un minuto, luego hizo seña con la cabeza a Mason y dijo:

—Está bien; no se han ido a la cama todavía. He hablado con su

esposa. El acaba exacto de llegar de la oficina.

Después, Della dijo al teléfono:

—Soy la secretaria del señor Mason, señor Etna. Espere un momento, por favor.

Ella se levantó del taburete, Mason se deslizó en el interior de la cabina del teléfono y dijo:

—Yo lamento molestarlo a usted a esta hora de la noche, Etna, pero han surgido algunas cosas bastantes extrañas. Para empezar, los abogados de Addicks van a ponerse en contacto con usted para tratar de llegar a un compromiso, y yo pensé que en vista de las atenciones que usted me dedicó temprano esta noche, debo hacerle saber a usted lo que ocurrió.

—Addicks no entrará en compromisos —dijo Etna, con voz cansada a causa del trabajo de la larga labor nocturna en la oficina —. Él es uno de esos individuos obstinados que continuará luchando tan largo tiempo como tenga algo contra qué luchar. Y ese plazo de tiempo va a ser muy largo. Él jura que nunca ha pagado un centavo en cuestiones de arreglos de pleitos y que no está dispuesto a hacerlo jamás.

—Pero él va a pagar «un centavo» ahora —le dijo Mason—. De hecho, Sidney Hardwick va probablemente a llamarlo a usted por teléfono, dentro de los próximos minutos, o por lo menos tan pronto como usted abra su oficina mañana por la mañana, y va a empezar a hablarle a usted para tratar de llegar a un compromiso.

—¿Entonces, qué ocurrió?

—Que ellos encontraron el reloj de platino y el gran solitario de diamante, los cuales Addicks había creído que la señora Kempton se los había robado cuando estaba a su servicio.

—Demonios, ¿los han encontrado? —exclamó jubiloso Etna a través del teléfono.

—Exacto, así fue.

—Entonces ¿dónde estaban y cómo ocurrió que los encontrasen?

—En realidad —dijo Mason— fui yo quien los encontré.

—¿Los encontró usted?

—Así fue, exactamente. Yo estaba leyendo esos diarios de Helen Cadmus, y observé que ella se refería a un lugar en el cual uno de los más traviesos monos que tenían en la casa, y que acostumbraba a escamotear cosas, ocultaba éstas, particularmente aquellos objetos

en los cuales él pensaba que Helen Cadmus estaba interesada. Así, fui a ver a Addicks por sugestión de él mismo y le dije que yo creía que sería bueno el mirar en aquel sitio para ocultar cosas.

—¿Y dónde era?

—En una urna de piedra, en el vestíbulo.

—Bueno, bueno, bueno —exclamó Etna—. Entonces eso le da un nuevo aspecto a la situación. En realidad, Mason, eso era lo que me fastidiaba a mí en todo este asunto. Yo no podía estar absolutamente seguro sobre mi clienta. Yo creía que ella era honrada. Pero, después de todo, las pruebas en este caso, esto es, las pruebas señalando que ella podía haberse apoderado de los artículos en cuestión, estaban enteramente bajo el control de la parte contraria. Y usted ya sabe lo que es eso. Ellos podían haber presentado cualquier cantidad de prueba circunstancial que hubiera mostrado que Addicks tenía por lo menos un campo razonable para creer que ella había robado los objetos. Y entonces, yo tenía que ponerme completamente a la defensiva.

—Desde luego —señaló Mason—. Todavía hay otra cuestión legal. Cual Hardwick trató de exponerme a mí, la situación no ha quedado exactamente cambiada en sus alcances legales. El hecho de que los artículos hayan sido encontrados, no afecta a su defensa de que su carta es una comunicación privilegiada y…

Etna rió alegremente.

—Déjelo a él que trate de sacar a relucir todos esos tecnicismos —dijo él—. Si yo no tengo que ponerme a la defensiva, entonces puedo aplastar toda su defensa. Reduciré el caso a su más simple forma, Mason. Una mujer trabajadora hace todo cuanto puede para dar satisfacción a un millonario. El millonario la despide bruscamente y sin darle ninguna razón. Después de eso, él la acusa de falta de honradez y ennegrece su reputación y le impide el obtener un medio de vida, porque él proclama que ella le robó una sortija de diamante muy valiosa y un reloj de platino. Después, él encuentra el reloj de platino y la sortija de diamante, exactamente en su propia casa, donde aquellos objetos habían estado todo el tiempo. Mi clienta está sin fondos y no ha sido capaz de encontrar trabajo, y Addicks es un multimillonario. Ahora, ya puede usted figurarse lo que esto le va a parecer al Jurado. Ya no me importan nada todos cuantos tecnicismos puedan ellos presentar ya. Ellos

están colgados y bien colgados.

—Bueno, yo pensé que debía hacérselo saber a usted —dijo Mason.

—Escuche, Mason, eso ha sido una gran amabilidad por parte de usted. Ahora, desde luego, yo me presumo que usted querrá asociarse a nosotros en este pleito. Yo no he hecho acuerdos definitivos ningunos en relación con los honorarios, pero desde luego, esa información que usted me ha dado es…

—Espere un momento —le contestó Mason—. No me interprete usted mal. Yo no quiero en absoluto asociarme a ese pleito. Yo estoy simplemente dándole a usted esa información como una cuestión amistosa.

—Bueno, bueno. ¿Qué es lo que quiere usted entonces?

—Nada —dijo Mason—. Excepto que después que el arreglo haya sido completado, me gustaría que la señora Josephine Kempton pasase por mi oficina a visitarme.

—¿A visitarlo?

—Exactamente —dijo Mason—. Yo estoy interesado en la extraña muerte de Helen Cadmus y en las circunstancias bajo las cuales aquélla ocurrió. Me gustaría saber un poco sobre el ambiente que reinaba allí.

—La señora Kempton estará en su oficina en cualquier momento que usted lo diga —le replicó Etna.

—¿Qué le parece sobre las diez de la mañana, mañana?

—Ella estará allí a esa hora y yo estaré allí con ella. Quiero estrecharle la mano a usted y expresarle cuanto aprecio la información que me ha dado, señor Mason. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Mason.

Capítulo 6

Della Street dijo:

—Nuestras personas citadas para las diez están aquí, Jefe.

Mason levantó la vista de los papeles que había sobre su mesa.

—¿La señora Kempton?

—Exacto. La señora Josephine Kempton y su abogado, James Etna.

—¿Qué le parecen a usted, Della?

—La señora Kempton es algo así como un enigma. Delgada, contando unos cincuenta años y más bien con una cara sin expresión, diría yo. Uno recibe la impresión de que la vida no ha sido muy buena con ella, y que ella tuvo que adaptarse a la fuerza para tomar las cosas filosóficamente.

—¿Y Etna?

—El parece exactamente un buen abogado, activo y joven. Es un admirador de usted y no guarda secreto el hecho de que esta oportunidad para conocerlo a usted es una de las grandes sorpresas de su vida.

—Bueno, tráigalos aquí —dijo Mason— y veamos qué tienen que decir.

Della Street fue al despacho exterior y regresó con los visitantes.

James Etna, que era un hombre de unos treinta y tantos años, entró apresurándose a ir a estrechar la mano de Mason.

—Señor Mason, yo no puedo ni siquiera empezar a decirle a usted todo cuanto esto significa para mí. Pero sí quiero expresarle que creo que lo que usted hizo la noche pasada, fue una de las cosas más espléndidas imaginables. Una de las cosas más espléndidas —repitió—, y yo he averiguado mucho sobre este asunto, desde que hablé con usted.

—Bueno, yo estoy satisfecho de haber podido servirle a usted de

alguna ayuda —dijo Mason—, y me supongo que ésta es la señora Kempton.

La señora Kempton sonrió. Su rostro tenía una expresión cansada y una sonrisa consciente. Le tendió la mano al abogado diciéndole al propio tiempo.

—¿Cómo está usted, señor Mason?

—¿Sabe usted lo que ha ocurrido? —continuó diciendo Etna, resplandeciente de entusiasmo—. Anoche, no había hecho usted más que colgar el teléfono, cuando ya Hardwick me llamó. Me dijo que él quería pedirme excusas por molestarme a esa hora de la noche, pero que él iba a estar muy ocupado por la mañana y que creía que la información que tenía para darme era de bastante importancia y esto resultaría de interés para mí.

—Sin duda alguna —dijo Mason.

—Eso era exacto, y entonces él me ofreció cinco mil dólares para dar por resuelto el caso… ¡Cinco mil dólares!

—¿Y los aceptó usted? —preguntó Mason, sin tono especial en la voz, consciente de la presencia de la clienta de Etna.

—¿Le parezco a usted tonto? —dijo Etna—. Ayer por la tarde, yo hubiera dado por resuelto todo por mil quinientos dólares. En realidad, hasta lo hubiera hecho con que sólo él me hubiese prometido que no iba a escribir más cartas acusando en ellas a mi clienta de falta de honradez. Pero la noche pasada, sabiendo ya lo que yo sabía, en forma alguna hubiera yo aceptado la primera oferta que ellos vinieran a hacerme, aunque ésta hubiese sido por la cantidad ya expresada de cinco mil dólares.

—Estupendo muchacho —dijo Mason—. ¿Y qué ocurrió después que él le habló?

—Bueno, entonces se produjo un largo regateo por el teléfono, y él aumentó su oferta primitiva de cinco mil dólares a siete mil quinientos.

—¿Y usted qué hizo entonces?

—Yo la rechacé.

—¿Y después, qué?

—Después, él me preguntó de pronto si yo había tenido alguna noticia por mediación de usted.

—¿Y usted, qué le dijo?

—Le dije la verdad. Le dije que sí, que efectivamente yo había

tenido noticias de usted. Que el señor Mason me había prometido que si averiguaba alguna cosa que pudiese resultar de algún interés para nuestro pleito, él me lo haría saber, y que él, ciertamente, ya había averiguado algunas cosas de interés y que por consiguiente él iba a comunicármelas.

—¿Y después, qué pasó?

—Después, Hardwick me dijo: «Está muy bien, pero yo no creo que el señor Mason haya tenido ningún derecho personal a intervenir en este caso. Yo creo que esta cuestión, planteándola claramente, no era asunto de su incumbencia; pero en vista de las circunstancias y puesto que ocurre que ya él ha hecho su intromisión, y puesto que mi cliente desea ser justo, yo le ofrezco a usted veinte mil dólares. Éste es nuestro límite máximo, y eso es todo lo que hay. De lo contrario, nosotros vamos a asentarnos firmemente en el hecho legal de que la carta origen del pleito era una comunicación privilegiada escrita de buena fe».

—¿Y qué hizo usted, entonces? —preguntó Mason.

—Pues entonces, hundí mis dientes en esa oferta —dijo Etna—. Le dije que la aceptaba.

—Estupendo muchacho —dijo Mason—. Yo tengo la sospecha de que Hardwick estaba probablemente diciéndole a usted la verdad; y que ésa era su oferta final.

—Ésa es la forma en que yo me lo figuré. Desde luego, hay envuelta en ese asunto una gran cantidad de legislación. Hay una cuestión de buena fe, ausencia o presencia de malicia, una comunicación privilegiada y todo lo demás relativo al caso.

—Pero, como usted señaló la noche pasada, cuando usted se lanzó a una discusión definitiva —dijo Mason—, cuando un multimillonario que está cubierto de dinero, y puede permitirse todos los lujos, se dedica a perseguir a una mujer de trabajo que está tratando de abrirse camino en el mundo…, bueno, entonces usted ya sabe como un Jurado reaccionaría ante eso.

—Seguro que lo sé, y lo que es más, también lo sabía Hardwick. Yo creo que pude haber conseguido una sentencia aún más favorable de un Jurado, pero también todo podía ser dejado al margen concediéndole a ellos un nuevo juicio…, y así, pues, nosotros quedamos satisfechos con los veinte mil dólares. ¿No es así, Josephine?

La señora Kempton sonrió con su paciente y cansada sonrisa, pero la mujer estaba observando más bien a Perry Mason que a su abogado.

—Muy, muy satisfechos —dijo ella.

—Yo he pensado en hacerle saber a usted —dijo Etna— que le he cargado a Josephine cinco mil dólares, y que ella guardará para sí los otros quince mil.

—Magnífico —dijo Mason.

—Y quiero pagarle a usted algo de esos quince mil dólares —intervino la señora Kempton—, pues creo que debo hacerlo, porque si no hubiera sido por usted, señor Mason…

Mason sacudió su cabeza negativamente.

—Pero usted realizó un montón de trabajo en este caso. Usted profundizó en esos diarios, sacó de ellos una teoría y…

—No, por favor —le dijo Mason a la mujer—. Vamos a ser simples y cordiales inmediatamente. Yo no quiero ni un centavo de ninguno de ustedes. Estoy satisfecho con que ustedes hayan podido lograr un buen arreglo. Yo creo que su abogado, señora, hizo un buen arreglo. Estoy de acuerdo con el señor Etna en que si bien usted podía haber recibido más por sentencia de un Jurado, había el problema de que una vez que Addicks había sido llevado a los Tribunales, él hubiese luchado por este asunto hasta el fin, llevándolo hasta el Tribunal más alto en este país. Después de todo, lo que lo molestaba a él más que ninguna otra cosa, era el ser ridiculizado en la Prensa y ser colocado en la posición de un hombre rico que había tratado de hacer imposible para una mujer trabajadora el ganarse vida.

—Ésa es la forma en que yo pensaba sobre eso —dijo Etna.

—Y ahora —dijo Mason— usted puede hacer algo por mí, señora Kempton.

—Todo cuanto yo pueda —replicó ella.

—Yo quiero saber algo sobre Helen Cadmus.

—Bueno, ella era una pequeña…, yo no sé como describirla.

—Continúe usted en la mejor forma que pueda. ¿Debo interpretar que ella era una persona extraña?

—Ella había tenido algún terrible desengaño en su corazón y en su vida, de eso estoy segura.

—¿Cuánto tiempo trabajó usted allí con ella?

—Alrededor de unos dos años, creo yo.

—¿Y el empleo de usted, se terminó muy pronto después que esa muchacha hubo desaparecido?

—Dos días después.

—¿Acaso hubo en la terminación de su empleo algo que tuviese relación con Helen Cadmus o con su misteriosa desaparición?

La señora Kempton sacudió la cabeza negando. Después, continuó diciendo:

—El me despidió acusándome de haberlo robado.

—Recuerde usted antes de todo eso —dijo Mason—. Vamos a tratar de poner todo este asunto completamente en claro. Después de todo, es más bien una coincidencia el que…

—No —dijo ella—. El señor Addicks se mostraba terriblemente desconcertado sobre la muerte de Helen. Yo creo que él quería a Helen, y creo también que…

—Ahora, espere un momento —dijo Mason—. Usted dice que él sentía cariño grande por Helen. ¿Cree usted entonces que hubo alguna cosa?…

—Bueno…, yo no lo sé. Existía entre ellos una relación de patrono y de empleada, y además de eso y por encima de ello, una amistad. Yo no pienso… Benjamin Addicks no es un hombre que pueda considerarse del tipo emocional.

—Bueno, hablemos entonces primero sobre Helen.

—Helen era una muchacha muy decorativa y ella sabía que lo era. Estaba muy, muy orgullosa de su figura. Le gustaba mucho el ser retratada y también el mirarse en el espejo. Sí, lo sé. Había un espejo de gran tamaño en su cuarto y varias veces yo observé que ella…, bueno, estaba orgullosa de su figura.

—¿Qué hay sobre eso del espejo? —dijo Mason.

—Que ella se ponía de píe frente a él y se contemplaba a sí misma con extraordinaria frecuencia.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Porque yo abría la puerta de repente y entraba y la encontraba allí contemplándose en el espejo.

—¿Quiere usted decir que ella tenía pasión por las ropas y que ella se estaba mirando a sí misma en el espejo para ver el efecto que sus ropas producían?

La señora Kempton sonrió.

—Se contemplaba probándose trajes de baño.

—¿Llevaba ella puestos algunos de esos trajes en el yate?

—Ocasionalmente.

—¿Ocurría eso cuando había en el yate reuniones?

—Bueno, cuando, se reunían gentes que ella conocía. Ella no era —voy a expresarlo de esta manera—, no había nada de modesto y recatado en Helen. Era una clase de muchacha muy franca y yo sé que le gustaba estar al aire libre bajo el sol. Ella tenía uno de los bronceados más hermosos que se hayan podido ver.

—¿No resultaría entonces extraño que una muchacha como ésa pudiese llegar a suicidarse?

—Muy extraño.

—¿Dónde estaba usted cuando se produjo el suicidio?

—Yo estaba en el yate.

—¿En ese viaje de crucero?

—Sí.

—Yo desearía saber algo respecto a eso. ¿Qué es lo que puede usted decirme?

—Le diré a usted todo lo que puedo. El señor Addicks estaba deseoso de ir a Catalina. Siempre llevaba con él a Helen en esos viajes y también muy frecuentemente, me llevaba a mí.

—¿Quién tomaba cuenta de la casa mientras usted estaba ausente?

—Nosotros teníamos un equipo de sirvientes bastante grande, que venían a trabajar a casa durante el día. Yo tenía a mi cargo la supervisión de todo. También tenía a mi cargo el cuidar de las cosas en el yate, y créame usted que esto era un gran trabajo, señor Mason. Usted puede utilizar a todos los marineros en el mundo para mantener las cosas del exterior en condiciones, pero las cosas de adentro, como los camarotes y…, bueno, limpiar todo, o limpiar los ceniceros, deshacerse de toda la suciedad que se acumula en un salón grande cuando ha estado lleno de gentes en un crucero…, puntas de cigarros y de cigarrillos, vasos, botellas vacías de whisky y todo lo demás…, esto era verdaderamente un trabajo extraordinario.

—¿La ayudaba a usted alguien?

—No. Yo tenía que hacerlo todo por mí misma. Desde luego, comprenda usted que hasta un yate grande está más o menos lleno

de gente, y por lo tanto, no hay espacio para llevar un gran equipo de sirvientes, particularmente de sirvientes mujeres. Los hombres pueden acumularse en la parte de proa del barco, pero las mujeres ya es diferente. Nosotras tenemos que tener camarotes casi individuales.

—Muy bien. Volvamos otra vez a lo que ocurrió aquel día.

—El señor Addicks quería ir a Catalina. Telefoneó para que le tuviesen el yate completamente preparado. El esperaba que saldríamos sobre las dos de la tarde, pero él se retrasó por algunas cuestiones de negocios importantes que surgieron de repente y entonces no pudimos ir al yate hasta las cinco de la tarde. A esa hora, había estallado súbitamente una terrible tempestad. Había un anuncio de tempestad para prevenir a los pequeños barcos, pero de todas formas, el señor Addicks salió con su yate.

—¿Y entonces, qué ocurrió?

—Pues que aquello era una gran tempestad. Nosotros, finalmente, tuvimos que seguir adelante y hacerle frente. No llegamos a Catalina hasta el día siguiente por la mañana.

—Y ahora, dígame en qué fueron ustedes a bordo del yate. ¿En automóviles?

—Sí.

—¿Usted fue con el señor Addicks?

—Sí.

—¿Y Helen fue también con él?

—No, ella salió cerca de…, oh, yo no sé, cerca de una hora antes. Ella fue a bordo conduciendo un coche convertible sport. Ella tenía que hacer algún trabajo a máquina. Eso había sido lo que había causado el retraso, en primer lugar. Alguna cuestión de negocios que había surgido, y entonces el señor Addicks le dictó una gran cantidad de cosas. Yo creo que había algunas decisiones y algunas cartas confidenciales relacionadas con esos negocios.

—Siga usted.

—Bueno, ella fue al yate. El señor Addicks se quedó retrasado en casa para reunir algunos asuntos más, y después de esto él y yo marchamos juntos al yate.

—¿Había allí algunos invitados?

—No. Nosotros íbamos a recoger en Catalina a algunas personas, pero en el yate estábamos solamente la tripulación, Helen y yo.

—¿Cuándo vio usted por última vez a Helen?

—Esa tarde…, pero, espere un momento. Yo no la *vi* a ella. En el camino al yate, el señor Addicks decidió que había algunas correcciones que hacer en las cartas o lo que fuese que él le había dictado a ella; por consiguiente, tan pronto como nosotros llegamos a bordo, él fue directamente al camarote de ella. Estuvo allí dictándole a ella durante…, oh, yo no sé, creo que una media hora.

—¿Cómo sabe usted que él estaba dictando?

—Porque yo podía oírlo a él. El camarote de Helen estaba junto al mío. Nosotras compartíamos un cuarto de baño para los dos camarotes. Recuerdo que fui al cuarto de baño a lavarme y entonces oí al señor Addicks dictando, y evidentemente, él no estaba dictándole en taquigrafía sino que le dictaba directamente en la máquina de escribir, porque yo podía oírlo a él dictar y podía oír también a Helen tecleando en la máquina.

—¿Y después, qué ocurrió?

—Hay un puerto interior y otro exterior. Nosotros zarpamos, pero mar afuera la tempestad era terrible, y entonces el señor Addicks se dirigió al puerto exterior y esperamos allí a que el viento y el mar se calmasen. Pero éstos no se calmaron.

»El señor Addicks le telefoneó desde a bordo a sus amigos en Catalina. El tiempo de que disponía allí era limitado. El yate del señor Addicks era un barco grande que podía dar la vuelta al mundo, así pues, él zarpó navegando a media velocidad.

—¿Durante cuánto tiempo estuvo él dictando?

—Yo creo que hasta que ya resultó demasiado duro para Helen el escribir a máquina. Era terrible.

—¿Usted lo oyó a él dictando, después que salieron al mar?

—Oh, sí.

—¿Por cuánto tiempo?

—No puedo decirlo. Yo soy un mal marinero. Me fui a dormir.

—¿A dormir? —preguntó Mason.

—Sí. Yo tengo un medicamento que tomo cuando hay temporal y eso me produce muy buen efecto, pues me hace dormir extraordinariamente…

—¿Usted no cenó esa noche?

—¿Cenar? Cielos, no. Empecé a sentirme terriblemente mal, y después la medicina que yo tomo empezó a hacerme efecto y me fui

a dormir, y no creo que desperté hasta eso de medianoche. Entonces, yo me sentía bastante mal. Tomé un poco más de la medicina y volví a dormir, y a eso de…, oh, yo no sé…, a eso de las siete o las ocho de la mañana, me desperté y vi que había calma. Entonces estábamos entrando en la Isla.

—Y después, ¿qué ocurrió?

—Bueno, fue poco después de eso que descubrimos la desaparición de Helen. El señor Addicks fue abajo al camarote de ella y…, bueno, yo supongo que usted ya sabe el resto. En su cama no había dormido nadie.

—¿Acaso pudo ella ser accidentalmente barrida de la cubierta al mar? —preguntó Mason.

—Pudo haberlo sido, sí.

—¿Quizá ella estaba de pie en el puente?

—Puede que estuviese, pero había demasiado temporal. Yo estaba en mi propio camarote, pero hablé con algunos de los marineros después. Creo que las olas caían sobre los puentes. En ese canal, los temporales llegan a ser terribles.

—Muy bien —dijo Mason—. Helen estaba escribiendo un diario. ¿Usted sabía eso?

—Sí.

—Entonces, pues —dijo Mason—, yo tengo cuatro volúmenes de ese diario. Pero el volumen número cinco se ha perdido. Y ese volumen número cinco debió de haberlo empezado Helen aproximadamente dos semanas antes de la desaparición de aquélla. Esto es, el volumen número cuatro acaba exactamente dos semanas antes de su muerte. ¿Cree usted que ella dejó de escribir su diario?

—No, yo estoy segura que no lo hizo. Ella tenía una maleta. Ella acostumbraba a llevar siempre ese diario con ella. Recuerdo que reñí con ella un par de veces por eso.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que había de malo en que ella escribiese un diario?

—Es que está bien que una persona escriba en un diario unas cuantas cosas sobre el lugar donde se encuentra, lo que está haciendo y cosas de esta especie. Pero Helen vertía en su diario otras cosas más fuertes y anotaba en él hasta las horas. Las horas en que ella había salido con otras personas.

—Ésa es la cuestión —dijo Mason—. Eso es lo que yo quiero

saber sobre todo. ¿Qué clase de amigos eran los que ella tenía?

—Señor Mason, yo no creo que ella tuviese ninguno.

—Entonces ¿con qué objeto ella cuidaba tanto de mantenerse hermosa?

—Ella era ambiciosa. Quería ir a Hollywood y hacerse artista y pensaba que más pronto o más tarde tendría una oportunidad para eso valiéndose de algunas de las relaciones que ella lograría por medio del señor Addicks.

—¿Era el señor Addicks amigo de las gentes de Hollywood?

—No, ése es el problema. No lo era. Estaba en una posición en que podía haberlo sido, pero el señor Addicks —a mí no me gusta hablar sobre un antiguo patrón, señor Mason—, es muy insociable. Yo creo que su vida se ha formado dominada por…, bueno…, yo supongo que usted ya sabe sobre su hermano.

—¿Qué es lo que ocurre con él?

—Cometió un asesinato.

—¿Dónde?

—En algún país extranjero. Yo creo que fue en Australia.

—¿Y fue ejecutado?

—Yo supongo que lo fue. Todo lo que yo sé, es que cometió un asesinato y que el señor Addicks quería mucho, mucho, a su hermano, y al parecer el señor Addicks tiene…, bueno, si usted me lo pregunta, yo creo que el señor Addicks tiene miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de sí mismo. Miedo de que hay alguna especie de maldición en la familia, alguna clase de complejo criminal y que él sufre… la misma tara que tenía su hermano. Yo creo que él está tratando de descubrir algo respecto a todo eso.

—¿Y entonces es por eso que hace experimentos con monos y simios?

—La mayor parte, con gorilas. Él dice que los gorilas son los que están más cerca del hombre en su razonamiento psicológico; dice que los chimpancés son muy amistosos y todo lo demás, pero él está interesado en los gorilas.

—¿Y esos animales son mantenidos encerrados en jaulas?

—Exacto, así es. Desde luego, es preciso tener unas jaulas muy fuertes para ellos, porque…

—¿Y hay algún domador?

—Hay varios domadores, y también hay un psicólogo, el cuál…

—¿Y dónde vive toda esa gente? —preguntó Mason—. ¿Quién se encarga de la administración de la casa para ellos? ¿Quién les cocina?

—Ellos viven en sus hogares. Trabajan en una casa completamente separada que está frente a la calle de atrás. Van y vienen a su gusto. Pero no les está permitido el utilizar aquellos terrenos. Pueden ir a la casa principal por un pasillo, pero solamente les está permitido hacerlo en el caso de que los manden a buscar.

—¿Y quién cuida de los gorilas por la noche?

—Nadie. Están encerrados en fuertes jaulas provistas de pesados barrotes.

—¿Y qué ocurriría si se produjese allí un incendio durante la noche?

—Pues eso sería muy grave. Si usted quiere hablar de esa cuestión, yo pregunto: ¿qué ocurriría si hubiera un incendio de día? Usted no puede simplemente abrir la jaula de un gorila y decirle: «Anda, vamos».

Mason pensó un momento sobre esto.

—¿Y esos gorilas son feroces?

—Supongo que sí. Yo solamente acaricié a uno de los más pequeños; él me quiere. Algunos quieren a la gente, otros no la quieren. Algunos de los experimentos fueron hechos con el propósito de confundirlos. Son entrenados para que tomen la comida de una caja cuando toca una campana. Y otras veces reciben un choque eléctrico cuando tratan de tomarla. Después, los domesticadores les cambian todas las señales…, algo así como una «orientación confusa», así le llaman ellos. A mí no me agrada eso. Tampoco le gustaba a Helen.

—Bueno —dijo Mason—. Yo no puedo evitarlo, pero tengo que estar interesado en ello, en vista de lo que aparece escrito en, el diario. Muchas gracias.

La señora Kempton dijo:

—Helen mantenía su «yo» oculto para sí misma, señor Mason. Ella tenía una consumidora e irrefrenable ambición. Estaba dispuesta a sacrificar todas las cosas a eso, y desde luego, en alguna parte del pasado de su vida había un asunto de amor desgraciado.

—¿Le habló a usted sobre ello?

—Cielo santo, no. No necesitaba hacerlo. Aquello podía verse tan claro como la luz del día, a causa de lo que ella hacía.

—¿Y qué es lo que ella hacía?

—Evidentemente, había sido engañada por alguien que… Bueno, algunas veces, yo tenía la idea de que había sido por alguien que fantaseaba de ser un poco superior a ella. Helen parecía haber dedicado su vida entera a demostrarle a él que ella también podía triunfar en la vida, y la única cosa que había en la que ella podría obtener un gran éxito era…, pues algo así como las películas. Era realmente hermosa.

—Así lo creo —dijo Mason—. Yo tengo algunas fotografías de ella. ¿Quién tomó esas fotografías, sabe usted?

—El señor Addicks, supongo yo. Él estaba siempre tomando fotografías de personas, y en conjunto hacía algunas fotografías muy buenas.

—¿Tenía una cámara fotográfica en el yate?

—Él tenía cámaras en el yate, tenía cámaras en casa y tenía cámaras por todas partes. Poseía una gran cantidad de cámaras de diferentes clases.

—Y sobre el asunto amoroso de Helen, ¿cómo fue que usted consiguió esas informaciones?

—Pues, sumando dos y dos. Ella era una muchacha muy linda y normal; pero no parecía dispuesta a lanzarse. Trabajaba, escribía en su diario y tomaba baños de sol. Incluso, tenía una lámpara de cuarzo para darse con ella los baños, los días que estaban nublados y lluviosos.

—¿Y eso constituía el conjunto de su vida?

—Eso y su trabajo. Desde luego, no tenía realmente horas de oficina. Estaba a disposición para trabajar, siempre que ocurría que la llamasen, y desde luego acompañaba siempre al señor Addicks, cuando éste iba a alguna parte.

—¿Ocurría eso con frecuencia?

—Oh, sí. Él tenía muchos hierros al fuego. Podía llegar una llamada telefónica para algún negocio de minas o cualquier otro, y entonces él, llenaba el auto de cosas, partía y permanecía ausente… algunas veces con Hershey, otras veces con Fallon y algunas veces sólo…, pero siempre con Helen, desde luego. Ella iba con él en

todos esos viajes.

—Una pregunta más, antes de que usted se marche. ¿Cree usted que hubo alguna cosa realmente extraña respecto a la muerte de Helen?

—Desde luego, la hubo.

—Quiero decir, ¿cree usted que ella no se suicidó?

—¿Que ella pudo haber sido accidentalmente arrastrada de la cubierta por las olas?

—Soy yo quien le está preguntando a usted —dijo Mason.

Ella contestó:

—Señor Mason, yo no voy a decir nunca nada que pueda resultar una complicación para alguien. Usted ya sabe demasiado bien, como pueden empezar los rumores, y todo cuanto éstos pueden causar para arruinar completamente la carrera de una persona…, pero…, bueno, si yo hubiera sido la policía, no hubiera abandonado ese asunto tan fácilmente.

—¿Y por qué no?

—Porque…, bien…, yo sé, yo sé absolutamente, que Helen no se suicidó, y sé que alguien tomó su diario y lo arrojó al mar por la borda.

—¿Y cómo es que sabe usted eso?

—Porque su diario se perdió y yo sé que ella lo hubiera tenido con sus cosas personales.

—¿Y cómo sabe usted que se perdió?

—Yo tuve la obligación de ir al cuarto de Helen después que ella desapareció para poner todo en orden y reunir todas sus cosas para entregarlas al Administrador Público. Éste fue allí conmigo y recogimos todas las cosas. Él puso sus ropas y efectos personales en una caja, y todos sus libros en otra.

—¿Ella no dejó parientes?

—Nadie pudo averiguar lo más mínimo sobre ella, ni de dónde procedía, ni nada.

—Nathan Fallon afirma que él es pariente lejano de Helen —dijo Mason.

—¿Nathan Fallon dice eso? —preguntó la mujer con incrédula sorpresa.

Mason asintió con la cabeza.

—Ella odiaba la tierra que él pisaba. Él no estaba más

emparentado con ella que… que lo que pueda estarlo con esos simios encerrados en las jaulas.

—Entonces, ¿no cree usted que Helen quizá lo hubiera conocido antes de que ella tuviese el empleo y…?

—¿Quiere usted decir si ella le debía su empleo a él?

—En un sentido, sí.

—Cielo santo, no. Ella odiaba a Nathan Fallon.

—¿Y cuáles son los sentimientos de usted hacia él?

—A mí no me gusta odiar a la gente.

—¿Pero a usted no le agrada él?

—Definitivamente, no.

—¿Trató Fallon de ser atento con…?

—¿Si trató de ser atento con ella? Desde luego que sí. Al principio, él trató de tomarse confianzas con ella…, pero entonces ella lo puso en su sitio. Él es uno de esos individuos que van por ahí tomándose libertades con todo el mundo, pero nunca con buenas intenciones Él es… exactamente la clase de individuo que de alguna manera no está limpio. Uno siente el deseo de escupirle en la cara.

—Bueno, yo creo que con eso ya me ha dado usted toda la información que yo quería —dijo Mason—. Yo estaba principalmente interesado en averiguar sobre ese diario que se perdió.

—Bueno, pues yo… he hecho un montón de conjeturas sobre eso mismo. Puede que ella lo llevase consigo cuando fue a la cubierta.

—¿Y hay alguna otra cosa sobre la que usted haya conjeturado?

—Sí.

—¿Qué cosa?

—Bien —dijo la mujer—, sobre ese importante documento que ella estaba escribiendo para el señor Addicks. Con frecuencia, he conjeturado sobre eso y sobre lo que le habrá ocurrido a ese documento.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ese documento no estaba en su camarote y yo no creo que Addicks lo tomó consigo cuando salió del camarote de ella. Desde luego, pudo haberlo tomado, pero yo lo dudo, pues era de suponer que ella debía acabar de escribirlo a máquina a la mañana siguiente. Ellos dejaron el trabajo cuando la tempestad empeoró.

—Bueno, pues supongamos que su muerte no fue suicidio, y

supongamos también que no fue accidente —dijo Mason.

Ella lo miró fijamente.

—Eso deja sólo una posibilidad: el asesinato.

—Eso deja sólo como posible el asesinato.

El rostro de la mujer permaneció absolutamente sin expresión. Sus labios estaban juntos, apretados.

—Usted no dice nada sobre eso —le dijo Mason.

—No voy a decir nada.

Mason se puso en pie y le estrechó la mano.

—Bien, estoy satisfecho de haberles sido de algún servicio, y lo estoy también de que usted haya conseguido un arreglo, señora Kempton.

James Etna tomó la mano de Mason y levantó su brazo arriba y abajo efusivamente.

—Nunca podré darle a usted suficientes gracias, lo mismo en nombre de mi clienta que en el mío. Yo…, bien, no puedo ni siquiera expresarle cuánto ha significado eso para nosotros dos.

—Está muy bien —dijo Mason—; yo me encuentro satisfecho de hacer eso por usted.

—Usted ha sido ciertamente muy amable.

—A propósito —dijo la señora Kempton—, yo también perdí algunas cosas en aquella casa. ¿No le importaría a usted decirme, si lo sabe, qué es lo que fue encontrado en esa colección de objetos en la urna? ¿Había un arete en la urna que hace juego con éste?

Mostró un pendiente y Della Street asintió con la cabeza enfáticamente.

—Allí estaba el compañero de ese arete —dijo ella—. Recuerdo haberlo observado en particular, así como la forma en que las perlas habían sido engarzadas juntas en un pequeño broche.

—Oh, gracias —dijo la señora Kempton—. ¡Estoy tan contenta! Mi madre tenía esos aretes y sufrí un gran disgusto cuando uno de ellos me desapareció. Yo…

—¿Informó usted a alguien de que le había desaparecido? —preguntó Mason.

—No.

—¿Por qué no?

—Pues yo pensé…, no sé. Vive y deja vivir, es mi consigna, y yo no quería hacer nada que fuese a causar trastornos.

—¿Usted creyó que lo había perdido?

—Yo sabía que no lo había perdido porque los dos aretes estaban guardados en mi joyero, y cuando fui a ponérmelos, sólo uno de ellos había desaparecido.

—Entonces ¿usted pensó que alguien lo había tomado?

—Bueno yo…, yo no sabía.

—¿Y usted no dijo nada?

—No.

—Pues estaba —dijo Mason— entre el montón de cosas que aparecieron en la urna. Recuerdo haber visto allí un arete de perlas, y la señorita Street pareció estar completamente segura de que es el compañero de ese que usted tiene.

—Yo estoy segura —dijo Della.

—Muchas gracias —dijo la señora Kempton dedicándoles el obsequio de su paciente y tranquila sonrisa.

James Etna parecía como si se dispusiese a volver a estrecharles la mano otra vez.

—Ésta es una de las experiencias más interesantes que yo haya tenido jamás, señor Mason. Yo estaba deseando conocerlo a usted, ¡y pensar que usted iba a ayudarme en un caso de esta especie! Eso significa mucho, señor Mason. Yo se lo agradezco.

—Estoy muy satisfecho de hacer lo que pueda —dijo Mason.

Etna y la señora Kempton abandonaron la oficina. Della Street miró a Perry Mason.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Ese pequeño compañero nuestro de juego… —le dijo Mason.

—¿Quiere usted decir, el Destino?

Mason movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y qué es lo que el Destino está haciendo ahora?

—Yo creo —dijo él— que había alguna razón por la cual me sentía atraído por esos diarios de Helen Cadmus.

—Muy bien —dijo ella—. El Destino quiso que usted le hiciese un buen favor a la señora Josephine Kempton, y usted se lo ha hecho. Y si usted me preguntase yo apostaría que cinco mil dólares de minuta, significan muchísimo para ese joven abogado.

—Probablemente es así —dijo Mason—, pero todavía nosotros no tenemos la respuesta, ¿no lo cree usted?

—Pues yo no veo por qué no. Usted ha aclarado todas las cosas

y…, oh, ya veo. ¿Usted está pensando sobre la desaparición de Helen Cadmus?

—Yo estoy pensando sobre la desaparición de Helen Cadmus.

—¿Usted no cree que eso fuese un suicidio?

Mason dijo:

—Yo no puedo sobreponerme a la idea en el fondo de mi mente de que eso pudo haber sido un asesinato.

—¡Cielo santo, Jefe! Solamente hay una persona que pudo haberla matado, y ésa es Benjamin Addicks.

—O el amigo de ella, Nathan Fallon —dijo Mason—. No lo olvide a él.

—Y… —dijo Della Street, y se detuvo.

—Sí —dijo Mason sonriendo—, continúe usted.

Della Street sacudió la cabeza.

La sonrisa de Mason se ensanchó.

—Oh, muy bien —dijo ella—. Me odio a mí misma por pensar siquiera en ello, pero si usted está empezando a imaginarse que se trata de un caso de asesinato, no puede pasar por alto a la mujer que ocupaba el camarote adjunto, que tenía oportunidad para entrar en el de Helen a cualquier hora, con ir solamente a través del cuarto de baño, y la cual dijo que había tomado una medicina que la había hecho dormir toda la noche… Dios santo, Jefe, ¡qué mente tan horrible y fea se me está poniendo por trabajar para un abogado cínico!

—¡Qué mente tan magnífica y lógica se le está poniendo a usted! —rectificó Mason.

—Jefe, ¿usted no sospecha de ella?

—En un caso de asesinato —dijo Mason— uno sospecha de todo el mundo.

—Pero usted no sabe si esto es un caso de asesinato.

—No —dijo Mason— y algunas veces conjeturo sobre si será posible que yo vaya a averiguarlo. Conjeturo en alguna forma sobre si las gentes no dejarán detrás de ellas una especie de pensamiento telepático que puede ir a integrarse en la mente de otra persona.

—O si usted es espiritista —dijo Della Street— usted puede pensar que quizá Helen Cadmus, sabiendo la habilidad de usted para arrancar la verdad en un asunto, ha estado infiltrando en usted un ansia subconsciente quizá.…

—Deje eso —dijo Mason riendo— o me voy de aquí a ver a una médium.

—Bueno —dijo Della Street—, en estas circunstancias, sería curioso ver lo que diría una médium.

—Yo creo que una buena parte de todo esto, es telepatía mental —dijo Mason—, pero ella puede leer mi mente y confundir las claves.

—Ella no podría confundirlas más de lo que usted me ha confundido a mí —dijo Della Street—. Usted me ha dado escalofríos. Hay algo sobre este asunto…, bueno, yo no sé… Ahora que usted lo menciona, hay algo sobre esa mujer…

—¿Quiere usted decir, la señora Kempton?

—Sí.

—Es más bien un tipo raro —dijo Mason— pero no un tipo extraordinario. Usted los ve más bien con frecuencia, particularmente en personas que son amas de llaves. Ésas son las personas que, a causa de muerte o alguna otra razón, han perdido sus propios hogares, y, sin embargo, están interesadas en tener un hogar. Así, ellas se alquilan para hacer el hogar de cualquier otro y al hacerlo así…, bueno, naturalmente, tienen que reprimir muchos de sus propios sentimientos, y entonces usted recibe de ellas esa atmósfera general de represión y…

Della Street se estremeció:

—Yo quisiera no haber pensado en todo eso. Estoy sintiendo escalofríos en toda mi espina dorsal.

—Muy bien, dejemos de pensar en eso —dijo Mason— y vamos a trabajar.

Capítulo 7

Mason y Della Street, que se hallaban trabajando ya tarde esa noche en la oficina, fueron interrumpidos por el constante sonar del teléfono situado en el despacho exterior.

—Yo creí que ya habían parado de llamar —dijo Mason.

—Pues todavía continúan llamando —dijo ella—. Ya usted lo oye.

—Alguien ciertamente es optimista —dijo Mason—. Ese teléfono no ha cesado de sonar, salvo algunos intervalos, durante los últimos cinco minutos. Vaya a ver quién es, Della.

—No sé quién pueda suponerse que usted se encuentra trabajando a esta hora de la noche.

—Bien, recuerde lo que sucedió con James Etna. Aprovechemos esta oportunidad y… vea quien es, Della.

Della fue al conmutador y dijo:

—¡Hola! —Y frunciendo el ceño, añadió—: Sí… ¿Quién?… Oh, la señora Kempton.

Della llamó la atención de Mason y señaló al teléfono.

Mason, suavemente, tomó el auricular de su propio teléfono para poder escuchar la conversación.

La voz de la señora Kempton, llegaba por la línea, sonando casi enloquecida.

—No he conseguido encontrar al señor Etna. ¡Estoy en una terrible situación! No sé lo que he de hacer. Necesito ver a alguien. Quiero…, ¡oh! Estoy ansiosa de hablar con el señor Mason. He tratado de lograrlo, pues preciso que alguien me ayude. Yo no sé lo que sucedió aquí. Me encuentro en una situación muy desagradable.

—¿Dónde está usted? —preguntó Della Street.

—Estoy en Stonehenge. En la mansión de Benjamin Addicks, y ha sucedido algo terrible.

—¿Está usted allí?

—En Stonehenge. En la casa del señor Addicks.

Mason cortó el diálogo entre las dos mujeres, diciendo:

—Aquí habla Perry Mason, señora Kempton. Y ahora, ¿puede usted decirme lo que sucedió?

—No puedo decirlo por teléfono, señor Mason. Esto es terrible. Necesito ayuda.

—Le sugiero que llame a la policía, Señora Kempton.

—No, no. La policía no, hasta que yo hable con un abogado. Tengo que ver a un abogado. He tratado de ponerme en contacto con el señor Etna, para que él lo buscase a usted. Usted es el único abogado que yo quiero, señor Mason. Yo tengo dinero para pagarle, gracias a usted. Preciso verlo a usted.

—¿No puede usted venir aquí?

—Yo no quiero…, hay aquí algo…, es por eso por lo que yo quiero verlo a usted. Necesito su consejo.

—¿Cómo es que usted se encuentra ahí?

—¡Señor Mason, por favor! No puedo explicarle eso por teléfono. Oh, si usted pudiese *siquiera* venir aquí. *Por favor*, venga, señor Mason. Puedo asegurarle a usted que ésta es la cosa más importante que yo he pedido en toda mi vida. Me estoy volviendo completamente loca.

—Conforme —dijo Mason—. Iré. Ahora, dígame, ¿dónde está el señor Addicks?

—Señor Mason —dijo ella dando por ignorada la pregunta—, por favor, haga exactamente como yo le digo. La entrada del frente de la casa está en la calle Olive. Hay una puerta de hierro, y está allí un guardián, pero la parte de atrás tiene una entrada, por la calle Rose, que es utilizada por las personas que cuidan de los animales. Esa entrada no tiene guardián alguno. Hay una puerta con cerradura. Yo estaré en esa puerta. Le llevará a usted unos quince minutos llegar aquí, señor Mason. Por favor, dese prisa, venga usted todo lo deprisa que pueda. ¿Puede usted salir para aquí ahora mismo?

—Sí, salgo ahora mismo —dijo Mason—. Usted me espera en la puerta de atrás. La que está en la calle Rose, según le entendí.

—En la calle Rose, exactamente, en el lado opuesto a la calle Olive, donde está situada la gran puerta de hierro. Es una fachada

sencilla, parecida a la de un garaje. La puerta tiene el número 546. Eso es todo. Exactamente, es la puerta con el número 546, en la calle Rose. Usted va allí y llama a la puerta. Yo estaré esperándolo… Y si usted puede, venga de prisa.

—¿Hay alguna razón por la cual quizá usted no pudiera acudir allí? —preguntó Mason.

—Sí —dijo ella, y precipitadamente colgó el teléfono.

Mason intentó en vano renovar la comunicación y después miró a Della Street, la cual había colgado su propio auricular y venía ya al encuentro de él.

—¿Cree usted que le cortaron la comunicación, Della?

—Yo creo que fue ella quien colgó, Jefe.

—Bien —dijo Mason—, evidentemente la situación allí va a llegar a su culminación.

—Pero. Jefe, ¿qué puede estar ella haciendo allí? ¿Llegaría a algún arreglo con Addicks?

—Puede que ella haya tratado de chantajearlo por el asesinato de Helen Cadmus —dijo Mason—. Usted sabe que ella es una persona extraña. Ciertamente ella escuchó con sumo interés todo cuanto nosotros dijimos aquí sobre Helen Cadmus y sus diarios.

—Bien —dijo Della Street—, vamos allá. Nosotros podemos hablar de eso por el camino…

—¿De dónde saca usted eso de *nosotros*? —preguntó Mason—. Eso puede resultar un poco peligroso, Della.

—No creo que usted vaya a dejarme aquí ahora —dijo ella—. Yo soy una muchacha valiente. Venga, vámonos.

Della recorrió rápidamente la oficina, apagó las luces, tomó el sombrero y se lo puso, le dio el suyo a Mason, y de un tirón abrió la puerta de emergencia.

—Yo bajo al vestíbulo y subo el ascensor aquí —dijo ella, y cruzó rápida al lado de Mason, yéndose de puntillas por el largo y resonante pasillo.

Cuando Perry Mason llegó al ascensor, ya Della Street estaba esperándolo.

—Buena muchacha —dijo Mason.

El portero de noche, encargado del ascensor, dijo:

—Ustedes, amigos, parece que van a alguna parte con mucha prisa.

—Así es —le respondió Mason.

El portero bajó el ascensor a la planta baja, mientras Mason garrapateó su firma en el libro de registro, marcando su hora de partida de la oficina.

Cruzaron hasta el parque de estacionamiento, se metieron en el auto de Mason y éste puso en marcha el motor, saludó con la mano al encargado del estacionamiento, y rápidamente salió por la parte de atrás, por una callejuela, tan veloz, que los neumáticos lanzaron un chirrido de protesta.

Mason aflojó la marcha lo suficiente para conservar el coche bajo control cuando llegó al final de la callejuela, hizo un repentino viraje para salir a la calle ancha y presionó el acelerador.

Deslizóse pasando la primera intersección con la luz de tráfico en el color amarillo, siendo la luz encarnada la próxima.

—Si hubiéramos tenido que parar y darle una gran cantidad de explicaciones al policía de tráfico —advirtió Della Street— nos hubiéramos retrasado.

—Lo sé —dijo Mason—, pero yo tengo un presentimiento de que se trata de algo realmente urgente.

Della Street observó:

—Pero, si no hemos de llegar allí sanos y salvos, mejor hubiera sido no haber ido.

—Eso también es verdad —dijo secamente Mason.

—Jefe. ¿Y usted va a ese sitio así a ciegas?

—¿Qué es lo que quiere usted decir?

—¿Que si piensa usted encargarse del asunto de ella? Bien, usted sabe lo que yo quiero decirle.

—¿Para el caso de que nosotros encontremos un cadáver allí? —dijo Mason.

—Sí.

—No sé —contestó Mason—. Hay algo muy extraño en cuanto a Josephine Kempton. Yo no sé lo que eso es. Uno tiene la impresión, cada vez que habla con ella, de que está muy interesada en saber lo que uno está pensando, pero ella en cambio no da lugar alguno a que se sepa lo que ella piensa. Sin embargo, uno tiene la sensación de que ella tiene una idea clara sobre el juego que se trae, aunque uno nada sabe sobre ella. Y quien tiene estos sentimientos, puede resultar peligroso.

—Ella puede meterlo a usted en algún lío, si usted obra impulsivamente.

—Ya lo sé —admitió Mason—. Por eso quiero medir la situación antes de decidir lo que he de hacer. Hay algo en todo este caso, Della, que me ha hecho sentir una gran curiosidad.

—Para su información —dijo fríamente la muchacha— tenía usted que haber parado en la esquina de ese boulevard qué acabamos de cruzar.

—Ya lo sabía —dijo Mason—. Pero como no vi ningún automóvil viniendo para cruzar no había razón alguna para cumplir esa inútil formalidad legal.

Della Street, acomodada en el asiento de atrás del automóvil, estiró los pies elegantemente poniendo su brazo en el sujetador para agarrarse en las paradas repentinas, y dijo:

—Yo creo que la última observación que usted hizo, es muy propia de su carácter.

Cuando se aproximaban a Stonehenge, Mason dijo:

—Voy a dar un rápido vistazo alrededor y por el frente de la casa, Della.

—El guardián lo verá a usted.

—No voy a parar en el sitio de estacionamiento de la acera. Conduciré pasando de largo, lo suficiente despacio para ver la casa.

—Usted no puede verla desde la calle. ¿O sí?

—Yo creo que podremos ver algo de ella.

El abogado guió su auto bajando despacio la calle Olive, pareciendo como si fuese a parar junto a la acera, donde estaban las dos macizas columnas de piedra.

La pesada puerta de hierro estaba cerrada.

—Yo no veo ningún guardián —dijo Della Street.

—Si yo paro el auto aquí, tengo la impresión de que él aparecerá repentinamente —dijo Mason conduciendo rápido hacia la esquina y doblando a la derecha.

A mitad de lo largo de la calle, había un punto desde donde era posible obtener una vista completa, sin ser molestado, del alero Norte de la mansión.

—El edificio parece una iglesia —dijo Della Street.

Mason, lentamente, detuvo el auto.

—Hay una fuerte cerca de diez pies de altura que rodea la casa

—dijo él—. En lo alto, la cerca se abre como una Y, con alambre de púas a ambos lados de las puntas de la Y. Lo cual quiere decir que hay un saliente de forma que no se puede escalar ni hacia dentro ni hacia fuera. El señor Addicks, ciertamente, guarda bien su retiro.

—De veras que sí, Jefe… Mire. ¡Mire allí!

—¿Dónde?

—Ese saliente de la ventana en el alero. Vea aquel hombre. Está tratando de saltar por la ventana y…

—Eso no es un hombre —dijo Mason—. Eso es un gorila.

Sentados dentro del coche, en silencio, expectante, mientras el oblicuo foco de la luz marcaba el pesado cuerpo del gigantesco gorila. El animal estiró hacia adelante, tanteando, un largo brazo, y después dio un salto hasta las ramas de un tupido árbol. Un momento después, se escabulló bajo el árbol y pocos segundos después de eso, una inundación de luz brillaba en todo el jardín. Las sirenas empezaron a sonar advirtiendo el peligro y el ladrido de los perros produjo un crescendo de excitación.

—Y *ahora,* ¿qué? —preguntó Della Street.

—Evidentemente, nuestro gorila bajó a tierra —explicó Mason— y cruzó a través de la luz invisible. Debió de tocar algún tablero eléctrico, el cual inundó todo este sitio de luz e hizo sonar las sirenas, advirtiendo así a los perros policías. Ahora, veremos lo que sucede.

Mason se sentó, observando durante unos segundos, y después, repentinamente, puso el auto en movimiento.

Della lo miró con sorpresa.

—Jefe, ¿no tratará usted de ir a la casa ahora?

El movió la cabeza afirmativamente.

—¿No haríamos mejor en esperar a ver los acontecimientos?

—Quizá lleguemos allí antes de que alguno de estos sucesos tenga lugar —dijo Mason.

Hizo penetrar el auto en la calle Rose.

La alta cerca, con el alambre de púas en las puntas de la Y formaba allí un ángulo entrante, dejando abierto un espacio pavimentado de cemento para estacionar coches frente de una hilera de garajes. Había un edificio de dos pisos, unos veinte pies atrás de la calle, quedando así gran espacio para estacionar y dar vuelta con los automóviles.

En la puerta de ese edificio de dos pisos, el número 546 era claramente legible.

Mason paró el auto frente de la puerta, se apeó y puso su dedo en el botón del timbre.

Oyó el sonido de un timbre eléctrico, pero nadie respondió a su llamada.

—Jefe —dijo Della Street inquieta—. ¿Dijo ella que nosotros la encontraríamos aquí? Si no está…, bien…, ¿qué es lo que ocurrió? Podemos llamar a la policía o…

Mason denegó con la cabeza y nuevamente presionó el botón del timbre.

—Algo sucedió —dijo él—. Alguna cosa que estropeó los planes de ella. Por de pronto, uno de aquellos grandes gorilas anda huido.

—Jefe, los gorilas pueden hacerlo a usted pedazos. La forma en que ese gran animal apareció bajo el reflejo de la luz, y después saltó al espacio agarrándose a la rama del árbol.

Della empezó a temblar de miedo.

—Ya lo sé —dijo Mason—. Le produce a uno espanto. Pero aquí ocurre algo completamente anormal. La señora Kempton revelaba realmente pánico en su voz.

—Bueno…, al parecer, nadie responderá a su llamada.

Mason forcejeó la puerta.

—Está abierta —dijo.

—Jefe, no entre.

—Usted espera dentro del auto —le dijo Mason—. Si yo no regreso en cinco minutos, va usted en el auto al teléfono más cercano y después llama a la policía.

—No, no. Yo voy adentro con usted. Yo…

—Usted espera en el auto —le dijo Mason—. Usted tiene cinco minutos.

—Jefe, yo voy con usted.

—Usted no puede ayudarme en nada. Nada puede hacer.

—Quizá no, pero siempre será mejor eso que estar sentada en el coche esperando…

—No —interrumpió Mason—. Usted esperará dentro del auto. Transcurridos los cinco minutos, llama a la policía. Si yo no regreso en cinco minutos, no espere por mí, no vacile. Vaya en el coche a un lugar cerca donde haya un teléfono y llame a la policía.

—Si usted no regresa en cinco minutos, no haré nada práctico llamando a la policía —dijo ella—. Usted lo sabe y yo también.

—Espere dentro del auto —le dijo Mason.

—Lo que usted está tratando es de mantenerme fuera del peligro —protestó ella.

—Ésa es una orden —le dijo Mason, y abriendo la puerta, entró en la casa, cerrando después despacio detrás de él. Había un pasador en el interior de la puerta y lo echó, por si Della Street decidiese ignorar sus instrucciones y tratase de seguirlo.

Allí dentro, el peculiar y fétido olor de los animales que ocupaban aquel sitio, era muy acentuado y le pareció como si se encontrase en un zoológico.

Echó a andar por un corto pasillo hacia una puerta abierta y entró en una oficina equipada con escritorios, armarios de ficheros y máquinas de escribir. Había una docena de mapas con gráficos en la pared.

Mason cruzó esa oficina, abrió una puerta y se encontró en un largo corredor en el cual, a uno de los lados, había una larga hilera de jaulas.

Dentro de esas jaulas, estaban gorilas, chimpancés, monos, todos ellos aparentemente en un estado de gran excitación.

Todas las luces en aquel lugar parecían hallarse encendidas, pues el corredor se encontraba inundado de resplandores.

Lejos, al final del corredor, Mason vio que dos de las grandes puertas de hierro estaban completamente abiertas.

Vaciló durante un largo instante, después caminó hacia el fondo del pasillo manteniendo sus pasos lo más uniformes posibles y sus ojos en dirección al frente, tratando sobre todo de no mostrar temor alguno.

Los monos parloteaban dirigiéndose a él, con aguda excitación. Un gorila palmoteo sus manos cuando el abogado pasó cerca de él. Los explosivos ruidos semejaban los estampidos de una ametralladora al ser puesta en acción.

Con esfuerzo, Mason continuó caminando firmemente y controlando cualquier posible demostración exterior de sus nervios.

Estaba directamente frente a una gran jaula con macizos barrotes de hierro cruzando la puerta, Cuando con un endemoniado grito, un enorme gorila que había permanecido al fondo en una

esquina de la jaula, saltó hacia Mason chocando su cuerpo contra los barrotes de la jaula con tal fuerza, que hizo estremecer hasta el piso. Un momento después, un largo y peludo brazo salió traidor a través de los barrotes, tratando de aprisionar al abogado.

Mason saltó hacia atrás. Los cortos y gruesos dedos del enorme gorila arañaron uno de los lados de su chaqueta, tratando de hacer presa en ella pero fallaron.

Mason se incrustó contra la pared. El enorme animal lo miró lleno de furia y después, repentinamente, se desprendió de los barrotes de la jaula, mostrando sus colmillos y empezando a golpearse el pecho con las manazas.

Prensado contra la pared, Mason se estrechó cuanto pudo para deslizarse fuera de aquel lugar.

El gran gorila hizo otro intento de agarrarlo. Esta vez, su mano, sólo por una pulgada, no alcanzó las ropas de Mason.

Luego, pareció como si el gorila empezara a reír. Mason miró fascinado al negro cuerpo, la negra cara, los burlones ojos y la gran boca roja abierta, mostrando los colmillos en una devoradora mueca.

Mason dijo:

—Muchacho, yo no sé si estás tratando de ensayar algún juego conmigo o de meterme miedo, o si quieres agarrarme y hacer pedazos todas las partes que componen mi cuerpo, pero no voy a darte esa oportunidad.

El gorila continuó golpeándose violentamente, el pecho.

Al otro lado de esta jaula, estaba otra encerrando a un animal que a Mason le pareció un chimpancé; después, había una jaula de monos, y luego las dos jaulas vacías, con las puertas, que se encontraban completamente abiertas, oscilando.

Mason tuvo la inquietante sensación de que hacía sólo unos momentos que los grandes animales habían escapado y de que todas las probabilidades eran de que hubiesen penetrado por toda la casa, atravesando la puerta que Mason podía ver oscilando al final del pasillo.

Miró su reloj. Había transcurrido poco más de un minuto desde que dejó a Della Street frente a la casa.

Mason empujó la puerta. Como él había supuesto, esta puerta daba directamente al interior de la residencia principal. Había

magníficas alfombras en el suelo y una gran lámpara de cristal pendía del techo. Un tramo de escalera comunicaba con el segundo piso.

Mason dudó, pensando si seguir o retroceder.

—¡Hola! —gritó.

Hasta a sus propios oídos su voz le sonó falta de firmeza.

Súbitamente, del segundo piso llegó un terrible ruido, producido por una serie de golpes dados con tan indescriptible rapidez y fuerza, que parecía como si se estuviera viniendo abajo la casa entera.

Mason llamó:

—¡Señora Kempton! ¿Está usted bien?

Los golpes cesaron inmediatamente.

—¡Señora Kempton! —llamó otra vez—. ¡Oh, señora Kempton!

De nuevo se oyó el ruido y esta vez parecía más cerca, mucho más cerca de las escaleras.

Mason corrió hacia las escaleras que conducían al segundo piso, subiéndolas a saltos de dos en dos.

Al final de las escaleras, había otro pasillo, y mirando al fondo de éste, Mason descubrió la causa del tremendo ruido. Un enorme gorila estaba con el largo brazo izquierdo extendido, colgando con su manaza del borde superior de una puerta abierta, mientras con sus pies y la otra mano golpeaba violentamente sobre el piso del pasillo.

Cuando vio a Mason, el gorila se soltó de la puerta cesando de golpear y vino corriendo hacia el abogado con un singular movimiento bamboleante y lleno de alborozo.

Mason se detuvo rígido.

El gorila continuó avanzando.

Mason, mirando temeroso detrás por encima del hombro, comprobó que antes de que él pudiera llegar a la mitad de la escalera, el gorila lo alcanzaría.

Mason alargó adelante su brazo, poniendo la mano hacia arriba con la palma abierta.

El gorila se detuvo golpeándose el pecho rápidamente con ambas manos, hasta que el pasillo entero resonaba con un eco hondo como el sonido de un tambor.

Mason dio despacio un paso atrás, buscando a tientas con su

mano el borde de la barandilla de hierro de la escalera.

De repente, el gorila cesó de golpearse el pecho y se puso a observar a Mason, igual que un gato puede observar a un ratón.

El abogado buscó a tientas la barandilla de hierro de la escalera sin encontrarla, pero en cambio su mano tropezó con el tirador de una puerta. Giró el tirador. La puerta no estaba cerrada con llave y se abrió hacia dentro. Mason se lanzó a través de ella y rápidamente la cerró, buscando frenético la llave. Encontró un pesado cerrojo, lo echó y así quedó encerrado allí.

Reinaba un completo y siniestro silencio en el pasillo.

Mason descubrió que se encontraba en un cuarto grande, amueblado en una combinación de cuarto de dormir y de oficina. Detrás de una cortina, divisó los pies de una cama y encima de la misma, los pies de un hombre que se encontraba echado en ella.

Había una gran mesa de escritorio, una pareja de casilleros, una caja fuerte, estantes conteniendo libros, pinturas en la pared, algunos retratos con marcos y media docena de amplias butacas.

Mason comenzó a caminar alrededor de la gran mesa, pero en seguida se detuvo al ver el cuerpo de una mujer tendido en el suelo, vuelto ligeramente, con la cabeza echada hacia atrás, su mano izquierda apretada y la derecha caída sobre la alfombra con los dedos extendidos.

El reflejo de la luz daba de lleno en el rostro de la mujer, no dejando duda sobre su identidad. Era la señora Kempton.

Mason corrió acercándose a la cama.

Un hombre yacía boca abajo sobre el lecho.

El mango de un gran cuchillo sobresalía en su espalda. El cuchillo había sido introducido hasta el puño y la sangre estaba desparramada sobre la colcha y había salpicado la pared. Cuando Mason miró más de cerca, vio la herida producida por una dentellada en un lado del cuello de aquel hombre.

No era necesario tomarle el pulso para saber que el hombre estaba muerto.

Mason se volvió hacia el lugar donde yacía la señora Kempton.

Al hacer esto, todo el cuarto retumbó con el impacto de un terrible golpe contra la puerta.

Luego, por unos momentos, hubo silencio, y después, de súbito, el impacto volvió a producirse. Esta vez la puerta crujió y las

bisagras saltaron cayendo dentro del cuarto.

De pie en la puerta y mirando ceñudo a Mason, se encontraba el enorme gorila que el abogado había visto antes al final del pasillo.

Mason trató de detenerlo hablándole:

—Un momento, muchacho —le dijo—. Quieto. Tómalo con calma.

El gorila, inmóvil, miraba directamente a Mason. El tamaño del gran escritorio, impedía al animal el ver a la señora Kempton tendida en el suelo, al igual que se lo había impedido antes a Mason.

Fue un momento de gran tensión. Mason oía los latidos de su propio corazón, veía al gorila observándolo con los ojos fijos en todos los movimientos que Mason realizaba.

—Calma, muchacho —dijo Mason.

El gorila se movió, avanzando y poniendo uno de sus pies encima de la destrozada puerta; después, de pronto, retrocedió como si hubiese cambiado de idea. Los largos brazos del animal se tendieron hacia adelante con el antebrazo izquierdo descansando ligeramente sobre la puerta astillada y la mano derecha agarrándose al quicio.

Mason trató de retenerlo con una mirada.

Durante un largo momento ninguno de los dos se movió.

Fue Mason quien al fin cortó el silencio, y esforzándose por conservar su voz natural, le habló al gorila.

—No sé qué demonios decirte en estas circunstancias. No sé qué hacer. Tengo la impresión de que si avanzo, seré muerto, y si retrocedo, estoy seguro de que también moriré. Si me quedo aquí sin hacer nada, sólo conseguiré provocar un ambiente de tensión y…

De repente, Mason tuvo la consciencia de oír la voz de la señora Kempton surgiendo desde el suelo; una voz débil, pero en la que se notaba gran apremio.

—No mire al animal, señor Mason —le advirtió ella—. Agáchese y haga algo en el suelo. Saque de su bolsillo unas monedas, una navaja, un reloj, alguna cosa que brille. Y empiece a colocarlo todo en el suelo en forma concentrada.

Mason, con los ojos todavía fijos en el gorila, dijo por encima del hombro:

—¿Está usted bien, señora Kempton? Yo tenía el temor de que usted…

—No piense en mí ahora, haga como le digo. ¡De prisa!

Mason oyó a la señora Kempton moverse detrás de él, esforzándose por sentarse.

Él tenía unas monedas en el bolsillo derecho del pantalón, las sacó, las echó en el suelo y empezó a colocarlas, poniendo unas encima de otras y en círculo, completamente concentrado en esta tarea.

Después de un momento, Mason estaba seguro de que el gorila había avanzado un paso adelante, y que la atención del animal estaba concentrada en observar las monedas que Mason estaba colocando con tanta precisión.

La señora Kempton logró por fin sentarse; después, se puso sobre sus rodillas.

—¿No tiene alguna cosa más? —preguntó ella—. Un lápiz dorado, un reloj, cualquier cosa.

Mason se quitó su reloj de pulsera y lo colocó también en el suelo, en el centro del círculo formado por las monedas, advirtiendo cuando hizo esto que habían transcurrido exactamente seis minutos desde que había dejado a Della Street en la puerta de la casa. Si la muchacha había seguido en efecto las instrucciones que él le había dado, estaría ahora telefoneándole a la policía.

—Y ahora —dijo la señora Kempton— camine hacia atrás, despacio, manteniendo sus ojos fijos en las monedas. No mire al gorila. Camine hacia atrás, de espaldas, despacio. Cuando usted haga eso, él irá hacia el lugar donde están las monedas a ver qué estaba usted haciendo. Sentirá curiosidad y empezará a jugar con los objetos que usted dejó en el suelo…, o por lo menos así lo espero…

Mason se enderezó poniéndose en pie.

—No mire al gorila —advirtió la señora Kempton.

Mason continuó con los ojos fijos en las monedas, el lápiz plateado y el reloj de pulsera que dejara en el suelo.

—Siga, caminando de espaldas —dijo ella—. De espaldas y despacio hacia donde yo estoy.

Mason siguió esas instrucciones.

Sintió la mano de ella sobre su brazo y después el peso de su

cuerpo en el momento que ella se apoyaba en él para ponerse de pie.

El gorila, con los ojos dirigidos al surtido de objetos que estaban en el suelo, avanzó y se inclinó sobre las monedas exactamente igual que Mason había hecho.

—Rápido —dijo ella— pero no corra. Camine suavemente y con firmeza, con aire decidido. Déjelo a él ahí con el problema de esos objetos para que lo resuelva. Vámonos rápido.

Mason dijo:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué?…

—Yo no lo sé. Vámonos de aquí primero. Nuestras vidas están en peligro. Ese gorila es peligroso. Si él sospecha que nosotros le tenemos miedo, si cree que nosotros estamos escapando de él…, ¡oh, por favor, vamos!

—Hay un hombre muerto en la cama —dijo Mason.

—Ya lo sé —contestó ella—. Es Benjamin Addicks. Ha sido apuñalado.

—¿Quién lo apuñaló?

—No hable ahora. Sólo sígame, por favor.

Ella marchó delante, pasando alrededor de la cama y después al cuarto de baño.

—Aquí dentro, rápido.

La señora Kempton cerró la puerta con llave y abrió otra puerta al otro extremo del cuarto de baño, la cual daba a una habitación de comunicación.

—De prisa —dijo ella.

La mujer corría ahora mostrando el camino.

Mason mantenía el paso de ella.

—¿Y ese gorila?…

—Dios sabe lo que ese gorila hará —dijo ella—. Uno no puede predecir lo que ocurrirá. No se puede predecir nunca lo que los gorilas son capaces de hacer, y esos animales han estado sujetos a experimentos psiquíatras. Son nerviosos e inestables.

—¿Y qué estaba usted haciendo aquí?

—Ya se lo diré más tarde.

Ella había cruzado ahora el cuarto y estaba escuchando junto a una puerta. Abrió después esa puerta, asomó la cabeza por ella, miró a un lado y a otro, y dijo con un murmullo:

—Yo creo que la costa está despejada. Vamos a tener que cruzar ese corredor y bajar las escaleras al cuarto de recepción del frente…, creo que hará mejor usted en quitarse los zapatos.

Mason se descalzó y observó que la señora Kempton se había quitado también los zapatos mientras estaba hablando.

—Vamos a correr —dijo la mujer—, pero es preciso que ellos no se enteren de que nosotros corremos. Si oyen el ruido de pies corriendo, si hay alguna señal de pánico…, entonces, eso va a ser muy malo.

Ella salió al corredor. Mason iba a su lado. Juntos, alcanzaron el rellano de la escalera que conducía abajo al vestíbulo de recepción, donde a Mason le había sido dado obtener su primera impresión del interior de la casa.

Repentinamente, Mason se dio cuenta de que hacía ya un rato que estaba oyendo a sus espaldas un ruido, que ahora se convirtió en un constante aullar de sirenas mezclado con un enloquecido ladrar de los perros policías. De pronto, los ladridos aumentaron, y luego cesaron convirtiéndose en lamentos en forma similar a cuando un perro es atropellado por un automóvil.

—¿Qué es eso? —preguntó Mason.

—Le diré a usted que no lo sé —dijo ella—. Tenemos que salir fuera de aquí. Tenemos que salir fuera de aquí.

Ella caminó delante escaleras abajo y después a través del vestíbulo de recepción. Mason avanzó hacia la puerta del frente.

—No, no por ahí… —advirtió ella.

Cruzaron a través de otro cuarto, después por un comedor, una despensa y una cocina, y entonces la mujer dijo:

—Tenemos que arriesgarnos a esto. Ésta es una puerta que lleva al zoológico. Sólo el Cielo sabe si alguno de esos animales estará ahí de vuelta.

La señora Kempton le abrió la puerta.

Mason pasó delante de ella al corredor, y vio que las puertas de las jaulas vacías estaban completamente abiertas. Al parecer, no había animales sueltos en el pasillo.

—Vamos —dijo Mason, y avanzó delante con prisa.

—Tenga usted cuidado con ese gorila —le advirtió ella.

Se detuvieron para ponerse los zapatos. Mason se recostó contra la pared para calzarse.

Una vez más al pasar ante la jaula, el gorila dio un salto salvaje que fue contenido por las barras de hierro de la jaula.

Hasta las paredes del pasillo se estremecieron con el impacto de aquel cuerpo al chocar contra la puerta de la jaula.

Mason miró atrás por encima del hombro para ver si la señora Kempton se mantenía arrimada a la pared.

Los brazos largos y peludos del gorila se lanzaron a través de las rejas de la jaula con salvaje furia y no alcanzaron a Mason y la mujer sólo por unas pulgadas.

Afuera, en el patio, los perros comenzaron a ladrar como si tuviesen algo cercado. Las sirenas sonaban ahora con un clamor continuado.

Mason abrió la puerta, miró afuera y dijo:

—Vamos a echar una carrera.

Al fin salieron a la calle Rose. El aire de la noche parecía puro y dulce en sus narices, en contraste con los hedores de los animales en el pasillo, con sus jaulas estrechamente acumuladas.

Detrás de ellos había un resplandor de luz producido por la batería de reflectores que iluminaba cada pulgada de aquellos terrenos. Uno de los perros aullaba de dolor, y después se produjo otro período de ladridos excitados.

Mason oteó la calle. Y puesto que había dejado su reloj de pulsera para que jugase con él el gorila, no tenía medio de saber cuánto tiempo había pasado desde que Della habría ido a llamar a la policía.

—Es posible que nos encontremos con alguien —dijo él—, así pues, finjamos que somos unos peatones que han sido atraídos por toda esta conmoción. Caminaremos rápidamente, pero procure no correr. Y ahora dígame usted: ¿qué es lo que ha ocurrido?

—Bueno —dijo ella—, ésa es una larga historia. Es una cuestión en la que yo necesito la ayuda de un abogado inmediatamente y…

—¿Quién mató a Addicks? —interrumpió impaciente Mason.

Ella apresuró el paso.

—Deténgase usted —ordenó Mason—. ¿Quién mató…?

Mason se calló al oír que el auto de la policía daba la vuelta en la esquina, con dos faros, rojos al frente, lanzando haces de luz color sangre.

Aquellas luces iluminaron a Mason y la señora Kempton, y luego

un gran reflector los envolvió en resplandores.

Una sirena les lanzó un aullido.

La señora Kempton miró a Mason con desaliento.

—Quédese quieta —dijo Mason.

Una voz, desde el automóvil de la policía, les gritó:

—¡Arriba las manos!

Mason puso en alto sus manos.

El coche de la policía se detuvo frente a ellos. Mason vio el reflejo de las luces despedido por el acero de las armas.

—¿Qué demonios es lo que ocurre aquí? —preguntó una voz.

—Bien quisiera saberlo yo —contestó Mason.

—Bueno, pues ustedes debieran saberlo. Ustedes iban huyendo de esa casa, tan rápido como les era posible.

Mason dijo:

—Cuando usted ya esté suficientemente convencido de que yo estoy desarmado, entonces meteré las manos en mis bolsillos, sacaré mi cartera y le mostraré a usted que soy abogado y que soy yo quien ha llamado a la policía.

—¡Por todos los diablos, usted es Perry Mason! —dijo otra voz en el coche de la policía—. ¿Usted estaba en esa casa, Mason?

—Yo estaba en esa casa —dijo Mason—. Y quiero informarles de que hay un hombre muerto en una cama, en el segundo piso. Con toda claridad, ha sido apuñalado, y por la posición de las heridas y la forma en que el mango del cuchillo sobresale de su espalda, aseguro con la mayor certidumbre que no se trata de un suicidio. Por consiguiente, yo ya he dado mi informe.

El reflector fue apagado. Uno de los policías dijo:

—¿Quién es esa mujer que está con usted?

—Su nombre es Josephine Kempton —dijo Mason—. Es una clienta mía y yo seré quien hable.

—No empecemos por ese punto.

—Ya hemos empezado —replicó Mason.

—¿Qué es lo que ella tiene que ocultar?

—Por todo lo que yo sé, nada.

—¿Por qué no cuenta ella su historia, entonces?

—Porque —dijo Mason— ocurre que ella tiene ciertos derechos. Quiero tener una oportunidad para hablar con ella privadamente y en detalle, antes de que yo sepa con exactitud lo que ella debe decir

y lo que no debe decir. Tengo además que señalar que si yo fuera el único envuelto en este asunto, me apresuraría a poner de manifiesto todos los hechos y a hacer una declaración que aclararía su situación. Sin embargo, cual están las cosas, yo soy solamente uno de sus dos abogados.

—¿Y quién es el otro?

—James Etna, de la firma Etna, Etna y Douglas.

—¿Y dónde está él?

—Eso —dijo Mason— es algo que nosotros no sabemos, algo que hemos estado tratando de averiguar.

—Muy bien, súbanse a la parte de atrás del coche —dijo el policía—. Dentro de un minuto, llegará aquí otro coche. Si esta mujer no habla, entonces será detenida como testigo material. Usted ya sabe eso.

—Está muy bien —dijo Mason—. Usted sabe su oficio y yo sé el mío. Deténganla como testigo, si ustedes quieren. Ella hablará cuando yo le diga que hable. Y yo le diré que hable, cuando yo sepa lo que ella tiene que decir.

Uno de los policías abrió la puerta de atrás del automóvil y ordenó:

—Súbanse al asiento de atrás. ¿Cómo demonios se metieron ustedes en esta casa? La puerta del frente parece estar cerrada con barras de hierro.

—Usted puede entrar en ella por esta calle yendo hasta una puerta que tiene el número 546. Pero tiene que ir con todas las precauciones cuando entre allí, porque hay algunos gorilas sueltos y parecen ser agresivos.

—¿Y no resulta esto en verdad un servicio endemoniado? —se lamentó uno de los policías hablando hacia el otro—. ¿Dónde está el coche número diecinueve?

—Aquí llega.

Otro coche de la policía dobló en la entrada opuesta de la calle Rose y vino hacia ellos con la sirena, que había aullado en crescendo, bajando ahora su sonido hasta ser sólo un lamento.

—Muy bien —dijo el conductor—. Yo creo que voy a ir adentro con el diecinueve. Tú te quedas aquí y mantén un ojo alerta sobre esta gente. Mejor será que me entregues esa ametralladora. Esta cacería de gorilas es algo que no me gusta.

Mason se volvió a la señora Josephine Kempton:

—¿Usted oyó lo que yo le dije? —le preguntó en voz baja.

—Sí.

—¿Comprendió usted que no debe hablarle a nadie hasta que usted haya hablado conmigo, y haya tenido oportunidad de formar su declaración completa? ¿Comprende usted eso?

—Sí.

—¿Puede usted seguir mis instrucciones? ¿Se abstendrá usted de hacer ninguna declaración?

—Ciertamente.

Capítulo 8

Los coches de la policía continuaron acudiendo allí. Los agentes emitían informes por los aparatos de radio-teléfono de doble comunicación y otro par de coches de la escuadra llegaron aullando a la escena.

El coche de Mason apareció conducido por Della Street y se estacionó a un lado de la calle, mientras la muchacha acudió corriendo frenéticamente.

Mason se dispuso a salir del coche de la policía.

—Quédese ahí sentado, amigo —ordenó el agente que había sido dejado encargado de ellos.

—Ésa es mi secretaria —dijo Mason—. Yo le di instrucciones para que llamase a la policía. Avísela usted.

El policía pareció dudar por un momento y después manipuló una llave, la cual puso en acción el faro rojo encendiéndolo y apagándolo.

Mason, asomando la cabeza por la ventanilla del coche, gritó:

—Della, aquí estamos. ¡Della! No hay novedad.

Della Street movió la cabeza por un momento tratando de orientarse hacia la dirección de la voz, y después, interpretando exactamente las señales del foco de luz, una vez más echó a correr y se acercó gritando:

—¡Jefe! ¿Dónde está usted?

—Aquí, Della. Todo va bien.

—¿Es usted la secretaria de este hombre? —preguntó el policía.

—Sí.

—Fue ella quien llamó a la policía —dijo Mason—. Es ella la que hizo la llamada.

—¿Fue así? —preguntó el agente.

—Así fue —dijo Della—. ¿Quién es esa señora que está con

usted? Oh, es la señora Kempton. Cielo santo, jefe, ¿qué es lo que ha ocurrido? Nunca sentí tanto miedo en mi vida. Esperé a que pasaran los cinco minutos exactamente, conforme usted me había dicho, créame; yo observaba la manecilla grande de mi reloj y tenía el motor del coche en marcha, y apenas pasó un segundo de los cinco minutos, ya estaba en camino. Me parecía como si nunca fuese a llegar a un teléfono.

Mason dijo:

—No se preocupe, Della. Parece ser que ha ocurrido un gran tumulto dentro de esa casa. Realmente, yo no sé todo lo que ha ocurrido. Las puertas de algunas jaulas estaban abiertas. Al parecer, algunos gorilas se escaparon y andaban merodeando por la casa. Yo traté de regresar junto a usted para decirle lo que ocurría, pero uno de los gorilas no parecía dispuesto a mostrarse muy amistoso…, o quizá debo decir que quería ser demasiado amistoso.

—Pero ¿qué fue lo que causó toda esa conmoción? ¿Qué fue lo que causó todo ése…?

—Al parecer —dijo Mason— hay señales de alarma contra los ladrones y…

—Mejor será que usted suba al coche, «madame» —interrumpió el agente—. Si usted fue de los que llamaron a la policía, queremos que haga una declaración. Y mejor será que espere usted aquí dentro.

—Mi coche está estacionado allí arriba en la calle —dijo Della —. Salté fuera de él con tanta prisa, que no saqué la llave del tablero. Me temo que dejé el motor en marcha.

—Pues déjelo que continúe en marcha —le dijo el policía.

—Yo podía ir allí y apagarlo y…

—Nuevamente vuelvo a decirle que usted tiene que quedarse aquí —replicó el agente.

Mason dijo:

—Parece ser, Della, que Benjamin Addicks ha sido asesinado. La policía, naturalmente, quiere descubrir cuanto pueda sobre las circunstancias que rodean esta muerte.

—¡Oh, oh! —exclamó Della Street.

Mason abrió la puerta del coche:

—Suba usted y siéntese.

—Buenas noches, señorita Street —dijo la señora Kempton.

—Buenas noches. ¿Qué está usted…?

Della calló de repente al sentir la señal que Mason le hacía con la rodilla.

—Continúe usted —dijo el agente—. ¿Qué es lo que iba usted a decir?

Della Street dijo lentamente:

—Yo sólo iba a preguntarle a ella como iba a hacer para regresar a la ciudad. Iba a decirle que yo iba a llevar al señor Mason en su coche y que podíamos llevarla también a ella.

—Usted no tiene que preocuparse lo más mínimo por eso —dijo el agente—. Su transporte de regreso a la ciudad ya está resuelto. Lo mismo que el regreso del señor Mason y el de usted.

El altavoz del coche sonó, diciendo: «Llamada al coche número siete, coche número siete».

El agente se inclinó hacia adelante, abrió un conmutador y dijo: «El coche número siete al habla. Continúe».

«¿Informó usted de un homicidio en casa de Addicks?».

«Así fue. Recibí ese informe de dos personas que detuvimos cuando estaban abandonando la casa. Uno de ellos es Perry Mason, el abogado. Él dice que Benjamin Addicks ha sido asesinado. Hay también una mujer con él, Josephine Kempton, y exactamente ahora la secretaria del señor Mason acaba de llegar aquí. El señor Mason afirma que fue ella quien telefoneó a la policía. ¿Qué es lo que hago?».

El agente se inclinó hacia adelante y apretó un botón.

El altavoz sonó de nuevo diciendo: «Coche número siete. En respuesta a su pregunta, tan pronto como se haya reunido usted a su compañero agente, lleve el coche con el señor Mason, la señora Kempton y la secretaria del señor Mason, al Cuartel General. Bajo ninguna circunstancia no los deje que salgan del coche. No les permita que se comuniquen con ninguna otra persona. No los deje que oculten ninguna cosa. Estamos dando instrucciones a su compañero agente para que se reúna a usted inmediatamente. Eso es todo».

El oficial cerró otra llave, volvió la cabeza hacia Mason y dijo:

—Muy bien, ya han oído ustedes esas instrucciones.

—Yo, ciertamente, creo —dijo Mason— que me debe ser concedida oportunidad para llevar mi propio coche al Cuartel

General, para que esté allí. Yo los seguiré a ustedes, o iré directamente delante, por las calles que ustedes…

—Usted se queda aquí —dijo el agente—. Hay algo extraño en todo este asunto. Usted sabe demasiado bien el motivo para que hayan dado instrucciones de ir al Cuartel General.

—¿Qué? —preguntó Mason inocentemente.

—Alguien hizo una llamada telefónica desde el interior de esa casa, informando de alguna cosa. Sea lo que sea eso, fue algo que dio lugar a que… Aquí viene mi compañero.

La puerta que comunicaba con el zoológico se abrió y un agente uniformado vino corriendo hacia el coche.

El agente que había estado vigilando a los tres en el asiento posterior del coche, apretó el botón de arranque, puso el motor en marcha y avanzó hacia el lado de la acera.

El otro agente abrió la puerta del coche y saltó dentro de él sentándose al volante.

—Del Cuartel General han dado instrucciones para nosotros y…

—Ya sé —dijo el que iba al volante, apretando el acelerador—. Quieren que estas tres personas se presenten en el Cuartel General tan pronto como podamos llevarlas allí. Abre la sirena, Mike, y mantenla sonando.

—Yo dejé el coche del señor Mason estacionado ahí con el motor en marcha —dijo Della Street.

Pero nadie prestó la más mínima atención a esas palabras.

El coche de la policía rodó veloz por la calle Rose abajo, dobló a la derecha, y Della Street, mirando atrás, a través de la ventanilla posterior del coche, dijo:

—Oh, he dejado también encendidos los faros delanteros.

El hombre que iba al volante se concentró en conducir. El otro agente empezó a mirar a las calles laterales que cruzaban. La aguja del velocímetro pasó de cuarenta, de cincuenta, y llegó a sesenta, después se mantuvo en esa velocidad para llegar cerca de las setenta millas por hora cuando alcanzaron un bulevard abierto.

Mason se recostó bien en el asiento y dijo:

—Descansen. Descansen y disfruten esto.

—¡Descansen! —repitió Josephine Kempton con los dientes apretados—. En nombre del Cielo, ¿por qué?

—Usted —le dijo Mason— debía estar más familiarizada con los

proverbios chinos.

Capítulo 9

Perry Mason se sentó en un pequeño cuarto destinado a testigos en el Cuartel General de la policía. Alineadas junto a la pared, había media docena de sillas maltrechas. Había también una vieja mesa de roble en el centro del cuarto, la cual presentaba las huellas de quemaduras de cigarros a lo largo de los bordes. Una refrigeradora de agua con un recipiente de vasos de papel, estaba a un lado del cuarto. Además de las sillas, la mesa y la refrigeradora, había un cesto de papeles y dos maltrechas escupideras. El resto del cuarto estaba enteramente vacío.

Mason se acomodó en una de aquellas sillas incómodas, estiró sus largas piernas, cruzó los tobillos y miró significativamente al lugar donde su reloj de pulsera debía estar colocado, pero después, rápidamente, tapó su muñeca.

El agente de uniforme que estaba allí sentado, fumando estólidamente un cigarro dijo:

—Eso ya no va a tardar mucho ahora. Tómelo con calma.

Mason dijo enfurecido:

—A mí no me gusta que me traten de esta manera.

—Ya me supongo que no le gusta.

—Usted no creerá que nosotros hemos cometido el asesinato.

—Pero pudieron, cometerlo, ¿no es así? No había nadie más en la casa.

—¡Oh, diablos! —dijo Mason.

Se produjo un silencio de varios segundos.

—Esto de poner a mi secretaria en un cuarto, a mí en otro y a mi clienta en un tercero, encerrándonos en forma que no podamos comunicarnos los unos con los otros…, eso son cosas de teatro barato, por lo que a mí concierne.

—Bueno —dijo el agente aspirando el cigarro—, ésas son las

órdenes que me han dado, por lo que también me concierne a mí. ¿Qué le parece a usted del Club de los Gigantes?

—Que lo están haciendo bien —dijo Mason.

—Bueno, bueno. El Dodgers es un gran equipo.

—Bueno, bueno —dijo a su vez Mason.

El agente fumaba con un aire de completo desinterés que indicaba que la única hora del reloj que tenía alguna significación para él, era aquélla hora en la cual él se veía libre de servicio. Aparte todo esto, él tomaba las cosas conforme venían. Había recibido instrucciones de permanecer sentado en este cuarto con Perry Mason e impedirle que se comunicase con cualquier otra persona, y estaba procediendo así acomodándose tan confortablemente como le era posible, mientras daba cumplimiento a tales órdenes.

—¿Quién fue la cabeza maestra que dio esas órdenes? —preguntó Mason.

El agente dudó un momento, cambió el cigarro de un lado a otro entre sus labios, después examinó la punta de aquél para comprobar que ardía y dijo:

—El sargento Holcomb.

—Bueno —dijo Mason—. Mi tiempo tiene un valor. Mi automóvil está fuera con el motor en marcha y las luces encendidas.

—No, no lo está.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ya está abajo. Usted no necesita decirle a nadie que yo se lo dije, pero ya puede cesar de preocuparse por su automóvil.

—Magnífico —dijo Mason—. Me lo llevaré después a casa.

El agente sonrió.

—¡Santo Dios! —dijo de pronto Mason—. Usted no querrá decir que ellos van a quedarse con el coche también, como elemento de prueba.

—Los muchachos lo están examinando —dijo el agente—. Quizá ya hayan acabado para la hora que usted salga de aquí, pero también puede ser que no.

Mason dijo enfurecido:

—Eso es lo que yo he logrado por haberle dado instrucciones a mi secretaria de llamar a la policía.

—No —dijo el oficial—. Eso es lo que usted ha logrado por

haber encontrado tantos condenados cadáveres. Usted anda demasiado de aventura por ahí. Según lo que el «Sarge» piensa sobre esto, usted debía estar en su oficina y dejar que la gente fuese a verlo a usted. Pero usted siempre aparece saliéndose de la línea de fuego en algún sitio y parece sufrir un hormigueo que lo impulsa a ir a situarse siempre allí donde alguna persona resulta liquidada.

»Sabe usted, cuando se trata de ganar partidos, a mí me gusta un equipo que tenga el viejo poderío. Hay muchachos que pueden golpear la pelota en grandes condiciones, y eso es lo que cuenta. Es extraordinario que algunos equipos sean así. Algunos, sólo de cuando en cuando golpean bien en todo el juego.

Mason dijo, cansado:

—Las carreras son lo que ganan un juego de pelota.

—Usted lo ha dicho, amigo… Y ahora, vea usted los Gigantes. Desde que Durocher pasó a formar parte del equipo, éste tiene una gran unidad. Usted ya puede figurarse todo lo que significa el juego de conjunto. Así, juegan un *baseball* con la precisión de una máquina, hasta que encuentran una brecha en el adversario, y entonces se meten por ella como nadie es capaz de hacerlo. Ellos…

La puerta se abrió.

Un agente de policía vestido de paisano, afable y buen mozo, estaba de pie en el umbral, sonriéndole a Perry Mason.

Mason se levantó de su asiento y dijo:

—Bueno, bueno, bueno. El teniente Tragg en persona. Esto es un gran placer. Yo pensé que iba a tener que sufrir una entrevista soportando la estupidez cerril del sargento Holcomb.

El teniente Tragg le estrechó la mano.

—Usted no debiera menospreciar a un oficial ante otro oficial, hermano Mason —dijo él—. El sargento Holcomb está muy ocupado interrogando… a los otros.

—Espero que no estará empleando su tacto y su diplomacia con Della Street —dijo Mason.

El teniente Tragg fue hacia la mesa y se sentó.

—Muy bien, Mason —dijo él—. ¿Cuál es la historia?

La puerta se abrió. Un policía de paisano, portando un cuaderno de taquigrafía, se sentó a la mesa, abrió el cuaderno, sacó una pluma fuente del bolsillo, le quitó la cubierta, se sentó en una silla, moviéndose como si tratase de acomodar sus caderas en lugar

exacto, y luego hizo seña al teniente Tragg.

—Usted puede empezar por el principio —dijo el teniente Tragg a Mason.

—Pues en el principio —dijo Mason—. Della Street y yo estábamos en mi oficina. El conmutador empezó a sonar. Eso es muy fastidioso. De ordinario, nosotros no contestamos llamadas por la noche y de ordinario tampoco tenemos ningunas llamadas. Pero, atendimos a esa llamada. Alguien nos pidió que fuésemos inmediatamente a la casa de Benjamin Addicks.

—¿Alguien? —dijo Tragg.

—Así fue.

—¿Y quién fue ese alguien?

—Yo mismo no reconocí la voz —dijo Mason—. No la reconocí lo bastante para poder jurarlo.

—Bueno, usted ya tiene formada su opinión, ¿no es así?

—Yo creí que lo que usted quería eran pruebas.

—¿Va usted a ponerse difícil, Mason?

—No. Sólo precavido.

—Muy bien, yo se lo voy a plantear con claridad. ¿Era la señora Kempton quien llamaba?

—No lo sé.

—¿Dijo aquella persona que ella era la señora Kempton?

—No puedo decírselo a usted.

—¿Qué quiere usted significar con que no puede decírmelo? ¿No sabe usted lo que aquella voz dijo?

—Sí. Pero yo no he tenido oportunidad de hablar con mi clienta.

—¿Cuánto tiempo hace que ella es su clienta?

—Ahí también —dijo Mason— llegamos a una cuestión en la que a mí me gustaría hablar con mi clienta, antes de discutirla yo con la policía. Si usted me da una oportunidad de cinco o diez minutos para hablar privadamente con mi clienta, yo puedo ahorrarle a usted y a mí mismo mucho tiempo.

—Nosotros podríamos darle una sorpresa a usted accediendo exactamente a eso —dijo Tragg con naturalidad, como si condescendiese en una cuestión secundaria—. Así pues, usted fue a casa de Addicks. ¿Qué fue lo que usted encontró cuando llegó allí, Mason?

—Una puerta.

—Santo cielo, usted me asombra. ¿Y qué fue lo que usted hizo cuando encontró la puerta?

—Toqué el timbre. Nadie contestó. Probé la puerta. Estaba abierta. Miré adentro. No me gustó lo que yo…

—Siga. Continúe —dijo Tragg al ver que Mason dudaba.

—No me gustó el escenario —dijo Mason.

—¿Y entonces, qué?

—Entonces, le dije a Della Street que si yo no estaba de regreso en cinco minutos, llamase a la policía. No regresé en cinco minutos y ella llamó a la policía.

—¿Y por qué no regresó usted?

—Porque estaba ocupado.

—¿Haciendo qué?

—Pues jugando con una pandilla de gorilas, los cuales parecían querer jugar con cierta dureza, y también encontrando cadáveres.

—¿Dónde estaba el cadáver cuando usted lo encontró?

—Me supongo que exactamente en el mismo lugar que estaba cuando ustedes lo encontraron. Estaba boca abajo en una cama.

—¿Boca abajo?

—Bueno, el cuerpo se hallaba tendido sobre su estómago, pero la cabeza estaba ligeramente vuelta a un lado, de manera que se podía ver el perfil del hombre. Tenía una herida en el cuello y un cuchillo clavado en la espalda, entre los hombros, un poquito más a la izquierda de la espina dorsal, diría yo.

—¿Y dónde estaba la señora Kempton cuando usted la encontró?

—Tendida en el suelo.

—¿Haciendo qué?

—Respirando, eso era todo.

—¿Y después, qué?

—Después, nosotros abandonamos la casa y la policía nos detuvo.

—Me gustaría que me dijese usted algo más —dijo Tragg.

Mason se encogió de hombros.

Tragg echó atrás su silla, sonrió al agente y dijo:

—Lleve al señor Mason al cuarto donde la señora Kempton está detenida. Dígale al agente encargado, que quiero que los dejen solos. Quiero darles una oportunidad para celebrar una conversación de diez minutos, absolutamente privada. Después,

Mason puede regresar aquí.

—Gracias —dijo Mason.

—De nada. Es un placer —le replicó Tragg.

El agente escoltó a Mason a lo largo del pasillo, hasta otro cuarto donde la señora Kempton estaba sentada en una silla con un agente guardándola.

Mason dijo rápidamente.

—El teniente Tragg ha permitido que nosotros tengamos una conferencia de diez a quince minutos en privado, señora Kempton.

—Oh, qué satisfacción.

Mason miró al agente.

—En privado —dijo recalcándolo Mason.

El agente que estaba en el cuarto recibió una señal del otro, se levantó y salió de la estancia.

Tan pronto como la puerta se cerró, Mason sacó una pluma fuente de su bolsillo, extrajo una libreta de notas y dijo:

—Ahora, señora Kempton, trate de tranquilizarse y decirme exactamente lo que ocurrió.

Puso la libreta sobre la mesa y escribió: «Indudablemente, hay un micrófono oculto en este cuarto. Dígame que usted está demasiado nerviosa para hablar».

La señora Kempton dijo:

—Oh, yo no podría…, yo no podría decir mucho ahora, señor Mason. Estoy terriblemente nerviosa.

—¿Ha hablado usted con la policía? —preguntó Mason.

—No.

—Bueno, usted les habrá dicho alguna cosa.

—Yo les dije que usted era mi abogado.

—¿Y qué más?

—Les dije también que si ellos querían de mí una declaración, podían obtenerla de mi abogado.

—Bien, magnífico —dijo Mason—. Sin embargo, nosotros podemos discutir esa cuestión ahora y yo sabré entonces qué decirle a la policía. Aun cuando quizá…, bueno, si usted está nerviosa, trataremos de ir gradualmente.

Mason escribió en el libro de notas: «Dígame que usted no quiere hacer ninguna declaración hasta que James Etna esté aquí conmigo».

La señora Kempton aclaró su garganta y dijo:

—Bueno, a mí me gustaría decirle a usted exactamente lo que ha ocurrido…, en cuanto a lo que yo sepa, claro es, señor Mason.

—Eso está bien —dijo Mason—. Desde luego, usted puede solamente decir lo que sabe, y solamente tanto como usted sabe.

—Pero, después de todo, yo tengo otro abogado, James Etna. Yo no sé por qué nosotros no podemos hacer que él venga. Yo no quisiera decirle a usted todo y después tener que repetírselo nuevamente a él. Yo creo que mejor esperaré, señor Mason, hasta que pueda conseguir al señor Etna, y entonces yo podré decirles a los dos todo lo que sé, lo cual no es mucho…, y desde luego, yo estoy terriblemente nerviosa ahora.

—Bueno —dijo Mason poniendo el libro de notas y la pluma fuente en su bolsillo—. Si ésa es la forma en que usted se siente, señora Kempton, yo no voy a tratar de apremiarla a usted. Solamente le sugeriría que usted recobre su tranquilidad tan pronto como sea posible. Yo quiero que usted nos diga lo que ha ocurrido, para que nosotros podamos hacer una declaración a la policía y a la Prensa. Creo que la policía tiene derecho a una declaración tan pronto como sea posible, y desde luego, es siempre perjudicial el adoptar con la Prensa la posición de que usted no va hacer ninguna declaración.

—Ellos no me han dejado hablarle a la Prensa todavía…, o más bien, no han dejado a los de la Prensa el verme a mí.

—Ellos probablemente lo harán —dijo afablemente Mason, rascándose y bostezando—. Sin embargo, usted puede decirles que tan pronto como nosotros tengamos una conferencia conjunta con James Etna, le daremos una declaración a la Prensa.

—Gracias.

Se quedaron en silencio por unos momentos.

Repentinamente, se abrió la puerta y el agente le dijo a Mason:

—Vamos, venga. El teniente Tragg quiere verlo a usted.

Mason contestó:

—Yo no llevo aquí más de tres minutos. Y yo iba a tener una conferencia de diez o quince minutos.

—Está bien, pero el teniente quiere verlo a usted.

El agente que había estado guardando a la señora Kempton y que estaba de pie en el pasillo, entró en el cuarto y se sentó.

Mason le hizo un gesto tranquilizador a la señora Kempton y siguió al otro agente de regreso al cuarto donde el teniente Tragg estaba sentado.

—¿Sacó usted alguna cosa de aquella casa? —preguntó el teniente Tragg.

—¿De qué casa?

—De la casa de Addicks.

Mason sacudió su cabeza negativamente.

—Bueno —dijo Tragg—. Nosotros tenemos que estar seguros. Es sólo una formalidad. ¿Usted no tiene ninguna objeción que hacer?

—Ciertamente que yo tengo objeciones.

Tragg dijo:

—No se ponga difícil, Mason. Usted sabe tan bien como yo, que si se opone a ser registrado, nosotros lo vamos a retener a usted como, un testigo material y cuando lo procesemos, podremos sacarle todas las cosas que lleva encima y ponerlas en un sobre, meterlo a usted en una tranquila celda y…

—Muy bien —dijo Mason—. Regístreme usted.

Tragg pasó sus dedos rápidamente sobre las ropas de Mason y dijo:

—Saque todo cuanto tiene usted en los bolsillos y póngalo en un montón sobre la mesa, Mason.

Mason dijo:

—Ordinariamente yo le diría a usted que se fuese al infierno, teniente, pero por causa que tengo mucho trabajo que hacer esta noche y quiero acabar con todo esto, voy a ser agradable.

—Magnífico —dijo Tragg.

—Y también —añadió Mason— porque no tengo nada que ocultar.

Mason sacó su libreta de notas del bolsillo.

Tragg la agarró.

Mason trató de recuperarla, pero era demasiado tarde.

Tragg sonrió y dijo:

—Esto es lo que yo quería, Mason.

—Usted no tiene derecho a leer mis notas personales —dijo Mason.

Tragg hojeó la libreta de notas, llegó a la página en la cual Mason había escrito sus instrucciones a la señora Kempton, arrancó

esa página de la libreta y dijo:

—Demonios, yo ya sabía que usted no iba a caer en nada como eso, pero esto va a confirmar mi punto de vista con el individuo que creyó que aquélla era una gran idea.

Mason dijo:

—Usted no tiene derecho a quitar esa página de mi libreta de notas.

—Yo lo sé, yo lo sé —dijo Tragg—. Pero vaya al Tribunal, consiga una orden y yo se la devolveré. ¿Por qué tiene usted tanto miedo a dejar, que su clienta hable?

—Porque yo no sé lo que ella ha de decir.

—Muy bien —dijo Tragg—. Ahora voy a decirle a usted algo, Mason. Algo para su propio bien.

—¿Qué es? —preguntó Mason.

—Que hay algunas pruebas contra la señora Kempton. Ella va a ser retenida aquí toda la noche y quizá mañana.

—¿Bajo qué acusación?

Tragg sonrió sin replicar.

—O usted formula una acusación contra ella —dijo Mason— o yo voy a echarle encima a usted un mandamiento de *habeas corpus*.

Tragg dijo:

—Vaya usted y échenos encima ese mandamiento de *habeas corpus*, Mason, después nosotros podemos acusarla a ella y soltarla. Pero hasta que usted obtenga eso, vamos a retenerla aquí con nosotros. Y yo voy a advertirle a usted que no se ate demasiado a ella, ni vaya, demasiado hondo, hasta que usted sepa cuál es su historia. En realidad, Mason, ella y Benjamín Addicks eran las dos únicas personas que estaban en esa casa. Y una de esas personas, fue apuñalada mortalmente. Y ahora, ¿dónde coloca todo eso a su clienta?

Mason dijo:

—Si usted me da oportunidad para que ella me diga su historia…

—Yo ya le di su oportunidad —dijo Tragg—. Pero usted no la dejó hablar.

—Seguro —dijo Mason—. Con un micrófono oculto debajo de aquella mesa y diecisiete detectives sentados escuchando al otro extremo del hilo.

—Bueno, ¿qué era lo que esperaba usted? —preguntó Tragg.

—Exactamente eso —dijo Mason.

—Entonces, no quedó usted decepcionado. Y tengo algunas otras noticias para usted. Su coche está listo. Della Street lo está esperando allí a usted. Vuelva a su oficina. Y si quiere, consiga un mandamiento de *habeas corpus*. Usted va a tropezar con dificultades para encontrar a un juez a esta hora de la noche, y será solamente mañana por la mañana cuando podrá conseguirlo y presentarlo. Deme usted una llamada mañana por la mañana y yo puedo ahorrarle ese trabajo.

—¿Y en el medio tiempo? —preguntó Mason.

—En el medio tiempo, la señora Kempton se queda con nosotros.

Capítulo 10

Mason se encaminó hacia el punto donde estaba estacionado su coche en el garaje de la policía. Della Street, sentada al volante, le hizo seña con la mano y puso en marcha el motor del coche.

Mason se acercó por el lado derecho del auto, abrió la puerta y se sentó al lado de Della.

Della Street puso el coche en movimiento y lo guió fuera del garaje de la policía, penetrando en el tráfico y cruzando la calle con la seguridad de un hábil conductor.

Sin dejar de mantener su atención en el tráfico, le preguntó a Mason por encima del hombro:

—¿Trataron de hacerle alguna jugada?

—Todo cuanto fueron capaces de imaginar —dijo Mason—. ¿Qué le hicieron a usted?

Della le dijo:

—Yo hablé. Les conté mi historia y ellos se cercioraron de que era cierta, porque comprobaron la hora que era cuando los llamé y el lugar. Estuvieron buscando en el coche, tratando sin duda de encontrar huellas dactilares y manchas de sangre. Luego, me dejaron marchar. Pero yo sabía que ellos tratarían de hacer algo contra usted y la señora Kempton. ¿Ella habló?

—No. Permaneció callada. Nos pusieron juntos a ella y a mí para oírnos hablar, en un cuarto que estaba lleno de micrófonos ocultos.

Della solamente movió la cabeza, por todo comentario, acelerando el coche hasta llegar a una señal de parada y poniéndolo en posición de cruzar rápido la línea del tráfico al cambiar las luces.

Mason la observó con afectuosa sonrisa y le dijo:

—No importa nada que uno de esos coches nos gane la delantera, Della.

—Pero importa a mis sentimientos —dijo ella—. Ese individuo

del *sedan* gris, ha estado tratando por todos los medios de ganarme la delantera en el tráfico, desde la calle anterior.

Se acomodó, subió la falda hasta las rodillas con el objeto de tener libres los movimientos de las piernas, y puso su pie izquierdo en el freno y el derecho en el acelerador.

La señal cambió.

La reacción de Della Street fue instantánea. El auto salió con ímpetu y cruzó la intersección. El *sedan* gris trató de adelantársele, pero falló y desalentado fue quedando atrás.

—¿Adónde vamos? —preguntó Della Street—. ¿A la oficina?

Mason dijo:

—Al teléfono más cercano, y después iremos a comer. Hay una droguería con dos cabinas telefónicas ahí a la vuelta de la esquina.

Della Street dirigió velozmente el coche hacia la esquina.

Mason movió la cabeza diciéndole:

—¡Y usted pone objeciones a mi manera de conducir!

—Es que a mí me parece diferente cuando yo conduzco —confesó ella tímidamente.

—Y desde luego es diferente —le contestó Mason.

Della estacionó el coche, reuniéndose después a Mason junto a la cabina telefónica.

—Primero, llame a James Etna, y luego a Paul Drake, Della —le dijo Mason.

Los ágiles dedos de Della Street, marcaron el número y un momento más tarde, dijo:

—Exacto, un momento, señor Etna. El señor Mason quiere hablar con usted.

Le pasó el auricular a Mason y éste dijo:

—¡Hola, Etna! La señora Kempton ha estado tratando de conseguir hablar con usted. Ha habido complicaciones en…

—Ya me enteré de eso —dijo Etna—. Dieron la noticia por la radio. Yo estaba en casa de unos amigos. Mi esposa y yo vinimos a casa inmediatamente y acudí a todos los recursos que se me ocurrieron para lograr localizarlo a usted.

—Es que usted no llamó al sitio preciso —dijo Mason.

—¿Dónde?

—Al Cuartel General de la Policía.

—¡Oh, oh! —dijo Etna.

—Nuestra clienta, la señora Josephine Kempton, está detenida en el Cuartel General por esta noche.

—¿Bajo qué acusación?

—No hay acusación alguna.

—¿Quiere usted obtener un mandato judicial de *habeas corpus*?

—Creo que no sería muy útil hacer eso. De todas maneras, ellos la pondrán en libertad mañana por la mañana, a menos que ella les diga alguna cosa esta noche, y yo no creo que lo haga.

Etna dijo:

—Puede ser que yo logre averiguar algo sobre lo que se trata, Mason. ¿Puede usted darme exactamente un resumen de los hechos?

—Ella me llamó —dijo Mason— y me dijo que no conseguía ponerse al habla con usted, y que necesitaba un abogado en seguida. Estaba en Stonehenge. Entonces, mi secretaria y yo fuimos allá. Ella convino en que la puerta de la calle de atrás estaría abierta para que entráramos nosotros. La puerta estaba abierta, pero la señora Kempton se hallaba inconsciente tendida en el suelo, y sobre la cama se encontraba el cadáver de Benjamin Addicks, que estaba echado boca abajo. Había sido herido varias veces, y el mango de un gran cuchillo sobresalía de su espalda.

—Tengo entendido que los animales andaban huidos y que todo en aquel lugar había sido destrozado —dijo Etna.

—No puedo asegurar si estaba destrozado o no, pero reinaba un completo desorden lo mismo dentro que fuera.

—¿Qué opina usted sobre la conveniencia de dejarla a ella que le cuente su historia a la policía? —preguntó Etna.

Mason dijo:

—Yo nunca le permito a un cliente mío decirle su historia a la policía, a menos que yo conozca antes esa historia.

—Usted es el *doctor* y decide —dijo Etna.

—Yo no soy el *doctor* —dijo Mason—. Yo soy un abogado asociado a usted.

—No, usted es el que decide. Usted está encargado de todo el problema en caso de haber alguno. Yo no me siento competente para un caso de esta clase. Francamente, yo estoy en absoluto seguro de que existe alguna cosa en relación con este caso, sobre la que nosotros no sabemos nada, y ésa puede ser una cosa de

naturaleza inquietante. ¿Qué estaba haciendo la señora Kempton en Stonehenge?

—Eso es lo que la policía quería averiguar.

—¿Ella no se lo dijo a usted?

—No. Realmente, no tuvo oportunidad.

—Yo tengo algunas relaciones con los periodistas y creo que puedo averiguar algo sobre lo que está sucediendo. ¿Qué tal si me pongo en contacto con usted a las nueve de la mañana?

—Estupendo —dijo Mason.

—Muy bien, estaré en su oficina a las nueve. Creo que tendré alguna información.

—Y —dijo Mason— si ellos no hubieran dejado en libertad a la señora Kempton para esa hora, tenemos que conseguir un mandato judicial de *habeas corpus*.

Mason colgó el teléfono, esperó un momento, y después marcó el número privado, que no figuraba en la lista, del Jefe de la Agencia de Detectives Drake.

Cuando Paul Drake se puso al habla, Mason le dijo:

—Paul, tengo un trabajo para usted. Es un trabajo urgente.

—¿Por qué diablos sus casos siempre me estropean la noche? —preguntó Drake irritado.

—No *siempre* —le contestó Mason.

—Bueno, el caso es que siempre que yo cuento con dormir una noche, recibo una llamada por teléfono de usted. ¿Bien, qué tengo que hacer?

Mason dijo:

—Usted tiene que averiguar todo lo relacionado con el fallecido Benjamin Addicks.

—¿El *fallecido* Benjamin Addicks?

—Así es. Alguien clavó un cuchillo entre sus omóplatos a alguna hora de esta noche, y la policía detuvo a una clienta mía, una tal Josephine Kempton, para interrogarla.

—¿Qué quiere usted saber sobre Benjamin Addicks?

—Todas las cosas posibles.

—¿Qué quiere usted saber sobre el asesinato?

—Todas las cosas posibles.

Drake replicó sarcásticamente:

—Y supongo que usted querrá que yo tenga todos esos informes

para las nueve de la mañana de mañana.

—Usted está equivocado —le dijo Mason—. Yo quiero esos informes para las ocho y media. —Y colgó.

Capítulo 11

Temprano, a las ocho y media de la mañana, Mason llegó a la Agencia de Detectives Drake, que tenía sus oficinas en el mismo piso que Mason tenía las suyas de abogado.

—¿Está Paul? —preguntó a la muchacha del conmutador.

—Sí, está —dijo ella—; y lo está esperando a usted, señor Mason.

—Muy bien —dijo Mason—. Dígale que baje a mi oficina. Yo tengo una cita a las nueve y Della Street dijo que ella estaría allí a las ocho y media.

Mason bajó a su oficina y encontró a Della Street esperando.

—Hola, Della. ¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Sobre unos diez minutos.

—Usted tuvo ayer un día bastante duro.

—¿De veras? Es usted quien tuvo un día duro jugando con esos gorilas al escondite. ¿Sufrió usted pesadillas de noche?

Mason sonrió:

—Yo no sufrí pesadillas pero pasé un tiempo endiablado para conseguir dormir. No sé qué tienen esos gorilas…, pero le dan a uno que pensar cuando empiezan a mirarlo a uno y a golpearse a sí mismos en el pecho.

—Sí, así es. ¿Va a venir Paul Drake?

—Sí. Yo pasé ahora por su oficina y le dejé recado. Vea si puede usted conseguirme comunicación con Homicidios, Della. Llame al teniente Tragg y averigüé qué es lo que él quiere hacer.

Della Street llamó al Cuartel General de la Policía y se encontró con que el teniente Tragg no estaba en su oficina.

—Pruebe a ver si está el sargento Holcomb —dijo Mason.

—Usted ya sabe como él lo odia a usted —advirtió Della Street.

—Está bien —dijo Mason—. Vamos a ver lo que Holcomb tiene

que decir. Necesito información.

Un momento después, Della Street le hizo seña. Mason tomó el teléfono.

—¡Hola! —dijo Mason—. Yo quería obtener alguna información sobre una clienta mía, sargento.

—¿Qué es lo que usted quiere saber?

Mason dijo:

—Yo quiero saber si voy a precisar conseguir un mandato de *habeas corpus* para Josephine Kempton, o si por el contrario van a ponerla ustedes en libertad.

—Ella ya está en libertad.

—¿Está? Pues yo no he tenido noticias de ella.

—Bueno…, ya las tendrá usted. Fue puesta en libertad hace una media hora. Llamé a la oficina de usted y no recibí respuesta. Y usted no tiene el número de su residencia inscrito en la guía. Es usted muy privativo. La señora Kempton dijo que no sabía dónde estaba su residencia. Y yo tampoco sabía dónde estaba. Su otro abogado, James Etna, tenía un teléfono inscrito en la guía. Lo llamé a él y dijo que él quería venir y recogerla a ella.

—Entonces ustedes la pusieron en libertad —dijo Mason.

—Así es.

—Por lo tanto, ¿ella ya no está más bajo sospecha?

—¿Quién dijo que ella estuviese alguna vez bajo sospecha?

—Muy bien —contestó Mason, cansado—. Me parece que en efecto es así.

Mason colgó.

Della Street arqueó las cejas.

—Holcomb dice que ella ha sido puesta en libertad —le comunicó Mason.

Paul Drake llamó con los nudillos en la puerta, según el código convenido.

Della Street acudió a abrirle.

—Hola, amigos —dijo Paul Drake—. Frescos como amapolas ¿verdad? Supongo que durmieron muy bien. Mírenme a mí. Yo estoy atontado. Vengo lleno, a partes iguales, de café y de información.

—Magnífico —le dijo Mason—. Siéntese. Guárdese el café y denos la información.

Paul Drake, que era un individuo alto, cadavérico, de aire solemne y cuyos ojos habían sido entrenados durante años en la observación impasible, en forma a no mostrar el más leve rasgo de expresión, adoptó su favorita posición en la butaca de cuero, grande y bien rellena, con las largas piernas colgando en uno de los redondeados brazos de aquélla y la espalda apoyada en el otro brazo.

Drake bostezó prodigiosamente, sacó un libro de notas de su bolsillo y dijo:

—Me supongo que usted querrá que yo empiece por el principio.

—Exactamente.

—Benjamin Addicks —dijo Paul Drake—, tenía cincuenta y dos años de edad. Se cree que tenía otro hermano más joven, llamado Herman Addicks, de cuarenta y seis años. Los dos eran inseparables. No poseían ningún caudal importante de educación elevada, y procedían de una familia pobre.

»Herman desapareció. Benjamin proclamó que él no tenía idea alguna de donde Herman estaba. Esto puede haber sido cierto. Los rumores son de que Herman tuvo una pelea y mató a alguien y…

—Elimine todo eso, Paul —interrumpió Mason cortante—. Usted es un detective. ¿Qué le importan a usted todo lo que sean rumores? Yo quiero hechos. ¿Qué es lo que usted sabe?

Drake dijo:

—Realmente, Perry, no sé ni lo más mínimo. Addicks es millonario. Se dedica a negocios de minas en gran escala. Ha vivido aquí durante dieciséis años. Antes de eso, nadie sabe lo más insignificante sobre él, ni de dónde vino, ni cuándo ni cómo consiguió su dinero.

Mason dijo incrédulo:

—¿Quiere usted decir que sus Bancos no lo saben?

—Quiero decir qué no lo sabe nadie. Se negó siempre a contestar cualquier pregunta. Él decía: «Yo no estoy pidiendo crédito a ningún plazo. Yo compro y vendo en dinero efectivo».

—Pero, cielo santo, Paul, ¿cómo se las arreglaba con las gentes de los impuestos?

—Él les dijo que había tenido amnesia. Después de ella, lo primero que recordaba era haberse encontrado aquí entrando en un hotel, con unos dos mil dólares en el bolsillo.

—¿Y ellos se creyeron semejante patraña, Paul?

—Ciertamente no. Ellos se las arreglaron para obtener las huellas dactilares de él. Hasta esa fecha nunca le habían sido sacadas. La Oficina de Investigación Federal, no tiene ficha sobre él.

—¿Puede usted hacer un cálculo de cuánto dinero tiene?

—Probablemente, dos o tres millones de dólares netos. Tiene unos ingresos enormes y su dinero está muy esparcido, por lo cual resulta muy difícil hacer un cálculo exacto. De todas formas, tenía dinero suficiente para poder hacer lo que le diese la gana.

—¿Y qué era lo que él quería hacer? —preguntó Mason.

—Ahí está el problema —dijo Drake—. Usted sabe, Perry; si ocurriese que todo fuera a ponerse en claro, hay propiedades aquí por valor de dos o tres millones de dólares, y él indudablemente dejó un testamento. Éste podía ser probablemente pleiteado sobre la base de que Benjamin Addicks era mentalmente un anormal.

—¿A causa de los experimentos con simios y gorilas? —preguntó Mason.

—Yo creo que la cosa va más hondo que todo eso —dijo Drake —. Yo pienso que Benjamin Addicks tenía miedo de sí mismo. Personalmente, yo creo que él quería matar a alguien, o que ya había matado a alguien.

—¿Qué es lo que le hace a usted pensar eso?

—El que estaba tratando desesperadamente de demostrar que los impulsos homicidas son una parte del equipo instintivo del hombre. Aseguraba que la civilización podía causar que aquellos impulsos permaneciesen dormidos, particularmente en el caso de un niño criado en una atmósfera de seguridad. Pero en una existencia de gran lucha, él aseguraba que el ansia de matar era una parte inherente de los instintos naturales del hombre. Afirmaba también, que un hombre podía ser hipnotizado y que podía cometer un asesinato sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, y al despertar del trance hipnótico, no tener conocimiento de lo que había hecho…, acaso ni recordarlo.

—En otras palabras, es posible que estuviese preparando un plan minucioso para defenderse a sí mismo contra una antigua acusación de asesinato —dijo Mason.

—O para una nueva… —comentó Drake.

—Pero seguramente, Paul, una personalidad tan prominente

precisaba tener enemigos que intentasen averiguar… Vamos, con una historia como ésa, un chantajista trabajaría durante años tratando de encontrar el secreto de ese hombre.

—Seguro —dijo Drake—. El propio Gobierno pasó algún tiempo averiguando… hasta la cuestión de la ciudadanía. Pero nadie consiguió saber nada. Es sorprendente lo que un hombre puede llegar a ocultar, cuando dice: «Yo no puedo recordar nada sobre mi vida pasada, y así, lo he apartado todo de mi mente. Después de todo, el presente es lo que interesa, y por lo tanto eso es todo lo que me interesa a mí».

—Así pues, él gastó una fortuna tratando de demostrar su teoría —dijo Mason.

—Así fue…, tratando de preparar su defensa.

—Naturalmente —continuó Mason—, él difícilmente pudo empezar a hacer experimentos con hombres para demostrar sus ideas.

—Así fue. El adquirió simios y gorilas tratando de enseñarles a matar. Tratando de conseguir hipnotizarlos para que ellos obedecieran sus sugestiones.

—¿Y qué logró con todo eso?

—Muchas cosas. Él tenía a un par de domadores allí y a un psicólogo que estaba dispuesto a acompañarlo en sus experimentos. Yo he hablado con el psicólogo, que es un hombre que se llama Blevins. Alan Blevins.

—¿Dónde estaba Blevins ayer noche? —preguntó Mason.

—Estaba en su casa.

—¿No estaba él en Stonehenge?

—Todo el mundo relacionado con los experimentos con monos y simios, fue despedido hace una semana —dijo Drake—. Addicks acababa de liquidar todo el asunto.

—¿Por qué?

—Él dijo que sus experimentos habían demostrado tener éxito.

—¿Qué es lo que él estaba haciendo en particular?

—Bueno, a eso es a lo que estoy llegando. Ese Blevins puede proporcionarle a usted un retrato extraordinario. Desde luego, Blevins no fue muy cooperador conmigo. Yo tuve que ponerme en contacto con él a eso de las tres de esta madrugada y decirle que se trataba de una emergencia y otras cosas por el estilo.

—Bien —dijo Mason—. Si en realidad no fue un gorila quien mató a Addicks, el Fiscal del Distrito va a pasar un trabajo endiablado para probar quién lo hizo…, pero usted, Paul, debe haber sido capaz de averiguar algo sobre Addicks.

—Seguro. Tengo un puñado de cosas aquí. Hasta ahora, he estado simplemente diciéndole a usted todo aquello que *no tengo*.

»Su abogado Sidney Hardwick sabe algo sobre el pasado de Addicks, aunque no sé hasta dónde sabe, y él no quiere decirlo.

»Addicks hizo su primera fortuna en las minas de oro, y después en el petróleo. Tiene cuentas corrientes en doce Bancos, y hace una gran cantidad de negocios, exclusivamente con dinero al contado.

»Al Departamento de Impuestos no le gusta eso. Ellos están detrás de él todo el tiempo. Su agente de negocios, Mortimer Hershey, es capaz de pintar números en el aire.

»Nathan Fallon, que ya es menos inteligente, ha tenido problemas con Addicks. Evidentemente, Fallon no es más que una pequeña figurilla, que sacaba alguna comisión de cuando en cuando.

—Mejor será que usted averigüe las actividades de Fallon durante la noche pasada —dijo Mason.

Paul Drake miró al abogado burlonamente:

—¿Qué demonios cree usted que estuve haciendo toda la noche? —preguntó—. He estado tratando de averiguar todo lo que la policía sabe, lo cual, en principio, no era mucho. Nathan Fallon estaba en las Vegas, Nevada…, y yo quiero significar que él estuvo allí en todo momento. Hershey estaba en Santa Bárbara. Yo ando comprobándolo, y la policía también lo anda comprobando.

—¿Alguna otra cosa que sea importante, Paul?

—Montones de ellas. Y ahora, aquí hay algo que yo no puedo comprender. Addicks no se fiaba de nadie en sus tratos de negocios. Mantenía ocultos sus secretos para Fallon y Hershey.

—¿Y puede usted criticárselo? —dijo Mason.

—No.

—¿Qué clase de secretos, Paul?

—Bueno…, por ejemplo, Addicks desaparecía. Uno de los miembros de la tripulación del yate me dijo esto. Ese tripulante estaba resentido con Addicks, porque éste lo había despedido.

»Me dijo que muchísimas veces, cuando se creía que Addicks

estaba realizando un crucero, en realidad había ido a bordo y luego había desembarcado en el último momento, haciendo que el yate zarpase para el crucero cuando él no estaba verdaderamente a bordo.

»El yate tenía un teléfono de comunicación con tierra, y Addicks le telefoneaba al capitán a bordo, dándole instrucciones del punto para donde debía zarpar, y todo lo demás. Después, anclaban en Catalina y lo primero que todos descubrían era que Addicks estaba allí fingiendo que había estado a bordo todo el tiempo, encerrado en su camarote trabajando.

Mason apretó los labios:

—¿Y quién había a bordo que supiese eso, Paul?

—Solamente el capitán, y el capitán tiene la boca cerrada como una ostra.

Mason meditó sobre esto y después dijo repentinamente:

—Muy bien, Paul. El hacía llamadas de larga distancia. Y debía dar orden para que esas llamadas fuesen cobrables en el punto donde eran recibidas.

»Aquí está lo que usted tiene que hacer. De una forma o de otra, consiga usted localizar las cuentas de teléfono del barco y después empiece a averiguar los números desde los cuales él llamaba. Vamos a averiguar dónde se encontraba él cuando se ocultaba de Fallon y Hershey. ¿No cree usted que se tratase de una mujer, Paul?

—Aparentemente, él no tenía ninguna…, pero, ciertamente, era un *grande* para transacciones en dinero, y a mi entender es que él ocultaba algo para no pagar impuestos al Departamento.

—¿Y tiene usted algunas fotos de él?

—Oh, seguro.

—Bueno, averigüe usted eso de las cuentas de teléfono y vea lo que puede descubrir después.

—Muy bien —dijo Drake—. Y ahora, aquí hay otra cosa. El…

Drake fue interrumpido por una llamada suave pero insistente en la puerta.

Della Street abrió la puerta ligeramente, miró afuera, y después abrió la puerta por completo y dijo:

—Buenos días. Ustedes, amigos, llegan un poco temprano.

Etna y Josephine Kempton, entraron seguidamente en las oficinas de Mason.

El abogado los presentó a Paul Drake y le dijo a Etna:

—¿Cómo están saliendo las cosas?

—Están saliendo magníficas —dijo Etna, triunfalmente—. Nosotros estamos firmemente asentados, Mason.

La señora Kempton asintió con la cabeza, sonrió y dijo:

—Las cosas no han podido salir mejor para mí.

Mason entornó los ojos:

—¿Qué clase de historia fue la que usted les contó a ellos? —preguntó él con sospechas.

—Yo no les dije nada. Hice conforme a las instrucciones que usted me había dado.

Mason observó el rostro de la mujer por unos momentos, y después, repentinamente, le dijo a Paul Drake:

—Lo siento, Paul, pero vamos a tener que pedirle a usted que nos deje solos. No es que nosotros no confiemos en su discreción, pero está legislado que un cliente que tiene una entrevista con su abogado, en presencia de una tercera persona, renuncia a los beneficios de las «Provisiones Estatutorias» que determinan que tales conversaciones sean absolutamente confidenciales… Della, desde luego, como secretaria mía, está incluida dentro del Estatuto, pero usted no lo está.

—Muy bien —dijo Drake—. Así ya será posible que yo pueda ir a desayunar. Estoy ya tan cansado de café y sandwiches de jamón, tomados entre llamadas telefónicas, que ahora iré abajo para comerme una verdadera comida sentado a una mesa.

Drake salió del despacho.

Mason se volvió a Etna y a la señora Kempton:

—Siéntense —les dijo—. Ahora, señora Kempton, quiero que me diga usted la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Yo ya le dije a usted la verdad.

Mason sacudió su cabeza negativamente.

—Señor Mason —dijo ella indignada—. ¿Cree usted que yo le mentiría?

Mason replicó:

—Yo conozco a la policía. Yo sé como ellos trabajan. Usted estaba sola en aquella casa con un hombre asesinado. Usted se negó a decirle a nadie lo que usted sabe, y a pesar de eso, usted asegura que la policía la dejó en libertad.

—Pues es verdad. Así lo hicieron. Incluso enviaron a mi cuarto y consiguieron ropas para mí.

—¿Cómo fue eso? —preguntó Mason.

—Bueno…, ellos me dijeron que era necesario que mis ropas fuesen cuidadosamente analizadas por un hombre del laboratorio; que ellos siempre hacían eso, en el caso en que un testigo hubiera estado presente en un asesinato, y que ésta era una cuestión de rutina. Dijeron también que solamente en el día de mañana podrían devolverme mis ropas y que yo no tenía necesidad de estar esperando allí, si yo no quería, pues ellos enviarían a la matrona a mi cuarto y ella podía conseguirme ropas si yo le decía a ella lo que quería ponerme.

—¿E hicieron eso?

—Sí.

—¿Y usted les dio las llaves de su cuarto?

—Estaban en mi bolso. Ellos le quitan a uno todo y lo ponen en un sobre.

—¿Y usted firmó alguna cosa diciendo que estaba bien que la matrona fuese a su cuarto?

—Así es.

—¿Y después, qué ocurrió?

—Me trajeron mis ropas. Todo el mundo allí fue muy amable. Me dijeron que sentían el haberme tenido detenida, pero que ellos habían descubierto ahora todo sobre quién había matado al señor Addicks, y que yo ya estaba completamente limpia de culpa.

—¿Quién le dijo a usted eso?

—La matrona.

—¿Y después, qué hizo usted?

—Bueno…, bueno… —dijo ella—. Me preguntaron qué era lo que yo iba a hacer, y les dije que quería llamarlo a usted.

—¿Cuándo fue eso?

—Fue temprano, esta mañana.

—Continúe.

—Parece ser que nadie sabía como comunicarse con usted antes de que usted viniese a la oficina, pero el señor Etna tiene teléfono en su residencia. Yo sabía que él ya estaría levantado y entonces les dije que lo llamaría a él.

—¿Y él fue y la recogió a usted? —preguntó Mason.

—Así es.

Mason miró a Etna. Etna asintió.

—¿La recogió de las celdas de detención? —preguntó Mason.

—Bueno, no exactamente —dijo Etna—. Yo la recogí abajo, en el garaje.

—¿El garaje?

—Sí.

—¿Qué garaje?

—El garaje de la policía, donde ellos…

—Allí donde ellos nos llevaron en el coche anoche —interrumpió la señora Kempton—. Usted recordará que había un garaje detrás del lugar donde nosotros nos apeamos. Bueno, yo no quería molestar a nadie, y así, pues, le dije a la policía que iría abajo al garaje a esperar, y que ellos podían decirle al señor Etna que fuese allí a buscarme.

—¿Entonces, usted estaba esperando allí?

—Sí. Exacto en el lugar donde nos apeamos del coche de la policía, la noche pasada.

Mason se volvió a Etna.

—¿Pero usted no podía entrar allí con su coche? —le preguntó.

—No, pero dejé mi coche fuera, fui hasta la puerta y le hice seña a la señora Kempton, y ella vino corriendo afuera. ¿Por qué lo pregunta? ¿Hace eso alguna diferencia?

—Eso es lo que yo quiero averiguar —contestó Mason.

—No lo comprendo —dijo Etna.

Mason dijo:

—Señora Kempton, usted está ocultando alguna cosa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Usted está ocultando algo muy significativo, algún hecho que…

Ella lo interrumpió sacudiendo su cabeza con firmes negativas:

—Yo le estoy diciendo a usted todo, señor Mason.

—¿Y el señor Etna la trajo a usted aquí directamente? —preguntó Mason.

—El me llevó a mi departamento, primero. Me detuve allí cinco o diez minutos, y después vinimos aquí.

—Ella tiene un par de preguntas que quiere formularle a usted —dijo Etna.

La señora Kempton asintió con la cabeza.

—Señor Mason, cuando un hombre muere, ¿qué es lo que pasa con su cuenta en el Banco? ¿Quiero decir, con los cheques firmados por él, que no han sido cobrados?

Mason dijo:

—Los cheques no son válidos después que un hombre muere. Su cuenta en el Banco queda congelada. Tan pronto como el Banco es notificado de la muerte, suspende el pago de los cheques.

—¿Pero, supóngase usted que un hombre tiene un cheque de caja?

—Un cheque de caja —dijo Mason— es un cheque dado directamente por un Banco. Y los Bancos no mueren.

—Y si…, bueno, yo estaba solamente preguntándome…

—¿Qué se estaba usted preguntando? —dijo Mason.

—Oh, es por la forma en que el señor Addicks hacía sus negocios. Usted sabe, señor Mason, que él trabajaba mucho sobre la base de pago al contado. Hacía muchos negocios, y yo sé que él acostumbraba a hacerlos siempre con dinero contante y con cheques de caja. El compraba cheques de caja en diferentes Bancos y luego los endosaba.

—¿Y usted está preguntándose si esos endosos en cheques de caja quedarían invalidados en caso de que él muriese antes de ser pagados o hechos efectivos?

—Eso es.

—¿Por qué?

—Sólo para hacerme una idea exacta en mi cabeza.

Mason dijo:

—Esos cheques de caja serían pagados…, pero, inmediatamente, quiero saber lo que ocurrió en aquella casa.

—Bueno —dijo ella—. Yo voy a decirle a usted la verdad, voy a decirle toda la verdad, y entonces usted podrá decirme lo que tengo que hacer. Casi no me atrevo a decir una palabra a nadie, porque lo que tengo que decir suena tan…

—¿Qué le ha dicho usted a los periodistas? —interrumpió Mason.

—Nada.

—¿Hablaron ellos con usted?

—No. La policía me dijo que iban a ponerme en libertad

temprano esta mañana, y así los periodistas no se enterarían de nada. Eso me daría oportunidad para tranquilizarme.

Mason le dijo en un aparte a Etna:

—Este asunto se pone a cada minuto, más y más complicado.

—Oh, la policía *puede* tener también a veces consideración —dijo Etna.

—Seguro que *puede* —dijo Mason—. Pero ellos no van a antagonizar a todos los reporteros de periódico para hacerlo.

—Sin embargo, lo hicieron esta vez.

—Claro que lo hicieron —dijo Mason en tono menor—. Continúe, señora Kempton. Díganos lo que ocurrió. ¿En primer lugar, cómo ocurrió que usted fuese a Stonehenge?

—El señor Addicks me telefoneó.

—¿Dónde recibió usted su llamada?

—En mi departamento.

—¿Y cómo consiguió él su número?

—Eso, yo no lo sé.

—¿Y qué le dijo él?

—Que quería verme.

—¿Le dijo para qué?

—Él me comunicó que quería pedirme perdón personalmente por el gran daño que me había causado. Añadió que tenía algo muy importante que comunicarme.

—¿Informó usted al señor Etna sobre esa conversación?

—No. El señor Addicks me pidió que no dijese nada a nadie y que fuese a su casa a las seis de la tarde.

—¿A las seis?

—Sí. Él dijo que tenía algunas citas importantes que iban a ocuparlo hasta las seis, y que después tenía otras citas a las seis y cuarenta y cinco. Por lo tanto, yo tenía que estar allí exactamente al dar las seis.

—¿Y estuvo usted?

—Sí.

—¿Cómo entró usted allí?

—Fui hasta la puerta del número 546 de la calle Rose.

—¿Estaba abierta?

—No, estaba cerrada con llave.

—¿Y cómo entró usted?

—Yo tenía mi llave.

—¿Quiere usted decir que estuvo usted guardando esa llave todo este tiempo…?

—Bueno, yo tenía una llave y nunca me pidieron que la devolviese.

—¿Y sabía Addicks eso?

—El me preguntó si yo tenía mi llave, y yo le contesté que sí. Dijo que estaba bien y que fuese directamente por la parte posterior de la casa y subiese a sus oficinas en el segundo piso. Bien, ¿qué hay de malo en eso, señor Mason? Yo hice eso cientos de veces cuando estaba trabajando allí.

—Pero eso era cuando usted estaba trabajando allí —dijo Mason —. Es diferente.

—Bueno, Cielo Santo. Yo no podía suponer que un hombre tan ocupado como el señor Addicks, viniese abajo por las escaleras y a lo largo de aquel pasillo, para abrirme la puerta, cuando yo tenía una llave y conocía el camino.

—¿No había nadie más en la casa para abrirle?

—No, él estaba sólo en la casa.

—¿Le dijo eso a usted cuando le telefoneó?

—Sí.

Mason añadió:

—¿Y usted reconoció su voz?

—Oh, sí. Desde luego, y se rió de la forma que tenía de tartamudear con el vendaje que llevaba puesto.

—¿Y a qué hora la llamó a usted?

—Sobre las dos y media de la tarde.

—¿Entonces, usted fue allí?

—Sí. Tomé un autobús que me llevó hasta la intersección de la calle Olive, exactamente a las cinco y cincuenta. Sabe usted, yo conozco los horarios de los autobuses, por haber ido allí tantas veces.

Mason dijo:

—Caramba. Yo estoy sorprendido por todo eso. Vamos ahora a los hechos más importantes. ¿Él estaba vivo cuando usted llegó allí?

—Sí.

—¿Y qué le dijo él a usted?

—Ésa es exactamente la cuestión. El no tuvo oportunidad de

decirme nada, porque fue muerto en el mismo momento en que yo entraba en el…

—¿Y quién lo mató?

—Un gorila.

Mason dijo:

—Vamos, vamos, señora Kempton, seamos prácticos.

—Señor Mason, por favor, no dude de lo que le estoy diciendo. Estoy diciéndole absolutamente la verdad. Yo lo vi con mis propios ojos. El señor Addicks estaba caído sobre la cama y ese gorila le hundió un cuchillo en el cuerpo varias veces.

—¿Qué gorila fue?

—Señor Mason, yo no puedo jurar qué gorila fue. Fue uno de los tres grandes, pero no sé cuál. Sabe usted, aquello no era normal…, el gorila lo mató mientras éste se encontraba en un trance hipnótico.

Mason la miró con ojos pensativos.

—Usted no me cree, ¿verdad, señor Mason?

Mason dijo:

—Aunque yo la creyese, un Jurado no la creería.

—Bueno, no comprendo por qué —replicó ella—. Después de todo, eso es precisamente lo que el señor Addicks ha estado experimentando años y años. Estaba tratando de conseguir un gorila al que él pudiese hipnotizar y…

—Muy bien —dijo Mason—. Ésa es su historia. No perdamos tiempo en discutir. Yo quiero saber lo que ocurrió.

—Bueno. Yo entré en el cuarto. Al principio, no pude ver al señor Addicks. Lo llamé por su nombre y después lo vi tendido sobre la cama. Parecía como si estuviera durmiendo. Entonces, aquel gorila salió desde una esquina junto al cuarto de baño. Estaba hipnotizado.

—Usted ya dijo eso dos veces. ¿Cómo lo sabe usted?

—Por la expresión de sus ojos. El gorila me sonrió y se dirigió a la cama con esa manera peculiar tambaleante qué tienen de caminar, y… sonreía continuamente, como si estuviera disfrutando en cambiar de papeles con el hombre que lo había torturado.

—¿Y qué hizo usted?

—Grité y me desvanecí.

—¿Sabía usted que esos gorilas andaban sueltos por la casa? —

preguntó Mason—. ¿Había algunos otros animales sueltos cuando usted llegó allí y pasó frente a las jaulas?

—No, todo parecía en orden. Dos grandes gorilas estaban en una de las jaulas que apareció abierta más tarde, y el gorila más dócil en la otra.

Mason dijo:

—Entonces, alguien soltó a esos gorilas entre el momento en que usted…

—Fue el gorila quien hizo eso.

—¿Cuál de ellos?

—El gorila que mató al señor Addicks.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque me consta, señor Mason. Usted no puede permanecer cerca de ellos por mucho tiempo, sin acabar sabiendo cómo actúan. Esas jaulas tenían cierres de trancas que podían ser sacadas desde el exterior, y cuando sucedió que un gorila quedó libre, entonces ése abrió las puertas de las otras jaulas. Eso era lo primero que un gorila haría.

—Continúe —dijo Mason.

Ella dijo:

—Bueno, yo me desmayé. Después, volví en mí, y uno de los pequeños gorilas dóciles que siempre me había querido, estaba sentado a mi lado. Estaba lanzando pequeños gemidos de afecto y me lamía la cara. Yo creo que fue eso lo que me hizo recobrar el conocimiento.

—¿Estaba usted atemorizada? —preguntó Mason.

—No particularmente. Yo reconocí a ese gorila tan pronto como abrí los ojos.

—¿Y después, qué?

—Después —continuó ella— le hablé y se puso muy contento al ver que yo estaba bien. Me dio golpecitos en la cara y me pasó la mano por el cabello, mostrándose tan contento como era capaz de expresarlo.

—¿Y después, qué?

—Después me puse en pie, miré en torno y comprendí que el señor Addicks estaba muerto. Vi que el cuchillo sobresalía de su espalda y entonces fui al teléfono y traté de comunicarme con el señor Etna, pero no lo conseguí. También intenté varias veces

comunicarme con usted, y tampoco pude, hasta que al fin, cuando ya estaba desesperada, la señorita Street contestó al teléfono.

—¿Y por qué no llamó usted a la policía?

—Porque yo no sabía qué hacer, señor Mason. Yo no sabía si usted me ordenaría que saliese cuanto antes de la casa y no le dijese a nadie que había estado allí. Bueno, yo no sabía qué hacer.

—¿Y dónde estuvo todo ese tiempo el gorila?

Ella dijo:

—Una de las primeras cosas que hice, fue cerrar todas las puertas que comunicaban con las habitaciones del señor Addicks, en la parte de arriba.

—¿Y qué pasó con el gorila amigo suyo?

—Oh, yo lo dejé allí. Estaba perfectamente seguro. Era exactamente igual que un niño. Estaba tan contento de volver a verme, que no lograba desprenderme de él. Golpeaba con sus manos y…

—Siga usted —dijo Mason.

—Bien —dijo ella—. Yo le comuniqué a usted que me encontraría con usted abajo, a la puerta del número 546 de la calle Rose. A duras penas me atrevía a salir al pasillo, pero después de un rato, decidí que esto sería lo mejor… Eso ocurría a la hora en que yo lo estaba esperando a usted. Por lo tanto, suavemente, abrí la puerta del pasillo y miré afuera. Todo estaba tranquilo, y entonces me deslicé por el pasillo y… bien, creo que algo me golpeó. Recuerdo haber visto toda clase de estrellas y lo primero de que me di cuenta fue que estaba caída en el suelo recuperando el conocimiento, y cuando lo vi a usted allí de pie frente al gorila, comprendí que usted iba a tener problemas con él.

—¿Por qué?

—Porque ese gorila era uno de los verdaderamente malos. Ése era verdaderamente peligroso. Uno no podía prever lo que él haría. Yo me supongo que él había destrozado la puerta o hecho algo por el estilo, porque recuerdo haber visto la puerta rota, y creo que fue el ruido de algún estrépito terrible lo que me ayudó a recuperar el conocimiento.

—Siga usted —dijo Mason.

—Usted ya sabe todo el resto. Yo sabía que nos encontrábamos en un terrible peligro, y así, pues, le dije a usted lo que tenía que

hacer.

Mason dijo:

—Ésta es la historia más complicada y más increíble que yo haya oído en toda mi vida.

—Yo lo siento, señor Mason. Pero ésa es la verdad.

—¿La verdad completa?

—La verdad completa.

Mason se puso en pie y comenzó a pasear por la estancia. Después de un momento, dijo:

—Yo creo que sólo hay una oportunidad entre cien de que todo eso pueda ser verdad. Pero, quienquiera que la hubiese golpeado a usted, dejándola sin sentido, la hubiera llevado a usted otra vez al cuarto. Yo la observo a usted mientras habla y sus palabras parecen ser convincentes. Pero después, miro a otra parte, y ya no puedo dar crédito a mis oídos.

—Señor Mason, ¿está usted dudando de mi palabra?

—Sí —dijo Mason.

Ella se enfureció:

—Yo le he dicho a usted exactamente lo que ocurrió.

—Bueno —dijo Mason—. Cuando uno se detiene a imaginarse el ambiente de aquel lugar, pienso que uno podría quizá decir que había una posibilidad entre ocho o diez de que la historia pudiese ser verdad. Pero, ¿quién va a creerla? Un Jurado no la creería, un juez tampoco y los periódicos tampoco.

—Pues yo no veo por qué nadie no la creería. Después de todo, el señor Addicks había estado deliberadamente entrenando a sus gorilas para hacer exactamente eso. Había estado tratando de hipnotizarlos e infiltrar en ellos impulsos homicidas y…

—Eso es una locura completa —dijo Mason.

—No hay nada de locura en todo eso —replicó ella vivamente—. Si usted me preguntase, le diría que el señor Addicks tenía algo terrible en su pasado. Estaba siempre con el temor de que iba a ser acusado de un asesinato. Yo creo que se trataba de un crimen que había sido cometido en algún país extranjero y creo que el señor Addicks iba a alegar que él había sido hipnotizado por alguien, y que la influencia hipnótica se había desvanecido, pero que él no habría recobrado nunca su memoria.

Mason se levantó y fue a colocarse de pie junto a la ventana.

—Sí —dijo lentamente—, cuando uno analiza este caso a la luz de hechos indiscutibles, puede comprenderse que… Bueno, Dios Santo, es precisa una gran fantasía para tratar de plantear una defensa así en un Tribunal y frente a un Jurado.

—No se preocupe. No tendrá usted que hacerlo —dijo ella—. La policía ha encontrado la clave sobre ese gorila, puesto que me han puesto en libertad, disculpándose por haberme detenido. Yo no veo por qué está usted preocupándose sobre un Jurado, señor Mason. A mí no van a acusarme de nada.

—Y ahí está el punto más descabellado de todo este lío —dijo Mason—. Usted está sola en una casa donde ha sido asesinado un hombre. Si usted les contase esa historia y firmase una declaración escrita, ellos podían haberla puesto a usted en libertad, mientras realizaban una investigación. Pero usted no les contó esta historia, ¿verdad?

—Yo no les dije cosa alguna.

—Bueno, pues no se la diga —le advirtió Mason—. Mantenga sus labios cerrados hasta que yo pueda encontrar alguna forma de comprobar todo esto. Por todos los diablos, cuando uno se detiene a pensar en este asunto a la luz de los hechos, probablemente resulte aceptable, pero es una historia tan absurda para tratar de hacérsela creer a nadie, que…

—Pero tiene que ser de esa manera, señor Mason. No había nadie en la casa con excepción del señor Addicks, yo y los gorilas.

—Exactamente —dijo Mason—. Y no hay razón alguna para que una persona maliciosa que sabía la forma en que el señor Addicks había estado haciendo experimentos con sus animales, no pudiese haberle clavado un cuchillo mientras estaba dormido y después alegar que lo había asesinado un gorila.

—¿Pero qué motivo podía tener yo para hacer eso?

—Eso —dijo Mason— es lo que me desorienta. Yo no puedo comprender qué razón podía tener usted para haber ido allí sin haber hablado antes con James Etna o haberme llamado a mí.

—Yo creo que debí haber hecho eso, pero el señor Addicks me pidió que no dijese nada a nadie.

Mason estaba a punto de decir algo más, cuando sonaron unos golpes con los nudillos, dados con fuerte autoridad.

—Abra usted, Mason —ordenó la voz del sargento Holcomb—.

Es la policía.

Mason hizo seña a Della Street. Ésta abrió la puerta.

El sargento Holcomb, sonriendo triunfalmente, dijo:

—Bueno, bueno, Mason. Éste es el caso que nosotros habíamos estado esperando. Éste es el caso que nosotros realmente deseábamos. Vamos, señora Kempton, venga usted con nosotros.

—¿Ir con ustedes? —exclamó ella—. ¿Por qué, si ustedes acaban exactamente de ponerme en libertad?

—Ciertamente lo hicimos —concordó Holcomb—. Y ahora usted va de nuevo con nosotros, y esta vez la acusación es de asesinato en primer grado.

Holcomb y otros dos agentes penetraron en la oficina, tomaron a la señora Kempton por los brazos, y antes que ella pudiese protestar, le plantaron las esposas.

—Nos veremos en la iglesia[2], Mason —dijo Holcomb.

—Espere un momento —dijo Mason interponiéndose entre los agentes y la puerta—. ¿Tienen ustedes una orden de arresto contra esta mujer?

—Aquí está —dijo Holcomb extrayendo un papel doblado de su bolsillo.

Mason dio un paso al frente.

Los dos agentes lo empujaron con sus hombros apartándolo de la puerta. El sargento Holcomb condujo a la señora Kempton al pasillo.

Mason alcanzó la puerta.

Un agente lo empujó atrás.

—Vaya y consiga un mandato judicial, si usted quiere —le dijo —, pero no trate de interferir con los agentes en el desempeño de sus deberes.

El otro agente y el sargento Holcomb, condujeron apresuradamente a la señora Kempton por el pasillo.

—Usted tiene toda la razón, yo conseguiré un mandato —dijo Mason furioso.

—Ése es el espíritu de la Ley —dijo el agente riendo—. Consiga un par de ellos.

Mason le dijo a Etna.

—Vaya a comprobar los expedientes y deles con un mandato en la cara si aquéllos no están en orden, Jim.

Etna asintió con la cabeza y echó a andar hacia los ascensores.

—Vaya usted por las escaleras —le dijo Mason, al tiempo que regresaba a la oficina—. Rápido, Della, ayúdeme a buscar si hay en este sitio algún micrófono. Si ellos han estado escuchando una comunicación confidencial hecha a un abogado, vamos a enseñarles algo que nunca les fue enseñado.

Mason y Della Street buscaron frenéticamente por la oficina.

Al cabo de una hora, se confesaron fracasados. Habían buscado en todos los rincones y detrás de cada cuadro. Habían movido todos los muebles, levantado la alfombra e inspeccionado cada pulgada de las paredes.

—¿Y bien? —preguntó Della Street.

Mason dijo:

—No lo comprendo. Ellos han conseguido averiguar alguna cosa que nosotros no sabemos.

—¿Qué puede ser ello?

—Que me cuelguen si yo lo sé.

—¿No cree usted que ella pueda haberle dicho a la policía la misma historia que nos contó a nosotros?

—Yo espero que no —dijo Mason.

El abogado se encaminó a la ventana y permaneció silencioso mirando abajo al tráfico de la bulliciosa calle de la ciudad.

Repentinamente, se volvió.

—Della —dijo—. Hay una cosa que se llama transformarse en demasiado escéptico.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—La señora Kempton nos cuenta una historia que nos parece fantástica, y por lo tanto nosotros inmediatamente la rechazamos.

—¿Quiere usted decir que puede que ella haya dicho la verdad?

—Hay aún otra posibilidad.

—¿Cuál?

Mason dijo:

—Vamos a analizar eso en esta forma, Della. Supongamos que usted quiere matar a Benjamin Addicks y supongamos que usted quiere hacer pasar eso como realizado por otra persona y demuestra con ello que usted no era culpable.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Entonces —dijo Mason— usted haría ir a la casa a Josephine

Kempton. Haría que ella contase una historia que ningún Jurado en el mundo podría crearla en absoluto. Después, usted seguiría adelante, mataría a Benjamín Addicks y estaría completamente segura de que Josephine Kempton sería declarada culpable.

—Pero, ¿cómo conseguiría usted que ella dijese semejante historia? —preguntó Della Street.

—Miré a las cosas en conjunto —dijo Mason—. Mírelas con toda sangre fría y desde un punto de vista analítico. ¿Qué le parece la historia de la señora Kempton?

—Me parece una locura —dijo prontamente Della Street—. Eso suena así como…, como una pesadilla.

—Y eso —dijo Mason— es probable y exactamente lo que es.

—¿Qué quiere usted decir con eso, Jefe?

—Vea los hechos en este caso —dijo Mason—. Addicks ha empleado con él a personas que han estado ensayando el utilizar el hipnotismo en animales, particularmente en gorilas.

—¿Y qué?

—La señora Kempton permaneció en dos ocasiones sin sentido. La primera vez ella creyó que se había desvanecido. La segunda vez, ella cree que alguien la golpeó en la cabeza.

—Siga usted —dijo Della Street.

Mason dijo:

—Supóngase que alguien puso a la señora Kempton en trance hipnótico y mientras ella estaba en ese trance, él le inculcó toda esa historia, que ella debía creer como cierta cuando recobrase la consciencia.

Los ojos de Della Street se abrieron asombrados:

—Jefe —dijo ella—, apuesto a que fue así. Ésta sería la clave de todo el problema y… —Repentinamente, el entusiasmo la abandonó y su voz volvió al silencio.

—Siga usted —dijo Mason.

—Pero —dijo dudosa Della Street— usted no podría conseguir que ningún Jurado creyese esa historia de hipnotismo, más de lo que usted mismo podría conseguir que creyesen la historia del gorila.

—No con la evidencia hasta el presente disponible —dijo Mason —. Pero esto es exactamente el comienzo del caso.

—¿Podría una mujer ser hipnotizada y que una pesadilla

sintética de esa clase, le fuese implantada en su conciencia, de forma que pudiera recordarla como una experiencia real cuando ella despertase?

—Yo creo que si —dijo Mason—. Yo voy a comprobarlo. Después de todo, el hipnotismo es una cuestión sobre la que yo conozco muy poco. Pero todo eso, todavía no explica el porqué la policía se mostró tan triunfalmente segura de sí misma cuando vinieron a detener a la señora Kempton. Ellos deben haber descubierto algo. Nosotros averiguaremos mucho más dentro de los dos próximos días. Hay un montón de puntos en este caso sobre los que todavía no sabemos nada.

—Y quizá también algunas comas —dijo Della Street significativamente.

Capítulo 12

Un poco antes del mediodía, sonó el teléfono de Della Street. Ella contestó y dijo:

—Sí…, oh, sí… Espere un momento. Voy a ver. —Se volvió a Perry Mason y dijo—: Sidney Hardwick, de la firma Hardwick, Carson y Redding.

Mason asintió con la cabeza.

—Sí, el señor Mason está aquí. El hablará con el señor Hardwick. Póngalo en comunicación, por favor.

Mason agarró el teléfono y dijo:

—¡Hola! Habla Mason… Hola, señor Hardwick.

Hardwick dijo:

—Señor Mason, yo me encuentro en una situación un tanto extraña. Desearía celebrar una conferencia con usted y el señor James Etna.

—¿Cuándo? —preguntó Mason.

—A su más pronta conveniencia.

—¿Dónde?

—En cualquier lugar que usted quiera. En su oficina, si a usted le parece.

—¿Sobre qué asunto?

—Sobre una cuestión que me intriga y que, con toda franqueza, señor Mason, puede ser de alguna posible ventaja o alguna posible desventaja para su clienta Josephine Kempton. Yo me supongo que usted está ansioso por obtener información concerniente a su relación con el caso, y yo también estoy ansioso por obtener alguna información de ustedes, caballeros.

—¿Cuándo? —preguntó Mason.

—Tan pronto como usted pueda decidirlo convenientemente.

Mason dijo:

—Entonces, esté usted aquí dentro de cinco minutos. Yo tendré ya aquí a Etna.

Colgó el teléfono y dijo a Della Street:

—Della, consiga comunicación con James Etna, y dígale que vamos a celebrar una importante conferencia con Hardwick. Dígale que venga en seguida.

Della Street asintió.

Mason dijo:

—Yo estaré de regreso aquí a la misma hora que llegue Etna —y salió al pasillo dirigiéndose a la oficina de la Agencia de Detectives Drake.

—¿Está Drake aquí? —preguntó Mason a la telefonista del conmutador.

Ella asintió con la cabeza y dijo:

—Entre usted directamente, señor Mason. Él está solo. Yo lo avisaré de que usted ha venido.

—Gracias —dijo Mason abriendo la puerta baja en la separación que dividía el pequeño salón de recepción, y caminó por el pasillo hasta el despacho de Drake.

Drake estaba justamente colgando el teléfono, cuando el abogado entró en el despacho.

—Hola —dijo Mason—. ¿Hay algo de nuevo?

—Estoy excavando en varios lugares —dijo Drake— consiguiendo un montón de materiales, pero no los he eslabonado todavía. Se trata de multitud de cosas sueltas.

Mason dijo:

—Sidney Hardwick, que era el abogado de Benjamin Addicks en vida y quien, cabe presumir, es su representante testamentario, va a venir ahora aquí con el fin de visitarme. Puedo decir por la forma en que él está procediendo que hay alguna cosa en su mente que lo está preocupando hasta darse de bofetadas con el diablo. ¿No tendrá usted alguna idea de lo que pueda tratarse?

Drake sacudió su cabeza negativamente:

—No, todavía no tengo ninguna. Concédame usted otras dos o tres horas y yo probablemente lo averiguaré.

—Concédame usted quince minutos a mí y yo lo descubriré —replicó Mason riendo.

Drake dijo:

—Un examen preliminar revela que Addicks tenía un 0,32 por 100 de alcohol en su sangre cuando fue asesinado. Eso era suficiente para hacerlo dormir profundamente. Hay pruebas que indican que él había tenido previamente una concentración todavía mayor de alcohol en la sangre.

»Yo no necesito instruirlo a usted sobre las matemáticas del alcoholismo, Perry, pero generalmente el estado confuso de la intoxicación o embriaguez comienza a producirse cuando hay alrededor del 0,15 por 100 de alcohol en la sangre. Al alcanzar el 0,30 por 100 al 0,40 por 100, el sujeto está real y completamente borracho, es decir, en estado de estupor y de tambaleamiento.

»Y ahora, Benjamin Addicks tenía el 0,32 por 100 de alcohol en su sangre. La policía sabe exactamente cuando la señora Kempton llegó a la casa. Han logrado comprobarlo con el chofer del autobús. Ella viajó efectivamente en el autobús que alegaba haber tomado.

»No hay duda alguna de que Addicks estaba demasiado embriagado para pensar claramente. Al parecer, él había estado bebiendo hasta el mismo momento en que cayó sobre la cama y quedó inconsciente. El alcohol en la sangre se elimina a un promedio de 0,02 a 0,04 por 100 por hora, después de su absorción.

—¿Y qué fue lo que le impulsó a beber hasta lanzarse de esa manera a la embriaguez, Paul?

—Que me maldigan si lo sé. Debe de haber sido alguna cuestión sumamente importante.

—¿Descubrió usted algo sobre esas cuentas telefónicas? —preguntó Mason.

—No todavía. Pero tendré esa información dentro de una hora. Yo estoy haciendo gestiones para obtener copias de todas esas cuentas telefónicas.

—¿Y cómo va a conseguir eso, Paul?

—Más bien no se lo diré a usted. Quizá estoy sacando la cabeza un poco demasiado afuera. Lo importante es que voy a conseguirlas.

—Tan pronto como usted logre alguna información, comuníquelo. Y ahora dígame usted: ¿ese Alan Blevins es un hipnotista?

—Claro que lo es, y muy bueno. Incidentalmente, él duda que un gorila pueda ser hipnotizado por métodos ordinarios. Es decir, afirma que él ha provocado el equivalente de un estado hipnótico

en un gorila, pero cuando lo hubo hecho, no encontró la manera de hacer sugestiones directas a la mente subconsciente del animal. Con un ser humano, eso se hace por medio de la palabra. Pero con un gorila no hay puente alguno entre su mente y la de él. El animal, simplemente, duerme. Difícilmente puede haber una forma de decir si se trata de un sueño hipnótico provocado o de un sueño natural.

—¿Blevins había sido despedido?

—Sí.

—¿Dijo algunas palabras fuertes por esa causa?

—Yo deduzco que no quedaron resentimientos entre ellos. Nathan Fallon fue quien le llevó las malas noticias. Addicks, incluso se negó a discutir la cuestión. Todo el equipo fue despedido a la vez.

—¿Entonces, Blevins odiaba a Addicks?

—Puede que sí.

—Averigüe usted dónde estuvo él la noche pasada —dijo Mason.

—Ya lo hice —dijo Drake—. Él está solo. Su mujer se divorció de él hace dos años. Él dice que estuvo anoche en casa viendo la televisión y después se fue a la cama.

—¿Hay comprobación de eso?

—Sólo su palabra, hasta ahora. ¿Quiere que averigüe más?

—Seguro que sí. ¿Por qué se separó de su mujer, Paul?

—Por crueldad mental. Ella alega que él la estaba hipnotizando siempre, tratando de utilizarla como un sujeto, poniéndola en ridículo y todo lo demás.

—Averigüe más sobre eso —dijo Mason—. Localícela, Paul. Yo quiero hablar con ella.

Drake escribió una nota.

—¿Alguna cosa más?

—Creo que eso es todo. Voy a regresar ahora a mi oficina y ver lo que Hardwick quiere. Ya debe estar llegando.

—Otra cosa más —dijo Drake—. Blevins me dijo que le había enseñado a Addicks la forma de hipnotizar.

—¿Por qué?

—Porque Addicks lo quiso.

Mason dijo:

—Paul, yo quiero que compruebe todo eso. Yo voy a presentar una defensa en este caso que va a ser histórica, pero primero tengo

que saber lo que realmente ocurrió allí.

—¿No puede Josephine Kempton decírselo? —preguntó Drake.

—No.

—¿Por qué no?

—Confidencialmente le diré a usted que yo no creo que ella lo sepa.

Drake dijo, disgustado:

—Oh, por todos los santos, Perry. No presente usted una de esas defensas en la que la dama dice: «Nosotros estábamos sentados allí con el cuchillo de trinchar y entonces, repentinamente, yo vi todo negro y cuando recobré mis sentidos él estaba tendido sobre la cama completamente rígido, y grité: Háblame, Benny, háblame».

Mason sonrió:

—No es así, Paul, y sin embargo, lo es. Échele todos los perros a Blevins, encuentre a su ex mujer. Yo me voy allá a hablar con Hardwick. Lo veré a usted más tarde, Paul.

Mason regresó a su oficina. Della Street le dijo:

—James Etna está camino de aquí. Parece terriblemente cansado.

El teléfono sonó. Della Street tomó el receptor y dijo:

—¡Hola! —Y luego a Mason—: Aquí está el señor Etna.

—Dígale que pase —dijo Mason—. Y dígale a Gertie que acompañe aquí al señor Hardwick, tan pronto como éste llegue.

Della Street colgó el teléfono, salió fuera y escoltó a Etna al despacho de Mason.

Etna, mostrando considerable emoción, dijo:

—Señor Mason, ¿puede usted decirme qué es lo que se ha apoderado de la policía?

Mason sacudió su cabeza negativamente:

—Ellos, en verdad, parecen creer que han hecho una buena jugada.

Etna dijo:

—Es casi como si ellos tuviesen algún medio de saber lo que se había dicho.

Mason sonrió.

—Usted no me dice nada —le replicó—. Della Street y yo hicimos pedazos ésta oficina tratando de encontrar un micrófono. Pensamos que quizá ellos se las habían arreglado para escuchar la

historia de nuestra cliente. ¿Qué hay sobre el mandato? ¿Lo consiguió usted?

—No. Descubrí que no sería de ninguna utilidad.

—¿Quiere usted decir que ella ya está acusada?

—Exacto. Asesinato en primer grado. Ellos ya lo habían ordenado así y el mandamiento de detención estaba en regla.

—Tiene que haber ocurrido algo para hacerlos sentirse tan confiados y seguros de repente —dijo Mason.

—Desde luego, ésa es una historia que no es nada corriente —aventuró Etna.

—Puede usted repetirlo así.

—¿Y a usted, qué le parece? —preguntó Etna.

—¿Esa historia?

—Sí.

—Todavía no he meditado sobre ella.

—¿Qué ocurrirá cuando ella diga todo eso ante un Jurado?

—Querrá usted decir, *si* ella lo dice ante un Jurado.

—Ella tendrá que comparecer ante él, más pronto o más tarde.

Mason sonrió:

—Bueno, supongamos que será más tarde, Etna.

—¿Cree usted que un Jurado creerá esa historia?

—¿Y usted?

—Bueno —dijo Etna—. Tenga en cuenta, Mason, que yo lo creo y no lo creo.

Mason continuó sonriendo.

—Desde luego cuando usted toma en consideración el fondo de todo aquello, la cosa parece razonable. Aquí tenemos a un millonario que había estado haciendo experimentos con el hipnotismo. Había estado tratando de hipnotizar gorilas, y al parecer también de inyectar en ellos impulsos homicidas. Y no es sino natural que más pronto o más tarde hubiese alcanzado, en cierta medida, el éxito, y por lo tanto, es muy lógico suponer que él mismo fuese la primera víctima.

Mason dijo:

—Continúe, Jim. Usted está tratando de convencerse a sí mismo de la historia de ella. Usted se está presentando a sí mismo un argumento, igual que si fuera usted un miembro del Jurado.

—¿Y por qué no?

Mason dijo:

—Cuando un abogado tiene que argumentar consigo mismo para convencerse y obligarse a creer la historia de su cliente, resulta mucho mejor impedir que nadie más oiga siquiera esa historia.

—Yo creo que usted tiene razón —dijo Etna con una débil sonrisa—. Yo no me había dado cuenta exactamente de lo que estaba ocurriendo en mi propia mente, pero ahora que usted lo menciona, creo que he estado tratando muy a fondo, y no con mucho éxito, de hacerme creer a mí mismo una historia que…, bueno, yo no sé todavía donde me encuentro con relación a ella. Esa historia me suena a absurdo, hasta que considero todo el fondo de ella y entonces me resulta casi lógica.

Mason dijo:

—Nosotros sabremos mucho más dentro de unos días. Jim.

Etna contestó:

—Yo no puedo por menos de pensar de que lo he metido a usted en un conflicto.

Mason sacudió la cabeza negando:

—No tiene importancia. Ya he estado en situaciones peores que ésta.

—Eso nos lleva otra vez a la cuestión de descifrar por qué la policía ha actuado conforme lo hizo. ¿No era en realidad poco común eso?

—¿Poco común? —exclamó Mason—. ¡Fue único!

El teléfono sonó. Della Street tomó el receptor, hizo seña a Mason y dijo:

—Es Hardwick.

—Nosotros aplazaremos esta discusión mientras tanto —dijo Mason a Etna—. Adoptemos una actitud firme, como una fachada, en lo que concierne a Hardwick. Seremos todo sonrisa y optimismo. Muy bien, Della, hágalo entrar.

Della Street mantuvo la puerta abierta y dijo:

—El señor Hardwick.

Sidney Hardwick, al parecer muy preocupado sobre alguna cosa, saludó:

—Buenos días, caballeros, buenos días. Espero que usted no ha desorganizado su día entero, señor Mason…, y usted tampoco, señor Etna.

—No, en absoluto —dijo Mason—. Siéntese usted. ¿Qué es lo que podemos hacer por usted?

Hardwick se sentó, ajustó sus lentes sobre la nariz, echó hacia atrás la cinta de aquéllos sobre su oreja, ajustó su aparato de oír y dijo:

—Por favor, tratemos de entendernos mutuamente desde un principio. Yo sé que ustedes los dos, señores, se encuentran en muchos aspectos en posición adversa hacia mí. Ustedes están, creo yo, representando a Josephine Kempton.

—Eso creo yo —dijo Mason—. Esto es, creo que nosotros la estamos representando a ella.

—¿Ambos ustedes? —preguntó Hardwick.

James Etna cambió de postura ligeramente en su butaca, después de lo cual dijo:

—Sí, yo también creo eso.

—Pues bien —continuó diciendo Hardwick—, yo representaba a Benjamin, en vida de éste. Yo sé más sobre él que ningún otro ser vivo. Yo redacté un testamento para él hace algunos meses. Ese testamento estaba de conformidad con los deseos del señor Addicks *en ese tiempo*.

—¿Tiene usted alguna razón para creer que sus deseos cambiaron?

Hardwick aclaró su garganta y dijo:

—Las dos cosas: sus deseos y su testamento.

Mason replicó:

—Usted tiene algo que decirnos a nosotros y también algo que preguntarnos a nosotros. ¿Por qué no plantear eso de una vez?

Hardwick sonrió:

—Me temo que yo no soy un jugador de póker muy bueno.

—Usted no está jugando al póker —le contestó Mason—. Usted está realizando una consulta en la que todos nosotros estamos poniendo ciertas cartas sobre la mesa. Ahora, supongamos que usted empieza por poner sobre la mesa tantas cartas como quiera enseñar, y entonces nosotros veremos lo que podemos hacer.

—Muy bien. Aquí existe una situación que es de lo más extraordinario. Una situación que es en algunos aspectos sumamente ventajosa para su clienta. Me supongo que usted ya sabía eso, señor Mason, antes de que usted…, bueno, quizá antes de

que usted decidiese representarla a ella.

—Continúe usted —dijo Mason—. Nosotros lo escuchamos.

Hardwick prosiguió.

—Usted fue a visitar a Benjamin Addicks el martes por la noche. La visita de usted lo perturbó. Cuando usted encontró la sortija y el reloj…, bueno, aquello fue un golpe para el propio respeto de Addicks y la seguridad en sí mismo. Entonces, él cambió completamente de opinión sobre lo que quería hacer en su testamento.

»Esa noche, antes de irse a la cama, aproximadamente las once y media, llamó a Nathan Fallon y Mortimer Hershey para celebrar una conferencia. Él les dijo: «Caballeros, yo he sido un tonto. He sido muy recto. He sido arbitrario en mis juicios sobre mis semejantes. Lo siento. Y ahora voy a tratar de hacer las reparaciones que pueda. Yo tengo aquí un testamento que he escrito por entero de mi puño y letra. Voy a poner este testamento en un sobre. Voy a entregárselo a ustedes. Yo quiero que ustedes, caballeros, cierren el sobre y firmen con sus nombres al respaldo de él, y después lo coloquen en lugar seguro. Si alguna cosa me ocurriese en los próximos días, quiero que ustedes se arreglen de forma que el señor Sidney Hardwick reciba este testamento».

—¿Dijo en los próximos días? —preguntó Mason—. ¿Entonces preveía ya que le ocurriese alguna cosa?

—No, nada de eso. Parece ser que lo que él tenía en su mente era llevar a cabo otra entrevista conmigo y hacer que ese testamento, el testamento ológrafo, fuese reducido a una forma más convencional y debidamente firmado en presencia de testigos. Él había hecho ese testamento ológrafo como algo de naturaleza a prevenir cualquier caso que pudiese sucederle, en forma de no verse obligado por el testamento antiguo que él mismo había hecho.

Mason movió la cabeza y dijo:

—¿Y usted fue aquella noche allí para hacer con él el nuevo testamento?

—Así es. Pero él estaba, sin embargo, demasiado perturbado para verme a mí. Yo no pude comprender eso en tales momentos. Pero a la luz de los acontecimientos ulteriores ya puedo hacerme una idea completa de lo ocurrido.

»Usted había hecho tambalearse la seguridad en sí mismo de

aquel hombre, señor Mason. Y yo puedo asegurarle a usted que él era un hombre difícil de tambalear, era un hombre muy recio.

»Así, pues —añadió Hardwick—, yo probablemente no tengo derecho a hacer esto, pero voy a leerles a ustedes una parte del testamento ológrafo que hizo el señor Addicks, testamento que yo voy a presentar para su reconocimiento oficial. Pienso que hay algunas cosas aquí que son de la mayor importancia para ustedes, caballeros, y particularmente para su clienta.

—Continúe usted —dijo Mason, mirando significativamente a Della Street, en forma que ella estuviese segura de incluir las acotaciones del testamento en sus notas taquigráficas.

Hardwick desdobló un papel y leyó:

> *Yo, Benjamin Addicks, hago esta última voluntad y testamento enteramente de mi puño y letra y en un espíritu de profunda humildad. Yo he sido arbitrario. Yo he sido injusto. He sido demasiado orgulloso para juzgar a mis semejantes. Yo, particularmente, lamento las circunstancias que me apartaron de mi hermano Herman.*
>
> *Yo he tenido un choque emocional muy fuerte esta noche. La señora Josephine Kempton, una antigua empleada mía a la cual yo había, más o menos directamente, acusado de robo, es absolutamente inocente. Los valiosos objetos que yo había creído que ella me había robado, han sido descubiertos bajo tales circunstancias, que es en extremo probable que fueron robados por un travieso mono, y que solamente yo soy responsable por las acciones de ese mono.*
>
> *Yo, por lo tanto, hago mi última voluntad y testamento como sigue: A Josephine Kempton, mi antigua ama de llaves, le dejo, con mis sinceras disculpas, la suma de cincuenta mil dólares. A Mortimer Hershey, mi agente de negocios, quien, incidentalmente, ha sido ya bien pagado por sus servicios, le dejo la suma de diez mil dólares. A Nathan Fallon, quien yo creo ha sido pagado en exceso y quien en ocasiones ha sido completamente desleal a mis intereses, le dejo la suma de un dólar y mi reprimenda para él de que el primer requisito de un empleado, es una absoluta lealtad. Confió en que esta reprimenda le servirá para mantenerse en cualquier empleo que*

él pueda ocupar después del actual.

Yo nombro a mi Banco, el Seaboard Mechanics National Trust Company, como ejecutor de esta última voluntad y testamento, y ordeno que todas las cuestiones legales relacionadas con el reconocimiento de mis intereses, queden en manos de Sidney Hardwick, de la firma Hardwick, Carson y Redding.

Hardwick miró por encima del papel y dijo:

—Aquí tienen ustedes esto, caballeros. El testamento está fechado el martes por la noche y está escrito enteramente de puño y letra por Benjamin Addicks, y está firmado por él.

Mason dijo:

—Eso, indudablemente, arroja una nueva luz sobre la situación. Y he observado que usted dijo que iba a leer *una parte* del testamento.

Hardwick sonrió:

—Así es. Hay otros varios legados a antiguos empleados y una cláusula residuaria, dejando el saldo de su capital a su hermano.

—¿El apellido de su hermano es Addicks? —preguntó Mason.

—No, no lo es.

—¿Puedo preguntarle cuál es?

—Eso será revelado más tarde.

—¿Y en qué forma disponía de su capital en el testamento antiguo?

Hardwick se limitó a sonreír.

—Bueno, se lo preguntaré de esta otra manera —dijo Mason—. ¿Mencionaba a la señora Kempton en el otro testamento?

—No. Decididamente no.

—Entonces, Addicks, al parecer, trató de hacer una reparación —preguntó Mason suavemente.

—Yo me suponía qué usted lo comprendería así —dijo Hardwick—. Eso fortalece la posición de su clienta y puede ser de valiosa información para ustedes, caballeros, para fijar sus honorarios. En otras palabras, yo pensé que ustedes iban a sentirse en situación embarazosa si fijaban unos honorarios definitivos por sus servicios, y luego se encontraban con que su cliente tenía cincuenta mil dólares, de los cuales ustedes no sabían nada.

—Gracias —dijo Mason—. Y ahora, ¿qué quiere usted de nosotros?

Hardwick dijo:

—Yo quiero hablar con su clienta, Josephine Kempton. Quiero hablar con ella a solas. Quiero hablar con ella sobre un asunto absolutamente confidencial.

—Entiendo entonces —dijo Mason— que usted está indicando que no quiere que nosotros estemos presentes.

—Quiero hablar con ella en absoluta reserva.

Mason miró a James Etna.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Etna—. Yo ciertamente me siento muy agradecido y…

—Pues yo no —dijo Mason.

—¿Cómo? —exclamó Hardwick.

Mason sonrió:

—Yo no me siento *así* de agradecido.

—Pues yo verdaderamente les he dado a ustedes información…

—Seguro —dijo Mason—. Usted nos ha dado información que nos ayuda a fijar los honorarios. Estamos agradecidos. Yo haría por usted cualquier cosa que pudiese personalmente, pero nuestra clienta está en situación distinta. Yo no voy a empezar a firmar cheques en blanco sobre la cuenta de mi clienta, hasta que yo sepa qué es lo que anda usted buscando.

—Yo puedo asegurarle a usted, señor Mason, que es una cuestión que no tiene absolutamente nada que ver con el caso en el cual su clienta está ahora envuelta. Es una cuestión que tiene que mantenerse en extremo confidencial. De hecho, la señora Kempton no sabrá siquiera lo que yo estoy tratando de esclarecer.

Mason meneó la cabeza:

—Yo quiero saber lo que usted anda averiguando y a lo que apunta, antes de que deje a mi clienta moverse para constituir un blanco.

—Ella no va a resultar perjudicada.

—Eso —dijo Mason— es algo en lo cual ella tiene el derecho a beneficiarse de consejo legal, consejo legal que está completa y únicamente destinado a sus mejores intereses.

—Me temo, señor Mason, que usted está poniendo un precio demasiado alto a su oferta.

Mason sonrió y dijo:

—Usted pone también un precio bastante alto por leernos las provisiones del testamento.

Hardwick dijo:

—Supongamos que usted hubiera sabido sobre esas provisiones, de todas formas, después que el testamento había sido presentado para reconocimiento oficial. Pero el que ya sea de su conocimiento por adelantado, puede representar varios miles de dólares de diferencia para ustedes, caballeros, personalmente.

—Y nosotros estamos muy agradecidos —dijo Mason—. Pero nosotros aconsejamos a nuestros clientes para el mejor interés de ellos no el nuestro.

—Pues yo no creo que mi solicitud sea irrazonable —dijo Hardwick.

—¿Para qué quiere usted hablar con la señora Kempton y sobre qué?

—No estoy en libertad de decírselo a usted.

—Muy bien, entonces —dijo Mason—. Yo *se lo diré* a usted y entonces veremos hasta qué punto me acerco a la realidad.

—*¿Usted me lo dirá a mí?* —preguntó sorprendido Hardwick.

—Exactamente —dijo Mason—. Usted quiere preguntarle a Josephine Kempton sobre el asesinato de Helen Cadmus.

—¿El asesinato de Helen Cadmus? —repitió como un eco Hardwick.

—Exactamente, el asesinato. Usted tiene razón en creer que alguien arrojó a Helen Cadmus por la borda en aquel yate. Usted tiene sobre eso alguna, información que nosotros no tenemos. Usted tiene también algún problema que lo intranquiliza, en relación con la herencia. Cuando yo sepa más sobre aquello que usted está interesado, le daré a usted una respuesta mejor.

Hardwick aclaró su garganta con un fuerte carraspeo, se sacó los lentes, los limpió vigorosamente y volvió a ajustárselos sobre la nariz.

—¿Hasta qué punto he acertado? —preguntó Mason.

—Usted está simplemente adivinando —dijo Hardwick.

—Seguro que estoy adivinando, pero estoy llegando muy cerca de la verdad ¿no es así?

—Vamos a suponer por bien de la discusión que usted lo está. ¿Y

en dónde nos deja todo eso?

—Eso es lo que yo estoy tratando de descubrir.

—Francamente, yo estoy preocupado sobre una inquietante posibilidad, la cual puede tener algunos efectos serios en la suerte de su clienta.

—¿Usted seguramente no irá a andar jugando con cualquier teoría de que Josephine Kempton mató a Helen Cadmus?

—Yo no hice semejante acusación.

—Usted no la hizo con palabras —dijo Mason—. Pero ésa es la idea con la cual usted está tratando de amedrentarnos a nosotros… es algo así como si alguien sacase un látigo y lo blandiese frente a las narices de un niño.

—Yo simplemente quería que ustedes comprendiesen la necesidad de que su clienta cooperase conmigo.

Mason dijo:

—Nosotros ciertamente no estamos dispuestos a quedarnos quietos y dejar que usted le eche encima a nuestra clienta un asesinato.

—Yo no voy a echarle a ella encima un asesinato si ella coopera. Yo les prometo a ustedes, caballeros, que nunca dejaré traslucir una palabra de nada que yo sepa, a la policía. Después de todo, caballeros —continuó Hardwick—, no hay razón alguna para que nosotros adoptemos una posición de antagonismo. Hay dos cosas que yo quiero y…

—¿Dos cosas? —interrumpió Mason.

—Exactamente.

—Yo creía que solamente quería una.

—Usted no esperó a que yo terminase. Yo quiero tener una conversación privada con su clienta y quiero esos diarios de Helen Cadmus.

Mason sacudió su cabeza negativamente.

—A cambio de ello —continuó Hardwick— ustedes podrían contar con mi entera cooperación en todos los estados del caso.

Mason dijo:

—Al diablo con toda esa melosa diplomacia. Prescindiendo de todos los disimulos, le diré que usted está aquí para chantajearnos. Usted quiere los diarios de Cadmus y usted quiere conseguir que la señora Kempton le saque una castaña del fuego para usted. Y si ella

no lo hace, entonces usted va a tratar de colgarle a ella el asesinato de Cadmus.

—¡Señor Mason!

—Y —continuó diciendo Mason— usted se equivoca en cuanto a las personas que está tratando de atemorizar.

—Señor Mason, yo solamente le estoy diciendo a usted las dos cosas que puede hacer y que serán de la más grande ventaja para su clienta. Después de todo, usted sabe que yo puedo conseguir lo que quiero con ir a la policía, y después de eso, todo el asunto aparecerá publicado en la Prensa.

—Así es —dijo Mason—. La policía puede investigar cualquier cosa que se le ocurra, y la Prensa puede publicar cualquier cosa que quiera, y nosotros podemos aconsejar a nuestra clienta que no contesté a ninguna pregunta.

Hardwick se puso en pie:

—Y ahora, les diré a ustedes, caballeros, una cosa más. Yo he recibido un cablegrama del hermano de Benjamin Addicks desde Australia.

—Magnífico.

—Yo le cablegrafié a la única dirección que tenía de él, tan pronto fui avisado de la muerte de Benjamin, y después recibí un cablegrama de condolencia. Luego, tan pronto como supe sobre el testamento, yo le cablegrafié otra vez un sumario general de los términos de aquél.

—Y usted ha recibido una respuesta de él —dijo Mason— sugiriéndole que usted debe oponerse al pago de ningún dinero a Josephine Kempton, porque ella es culpable del asesinato, y, por lo tanto, bajo la Ley, ella no puede recibir nada de la herencia, sin que importen las provisiones que figuren en el testamento.

—Yo todavía no he recibido tal despacho. He recibido un cablegrama dándome instrucciones para presentar el testamento para reconocimiento oficial y para usar de mi mejor juicio al representar sus intereses.

—Bueno, pues usted recibirá ese cablegrama —dijo Mason—. Y para el caso de que usted no lo reciba, como abogado que está interesado en proteger los intereses de su cliente, usted llamará su atención sobre esa provisión de la Ley, sugiriéndole que si Josephine Kempton pudiese ser declarada convicta de asesinato, él

se beneficiaría en la cuantía de cincuenta mil dólares.

—Por ciertas consideraciones, mi cliente bien pudiera no querer provocar esa cuestión.

—¿Y le dirá usted a él que puede tener derecho a tomar ese hecho en consideración?

—¿Qué haría usted si fuera un abogado en mi posición? —preguntó Hardwick.

—Yo se lo diría, desde luego —dijo Mason—. Pero ahora, yo le preguntaré a usted una cosa. ¿Qué haría usted si fuera un abogado representando a Josephine Kempton, y otro abogado, que manifiestamente quisiera verla convicta del asesinato de Benjamin Addicks, pretendiera interrogarla en privado para ver si podía encontrar algunos elementos para colgarle otro asesinato?

Hardwick dijo:

—Si yo estuviera seguro de mis premisas, lo cual usted no lo está, yo decidiría lo que fuese mejor para los intereses de mi clienta y la aconsejaría de acuerdo con ello.

Mason dijo:

—Usted puede, o bien poner todas sus cartas sobre la mesa, o irse al infierno.

—Usted se ha equivocado al pretender ser recio conmigo —dijo Hardwick fríamente—. Yo no me voy al infierno…, pero su clienta ya está en él ahora.

Se marchó de la oficina.

—Santo cielo —dijo Etna—. Usted verdaderamente lo echó fuera, señor Mason.

Mason entornó los ojos:

—Él nos dijo algo que fue ventajoso para nosotros…, y sospecha alguna cosa sobre la cual nosotros no sabemos nada todavía.

—Desde luego —dijo Etna—. El posee un montón de información de fondo, que nosotros no tenemos y esto le dará a él una terrible ventaja.

—Muy bien —dijo Mason—. Déjelo que trate de guardarla. Ahora estamos lanzados en una carrera. Hemos empezado con un mal comienzo pero avanzamos rápidos.

Se volvió a Della Street:

—Consígame comunicación con Paul Drake, Della.

Cuando Della Street le hizo señal, Mason tomó el teléfono y dijo:

—Paul, estoy en una carrera de ratas. Preciso una acción rápida. Helen Cadmus sabía más sobre Benjamin Addicks que ninguna otra persona, excepto el propio abogado de Addicks.

»Ella sabía algo que está preocupando a su abogado. Yo quiero averiguar qué es eso. Benjamin Addicks, al parecer, era soltero. Era un hombre de una mediana edad, pero fuerte, vigoroso y viril. Quiero encontrar a la mujer… ¿Cómo demonios voy a saber quién era la mujer? *La mujer*. Y cuando usted consiga los números de esas llamadas telefónicas que se hicieron al yate, compruébelos, y si algunos de éstos son de hoteles, o de parques de estacionamiento de automóviles, envíe inmediatamente ayudantes allí con fotografías, y averigüe si Addicks andaba acompañado por alguna mujer.

Mason colgó de un golpe el teléfono.

James Etna dijo:

—¿No estará usted más bien saltando ya sobre algunas conclusiones, Mason? Todo el mundo dice que nunca hubo mujeres en su vida.

Mason sonrió, contestándole:

—El hecho de que algunas gentes sean mentirosas, Jim, no es razón para que nosotros seamos tontos.

Capítulo 13

Gertie cerró con llave la puerta de la entrada de la oficina, a las cinco en punto. A las cinco y media, Della tenía el correo arreglado en una pila y Gertie la ayudó a colocar los sellos en los sobres. Después, Gertie se fue a su casa.

Della Street entró en el despacho privado de Mason.

—¿Está cansada, Della?

—No extraordinariamente. ¿Y usted?

Mason sonrió:

—He estado leyendo diarios hasta sentirme mareado. ¿Puede usted leer algunos más?

—Sí. ¿De qué se trata?

—Que tenemos que averiguar todo lo que hay en estos diarios de Cadmus.

—Pero ya lo hemos hecho.

—No, no lo hicimos. Nosotros sólo hemos leído las líneas. Y ahora tenemos que leer lo que hay entre las líneas y detrás de ellas.

En la puerta exterior del despacho, sonó un golpe de llamada, un golpe perentorio.

—¿Voy a ver quién es? —preguntó ella.

Mason hizo un movimiento negativo de cabeza.

—Déjelo, Della. Ya hemos tenido bastantes cosas urgentes y suficiente trabajo fuera de horas.

Ella se sentó a su escritorio. Mason se acercó, sentándose en una esquina de la mesa. Puso las manos sobre las de la muchacha y le dijo:

—Es magnífico el contar con usted.

—Sí, y es magnífico también el estar aquí —le contestó ella sonriendo. La llamada en la puerta exterior se transformó en un golpear constante.

Mason dijo:

—Quienquiera que esté tratando de entrar en la oficina parece muy seguro de que hay alguien aquí, Della. Es un continuo y persistente llamar. Mejor será que vea usted quien es.

Della Street se apresuró a salir al despacho exterior y abrió la puerta. Mason la oyó cambiar unas palabras con la persona que llamaba y luego ella regresó con la edición última del periódico de la tarde. En el periódico había sido escrito: «Señor Mason. Saludos de Sidney Hardwick. Quiero que usted vea que soy rápido trabajador».

Una vez más, Della Street se sentó a su mesa de secretaria. Mason se inclinó sobre el hombro de la muchacha, la cual extendió el diario de la tarde sobre la mesa.

Los titulares, a lo ancho de tres columnas, en lo alto del diario clamaban:

LA POLICÍA SUGIERE LA POSIBILIDAD DE UN SEGUNDO CRIMEN

LAS AUTORIDADES INTERROGAN A UNA SOSPECHOSA DEL ASESINATO DE ADDICKS SOBRE LA DESAPARICIÓN DE UNA ATRACTIVA SECRETARIA

—¡Qué frescura! —dijo Della Street—. El…

—No tiene importancia —dijo Mason—. Echemos una mirada a eso y veamos hasta dónde él ha llegado, Della.

Juntos leyeron el artículo, el cual informaba que la policía estaba haciendo investigaciones sobre la señora Josephine Kempton, en relación con la misteriosa muerte de Helen Cadmus, la bella secretaria que se suponía haber saltado por la borda del palacio flotante privado de Benjamin Addicks, en medio de un mar tormentoso, hacía unos meses.

La muerte, señalaba el diario, había sido considerada por las autoridades, un suicidio o un accidente, pero con el asesinato de Benjamin Addicks, las autoridades habían reanudado ahora las investigaciones sobre las circunstancias que rodeaban a la muerte de Helen Cadmus.

El artículo continuaba diciendo:

El Fiscal del Distrito ha señalado que Josephine Kempton,

> actualmente detenida como sospechosa del asesinato de Benjamin Addicks, tenía un camarote en el yate de Addicks que comunicaba con el de la bella secretaria, Helen Cadmus, misteriosamente desaparecida durante la noche, en medio de una fuerte tempestad, fuera de la costa de la Isla Catalina. La señora Kempton juró entonces que ella había tomado una medicina contra el mareo, que la había aletargado, y se había ido a la cama a dormir.
>
> Aunque esa declaración fue tomada en aquella época en todo su valor aparente, el Fiscal del Distrito declara que a la luz de acontecimientos más recientes, la investigación de la muerte de Helen Cadmus se vuelve a reanudar. «Nosotros —dijo él— no hacemos acusaciones o insinuaciones al presente, porque no estamos en posición de hacerlas. Simplemente pensamos que en interés de la Justicia, la muerte de Helen Cadmus, la cual en aquella época fue tomada como un trágico accidente en una tempestad, puede haber tenido más siniestras complicaciones. Todo lo que yo puedo decir es que estamos haciendo una investigación y que hemos interrogado a la señora Kempton en cuanto a su conocimiento de lo que transparentaba respecto a la noche de la desaparición de Helen Cadmus, y que la señora Kempton se ha negado a declarar ninguna cosa más que lo que ya había declarado. No deseo hacer ninguna otra manifestación».

La mandíbula de Mason se apretó y sus ojos se pusieron fríos y enfurecidos.

—Bueno —dijo Della Street—. Hardwick cumplió su palabra.

Mason dijo:

—Muy bien, Della. Espere usted aquí un minuto. Iré a ver a Paul Drake. Estamos en plena batalla y yo espero que él tenga algunas municiones para nosotros.

—¿Quiere usted que yo le dé una llamada? —preguntó Della Street.

—No —dijo Mason—. Iré a su oficina para ver lo que se está cocinando. En el medio tiempo, Della, llame usted a los diarios y dígales que si ellos envían aquí representantes, yo haré una declaración respecto al caso del asesinato de Addicks.

—¿Quiere usted que yo espere hasta que usted haya visto a Paul?

Mason sacudió su cabeza.

—Quiere usted decir que si Paul no tiene ninguna cosa nueva, usted hará una negativa rotunda y…

Mason dijo:

—Una negativa rotunda, Della, no nos servirá de nada en esta situación. Nosotros vamos a tener que poner a Hardwick y su posición en el caso, a la defensiva. Yo necesitaré algo espectacular. Si Paul Drake tiene municiones, yo las dispararé. Si no las tiene, dispararé con pólvora seca, pero esos disparos harán tanto ruido, que la otra parte va a tener que echar a correr para buscar refugio. Usted haga esas llamadas, Della, y sostenga firme la fortaleza. Estaré de regreso tan pronto como pueda ponerme en contacto con Paul.

Mason salió por la puerta exterior de sus oficinas al pasillo, y caminó por éste en dirección a las de la Agencia de Detectives Drake, abrió la puerta empujándola, cruzó la mirada con la telefonista que se encontraba en el conmutador y le dijo:

—¿Está Paul?

Ella sonrió.

—El insiste en decir que está en cuerpo y alma ahí dentro.

—Excelente —contestó Mason mirando vagamente a una rubia, que estaba allí esperando—. Dígale que estoy en camino para verlo.

Mason abrió la puertecita en el largo pasillo que conducía al despacho de Drake y encontró a éste con el oído pegado a un teléfono y sacando papeles mientras mantenía una conversación con uno de sus hombres.

Drake hizo seña a Mason de que se sentase, y después de un momento el detective dijo al teléfono:

—Muy bien. Haga que ella escriba su nombre al respaldo de las fotografías para que esto constituya una absoluta identificación. Ella probablemente no querrá hacer un poder todavía, pero átela usted de tal manera que ya no pueda desdecirse. Esté seguro de que ella identifica las fotografías.

Drake colgó el teléfono, dirigió a Mason una sonrisa cansada y dijo:

—Su presentimiento produjo resultados, Perry.

—¿Cuál?

—El de conseguir los números de teléfonos desde los cuales Addicks enviaba sus llamadas telefónicas al yate.

—¿Quiere usted decir que lo ha *enlazado* con una mujer?

—Exactamente.

—¿Una mujer, o mujeres?

—Aparentemente es la misma mujer en ambos casos… Helen Cadmus.

Mason lanzó un silbido.

—Eso es todo lo que hay. En un par de ocasiones, cuando el yate llegó de regreso a puerto a eso de las nueve o diez de la noche, Addicks salió a tierra, pero sin embargo no llegó a su casa hasta la mañana siguiente. Cuando Addicks no llevaba consigo a Nathan Fallon, Mortimer Hershey o Josephine Kempton, no había nadie para comprobar lo que ocurría y hacía él entre la casa y el yate, ni descubrir cuando el yate llegaba. Yo hice estas comprobaciones a bordo del yate.

»Un par de veces, cuando Addicks salió a bordo del yate y después bajó de él en la Isla Catalina y envió el yate en crucero, llamó al capitán para darle instrucciones. Y esas llamadas telefónicas fueron hechas desde los mismos dos hoteles para automovilistas.

»Yo no he comprobado las fechas todavía, pero no hay duda sino de que esas llamadas fueron hechas desde esos sitios, y en uno de los hoteles para automovilistas, la mujer que administra el establecimiento está completamente segura de la identificación. Ella identifica las fotografías de Benjamin Addicks y de Helen Cadmus.

—¿Cómo se registraba él en el hotel? —preguntó Mason.

—Usaba nombres, ficticios, naturalmente.

—Esos hoteles exigen los números de matrícula de los coches —dijo Mason—. ¿Le dio Addicks la suya?

—Sí. Le dio los números de licencia de su *Cadillac*.

Mason pensó sobre esto y entornó los ojos.

—¿Vio usted a una rubia afuera en el otro despacho cuando usted vino aquí? —preguntó Drake.

—Sí, ¿qué pasa con ella?

—Yo iba a llamarlo a usted. Le pedí a ella que esperase unos minutos. Es la señora Blevins, la esposa del psicólogo que trabajaba

con animales. Conseguí que ella viniese a mi oficina, porque…

—Hágala usted pasar aquí —dijo Mason—. Quiero hablar con ella. Ahora escuche, Paul; no quiero en absoluto ningún resbalón en este asunto. Quiero que los agentes de usted aten los cabos de este asunto bien amarrados. ¿Qué nombres supuestos utilizó Addicks?

—En ambos casos utilizó el dé Barnwell. Se registró bajo el nombre de B. F. Barnwell.

—¿Cuál era el nombre intermedio de Benjamin Addicks, Paul?

—Yo no lo sé.

Mason castañeó sus dedos y dijo:

—Le apuesto diez centavos que era Franklin. Benjamin Franklin Addicks.

—¿Y bien? —preguntó Drake.

—B. F. Barnwell sería naturalmente la forma en que él se registró conservando sus dos primeras iniciales B. F. Ahora escuche, Paul. Addicks tenía un montón de intereses mineros. Iba mucho a Nevada. Yo quiero que los agentes de usted empiecen a comprobar todo lo que puedan descubrir en Nevada. Quiero que usted averigüe si hay algunos registros en los estacionamientos de automóviles, a nombre de B. F. Barnwell, y al mismo tiempo que usted hace eso, y sólo por divertirse, compruebe las estadísticas vitales. Pero averigüe todo cuanto sea posible sobre Barnwell.

Drake dijo:

—Usted va a tener una cuenta infernal con todo esto, Perry. Tengo agentes…

—Está bien —interrumpió Mason—. Estoy en el medio de una pelea y en ello va envuelto algo muy grande. Yo no sé lo que es. En apariencia, no hay nada en esos diarios de Helen Cadmus, y sin embargo todos y cada uno de los que tienen cualquier relación con Addicks, quieren apoderarse de esos diarios por todos los medios. Lo único que puedo creer es que si no encuentro nada en esos diarios es precisamente porque los he leído. Las otras personas no los han leído, y por lo tanto se imaginan que hay algo importante en ellos, porque algo importante, en efecto, *debiera* figurar escrito. Muy bien, Paul, traigamos a la señora Blevins aquí.

Drake dijo por teléfono:

—Envíe a la señora Blevins aquí. —Después, se recostó, se frotó los ojos con los puños, bostezó prodigiosamente y dijo—: Diablos,

Perry, estoy de pies a cabeza metido en eso. He estado sentado aquí al pie de este teléfono día y noche…

Mason le dijo tranquilizador:

—Ahora ya estamos llegando al final de todo, Paúl. Estamos descubriendo un asunto sucio.

—Yo no sé los resultados que esto pueda dar —le contestó Drake—. El individuo jugaba al amor con su secretaria, y esto no era en verdad muy original por parte de él. Eso ya es muy vulgar, usted lo sabe. Aunque hay que admitir que era muy bonita esa muchacha…

—Lo sé, lo sé —interrumpió Mason—. Pero nosotros estamos consiguiendo una pista de algo.

—Bueno —dijo Drake—, muy pronto voy a caerme completamente de bruces y…

La puerta se abrió y la señora Blevins —una rubia de unos veintisiete años, con grandes ojos azules—, apareció en el umbral.

Sus ropas no hacían esfuerzo alguno para reducir su figura. No solamente tenía un buen tipo sino que parecía perfectamente consciente de ello.

—¡Hola! —dijo ella a Perry Mason—. Usted es el señor Mason. Ya lo vi entrar. Le sonreí a usted, pero creo que no me vio. Yo soy Fern Blevins, la ex esposa de Alan Blevins. Y usted es el señor Drake.

Mason se inclinó, sonrió y la señora Blevins vino hacia él tendiéndole la mano.

Drake le preguntó a Mason:

—¿Habla usted, o hablo yo?

—Yo lo haré —dijo Mason—. Por favor, siéntese, señora Blevins. Nosotros vamos a ser terriblemente inquisitivos con usted.

Ella movió un instante sus ojos azules y dijo:

—¿Y qué si yo me decido a no contestar?

—Usted no debe hacerlo —le dijo Mason—. Nosotros estamos interesados en saber sobre su divorcio.

—¡Oh, eso…! —dijo ella con aparente alivio en su voz—. Yo tenía miedo que usted fuese realmente a ser *demasiado* personal.

—Lo que nosotros andamos fundamentalmente buscando —dijo Mason sonriendo— es descubrir todo cuanto ocurrió en la casa donde vivía Addicks.

—¿Quiere usted decir en Stonehenge?

—Sí.

—Me supongo que allí ocurrió mucho.

—¿Estuvo usted alguna vez ahí con su marido?

—Cielo santo, no. Él nunca vivió allí. Trabajó allí y eso es todo…, aun cuando algunas veces él no regresaba a casa hasta muy tarde en la noche.

—Yo observé que usted alegó crueldad mental en su demanda de divorcio —dijo Mason.

—Ése era un alegato tan práctico como cualquiera otro.

—¿Puede usted decirnos algunos detalles, algunas cosas que no figuraban en la demanda?

Ella dijo:

—Alan era un poco más viejo que yo.

—¿Era usted su segunda mujer?

—Sí.

—Siga usted.

Ella dijo:

—Él…, bueno, yo creo que nosotros nos cansamos el uno del otro y… yo además me cansé de ser un conejo de indias humano.

Mason miró significativamente a Paul Drake y preguntó:

—¿Quiere usted decir que él la hipnotizaba a usted, señora Blevins?

—Diré más bien que me hipnotizaba. Creo que debe haberme tenido bajo alguna especie de influencia hipnótica cuando me casé con él.

—Muchas personas piensan eso mismo —dijo Mason—. ¿Puede usted decirnos algunos detalles?

Ella replicó:

—Yo estaba trabajando como secretaria y realicé algún trabajo para él en un estudio que estaba escribiendo. Desde luego, usted sabe que el hipnotismo es algo que fascina a la gente. Yo me interesé mucho en ello y le pregunté sobre hipnotismo, y entonces él… se mostró muy amable. Ésos fueron los días en que me cortejó. Todo cuanto él hacía, era bueno.

—Siga usted —dijo Mason.

—No sé como describirlo. Una se queda abismada y cada minuto que pasa cerca del hombre amado, es algo celestial. Después, una se casa con él y en lugar de ser feliz descubre que está terriblemente

harta de todo. El brillo se desvanece y una ve al hombre como un individuo completamente ordinario. Además de eso, resulta celoso y dominante y se mantiene espiando los secretos de una y después empieza a hacer toda clase de acusaciones.

—¿Usted continuó trabajando después que se casó? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Al servicio de su marido?

—No. Yo tenía un empleo fijo. Y continué en él.

—¿Puede usted decirnos algo más sobre eso de ser un conejo de indias?

—Bueno, cuando él me habló sobre hipnotismo, me preguntó si me gustaría ser hipnotizada. Me estaba mirando fijamente y sentí la más deliciosa sensación de sumisión. Sentí que haría cualquier cosa por él. Quise mostrarle mi confianza en él, y entonces le dije que estaba dispuesta completamente a que me hipnotizase.

—¿Y después, qué?

Ella dijo:

—Yo no recuerdo…

—¿Qué quiere usted decir con eso?

Ella respondió:

—Ésa es una de esas cosas que el hipnotismo puede producirle a uno. Él puede hipnotizarlo a usted y decirle que usted no recordará nada de cuanto usted hizo mientras estuvo bajo la influencia hipnótica. Yo he visto a Alan hacer eso docenas de veces con la gente. Les hacía hacer las cosas más absurdas y decir las cosas más disparatadas, y después les decía que despertasen sin recordar nada de lo que habían hecho, ni recordar siquiera que habían sido hipnotizadas.

—¿Y ocurría así también con usted?

Ella movió la cabeza diciendo:

—Yo lo miré a él y le dije: «Bueno, hazlo, Alan; hipnotízame». Y entonces él me dijo que ya me había hipnotizado, y yo creí que era una broma hasta que me di cuenta de mi reloj de pulsera y de que alguien había adelantado éste cuarenta y cinco minutos, o bien que habían pasado cuarenta y cinco minutos de los cuales yo no podía tener consciencia.

—¿Y luego, qué? —preguntó Mason.

—Luego, él continuó mirándome en una forma extraña y después de cinco minutos sentí el impulso más absolutamente anormal de… hacer algo.
—¿Qué? —preguntó Mason.
Ella sacudió su cabeza y contestó:
—Era una locura, pero de todas formas yo la hice y…, bueno…, ahora sé lo que ocurrió.
—¿Qué?
—Fue una sugestión post hipnótica —dijo ella—. Ésa es la forma en que operan los hipnotistas. Lo ponen a uno bajo su dominio, y no solamente pueden hacerle realizar cosas bajo el trance, sino que también le infiltran otras sugestiones post hipnóticas… Esto es, le ordenarán despertar y no recordar que ha sido hipnotizada y luego, cinco o diez minutos después de despertar, el que estuvo hipnotizado hará una locura. Así fue como ocurrió conmigo.
—Siga usted —dijo Mason.
—Después de un plazo de tiempo nos casamos.
—¿Y el hipnotismo continuó operando?
—Continuó, señor Mason, mucho más a menudo de lo que yo me di cuenta.
—¿Qué quiere usted decir con eso?
—Pues que me encontraba a mí misma haciendo cosas que eran el resultado de sugestiones post hipnóticas. Pero de eso no quiero hablar más.
Mason, observándola, dijo:
—Nosotros desearíamos en extremo contar con su cooperación, señora Blevins. Estamos dispuestos a pagarle a usted por cualquier molestia que…
—Eso es lo que el señor Drake me dijo, pero hay algunas cosas que el dinero no puede comprar.
—¿Podría usted darnos una idea? —preguntó Mason.
Ella dudó.
Mason sonrió y dijo:
—Usted ya estaba casada con ese hombre y…
—Oh, sí —reanudó ella—. Yo fui una tonta. Continué dejando a Alan hipnotizarme. Si yo tenía un dolor de cabeza, él me dormía y yo despertaba un minuto o dos después y el dolor de cabeza había pasado, me sentía maravillosamente y por completo descansada.

Algunas veces, cuando me sentía nerviosa y no podía dormir, él me hacía un breve tratamiento hipnótico con una sugestión post hipnótica. Después yo me sentía tan dormida que ni podía sostener la cabeza y…, bueno, así era como ocurría.

»Después, como ya les dije a ustedes, las cosas llegaron a un punto en que la ilusión se desvaneció y…, bueno, yo estaba trabajando y… no sé cómo decirles a ustedes esto.

Mason dijo:

—¿Había otro hombre?

—Alan piensa que lo había.

—¿Estaba allí?

—Alan piensa que sí —repitió ella vagamente.

—Siga usted —dijo Mason—, ¿qué ocurrió?

—Pues una noche Alan estaba trabajando y yo sentí un repentino y loco deseo de escribir un montón de cosas sobre mi vida privada, cosas que ordinariamente yo nunca le hubiera dicho a nadie. Yo quería poner esas cosas por escrito y esconder el papel en el fondo de un cajón bajo una colección de fotografías… y no podía quitarme esta idea de la cabeza. Entonces escribí multitud de cosas sobre mi vida privada y sobre lo que había ocurrido, y puse lo escrito debajo de las fotografías en el cajón.

—¿Y entonces? —apremió Mason.

—A la mañana siguiente, me di cuenta repentinamente de la locura que había hecho y quise recobrar el papel y quemarlo. Fui al cajón y… ya sabe usted la respuesta…, el papel había desaparecido.

—¿Quiere usted decir que había sido una sugestión post hipnótica?

—Exactamente. Yo ni siquiera me di cuenta de que él me había hipnotizado. Todavía hoy no sé cuándo me hipnotizó, pero había dejado en mi mente esa sugestión post hipnótica. Así, pues, comprendí que él tenía el papel y que lo escrito en éste era una prueba que él podía utilizar contra mí.

—¿En un caso de divorcio?

El rostro de ella enrojeció.

—Sí.

—¿Y qué hizo usted?

—Yo estaba tan terriblemente enfurecida que creo que lo hubiera matado, pero a esa hora ya me sentía más dominada. Hay

algunos juegos que pueden jugarlos dos personas. No dejé que se diera cuenta de que yo sabía algo sobre la desaparición de aquel papel. Esperé un par de días y empecé a buscar por toda la casa. Tuve que quedarme un día sin ir a mi empleo y registré la casa de arriba abajo. Y finalmente encontré el papel.

—¿Dónde?

Ella rió.

—Él fue inteligente. Había levantado una punta de la alfombra y había ocultado debajo el papel.

—¿Y qué hizo usted con el papel?

—Lo destruí y después salí de aquella casa, fui directamente a ver a un abogado y presenté una demanda de divorcio. Nunca más volví y nunca dejé que Alan se situase en posición para poder clavar en mí otra vez aquellos ojos grises de acero.

—¿Podía hipnotizarla rápidamente?

—Al parecer no tenía más que castañear sus dedos y yo ya estaba bajo su influencia.

—Siga usted —dijo Mason.

—Alan pensó que me tenía en sus manos. Pensó que yo no podía hacer nada, pero después, cuando fue a buscar su prueba, ésta había desaparecido. Yo lo había acusado de crueldad mental y había un montón de cosas que él no quería que saliesen a relucir, y así conseguí mi divorcio.

—¿Y se volvió a casar? —preguntó Mason.

Ella se ruborizó un poco y dijo:

—No todavía. Mi sentencia de divorcio no es aún efectiva.

—¿Cuándo será efectiva?

—Dentro de una semana.

—¿Entonces va usted a casarse otra vez?

—Sí.

—¿Con un hombre que usted conoce desde hace tiempo?

—Si.

—Me supongo que no es hipnotista —dijo Mason sonriendo.

—Puede usted apostar que no, señor Mason.

Mason abrió su cartera, sacó cuatro billetes de cincuenta dólares y dijo:

—Aquí hay doscientos dólares, señora Blevins, dinero que la compensa a usted por el tiempo empleado y por cualquier molestia.

Este dinero puede ayudarla para comprar su *trousseau*.

Ella aceptó el dinero, dobló los billetes, los colocó en su bolso y miró a Mason con ojos llenos de gratitud.

—Señor Mason, esto es…, es magnífico por parte de usted.

—Nosotros ciertamente agradecemos su franqueza —dijo Mason —. Y ahora, ¿podría usted decirnos si alguna vez Alan la hipnotizó a usted haciéndola creer que había ocurrido una cosa que en realidad no había ocurrido?

—Oh, sí. Ésa era una de sus principales sorpresas. Hipnotizaba a una persona y le inculcaba que había ocurrido una cosa. Después le ordenaba despertar y no pensar sobre esa cosa durante una o dos horas, sino que gradualmente absorbiese la narración en su memoria como una experiencia real, y luego, después de dos horas, y como una sugestión post hipnótica, que hablase sobre ella.

—¿Y la gente hacía eso?

—Algunas personas, sí. Desde luego no se puede hipnotizar a todo el mundo, señor Mason, y…

—Ya comprendo. Y ahora, ¿sabe usted si alguna vez hipnotizó a la señora Josephine Kempton, el ama de llaves del señor Addicks?

—Yo creo que sí lo hizo. Y una vez le oí hablar a él de que había hecho con ella una demostración para probarle algo al señor Addicks.

—¿Sabe usted alguna otra cosa que pudiera ayudarnos? —preguntó Mason.

—No.

—Bueno, muchas gracias. No creo que necesitemos retenerla a usted más tiempo ahora, señora Blevins, pero quizá más adelante precisemos hablar con usted.

—Cuando quieran —dijo ella—. A cualquier hora, después de las cuatro de la tarde. Ustedes pueden llamarme por teléfono y yo vendré en cualquiera oportunidad. El señor Drake tiene mi número.

—Gracias —dijo Mason.

Ella se levantó de su butaca, echó a andar hacia la puerta y después repentinamente se detuvo para tomar la mano de Mason entre las suyas.

—Usted es muy bueno —dijo ella— y aquí tiene algo que puede ayudarlo. Addicks no era el verdadero nombre de él. Yo sé que Alan consiguió hipnotizarlo una vez y averiguó que su hombre real era

Barnwell. Si hay alguna otra cosa más, ustedes me lo comunican.

Sus ojos estaban llenos de gratitud cuando le sonrió cordialmente a Mason. Después, abrió la puerta y salió caminando por el pasillo con un agradable ruido de sus faldas.

—¿Le sirvió esto de algo? —preguntó Drake.

Mason sonrió y dijo:

—Paul, los últimos minutos me han servido verdaderamente. Ponga a sus muchachos de Nevada a trabajar inmediatamente. Váyase usted a casa, tome un buen baño caliente, métase en la cama y duerma un poco.

—¿De veras dice usted eso? —preguntó Drake sorprendido.

—Seguro que se lo digo —dijo Mason apresurándose a salir de la oficina de Drake.

Mason abrió la puerta de su despacho privado.

Della Street, que había estado a su mesa arreglando algunos papeles, miró cuando él entró.

Mason llegó junto de ella con rápidos pasos, la estrechó entre sus brazos, la levantó en el aire, la hizo girar en redondo y luego la estrechó contra sí diciéndole:

—Niña, ya hemos dado con la clave.

Ella lo miró sorprendida.

—Todo lo cual, me supongo, es la causa de esta repentina demostración de entusiasmo.

—Esto no es entusiasmo —replicó Mason acercándola a sí—. Esto es afecto.

—Bueno —dijo ella—. Debe ser una información muy importante.

—¿Habló con los periódicos? —preguntó Mason.

—Sí. Los reporteros están camino de aquí. Les dije que era un asunto candente y ya vienen a toda prisa.

—Magnífica muchacha —dijo Mason, y la miró a los ojos.

La muchacha puso sus manos sobre los hombros de él con el rostro levantado y Mason se inclinó hacia adelante tiernamente.

Sus labios se unieron por un largo momento, y después ella, repentinamente, lo apartó de sí sacando un pañuelo de su bolso y limpiándole la pintura de los labios.

—Jefe —exclamó ella—. ¿Ha olvidado usted que un puñado de reporteros de diarios, observadores y de mirada aguda, van a

penetrar aquí de un momento a otro?

Mason sonrió, la palmoteo en el hombro y dijo:

—Está bien, Della. Vamos a darles algo que pondrá de un salto al señor Sidney Hardwick sobre los tacones de sus zapatos.

—Magnífico. Espero que usted lo haga así. ¿Cómo tengo la boca? ¿Tengo la pintura de los labios corrida? Bueno, usted no sabría distinguirlo, de todas formas.

—Yo también puedo ver lo mismo que sea capaz de ver un reportero agudo —dijo Mason.

Ella rió, fue al espejo, se ajustó la pintura de los labios en un momento y después dijo:

—Hay alguien a la puerta del despacho exterior.

—Recibiré a los reporteros en ese despacho —dijo Mason.

El la siguió al otro despacho, y saludó a dos reporteros que habían llegado simultáneamente. Mientras les estaba ofreciendo cigarrillos, llegó un tercero y luego otro más.

—¿Cuáles son las grandes noticias? —preguntó uno de los reporteros—. Espero que serán buenas. Nosotros verdaderamente nos rompimos el cuello para llegar rápidamente aquí. Su secretaria nos insinuó que era una cosa al rojo vivo.

—Y es al rojo vivo —dijo Mason.

—¿Y qué es ello?

—¿Tienen ustedes información sobre el testamento ológrafo que dejó Benjamin Addicks?

—Demonios, sí. Espero que usted no haya creído que eso era una gran noticia. Hardwick, Carson y Redding nos comunicaron su información hace unas dos horas. Figura en la última edición.

—Excelente —dijo Mason—. Pero el testamento no es válido.

—¿Qué quiere usted decir con que no es válido?

—Exactamente lo que he dicho —contestó Mason—. El testamentario no hizo en él provisión alguna en favor de su mujer.

—¿Su mujer? Benjamin Addicks era soltero.

—Eso es lo que algunas personas desearían que ustedes creyesen.

—¿Usted quiere decir que no lo era?

Mason sacudió la cabeza negativamente.

—¿Pero qué diablos? No bromee usted con nosotros, Mason. ¡Santo Dios, Benjamin Addicks era una figura importante! Estaba

rico como un pastel de fruta y completamente embebido en sus ideas de experimentación con gorilas. Pero a pesar de todo eso, era un sujeto prominente. Si se hubiera casado con alguien, los diarios hubieran dado buena cuenta de ello. No le habrían dedicado demasiado espacio, pero sin embargo lo hubieran hecho resaltar. Todo lo que ese individuo hacía, constituía siempre una noticia interesante, debido a ser tan rico, y también a su zoológico particular de gorilas.

—Ustedes están olvidando que hay un gran vacío en los informes sobre su biografía —dijo Mason—. Y ese hombre estaba casado.

—¿Y dónde se casó?

—Aquí y allí…

—Vamos, vamos, revélenos usted ese misterio.

—Benjamin Addicks —dijo Mason—, vivía con una mujer que figuraba como esposa suya.

—¿En dónde vivía con ella?

—En la casa de él, parte del tiempo.

—¿Va usted a pretender que Josephine Kempton…?

—No tan rápido —dijo Mason—. La mujer era Helen Cadmus. Yo les daré a ustedes, amigos, las direcciones de algunos hoteles para automovilistas donde ellos se registraron como marido y mujer, y puedo decirles que se ha hecho ya una completa identificación fotográfica de los dos. Ustedes pueden llevar una fotografía de Helen Cadmus y comprobarlo así también si ustedes quieren.

—Olvídese de eso —dijo uno de los reporteros—. El andaba por ahí con su secretaria. Pero eso no quiere significar que estuviese casado con ella o que eso invalide su testamento.

Mason sonrió.

—Ustedes, amigos, son buenos investigadores. Vayan y averigüen esas cosas. Y observen el hecho de que los registros en los hoteles de automovilistas muestran que la pareja se registraba como el señor y la señora B. F. Barnwell.

—¿Barnwell?

—Así es, exactamente.

—Bueno —dijo uno de los reporteros—. Ésa es una interpretación personal de usted. Pero para hacer válido un

matrimonio por la ley común, es necesario demostrar…

—¿Y quién está hablando de un matrimonio por la ley común? —preguntó Mason.

—Es usted quien habla de ello, ¿no?, y yo entiendo que no existe tal cosa en las leyes de este Estado. Aunque estuvieran unidos en esa forma, un hombre tendría que utilizar para ello su verdadero nombre y…

—¿Y cuál es el verdadero nombre de Addicks? —preguntó Mason.

—Pues Addicks, claro es.

—¿Era así?

—¡Cómo! Desde luego. Él…, pero espere un momento. ¿Dónde fue que consiguió usted ese nombre de Barnwell?

Mason se limitó a sonreír.

—¿Y qué hay sobre eso del matrimonio por la ley común? —preguntó uno de los reporteros.

—En algunos Estados está reconocido —dijo Mason—, y en otros no lo está. Pero cuando un hombre viaja con una mujer como esposa suya, pueden encontrarse en un Estado que sí reconoce el matrimonio por la ley común.

»Pero lo que a ustedes, amigos, puede estarles pasando desapercibido, es que exactamente aquí en este Estado, cuando dos personas viven juntas como marido y mujer, ya hay una presunción de matrimonio. Es decir una regla de prueba, una suposición legal.

Los reporteros se miraron unos a otros.

Mason abrió un libro y lo colocó sobre la mesa.

—Aquí está. Subdivisión 30 de la Sección 1.963 del Código Civil de Procedimiento.

—¿Y qué nos dice usted sobre el testamento? —preguntó uno de los reporteros.

—No mencionaba en él a Helen Cadmus. Si ellos vivían juntos como marido y mujer, hay una suposición evidencial *prima facie* de matrimonio. Él no la ha mencionado a ella en su testamento y por lo tanto el testamento está abierto a un ataque.

—Pero él no tenía por qué mencionar a Helen Cadmus. Ella estaba muerta.

—¿Quién le dijo a usted eso?

—Supongo que usted se imagina que ella se fue caminando

sobre el agua. Vamos, denos usted algunos hechos si quiere que publiquemos algo.

—A mí no me importa en absoluto que ustedes publiquen algo o no —dijo Mason—. Pero Helen Cadmus no se suicidó.

—¿Quiere usted decir que fue asesinada?

—No fue asesinada.

—Entonces, ¿qué demonios quiere usted decir?

Mason dijo:

—Quiero decir que por razones de la conveniencia personal de Benjamin Addicks y Helen Cadmus, ésta decidió desaparecer. Y ahora pueden ustedes sacar de eso sus propias conclusiones.

Se produjo un silencio pétreo por un momento.

—¿Quiere usted decir que ella desapareció temporalmente para tener un niño? —preguntó uno de aquellos hombres.

Mason se encogió de hombros y replicó:

—Después de todo, yo solamente llevo trabajando en este caso unas pocas horas, pero recibo constantemente nuevas informaciones que estoy relacionando y comprobando. Pensé que a ustedes, amigos, les gustaría comenzar desde la base en esto y…

—Empezar desde la base, está bien. Si usted tiene ya algo de lo que colgarle en esa teoría, entonces va a causar Sensación. ¡Diablos! ¡Qué historia Sensacional!

—Muy bien —dijo Mason—. Usen su propio juicio, muchachos. ¿Quién vio a Helen Cadmus a bordo del yate la noche de la tempestad? ¿Quién vio a Helen Cadmus después que el barco zarpó?

—Los miembros de la tripulación, ¿no fue así?

—Nómbreme usted uno —dijo Mason—. La única persona que verdaderamente la vio, fue Benjamin Addicks, y…

—Y Josephine Kempton.

—La señora Kempton, no —dijo Mason—. Ella sólo oyó el ruido de una máquina de escribir en el otro camarote. La máquina estuvo tecleando. Pero cualquiera puede haber tecleado en ella, cual, por ejemplo, Addicks. La señora Kempton había tomado una dosis de medicina para dormir y se fue a la cama. Cuando despertó por la mañana, se encontró con esa historia sobre que Helen Cadmus había desaparecido.

—¿Y tiene usted algo en qué apoyar eso? —preguntó uno de los

reporteros.

—Seguro —dijo Mason—. Tengo los diarios de Helen Cadmus, recuerden.

—¿Y qué es lo que ella decía sobre tener un niño?

—Yo les mostraré un pasaje —dijo Mason.

Tomó el diario, lo abrió por la página que Della Street había descubierto y que él había marcado especialmente.

—Aquí está. Escrito de puño y letra por Helen Cadmus:

> *Yo le dije a B. la noticia hoy. Al principio, se mostró muy turbado y después conforme empezó a pensar sobre ello, yo comprobé que todo iba a suceder bien. B. va a mostrarse muy orgulloso de él.*

Los periodistas examinaron la página muy cuidadosamente.

—Escuche —dijo uno de los hombres—. Entréguenos estos diarios. Nosotros podemos examinarlos en su biblioteca y quizá logremos descubrir alguna cosa que…

Mason sacudió su cabeza.

—Ésa es la cuestión, muchachos. Ése es el punto de partida para su historia.

—Pero esto no es una historia. Esto es sólo una teoría con un poco de contenido. Nosotros no podemos publicar eso.

—Al diablo que no pueden ustedes —dijo Mason—. ¿Cuántas pruebas más tenían ustedes como base para una acusación de que Josephine Kempton había matado a Helen Cadmus?

—Nosotros no dijimos que ella había matado a Helen Cadmus. Nosotros dijimos que las autoridades estaban haciendo investigaciones.

—Así es —dijo Mason—. Ahora pueden ustedes asegurarle a sus lectores de que sobre la base de esta anotación en el diario, la Agencia de Detectives Drake tiene docenas de agentes que están investigando en toda esta zona del país, tratando de comprobar mi teoría de que ese pasaje en el diario significa algo definitivo. Y si ustedes vuelven a abrir el caso de Helen Cadmus, ustedes descubrirán que no hubo un solo miembro de la tripulación que viese a Helen Cadmus después de que el yate zarpó del puerto.

»Además de eso, y ésta es la cuestión importante, nadie conoce

la naturaleza del trabajo confidencial que se supone que ella estaba haciendo para Benjamin Addicks. Addicks dijo que la había dejado mecanografiando unas páginas en su camarote. Más tarde fue preguntado si había recibido los documentos mecanografiados y dijo que desde luego no, que la última vez que la había visto, fue cuando ella estaba transcribiendo las notas…, y ahora, pongan esto en orden. Si ella hubiera ido a suicidarse, no hubiera llevado las notas mecanografiadas consigo cuando saltó por la borda. Si hubiese proyectado suicidarse, no hubiera estado mecanografiando esas notas. Simplemente hubiera saltado por la borda y dejado las notas sin ser transcritas de su libro de taquigrafía. Desde el primer momento en que empecé a investigar en este caso, me sentí en extremo interesado en descubrir lo que le había ocurrido a lo que había dictado Addicks a ella en la noche que desapareció.

»Se tomaron fotografías del camarote que se suponía que ella ocupaba esa última noche fuera del puerto. Y ahora, amigos, estudien ustedes las fotografías de ese camarote y observarán dos o tres cosas extrañas.

»En efecto, había sido colocada una máquina de escribir sobre una mesa y habían sido esparcidos alrededor algunos papeles, pero yo no he oído todavía decir que alguien encontrase un libro de taquigrafía con notas en él que no habían sido transcritas, y tengo que encontrar todavía alguien que admitiese que fue encontrado en el camarote cualquier, documento escrito a máquina.

»Pero lo que me interesa a mí es lo que ustedes puedan ver en esta fotografía. Es una fotografía tomada después que el yate llegó a Catalina y muestra el camarote ocupado por Helen Cadmus. La puerta de comunicación con el baño está abierta y ustedes pueden ver una parte del interior del camarote ocupado por Josephine Kempton en el otro lado. Y ahora, amigos, ¿observan ustedes algo extraño?

Los reporteros examinaron la fotografía cuidadosamente.

Mason dijo:

—Las toallas en uno de los colgadores habían sido usadas. Pero ésas son las toallas que están más cerca de la puerta del camarote ocupado por Josephine Kempton. En cambio, las toallas que están del lado de la puerta del camarote ocupado por Helen Cadmus, no habían sido usadas. ¿Creen ustedes que ella había subido al yate,

había tomado el dictado, había hecho un montón de trabajo a máquina y ni siquiera una vez se lavó las manos y ni siquiera desdobló una toalla?

Uno de los hombres lanzó un silbido bajo y luego dijo a Perry Mason:

—¡Caramba, usted mismo es un buen detective!

Mason sonrió:

—Muy bien, ustedes, amigos, ya le ganan la delantera a la policía. Sería magnífico si ustedes, muchachos, pudiesen encontrar a Helen Cadmus por sí mismos. Y si averiguan que lo que yo creo es verdad…, bueno, entonces tienen algo que resulta de mucho más valor que las vacías acusaciones de una parte interesada.

»Yo no sé hasta qué punto sus editores gustarían de obtener una interviú exclusiva con Helen Cadmus y la verdadera historia de su supuesto suicidio, pero me supongo que el amigo que lograse escribir eso, quedaría a una gran altura, principalmente si logra de ella una exclusiva.

»Ésa es la razón por la cual les estoy proporcionando una oportunidad. Aquí están los nombres de dos hoteles donde ellos se registraron como el señor y la señora B. F. Barnwell, y aquí hay algunas fotografías, y así ustedes no tendrán que perder tiempo en andarlas desenterrando de sus archivos.

—Barnwell… —dijo uno de los hombres pensativamente—. Escuche, el amigo Hardwick recibió un cablegrama de Herman Barnwell. Él…

El reportero, repentinamente, dejó de hablar. Por un momento los demás se quedaron quietos y luego uno de ellos corrió hacia la puerta.

Esto inició una carrera de cuatro hombres, cada cual tratando de adelantarse a los otros por el pasillo.

Mason sonrió hacia Della Street:

—Mañana por la mañana, nosotros podremos enviarle al señor Sidney Hardwick ejemplares de los periódicos y decirle que nosotros también trabajamos rápidamente.

Capítulo 14

Bien —dijo Della Street cuando el último sonido de pasos alejándose, dejó de oírse—. Usted, ciertamente, tomó un botón y cosió a él un vestido.

Mason sonrió.

—Jefe, ¿está usted seguro al hacer eso?

—¿Qué quiere usted decir con que si estoy seguro?

—¡Dios mío! Usted ha revelado que la muchacha tenía un niño y era la amante de Benjamin Addicks. ¡Dios Santo! ¿Supóngase que ella está viva?

—¿Y qué?

—¿No puede ella enfurecerse contra usted y emprender alguna acción judicial?

—En ese caso —dijo Mason—, la cólera sería hacia Josephine Kempton. Nosotros nunca llegaríamos a ninguna parte con negativas y evasivas y estando siempre a la defensiva. Éste es un caso en el que tenemos que llevar la pelea al otro adversario.

—Pero usted tiene una obligación limitada por la realidad de los hechos en este caso.

—Eso es verdad —dijo Mason—. Ahora permítame echar una ojeada por un minuto a los hechos. Evidentemente ellos estaban viviendo juntos. Yo creo que se amaban.

»Desde que empecé a interesarme en este caso a través de los diarios de Helen Cadmus, fui impresionado por dos cosas. Una de ellas fue que ningún miembro de la tripulación era mencionado específicamente, pareciendo que Helen Cadmus embarcó en el yate luego que los tripulantes bajaron en el otro puerto. La otra cosa es que uno no puede explicarse qué sucedió con los documentos que Helen estaba escribiendo a máquina. En cualquier caso, tanto si ella se los entregó a Benjamin Addicks como si fueron dejados en el

camarote y alguien subrepticiamente los hizo desaparecer, la historia que Addicks le contó a la policía, fue falsa.

»Una mecanógrafa profesional no gusta de escribir largo tiempo a máquina para preparar un documento importante y luego estrujarlo entre sus dedos y arrojarse al mar.

»Supóngase que ella accidentalmente fue arrastrada por un golpe de mar. Las olas no eran tan fuertes, Della. Es verdad que era una noche de tormenta con el mar picado y que el agua llegaba a la cubierta con algo de fuerza; pero no fue una de esas tormentas tan fuertes como para llegar el agua a la cubierta y arrastrar a la muchacha.

—Bueno, usted empieza a aclarar algo.

—Yo apunto a eso —dijo Mason.

—Y ahora, ¿qué hacemos nosotros?

Mason dijo:

—Usted se va a su casa y yo me voy a sentar para realizar otra etapa de trabajo bueno y duro.

—¿Qué clase de trabajo?

—Voy a estudiar aquellos diarios, principalmente los que se refieren a las dos fechas conocidas cuando ella estaba residiendo en hoteles para automovilistas. Ciertamente ése será el punto de referencia por el cual pueda yo obtener algún indicio, y cuando lo obtenga, estudiaré el resto de las fechas.

Della Street dijo:

—Vaya adonde vaya, yo voy con usted a todos esos sitios.

—No, usted se va a casa y descansa algo.

—¡Qué disparate! Yo quiero ver el desenlace de todo esto.

—Bien, si usted insiste, vaya a comer alguna cosa antes.

—¿Y usted qué piensa hacer?

—¡Oh! Yo creo que pediré café y unos emparedados de queso al bar de abajo.

—Pues entonces, pida para dos —dijo ella—. Déjeme quedar aquí.

Mason se rindió muy dichoso y dijo:

—Está bien. Y ahora, Della; ¿supone usted que una muchacha puede escribir diarios en la forma que Helen Cadmus lo hizo, estar enamorada de su jefe y no poner en ellos ninguna cosa, alguna insinuación sobre ese amor?

—En gran parte depende de la naturaleza de ese amor. Yo creo que una mujer que realmente está enamorada, naturalmente será cauta al escribir cualquier cosa relacionada con que su amor no es correspondido. Por otro lado, hay siempre una tendencia a que una mujer enamorada se lo confíe a su diario.

Mason dijo:

—Lo que yo quiero hacerle ver es una clave. Ella tenía una especie de clave en las palabras o expresiones que empleaba para revelar que había estado con el hombre que amaba.

—Con seguridad, ella realmente lo quería —dijo Della Street.

—A mí me gustaba la manera de ser de Helen Cadmus, a través de lo que supe de ella por sus diarios —dijo Mason—. Era franca, saludable y una muchacha que iba derecha a las cosas, y también leal, creo yo. Nosotros tenemos un par de fechas, Della. Vamos a verlas y estudiarlas cuidadosamente.

Della Street dijo:

—Si él realmente la quería, ¿por qué no se casó con ella?

—Desde luego —dijo Mason—, eso forma parte del misterio de este caso. Usted no querría un caso en el que no hubiese misterio, ¿verdad?

Della sonrió y meneó la cabeza negando.

—Bueno —dijo Mason—. Vamos a seguir explorando.

Mason leyó cuidadosamente y volvió a leer la anotación de la fecha del primer registro en el hotel para automovilistas.

Della Street se puso a mirar por encima del hombro de él y por un momento ambos leyeron en silencio.

De repente, ella se rió.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Mason.

—Que usted está mirando la fecha en que ella se registró en el hotel para automovilistas.

—¿Y qué? —preguntó Mason.

—Que está equivocada —dijo ella—. Helen no hubiera tenido ninguna cosa que confiar a su diario hasta que regresase el próximo día. El diario indica que ellos acababan exactamente de regresar de un viaje en el yate en ese día. Y seguramente fue cuando ellos estaban camino de la casa en el auto, cuando Addicks sugirió…

—Un punto bien interpretado —dijo Mason—. Yo adivino que mi sentido del amor está desvirtuado con consideraciones de

negocios. En la parte legal, una fecha es una fecha. Muy bien, vamos a mirar el próximo día.

Leyeron la anotación del próximo día y Della Street señaló con su dedo índice una anotación en la página del diario.

—Aquí está, Jefe. Exacto, más claro no puede ser.

Mason leyó la anotación. «Dicen que la felicidad está allí donde uno la encuentra, lo cual a mí me parece exacto. Yo estoy dispuesta a seguir adelante y ciertamente no trataré de forzar el desenlace, mientras no exista ninguno».

—Buen Dios —dijo Mason—. Yo leí este diario, fue el volumen que examiné. Della, y cuando lo leí no aprecié la significación de esto.

—Muy bien —dijo Della Street—. Aquí relata lo que sucedió la noche anterior. Evidentemente no era la primera vez. Ella estaba completamente conforme en seguir con todo y ser feliz *hasta que no apareciera algo más*.

—Muy bien —dijo Mason—, vamos a ver ese otro volumen. Della. A ver si encontramos alguna cosa de importancia antes de la anotación en el diario anunciándole el gran acontecimiento a Addicks.

Della Street trajo el libro y lo puso encima de la mesa.

—Acerque una silla y siéntese —la invitó Mason.

—No, gracias. Estoy mejor así. Quiero estar donde pueda ver la página de arriba abajo.

Ella acercó su mejilla a Mason y después de un momento aquél le echó el brazo derecho alrededor de la cintura atrayéndola más cerca de él.

—Bueno, aquí está —dijo el abogado, indicando un pasaje en el diario—. Ahora que tenemos la clave, es fácil. Escuche esto: «Yo todavía no quisiera forzar una decisión, pero ahora hay que enfrentarla».

—Ésa era su clave —dijo Della Street.

Mason echó su silla hacia atrás, se levantó, volvióse hacia Della y viendo que ésta lo estaba mirando, dijo:

—Tenemos que trabajar.

—¿Qué trabajo?

—Tenemos que encontrar a Helen.

—¿Usted no cree que ella se tiró al mar?

Mason movió la cabeza.

—Es posible que lo hiciese.

—Ya sé que ella podía haberlo hecho —dijo Mason—, pero yo no creo que lo hizo.

—Supóngase usted que Addicks le hubiese dicho a Helen que él se casaría con ella…, bueno, si así era necesario, y ella entonces le dijo a él que… Buen Dios, Jefe, hay personas capaces de asesinar a una mujer en circunstancias parecidas a ésa.

—Ya lo sé —dijo Mason—, ésa es una de las cosas que pueden haber ocurrido, pero hay algo… No sé. No sé la razón por la cual Benjamin Addicks no estaba casado con la muchacha, en primer lugar.

—Quizá él no quisiera hacerlo.

—Eso puede ser —dijo Mason.

—Y él tuvo la más perfecta oportunidad para un crimen —dijo Della Street—. Era una noche feroz en el canal. Había un viento arrollador gimiendo contra el cordaje del barco; las olas chocaban contra la proa, y un grito difícilmente hubiera sido oído. Benjamin Addicks indujo a la muchacha para ir a la cubierta de popa del yate. El quizá le señaló alguna cosa para atraer su atención. Quizá le dijo: «¿Es una luz aquello que está allí, Helen?». Ella se apoyó en la baranda y miró. De súbito, él se agachó, agarró a la muchacha por los pies y la lanzó al mar con un fuerte empujón.

—Eso está muy bien —dijo Mason—. Usted habla como si fuese usted misma quien lo hubiese planeado, Della.

—Bueno, yo no sé lo que pueda haber de absurdo en eso —dijo ella—. A mí me parece un aspecto lógico en el desarrollo de esos acontecimientos, al menos en lo que a mi opinión respecta.

—Esos acontecimientos podrían ser lógicos si no fuese por un hecho.

—¿Cuál?

—Que su premisa está equivocada.

—No sé por qué.

Mason dijo:

—Usted sugiere que Addicks estaba jugando una parte importante en este asunto.

—Bueno. ¿Qué es lo que indica que no lo estaba?

—El hecho de que él es millonario —dijo Mason—. El hecho de

que él fue a aquellos hoteles y se registró con su *propio* nombre y registró a la muchacha como su esposa.

»Usted ya comprende lo que hizo con eso, Della. Eso lo puso absolutamente en poder de la muchacha. Ella podía dominarlo a su voluntad, después de eso, en cualquier momento que quisiese.

—Quizá ella lo hizo así en efecto y por eso la agarró por los tobillos y la arrojó al mar.

Mason movió la cabeza y dijo:

—Vamos a ver, Della, hemos encontrado una de las respuestas que buscábamos. Y ahora vamos a tomar una verdadera comida. Después nos pondremos en comunicación con la oficina de Drake y rebuscando en los diarios trataremos de hallar una clave. No olvide un hecho significativo. Siempre que Benjamin quería disponer de algún tiempo libre, fingía estar en el yate cuando en realidad no estaba. ¿Qué cosa más natural para él, entonces, que planear la desaparición de Helen Cadmus en la misma forma ficticia?

—¿Pero, por qué, Jefe? ¿Por qué todas esas complicaciones? Ella simplemente pudo haberle anunciado que estaba cansada del trabajo, marcharse, tener su niño y eso era todo lo que podría haber ocurrido.

—Ya lo sé —dijo Mason—. Pero hubo alguna razón. Tuvo que haber alguna razón. Siempre hay una razón para todas las cosas. Yo creo que Addicks estaba con temor.

—¿Temor?

—Sí. Temor de que alguna cosa pudiese sucederle a la mujer que él amaba y al niño que él esperaba amar. Vamos a comer.

Capítulo 15

Perry Mason y Della Street terminaron los restos de su cena china.

—¿Quiere pastel de almendra? —preguntó Mason.

Ella sacudió su cabeza negativamente y dijo:

—A mí me gustan más los delicados sabores de esos pastelitos de flor de arroz, esos pasteles de la fortuna.

—Magnífico —le dijo Mason—. Terminaremos con té y pasteles de fortuna. Tráiganos usted un plato de ellos —le ordenó al camarero.

El chino se alejó, dejando caer la cortina verde de la puerta del reservado.

—Sabe usted —dijo Della Street—, yo estoy sintiendo el más extraordinario presentimiento. Tengo la sensación de que estamos corriendo detrás de una huella candente. Me da escalofríos.

Mason meneó la cabeza.

—Vamos a tener que trabajar rápido. Ya no disponemos de mucho tiempo.

El camarero chino trajo un gran recipiente de té «de la mejor clase» —dijo él—. *Ooh loong cha*.

Les sirvió nuevas tazas de té y un plato de pasteles de arroz.

Mason le tendió el plato a Della Street. Ella tomó un pastel, lo abrió, leyó la suerte en el pequeño pedazo de papel impreso, sonrió, lo dobló y se dispuso a guardarlo en su bolso.

—¡Eh, espere un momento! —exclamó Mason—. Déjeme verlo.

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—¿Por qué, Della? —dijo Perry Mason—. Usted de ordinario no me oculta las cosas.

—Pero ésta tengo que ocultarla.

—¿Por qué?

—Lo siento, Jefe. —Della se puso en extremo colorada—. No hubiera sido tan malo si se lo hubiera enseñado a usted inmediatamente, pero ahora resultaría ser… fuera de tiempo, inoportuno.

Abrió su bolso, sacó un monedero y guardó en él el pedazo de papel doblado con el mensaje de la suerte impreso.

Mason abrió otro pastel mientras Della Street vertía té en las tazas.

—¿Cuál es el de usted? —preguntó Della.

Mason rápidamente dobló su papel de la suerte y empezó a guardarlo en su bolsillo interior.

Della Street rió.

—Esta vez yo lo he cazado a usted —dijo—. Usted ni siquiera lo ha leído todavía.

Mason sonrió, desdobló el pedazo de papel, leyó el mensaje impreso y luego se lo entregó a Della Street.

El mensaje decía:

Para alcanzar su objetivo, recuerde que el valor es el único antídoto para el peligro…

—Bueno —dijo Mason—. Me supongo que mejor será que telefoneemos a la oficina de Drake a ver si han descubierto alguna cosa.

—Jefe, en cierta forma yo… ¿Cree usted que hay algo de verdad en estos papeles de la suerte?

Mason rió:

—Desde luego no, Della. Los tienen impresos a cientos. Esos papeles los meten en los pasteles y los pasteles los cuecen, de forma que cuando usted rompe el pastel, la suerte está dentro. No sé cuántas formas diferentes hay de decirle a uno la suerte. Probablemente más de un centenar.

—¿Ha recibido usted alguna vez algún duplicado en alguno de los pasteles que usted ha comido?

—Pensando en eso —dijo Mason—, no sé si en efecto ha sido así. Nunca le he dado demasiada importancia a eso.

—¿Cree usted en la suerte?

Mason dijo:

—Los chinos creen hasta ese punto de poner cien mensajes diferentes en cien pasteles diferentes de la suerte. Y creen que aquel que usted toma era el que estaba realmente destinado para usted. Ésa es la forma en que la mayoría de los que echan la suerte trabajan. Otras veces usted agita palillos de la fortuna dentro de un recipiente hasta que cae uno afuera.

Ella dijo:

—Yo tengo la sensación que su pastel de la suerte tiene un mensaje realmente personal para usted.

Mason rió:

—Lo que usted en verdad trata de decir, Della, es que usted cree que la suerte que *usted* agarró tiene un mensaje personal para *usted*.

El rostro de ella se puso al rojo vivo.

—Oh, lo siento —dijo Mason rápidamente, y en un impulso extendió las manos sobre las de ella—. Yo sólo estaba bromeando, Della. No quería que usted me tomara en serio…, aun cuando —añadió él— yo pensé que su instinto psicológico era evidente.

—Bueno, pues no —dijo ella—. ¿Quiere usted que llame a la oficina de Paul Drake?

—Quédese aquí sentada, beba su té —dijo Mason— y deje que se le quite el enfado, Della. Yo iré a llamar a Paul Drake.

—No estoy enfadada. Yo…, yo estoy…

—Bueno, su rostro está encendido —dijo Mason.

Repentinamente, ella alzó sus ojos y dijo:

—Muy bien, vaya usted entonces y llame usted a Paul Drake. Usted sabe su número.

Mason fue al teléfono público, echó una moneda y marcó el número de la oficina de Drake.

Cuando la telefonista del conmutador de Drake contestó, Mason dijo:

—Aquí habla Perry Mason. Me supongo que Paul Drake…

—Espere un momento —dijo la voz al otro extremo del hilo, interrumpiéndolo con nerviosa prisa.

Mason oyó el chasquido de una nueva conexión y la voz de la telefonista diciendo: «Señor Mason, le habla a usted el señor Drake». Y Drake exclamando: «Magnífico por usted… ¿En dónde lo encontró?».

—Yo no lo encontré. Él llamó. Él…

—¡Hola, hola, Perry, Perry! —dijo Drake excitadamente.

—Bueno, Paul, ¿qué es lo que hay? Yo pensaba que usted estaba durmiendo. ¿Ha descubierto una mina?

—He descubierto una mina de muchas toneladas —dijo Drake—. Diablos, qué magnífico presentimiento tuvo usted. Mejor será que juegue usted a los caballos en las carreras de mañana e hipoteque para jugarla la fortuna de la familia.

—Diga usted, Paul, ¿qué es lo que pasa?

—B. F. Barnwell y Helen Cadmus se casaron en una pequeña ciudad de Nevada, en donde ordinariamente a nadie se le ocurriría ir a averiguar. Un pequeño lugar donde difícilmente una persona pensaría en ir a ver. Un lugar al Noreste de Las Vegas, en la carretera de Ely.

—Muy bien —dijo Mason—. Deme usted lo que tenga, Paul.

—¿Tiene usted ahí un lápiz?

—Espere un momento. Voy a traer a Della.

Mason dejó el receptor a un lado, se dirigió rápido al reservado y le dijo a Della Street:

—Venga con su lápiz y su libro de notas, Della.

Della echó atrás la silla tallada donde estaba sentada, corrió al teléfono, abrió su bolso, sacó rápidamente una libreta de taquigrafía, colgó el asa del bolso en su brazo izquierdo, puso el auricular al oído y dijo:

—Siga usted, Paul.

Su lápiz volando sobre las páginas de la libreta de taquigrafía, hizo una serie de signos y luego escribió una cifra y un nombre.

—¿Eso es todo? —preguntó ella—. Muy bien, el Jefe quiere hablar con usted.

Ella se apartó del teléfono. Mason tomó el receptor y dijo:

—Si, Paul, diga.

—Yo ya le di a Della todo lo que sabía, Perry. Ya tengo todo el asunto bien cosido. La cuestión principal es que después que el matrimonio fue realizado, el Juez de Paz quiso saber adónde había de enviarles los documentos una vez que todo el papeleo correspondiente hubiese sido llevado a cabo, y entonces hubo un momento de silencio y la mujer dijo: «Envíe todo a la señora B. F. Barnwell». Y ella misma le dio una dirección en una pequeña ciudad de California al borde del desierto.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿Della tiene todo el asunto?

—Della lo tiene. Y ahora, por todos los diablos, Perry, no espere de mí que yo vaya a continuar yendo de un lado para otro y…

—No lo haré —dijo Mason—. Aquí está lo que yo quiero que usted haga, Paul.

—¿Qué es? —preguntó Drake con voz cansada.

—Que vaya a tomarse un buen baño caliente —dijo Mason—. Después, termine con una ducha fría, métase en la cama y duerma todo cuanto pueda, porque cuando yo lo despierte, usted va a tener que trabajar de firme.

Drake dijo cansadamente:

—¿No es eso música sonando en mis oídos? Yo acababa exactamente de dirigirme a mi casa cuando me llegó ese mensaje de Nevada. El empleado del ascensor dijo que ustedes acababan exactamente de salir para comer. He estado llamando a todos los restaurantes donde ustedes acostumbran a comer.

—Lo siento —dijo Mason—. Yo pensaba llamar a su oficina, pero no creí que usted pudiese tener nada tan pronto. Yo pensaba que usted estaba durmiendo. Ya lo veré a usted, Paul.

Mason colgó el teléfono, tomó a Della Street del brazo y dijo:

—Vamos, Della, pongámonos en camino.

Se dirigió hacia la caja al comienzo de las escaleras, sacó un billete de diez dólares de su cartera, lo echó sobre el mostrador y le dijo al cajero chino:

—No tenemos tiempo de esperar por la cuenta. Ahí están diez dólares. Dele un dólar de propina al camarero.

—Pero precisa usted presentar la cuenta del camarero —dijo el tranquilo e imperturbable oriental.

Exasperado, Mason echó una de sus tarjetas profesionales sobre la mesa, tomó el billete de diez dólares, sacó uno de cincuenta dólares del bolsillo y lo arrojó sobre la mesa.

—Muy bien, usted no confió en mí. Pero yo confío en usted. Le da un dólar de propina al camarero y yo regresaré aquí a cualquier hora, mañana o pasado, para recoger el cambio. Y hasta entonces… adiós.

Agarró a Della por la muñeca y bajaron por las escaleras a la

calle.

Fueron adonde estaba estacionado el coche de Mason.

—Muy bien, Della —dijo él—. Vámonos.

Abrió la puerta del coche con la llave. Della subió y volvió a cerrar tras de ella y por dentro abrió la otra puerta del lado del conductor.

Mason se sentó detrás del volante, encendió el motor y luego, aflojando los frenos, condujo el coche hasta la acera y empezó a acelerar.

En la segunda bocacalle, Della Street dijo:

—Y usted pone reparos a como yo manejo.

—Esta vez —dijo Mason— tenemos verdadera prisa.

—Eso deduzco yo —dijo Della Street.

Emprendieron el camino a través del congestionado tráfico de la ciudad, se abrieron paso por un espacio libre y pronto alcanzaron velocidad con la aguja del velocímetro marcando ya setenta millas por hora.

Dos veces Della Street miró a Perry Mason, pero al ver su rostro fieramente contraído, comprendió que su mente estaba trabajando a gran presión y planeando movimientos mientras conducía el coche.

Veinte minutos más tarde se encontraron ya en campo abierto y Mason hizo subir el velocímetro a las ochenta millas.

—¿Y qué ocurrirá si la policía del tráfico lo atrapa, a usted? —preguntó Della Street.

—Maldito si yo lo sé —dijo Mason—. Ya lo averiguaremos. Mantenga los ojos alerta atrás en la carretera, Della.

—A la velocidad que va usted, acabará llamándole la atención a algún policía de carreteras que esté haciendo el recorrido a una velocidad de sesenta y cinco millas —dijo ella.

—Éste es un riesgo que tenemos que correr. Yo voy observando los números de licencia de los coches que van al frente. Y usted me ayudará vigilando la carretera atrás.

Tres horas más tarde, Mason acortó la velocidad para leer un letrero en otra carretera que cruzaba, y después dobló a la derecha.

Della Street dijo:

—Por el aspecto de este lugar parece que limpian las aceras a las siete de la tarde. Usted no va a encontrar a nadie a pie a esta hora de la noche.

—Bueno…, los haremos levantarse —dijo Mason.

Della Street dijo:

—Ése es el sitio. Es un hotel para automovilistas. Y no está nadie levantado.

—Haremos que alguien se levante.

Mason tocó el timbre en la oficina y después de unos minutos, un hombre frotándose los ojos soñolientos acudió a la puerta.

—Lo siento —dijo él—. Tenemos todo el hotel lleno. ¿No ve usted ese letrero que dice «*No hay lugar*»? Usted es…

Mason dijo:

—Aquí están cinco dólares.

—Ya le he dicho a usted que está lleno. Yo no podría conseguirles sitio aunque…

—Yo no quiero sitio —dijo Mason—. Simplemente quiero saber cuál es el pabellón ocupado por la señora Barnwell.

—¿La señora B.? Está en el número 11, pero ella se ha ido a la cama.

—Gracias —dijo Mason—. Cómprese una botella de licor, y siento haberlo hecho levantarse.

Mason y Della Street caminaron rápidamente por un paseo de cemento que bordeaba el patio destinado a estacionamiento de coches y que estaba rodeado por pabellones de estuco.

—Aquí está el nuestro —dijo Mason.

Buscó el timbre. No había ninguno. Trató de abrir la puerta exterior de alambrada. Estaba cerrada por el lado de adentro.

Mason golpeó con los nudillos en la puerta.

Una voz de mujer, agudizada de alarma, gritó:

—¿Quién está ahí, por favor?

—Un mensaje —dijo Mason—. Un mensaje muy importante.

—Lo siento. Preciso saber antes quién es usted. Yo…

—Encienda la luz —dijo Mason—. Es un mensaje. Está relacionado con la validez de una ceremonia de matrimonio realizada en Nevada. ¿Y ahora, le interesa a usted esto?

Una luz se encendió en el interior.

—Espere un momento —dijo la voz femenina.

Un momento después, la puerta exterior fue abierta. La sombra vaga de una figura de mujer envuelta en una amplia bata, apareció en el umbral. Pero la puerta exterior de alambrada continuó sin

abrirse.

—Muy bien. ¿De qué se trata, por favor? —dijo ella.

Mason, sosteniendo una linterna de pluma fuente en la mano derecha, apretó el resorte de ésta. El foco brilló a través de la alambrada de la puerta iluminando de lleno el rostro de la mujer. Ella se echó para atrás diciendo con un chillido:

—¡No haga usted eso!

Mason dijo:

—Yo he encontrado lo que quería saber, señorita Cadmus.

—Señora Barnwell, por favor.

—Quiero hablar con usted sobre todo eso.

—Bueno, pues yo no quiero hablar con usted sobre ninguna cuestión —replicó ella cortante y empezó a cerrar la puerta de adentro.

—Pues yo pienso que usted tiene que hacerlo —le dijo Mason—. Si usted no quiere hablar conmigo ahora, entonces tendrá que hablar con los reporteros de los diarios dentro de dos horas.

—¿Los reporteros de los diarios?

—Sí.

—¿Y cómo fue que ellos…, cómo han podido ellos localizarme?

—Por medio de mí —dijo Mason.

Una voz masculina, impregnada de irritación, llegó desde el pabellón adjunto.

—¡Oh, cállense ya! Alquílese un teatro o vaya usted a buscarse una mujer que sea más sociable. No se estén ahí discutiendo. Yo quiero dormir.

Mason se quedó quieto junto a la puerta de alambrada esperando.

La mujer que estaba por la parte de dentro, se mantuvo inmóvil por espacio de algunos segundos y luego adelantó la mano y corrió el cierre de la puerta abriéndolo.

—¿Quieren ustedes entrar? —invitó ella—. Y por favor, traten de no despertar a mi bebé.

Mason sostuvo la puerta abierta para que entrase Della Street y siguió a ésta dentro del pabellón.

Después, Mason cerró la otra puerta también.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer.

El pabellón era una residencia espaciosa y confortable. El

pequeño salón de recibir estaba cómodamente amueblado con buenas alfombras en el piso, y a través de la puerta que daba a un dormitorio vieron que en éste había una cama doble y una cuna.

Mason dijo:

—Yo soy Perry Mason, el abogado. Esta señorita es Della Street, mi secretaria. Yo voy a poner las cartas sobre la mesa con usted. Soy uno de los abogados que representan a Josephine Kempton. Ella está acusada de la muerte de Benjamin Addicks…, el marido de usted.

La mujer se sentó con expresión hostil y dijo con los labios apretados.

—Continúe hablando.

Mason dijo:

—Mi relación con este caso es puramente fortuita. Yo compré los diarios de usted y…

—Ya leí sobre esos diarios. ¿Qué quiere usted hacer con ellos? ¿Está usted intentando alguna clase de chantaje legal? ¿Pensó usted que yo sería lo bastante tonta para poner nada en ellos que…?

—Usted escribió cosas en ellos de las que no se dio cuenta —dijo Mason—. Esto es, usted escribió cosas que no creyó que otras gentes pudiesen interpretar.

—¿Cuáles?

—¿Por qué cree usted que estoy yo aquí?

—Yo no lo sé. Y quiero saberlo.

—¿Y cómo cree usted que yo llegué aquí?

—Eso no puedo comprenderlo. Yo tomé precauciones minuciosas.

—Ya sé que usted lo hizo —dijo Mason—. La cuestión es que había mucho más en esos diarios de lo que usted pensó. Y ahora, pues, quiero que usted me diga su historia.

—Bueno, pues no la oirá.

—Pues yo creo que sí —dijo Mason confiado.

—¿Y qué es lo que le hace pensar eso?

—Porque —dijo Mason— yo tengo en mi poder todas las partes destructoras de la historia. Conozco los hoteles de automovilistas donde usted estuvo con Benjamin Addicks. Conozco las anotaciones en su diario, al efecto de que usted iba a tomar la felicidad allí donde la encontrase, y que usted no iba a forzar el desenlace

mientras no se presentara la ocasión. Y entonces, cuándo usted descubrió que iba a presentarse un desenlace, usted tuvo que enfrentar la situación y escribió eso en su diario.

»Yo sé lo que ocurrió a bordo del yate. Sé que usted y Addicks tramaron todo para que usted pusiese la venda sobre los ojos de todo el mundo y hacer aparecer que usted se había suicidado. Yo no sé por qué él tomó todas esas complicadas precauciones. Eso es lo que me gustaría descubrir.

—Si usted es tan inteligente, siga adelante y descúbralo.

—Yo sé —dijo Mason— que usted está casada en Nevada. Sé que usted dio instrucciones para que los documentos solemnizando el matrimonio le fuesen enviados por correo a usted a esta dirección. Sé que el nombre real de Addicks era Barnwell.

»Y ahora, pues, yo puedo hacer algunas adivinaciones. No son el tipo de adivinaciones que a usted le gustaría que yo hiciese. Y puedo comunicar mis adivinaciones a los diarios. Ellos han estado presionándome para que les concediese una interviú.

—Pues siga adelante y concédasela.

—Yo ya les he concedido una interviú en la cual señalé que a causa de ciertas anotaciones en el diario de usted, yo creía que usted le había comunicado al señor Addicks que él estaba a punto de ser padre. Yo ya les he dicho a ellos sobre los hoteles para automovilistas donde estuvieron usted y el señor Addicks, registrados como marido y mujer, y tengo testigos que han identificado la fotografía de usted. Los diarios ya tienen esa historia. Van a publicarla mañana por la mañana.

—¿Y por qué tuvo usted que haberme hecho eso a mí? —preguntó ella.

—Yo no se lo hice a usted —dijo Mason—. Yo soy un abogado. Estoy contratado en un caso en el que yo tenía que ir a los hechos. Yo no hice los hechos. Yo no corté el modelo de ellos. Yo sólo descubrí los hechos.

—Y después, tuvo usted que ir a entregárselos a la Prensa.

—Yo hice eso porque era lo que tenía que hacer. Había una razón por la que el señor Addicks no podía casarse con usted. ¿Cuál era?

—Yo no sé por qué habré de decírselo a usted.

—Y yo no sé por qué no habrá de decírmelo.

Ella dudó por un momento y después dijo:

—Exactamente, ¿cuál es su interés en esto?

—Yo estoy tratando de descubrir la verdad.

—¿Y usted está representando a Josephine Kempton?

—Sí.

—Muy bien —dijo ella amargamente—. Si usted quiere la verdad sobre ella, yo le daré a usted toda la verdad sobre ella. Ella lo mató.

—¿Quiere usted decir que ella mató a Benjamin Addicks?

—Desde luego, ella lo mató. Ella quería matarme a mí más aún de lo que quería matarlo a él. Ésa es una de las razones por lo que Benny decidió que nosotros íbamos hacer aparecer que…, bueno, que yo estaba ya muerta.

—Eso me parece a mí —dijo Mason— que es un camino complicado y erróneo para tratar de encontrar una solución a un problema simple.

—El problema no era simple.

—¿Y por qué él no resolvió ese problema matrimonial con su primera mujer? —preguntó Mason en una forma natural que enmascaraba el hecho de que estaba disparando en la oscuridad.

—Porque él no podía.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros y dijo:

—Supongamos que usted es el que habla por un rato.

Mason dijo:

—Muy bien. Yo soy un abogado. La única solución explicación que yo puedo encontrar al por qué el señor Addicks no iba a reconocerla a usted públicamente como su mujer, es porque él no tenía el derecho legal de hacer eso, y la única razón que yo puedo pensar de por qué él no tenía el derecho legal de hacerla, a usted su mujer, es porque él tenía otra esposa viva, una esposa que había quizá echado los ganchos sobre él para que le pasase una pensión y que se había negado a concederle el divorcio.

Ella sacudió la cabeza.

—¿No es eso verdad? —preguntó Mason.

Ella dijo amargamente:

—Los diarios le han concedido a él de tiempo en tiempo un montón de publicidad. Han publicado su retrato multitud de veces.

Usted no ha oído a ninguna mujer que se presentase y dijese que ella era su esposa. Usted no ha sabido de ningún matrimonio anterior.

—Ésa es una de las cosas que me intrigan —admitió Mason con reluctancia.

Ella dijo:

—Eso me intrigó a mí también, pero él me interesaba lo suficiente para seguir adelante y tomar las cosas como éstas venían.

—¿A usted le importaba él hasta ese extremo? —preguntó Della Street.

Ella miró a Della Street especulativamente y dijo:

—Él era bueno para mí. Yo estaba dispuesta a dejar que todo continuase en la forma que él quisiera mientras aquello sólo…, mientras aquello sólo nos afectase a nosotros dos.

—Pero yo todavía no he oído la historia —dijo Mason.

—Y usted no la oirá.

Mason echó una mirada significativa a Della Street y dijo a Helen:

—Por alguna razón, el hombre no creía que estaba en libertad para casarse, y sin embargo cuando se hizo necesario para él el casarse con objeto de darle a su hijo un nombre y darle a usted alguna medida de protección, él fue adelante y se casó. Pero antes de todo eso, él se entregó a un complicado artificio para hacer que todo el mundo creyese que usted estaba muerta. Y eso debe haber querido significar que él… Oh, oh, creo que ya lo tengo.

—¿Qué es ello, Jefe? —preguntó Della Street.

—Pues que él pensaba que cualquier mujer que se casase con él estaría en el mayor de los peligros.

—¿Pero y por qué? —preguntó Della Street.

Mason levantó una mano:

—Primero —dijo elevando su índice—, él no creía que estaba legalmente libre para casarse. Segundo, creía que cualquier mujer por la cual él tomase un interés serio, se encontraría en un gran peligro. Eso me aporta una cierta dosis de datos sugerentes a mí, Della…, como abogado.

—Yo no lo comprendo, Jefe.

Mason miró a la mujer envuelta en la bata y dijo:

—Quizá Helen pueda decírmelo.

—Y quizá Helen no quiera hacerlo.

—Oh, muy bien —dijo Mason—. Vamos a intentarlo, Della. En algún momento de su vida, Addicks se había casado. Ese matrimonio nunca había sido disuelto ni por la muerte ni por ningún decreto de divorcio. Y ahora, ¿por qué no?

Della Street sacudió su cabeza diciéndole:

—No hay ninguna razón para ello. Si él hubiera estado casado, se hubiera divorciado. No importa lo que le hubiera costado, él se hubiera comprado la forma de salirse de eso y conseguir su libertad. Y hubiera tenido mucho cuidado en cuanto a emprender una segunda aventura en el campo del matrimonio, pero él ciertamente se hubiera asegurado la libertad legal.

—Si él hubiera podido hacerlo —dijo Mason.

—¿Qué quiere usted decir si él hubiera podido hacerlo?

—Hay una situación legal, muy interesante, bajo la cual él pudiera no haber estado capacitado para realizar todo lo que él quería.

—¿Y qué era ello? —preguntó Della Street.

Mason dijo:

—En muchos Estados se hace imposible el divorciarse de una mujer que ha sido declarada loca.

»Así, pues, supóngase que Benjamin Addicks se había casado. Supóngase que la mujer había sido declarada loca. Las manos de Addicks estaban atadas. Y además de eso, supóngase que la mujer desarrolló una forma de locura que la hiciese a ella peligrosa, que hiciese…, bueno, yo creo que estamos llegando a alguna parte, Della.

Mason inclinó la cabeza ligeramente hacia la mujer de la bata.

La angustia íntima de Helen, se estaba reflejando en su rostro, que estaba contraído y después repentinamente la muchacha dijo con furia:

—Maldito sea usted. ¿Quién es usted? ¿Un adivinador del pensamiento? ¿Tiene usted que andar espiando en las vidas de las gentes y…?

—Yo pienso —dijo Mason— que usted haría mejor en decirme todo sobre esta cuestión, Helen.

Ella dijo:

—Yo ya he pasado por diez mil infiernos. Usted no tiene idea de

todo lo que eso significa.

—¿Quién es la mujer? —preguntó Mason—. ¿En dónde está ella confinada?

—Ésa es exactamente la cuestión —dijo Helen—. Ella no está confinada. Se escapó. Está fugitiva. Es una maniática homicida. ¿Comprende usted lo qué eso significa?

Mason entornó los ojos pensando concentradamente.

—Ella está absolutamente, completamente loca. Está celosa. Encontró la pista de Benny y lo chantajeó. Ella le dijo a Benny que si alguna vez él se casaba o intentaba casarse, ella mataría a la mujer. Y al decirlo estaba decidida a ello. Mi matrimonio con Benny no tiene valor legal.

—Entonces, ¿por qué realizó usted la ceremonia matrimonial?

—Por el valor que eso pudiera tener para darle al niño un nombre.

—¿Dónde está la primera mujer?

—Nadie lo sabe.

—¿Por qué no fue confinada en alguna parte?

—Usted no puede tenerla confinada en ninguna parte. Se escapó cada vez que fue encerrada. Eso es por lo que Benny tenía que mantener sus asuntos en tal forma, que él pudiese darle a ella dinero rápidamente. La mujer está por completo y ferozmente loca. Ella lo mataría a él y hubiera querido matarme a mí también.

—¿Y ella no lo mató?

—No, fue Josephine Kempton quien lo hizo… Pero si usted le ha dicho a los periódicos sobre mi matrimonio, o si siquiera ella piensa que yo soy la madre de un hijo de Benny, me cazará a mí y me matará. Es diabólicamente ingeniosa y terriblemente vengativa.

»Sabe usted, ella está todavía loca, en cuanto a la ley concierne. No había absolutamente nada que Benjamin Addicks pudiese hacer. Una acción para conseguir el divorcio, no hubiera resultado, y él ni siquiera pudo poner en claro las cuestiones de sus propiedades. Y si él tratase de hacer alguna cosa, le hubiera sido necesario haber descubierto su verdadero nombre y su verdadero pasado.

—¿Y qué hay sobre ese pasado?

—El mató a un hombre.

—Yo pensé que había sido su hermano.

—No. Hubo algún rumor intencional a ese efecto. Benny

mantuvo la pista de Herman, pero Herman pensó que Benny estaba muerto.

—¿Mató su marido realmente a un hombre?

—El aseguraba que realmente no sabía. Nunca me dijo los detalles. Cuando comprendí lo que él sentía, nunca se los pregunté.

—¿Pero su mujer se mantenía en contacto con él? —preguntó Mason.

—Ciertamente.

—¿Cómo?

—El teléfono empezaba a sonar. Había una llamada desde un teléfono público. Era la voz de ella. Entonces ella le ordenaba poner una cierta cantidad de dinero en billetes en un paquete y dejar éste en cierto lugar. Todo era hecho tan misteriosamente como si ella estuviera consiguiendo el precio de un rescate en un secuestro.

—¿Y Addicks tenía algún mensajero de confianza que hacía la entrega de ese dinero?

—Sí.

—Ciertamente él no se arriesgaría a utilizarla a usted para esa misión.

—No. Era Mortimer Hershey quien hacía eso. Algunas veces lo hacía también Nathan Fallon.

—¿Sabían ellos lo que en realidad estaban haciendo?

—Yo no lo sé, señor Mason. No creo que lo supieran. Benny estaba muy temeroso de ser chantajeado. Cielos, yo le estoy contando a usted toda esta historia y no tenía intención de hacerlo así, pero he estado tan solitaria, y después…, ahora Benny ya se fue. Era todo lo que yo tenía y…

—Espere usted un momento —dijo Mason—. Controlemos las emociones por un poco de tiempo, señora Barnwell. Vayamos al fondo de esta cuestión. ¿Qué hay sobre Josephine Kempton? ¿Sabía ella sobre lo de usted y el señor Addicks?

—Ella lo sospechaba.

—¿Leyó usted sobre los supuestos objetos robados que fueron descubiertos?

—Sí, leí. Ciertamente yo misma debía haber adivinado la verdadera solución. Santo Dios, yo tenía todos los hechos a mano. Nunca se me ocurrió sospechar de aquel mono. Aquel diablo de mono travieso. Y yo que estoy tan encariñada con él…, pero es un

diablo.

—¿En dónde está el mono ahora? —preguntó Mason.

—Él…, está a buen cuidado. No se preocupe, él tendrá un hogar.

—¿Cree usted que Josephine Kempton dice la verdad sobre…?

—Ella nunca dijo la verdad en su vida sobre ninguna cosa. Es una mentirosa congénita. Es una enredadora, una malvada, una intrigante, una mujer de mala idea, y ella mató a Benjamin Addicks. Yo sé eso tan bien como sé que estoy sentada aquí.

Mason dijo:

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Yo no lo sé por cualquier prueba, pero estoy absolutamente cierta de que ése es el caso.

Mason dijo:

—Usted no quiere ser entrevistada por los reporteros de los diarios, ¿verdad?

—No.

—Muy bien —le dijo Mason—. Entonces, empiece a arreglar sus cosas.

—¿Qué quiere usted decir?

Mason dijo:

—Yo voy a ponerla a usted en un lugar donde estará usted segura, mientras tanto. Usted estaba loca al pensar que no iba a poder ser encontrado un lugar de esta clase. Usted dejó una huella bastante ancha para…

—Yo pienso que así fue en efecto —dijo ella—. Pero estaba…, estaba emocionalmente desconcertada y…, francamente, nunca se me ocurrió que en un momento decisivo Benny realmente se casase conmigo. Yo pensé que él sostendría al niño… Yo no sé; pensé que podía estar orgulloso de él.

—¿De él?

—Sí. Es un niño muy lindo —dijo ella—. Él va a tener toda la Inteligencia de Benny y en todo lo que de mí dependa —y pienso que mucho dependerá de mí—, él no va a tener ninguna de las fobias de Benny, sabe usted, señor Mason. Benny cometió una gran equivocación. Se fugó. Cuando un hombre empieza a huir de las cosas de la vida, se fabrica una entera cadena de complejos y temores.

»Mi hijo no va a ser de esa manera. Él va a afrontar las cosas

completamente.

—Muy bien —le dijo Mason—. Yo haré lo que pueda para ayudarla.

—¿Y qué es lo que va usted hacer? ¿Qué puede usted hacer?

Mason dijo:

—Usted recogerá sus cosas. Della Street va a llevarla a usted y a su niño a otro hotel. Della Street se registrará en ese hotel. Usted va a ser su hermana. Usted no usará el nombre de Addicks. Usted no usará tampoco el nombre de Barnwell. —Mason miró a su reloj—. Usted, probablemente, tiene quince o veinte minutos. Yo no voy a esperar de la suerte más que eso. Della le ayudará a recoger sus cosas.

—Cuando uno piensa en ello, señor Mason, ¿por qué no he de salir y dar la cara, abiertamente ahora mismo? Yo he comprobado de pronto que estoy empezando a hacer lo mismo que Benny hizo. Yo voy a andar huyendo…

Mason interrumpió cortante:

—Hay una diferencia entre retirarse hasta que usted pueda luchar en el momento oportuno y en el lugar oportuno, y solamente huir.

»Hay una mujer loca que quiere matarla a usted y a su niño. Está bien el ser valiente, pero descubramos más sobre esa mujer antes de que arriesguemos la vida joven que usted tiene el deber de proteger.

Ella dudó por un momento, luego tomó algunas ropas, fue al cuarto de baño y dijo:

—Déjenme vestirme —y cerró la puerta.

—Jefe —dijo Della Street—. ¿Se atreve usted a ocultarla?

—Tengo que ocultarla, Della.

—¿Por qué?

—Porque si los periódicos averiguan esa historia de ella de que la señora Kempton mató a Benjamin Addicks, se va a producir una cadena de reacciones de sentimiento público adverso. Y yo no me atrevo a correr ese riesgo.

—¿Pero no es un crimen el esconder a un testigo?

—¿Y de qué es ella testigo?

—Bueno, de todas las cosas que ella le dijo a usted.

—Ella me dijo a mí un montón de cosas sobre la desaparición de Helen Cadmus —dijo Mason—. Y ella me dijo un montón de cosas

que ella oyó de Benjamin Addicks, sobre la vida pasada de Addicks, pero eso no quiere decir que ella fue testigo de esas cosas. Ella podría haberle hablado a un repórter de periódico, pero ella no podría hablarle a un Jurado. Ella no es un testigo a menos que pueda testificar de algo. Lo que nosotros estamos investigando al presente es el asesinato de Benjamin Addicks. Y ella no puede testificar la menor cosa en esto.

—A pesar de eso, si la policía descubre…

Mason sonrió:

—Recuerde lo que el pastel de la suerte decía, Della: «El valor es el único antídoto para el peligro».

Capítulo 16

La interviú de Perry Mason con los reporteros de los periódicos, trajo una respuesta inmediata.

Sidney Hardwick, como abogado que había representado a Benjamin Addicks durante su vida, y como abogado ejecutor del testamento, prontamente acusó la interviú de Mason como pretenciosa y un intento para nublar las cosas hecho por una imaginación febril desesperadamente, buscando alguna forma de escape para un cliente, también desesperado.

El Fiscal del Distrito, Hamilton Burger, la caracterizó aún más cortantemente.

—Es un intento de escaparse por la tangente por el medio de ennegrecer la reputación de una muchacha muerta que ya no es capaz de defenderse. Un bastardo y despreciable intento en el último minuto, concebido en el engaño, nacido en la desesperación y destinado finalmente a crucificar a su clienta.

Mason, con los diarios bajo el brazo, entró en el Tribunal para asistir a los interrogatorios preliminares en el caso del Pueblo contra Josephine Kempton.

James Etna, acercándose por un lado, dijo en voz baja:

—Yo creo que no tendremos ninguna dificultad en conseguir un aplazamiento. Mason.

—¿Y quién quiere un aplazamiento? —preguntó Mason.

—Cielo santo, nosotros no vamos a querer el ir a juicio en la forma en que las cosas están ahora, ¿verdad?

—Nosotros podremos no querer ir a juicio —dijo Mason—. Pero yo estoy enteramente deseoso de oír lo que ellos tienen que decir bajo forma de prueba en una audiencia preliminar.

—Bueno. Usted es el jefe —le dijo Etna—. Yo sé que el Fiscal del Distrito quiere realmente un aplazamiento, pero desde luego él

quiere también que sea el acusado quien lo pida.

El Juez Mundy tomó su sitio en el Tribunal. La sala fue llamada al orden.

—El Pueblo contra Kempton —anunció el Juez Mundy.

—La defensa está dispuesta —dijo Mason.

La cara del Fiscal del Distrito, Burger, mostró una irritada sorpresa.

—Yo tenía entendido que la defensa quería un aplazamiento y la acusación estaba preparada para estipular que le fuese concedido ese aplazamiento.

—Pues yo no sé qué es lo que le hizo a usted entenderlo así —le contestó Mason.

—Yo obtuve ese entendimiento a través de una conversación con alguien que había estado hablando con James Etna, que es su defensor asociado.

—¿Lo entendió usted así? —le preguntó Mason—. Exactamente, ¿quién fue esa persona y qué es lo que dijo?

—Yo prefiero no divulgar la fuente de mi información.

Mason dijo:

—Yo no he hecho solicitud para un aplazamiento y estoy completamente seguro que el señor Etna tampoco.

—Yo no dije que él hiciese una solicitud de aplazamiento.

—La defensa tiene derecho a proceder, si así lo desea —ordenó el Juez Mundy.

—Nosotros estamos preparados para seguir adelante —dijo molesto Hamilton Burger.

—Muy bien, prosigan.

Burger llamó como primer testigo a uno de los policías de radio que habían contestado a la llamada de Stonehenge. El oficial describió las circunstancias conforme las había encontrado allí. Habló sobre el guarda nocturno corriendo con un revólver; de los perros que tenían cercado a un gorila arriba de un árbol; de otros dos gorilas merodeando sueltos por la casa; de las jaulas y el descubrimiento del cadáver en el cuarto arriba de las escaleras y de todo el desorden resultante que se produjo al tratar de acorralar a los enormes gorilas.

Finalmente, con la ayuda de dos expertos del zoológico, algunas frutas con drogas y utilizando los servicios combinados de la Policía

y el Departamento de Incendios, los gorilas fueron reintegrados a sus jaulas, poco antes del amanecer.

—Puede usted repreguntar al testigo —dijo el Fiscal del Distrito a Mason.

Mason sonrió.

—No hay preguntas —dijo.

Burger llamó a otro de los policías de radio que habían visto a Mason y la señora Kempton, conforme él expresó, «Huyendo por la calle Rose abajo». Más tarde fue a unirse a ellos Della Street. Declaró que él les había advertido que tenían que ir al Cuartel General de la Policía para ser interrogados.

—Puede usted repreguntarle —dijo Burger.

Mason dijo:

—Yo creo que tengo entendido que usted declaró que el acusado y yo estábamos huyendo por la calle Rose abajo.

—Sí, señor, eso es lo que yo dije.

—¿Y usted nos metió en un automóvil?

—Sí, señor.

—¿Y cómo sabe usted que nosotros íbamos huyendo?

—Yo podría decirlo por sus maneras, por la gran rapidez con que ustedes miraban atrás…

—Ya veo —dijo Mason—. Ahora, pues, poco más tarde que usted nos colocó en el automóvil, usted salió rápidamente para el Cuartel General, ¿no fue así?

—¿Que yo hice qué?

—Que usted salió rápidamente para el Cuartel General.

—Yo los llevé a ustedes al Cuartel General.

—Y usted dejó detrás de usted la endemoniada escena y los elementos de peligro. Usted dejó detrás de usted la casa con los gorilas sueltos, los perros ladrando y las sirenas sonando.

—Yo hice eso cumpliendo órdenes.

—Pero usted se marchó, ¿no fue así?

—Yo no lo hice.

—¿Usted abandonaba la escena de toda esa conmoción?

—Yo tenía que abandonarla para llevarlos a ustedes al Cuartel General.

—Y sin embargo, a pesar del hecho de que usted no estaba huyendo, usted miró para atrás varias veces por encima del

hombro, ¿verdad?

—Bueno, yo miré para atrás por el espejo retrovisor del automóvil dos o tres veces y…

—¿Y miró usted por encima del hombro para atrás?

—Yo creo que es posible que lo hiciese… muy brevemente.

—Cierto —dijo Mason—. Necesariamente tenía que haber sido muy rápido, porque usted iba guiando el coche, pero usted miró atrás por encima del hombro varias veces.

—Oh, quizá lo hice así. Diré que sí lo hice.

—¿Y usted no lo recuerda?

—Yo no lo recuerdo concretamente.

—Y sin embargo, usted declara que, acotando sus palabras exactas, «Diré que sí lo hice».

—Así es. Yo le concedo a usted ese punto.

—¿Está usted dispuesto a jurar que usted lo hizo? ¿Declara usted que así lo hizo?

—Sí —gritó el testigo.

—Su Señoría —protestó Hamilton Burger ante el Juez Mundy—. Yo creo que eso ha sido preguntado y contestado una docena de veces.

—Me inclino a creerlo así —dijo el Juez.

—Yo solamente quería fijar esta cuestión —dijo Mason—. Yo quería que Su Señoría comprendiese la actitud de este testigo. Él no es capaz de recordar el haberse vuelto y haber mirado por encima del hombro, pero en cambio está dispuesto a afirmar que él hizo eso, simplemente porque pudo haberlo hecho. Y ahora está jurando positivamente que él hizo una cosa sobre la cual él no recuerda. Eso demuestra la actitud del testigo.

—Yo le dije a usted que diría que había vuelto la cabeza y mirado por encima de mi hombro.

—Pero usted no tiene un recuerdo exacto de haberlo hecho así.

—Muy bien —dijo el oficial, agresivo—. Yo ahora recuerdo haberlo hecho.

—¿Y cuándo le vino a usted ese recuerdo definitivo?

—Exactamente ahora.

—Entonces, cuando usted testificó bajo juramento que no tenía recuerdo definitivo de haber mirado atrás, ¿no había pensado en ello?

—Así fue.

—¿Entonces usted contestó a esa pregunta sin haber pensado?

—Sí.

—En otras palabras, ¿usted habla más rápido de lo que piensa?

—Yo no lo sé.

—¿Y por qué miró usted atrás si usted no iba escapando? —preguntó Mason al testigo.

—Simplemente por una cuestión de curiosidad. Cuando usted oye una conmoción como aquélla y sabe que unos gorilas andan corriendo sueltos, es completamente natural el volverse a ver lo que continúa ocurriendo cuando se abandona la escena de los hechos.

—Entonces, conforme yo ahora entiendo —dijo Mason—, en su testimonio nada había que indicase que la acusada y yo estábamos huyendo de aquel lugar.

—Yo he dicho que sí había.

—¿Y qué era ello?

—Ustedes iban volviéndose y mirando por encima del hombro… Ahora, espere un momento. Ustedes lo hacían de una manera diferente de la forma en que yo lo hice.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Bueno, yo podría asegurar por la forma que ustedes actuaban, que había algo anormal.

—Usted podría decir que había algo anormal tan pronto como usted se acercó lo bastante para oír las sirenas, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces —dijo Mason— usted quiere que el Tribunal, entienda que mientras es completamente perfecto y natural para usted el mirar atrás y ver lo que ocurre cuando está abandonando una escena de esa especie en cambio cuando somos la acusada y yo quien lo hacemos entonces es una prueba de huida.

—Había alguna cosa para ello en su actitud.

—¿Qué era?

—Yo ya la he descrito.

Mason puso en alto su mano izquierda y extendió el pulgar.

—Primero —dijo él— usted dijo que nosotros íbamos caminando rápidamente. Después, usted dijo que nosotros mirábamos atrás por encima del hombro. Y ahora, ¿qué más hicimos nosotros?

—Eso es todo. Ya es bastante.

—Muy bien. Cuando usted abandonó aquel lugar —dijo Mason — usted iba manejando rápidamente, ¿verdad?

—Eso es diferente.

—¿Pero, iba usted o no iba así?

—Sí.

—Y —dijo Mason— usted miró atrás por encima del hombro repetidamente. ¿No lo hizo usted?

—Sí.

—¿Usted sabe que lo hizo?

—Sí.

—¿Entonces, usted tiene ahora un recuerdo independiente de haberlo hecho?

—Sí.

—¿Pero usted no tenía ese recuerdo cuando usted testificó primero?

—Desde luego, si lo tenía.

—Entonces —dijo Mason— usted estaba tratando de no reconocerlo así.

—Yo vi la trampa que usted me estaba preparando. Yo no soy tan tonto como todo eso.

—Muchas gracias —dijo Mason—. Yo simplemente quería que el Tribunal observase su actitud. Eso es todo.

Hamilton Burger conferenció brevemente con su auxiliar, un joven abogado brillante llamado Ginsberg, el cual en los meses anteriores había ganado una serie de victorias espectaculares en los Tribunales y como resultado había sido puesto a cargo de los lugartenientes de procesos que corrían a cargo de los interrogatorios preliminares.

La presencia de Hamilton Burger como consultante en este proceso era un tributó a la habilidad de Mason como peligroso antagonista.

Siguiendo a la conferencia de murmullos entre Burger y Ginsberg, éste llamó a la matrona de la cárcel.

La matrona testificó que había recibido a la acusada Josephine Kempton en el ala de la institución destinada a las mujeres, que había recibido de la señora Kempton sus ropas personales, le había entregado un uniforme temporal y había entregado aquellas ropas a Philip Groton, el técnico y toxicólogo de la Policía.

—Ahora, pues —preguntó Ginsberg—, ¿hizo usted algún examen del cuerpo de la acusada?

—Lo hice, sí, señor.

—¿En qué forma?

—Ella se desnudó completamente y tomó una ducha. Yo inspeccioné cada pulgada de su cuerpo.

—¿Qué era lo que andaba usted buscando?

—Si tenía rasguños, cortes o cualesquier heridas o marcas de violencia.

—¿Y descubrió usted alguno?

—Señor Ginsberg, no había absolutamente ninguna parte de su cuerpo, ningún lugar, donde la piel hubiese sido rota.

—¿Puedo yo preguntarle la razón de este examen? —preguntó James Etna.

—Usted se limita a escuchar y entonces comprenderá la razón para ello —le respondió beligerante Ginsberg.

—Caballeros, caballeros —dijo el Juez Mundy—. Atengámonos a la corrección. ¿Quiere el abogado interponer alguna objeción?

—Yo estaba tratando sólo de ahorrar tiempo —dijo indignado Etna—. Pero en vista de las circunstancias, objeto a ello sobre la base de que eso es inadmisible, no viene al caso y carece de importancia.

—Nosotros nos proponemos relacionar esto, Su Señoría, con nuestro próximo testigo —dijo Ginsberg.

—Muy bien, continúe.

—Eso es todo. Puede repreguntar.

Mason le dijo a Etna:

—Usted la examina a ella, Jim.

Etna dijo:

—¿Por qué tomó usted las ropas de ella?

—Me fue ordenado hacerlo así.

—¿Usted no sabía que hasta que ella hubiese sido oficialmente acusada, solamente podía mantenerla a ella como…?

—Yo seguí instrucciones —dijo la matrona—. Eso es para lo que estoy aquí. Si usted quiere argüir sobre la Ley, arguya con el Fiscal del Distrito.

—¿Usted recibió órdenes del Fiscal del Distrito, quiere decir?

—Sí, de su oficina.

—¿Y qué se hizo de esas ropas que usted le sacó a ella y que le fueron entregadas a Philip Groton?

—Si usted quiere esperar a que sea llamado nuestro próximo testigo, esa pregunta será contestada —dijo Ginsberg.

—Muy bien —dijo Etna—. Eso es todo.

—Llamen a Philip Groton —dijo Ginsberg.

Philip Groton era un individuo alto, flaco, con aspecto de estudioso, con pómulos salientes y unos anteojos de gruesos cristales que parecían reflejar la luz en forma que a veces sólo se veía una cara pálida, con dos óvalos brillantes allí donde debían aparecer los ojos. Subió al estrado y se designó a sí mismo como un experto toxicólogo, químico e investigador técnico.

—¿Usted recibió ciertas prendas de la matrona que acaba ahora de testificar? —preguntó Hamilton Burger.

—Las recibí, sí, señor.

—¿Hizo usted un examen de esas prendas?

—Sí, señor.

—¿Encontró usted algo no corriente en esas prendas?

—Encontré.

—¿Y qué encontró usted?

—Sangre humana.

—¿Tiene usted esas prendas con usted?

—Las tengo, sí, señor.

—Yo pido que sean presentadas como prueba.

—No hay objeción —dijo Mason.

Las prendas fueron aceptadas como prueba.

—Puede repreguntar —dijo Hamilton Burger.

—¿Usted declaró que había sangre humana en las prendas? —preguntó Mason.

—Sí, señor.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Yo realicé una prueba química.

—¿Entonces, cuando usted realiza esa prueba, ordinariamente no examina la sangre con objeto de comprobar si esa sangre procede de alguna clase de animal, verdad? Conforme yo entiendo, usted tiene una solución química que producirá una reacción si se trata de sangre humana, pero que no dará ninguna reacción si es sangre de un animal. Por lo tanto, usted simplemente comprueba

una mancha de sangre, con el propósito de determinar si se trata de sangre humana o sangre de animal. Si esa sangre es de animal, usted ordinariamente no se molesta en clasificarla. Si usted obtiene una reacción positiva, ya sabe entonces que es sangre humana. ¿Es esto así?

—Sí, señor.

—¿Y esa prueba es infalible?

—Esa prueba es infalible.

Mason dijo:

—Yo desearía interrogar al señor Groton un poco más a fondo sobre sus calificaciones como testigo técnico, pero deberé confesarle al Tribunal que en este momento no estoy preparado para realizar la clase de interrogatorio que yo quiero. Yo quiero comprobar cierta clase de información antes de completar el interrogatorio.

—¿Hay alguna objeción por parte del Fiscal para posponer esta fase del interrogatorio? —preguntó el Juez Mundy al acusador.

—Ninguna —dijo Hamilton Burger moviendo su mano en el aire con gesto de completa seguridad—. Nosotros estaremos satisfechos de que el señor Perry Mason o cualquier otro, interrogue al señor. Groton sobre sus calificaciones, un día entero, si así lo quiere, y en cualquier momento que así lo desee.

—Muy bien, señor Groton, usted puede marcharse y volverá a ser llamado más tarde para esa fase del interrogatorio. ¿Quién es el próximo testigo?

Burger, con una repentina nota de triunfo en su voz, llamó al otro policía que había estado en el coche que llevó a Mason, a la acusada Josephine Kempton y a Della, al Cuartel General. Este agente describió como los tres habían estado sentados en el asiento de atrás y como él había vuelto la cabeza y mantenido sus ojos sobre ellos la mayor parte del tiempo.

—¿Después de su llegada al Cuartel de la Policía, qué fue hecho con ese coche? —preguntó Burger.

—Fue puesto nuevamente en servicio.

—¿Y quién ocupaba ese coche?

—Mi compañero y yo.

—¿Y a qué hora salió usted de servicio?

—A las cuatro de la mañana.

—¿Y qué se hizo entonces?

—Bueno, yo comprobé que no habían sido examinados los cojines del asiento de atrás, algo que nosotros de ordinario hacemos cuando llevamos sospechosos en el coche y que no han sido esposados. Entonces, mi compañero y yo levantamos el asiento de atrás, y cuando lo hicimos, encontramos un documento debajo del asiento mullido.

—¿En términos generales, qué era ese documento?

—Era un cheque de un Banco, por veinticinco mil dólares, pagadero a Benjamin Addicks, y el cheque tenía en el dorso un endoso que decía: «Páguese a la orden de Josephine Kempton», y debajo estaba una firma que decía ser la de Benjamin Addicks.

—¿Hizo usted alguna marca de identificación sobre ese cheque?

—La hice, sí, señor.

—¿Y qué hizo usted?

—Yo puse mis iniciales, con lápiz en lo alto, en el ángulo de la izquierda al respaldo del cheque.

—¿Reconocería usted ese cheque si lo volviese a ver?

—Lo reconocería, sí, señor.

—Yo le muestro a usted un cheque y le pregunto si es éste.

—Es ése.

—Yo pido que sea presentado y aceptado como prueba —dijo Burger.

—No hay objeción —dijo Mason prontamente, anticipándose a cualquier intento por parte de Etna de interponer una objeción técnica.

Burger, entonces, llamó a un perito calígrafo, el cual declaró que la firma de Benjamin Addicks al dorso del cheque era una falsificación completa, que se había hecho un intento para imitar las características generales de la firma de Addicks, pero que era muy aparente que la firma era una falsificación.

—Puede repreguntar —dijo Burger.

Mason dijo:

—¿Ese cheque le fue entregado a usted por el Fiscal del Distrito?

—Sí, señor.

—¿Y el Fiscal del Distrito le dio a usted también ciertas muestras de la escritura de Addicks, ciertos ejemplares que se suponían escritos por él?

—Sí, señor.

—¿Y qué más le dio a usted el Fiscal del Distrito?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Él le dio a usted algunos modelos de la escritura de la acusada, verdad?

—Bueno, sí.

—¿Y él le dijo que quería que usted viese si podía descubrir características en la firma que usted ha declarado falsa, las cuales demostrarían que había sido hecha por la acusada?

—Bueno, no exactamente en esas palabras, pero él me dio algunas muestras de la escritura de la acusada.

—¿Y le dijo él con qué propósito le daba esas muestras?

—Creo que me lo dijo en términos generales.

—¿Y cuál era el objeto de esto?

—Más o menos el que usted ha manifestado, señor Mason.

—Entonces, pues —dijo Mason—, usted tuvo que informar al Fiscal del Distrito de que la acusada no había hecho esa falsificación, que ella no era quien había falsificado la firma de Benjamin Addicks, ¿verdad?

—Bueno, no, señor. Yo le dije al Fiscal del Distrito que no había evidencia bastante para decirlo; que yo podía estar seguro de que aquélla no era la firma de Benjamin Addicks y que yo estaba en lo cierto de que era un calcado.

—¿Qué quiere usted decir por un calcado?

—Alguien había puesto una firma genuina de Benjamin Addicks contra una fuerte luz, quizá un cristal iluminado por detrás con una fuerte lámpara eléctrica, o quizá sólo por una ventana ordinaria, y después el cheque había sido colocado sobre esa firma de Benjamin Addicks de forma que ésta resaltaba desde el otro lado y el falsificador había calcado esa firma.

—¿Y cómo podría usted decir que fue una calcada?

—Es muy fácil de hacer la distinción, señor Mason. Una persona que firma su nombre, utiliza trazos firmes y rápidos. Las líneas son rápidas, de manera que cualquier pequeño temblor de la mano se extiende bastante a lo largo de la línea.

»Y al calcar una firma, la mano se mueve lentamente. El microscopio muestra los espacios de los temblores. Y eso es verdad en este caso.

—¿Usted no podría decir quién hizo ese calcado?

—No, señor.

—¿Usted no tiene medio de relacionar esa falsificación con la acusada?

—Yo creo que el próximo testigo hará eso —y el perito calígrafo sonrió secamente.

Hamilton Burger echó su cabeza atrás y rió. Evidentemente él había dejado esa trampa para que Mason cayese en ella y ahora se mostraba de raro buen humor.

—No hay más preguntas —dijo Mason.

Hamilton Burger, sabiendo que ahora iba a lanzar sobre la defensa una gran sorpresa, transpiraba gran seguridad en sí mismo.

—Señor Howard Denny, ¿quiere usted subir al estrado, por favor? —dijo Burger.

Howard Denny se adelantó e hizo el juramento.

—¿Cuál es el oficio de usted?

—Yo soy técnico en huellas dactilares y sheriff auxiliar.

—¿Un sheriff auxiliar fijo?

—Sí, señor.

—Ahora, pues, yo voy a llamar la atención de usted sobre este cheque que ha sido presentado como prueba y preguntarle si usted vio este cheque alguna vez antes.

—Sí, señor.

—¿Dónde y cuándo?

—Un representante de la policía llamó mi atención sobre esto a eso de las cuatro y treinta de la mañana.

—¿De qué mañana?

—El jueves último, la noche que el señor Addicks fue asesinado… Pero, espere un momento, en realidad él fue asesinado el miércoles por la noche. Y esto fue temprano en la mañana del jueves.

—¿Y cuando el agente de policía llamó su atención sobre este cheque, le pidió a usted que hiciese alguna cosa en relación con ello?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Comprobar una huella dactilar latente que estaba en el cheque.

—¿Puede usted mostrarnos donde esa huella dactilar latente se

encuentra?

—Sí, señor. Ésta marcada débilmente pero es una huella dactilar. Yo afirmo que era la huella del dedo medio, de la mano derecha, de la acusada Josephine Kempton.

—¿Y ésta no es una huella dactilar latente ordinaria como las que acostumbra a revelar usted?

—No, señor. Esta huella está marcada en el cheque con una substancia que yo diría que es sangre.

—Ahora pues, ¿qué hizo usted con referencia a este cheque?

—Después que examiné el cheque e identifiqué la huella dactilar, el cheque fue puesto otra vez detrás del asiento del coche, aproximadamente donde yo tenía entendido que había sido encontrado.

—¿Y luego, qué ocurrió?

—Luego, la acusada fue puesta en libertad.

—¿Cuándo?

—Fue sobre las ocho, diría yo, del jueves por la mañana.

—¿Y dónde estaba usted?

—Con otros cinco testigos, yo estaba oculto en un balcón desde donde podíamos ver lo que ocurría.

—¿Y qué ocurrió?

—A demanda de la acusada ella fue…

Etna dijo:

—Yo objeto a ese testimonio sobre todas esas cosas que son sólo rumores.

Mason suavemente, le tiró de la chaqueta a Etna haciéndole señales para que se sentase.

—Nosotros no vamos a aferrarnos a tecnicismos Su Señoría —interpuso Mason—. Yo no pienso que haya cuestión alguna sino que la acusada pidió el ser puesta en libertad en el garaje de la policía donde el señor Etna pudiese recogerla. Nosotros ciertamente no queremos hacer nada que pueda interferir con la obtención de pruebas ante el Tribunal.

El Juez Mundy movió la cabeza aprobadoramente.

Etna se sentó despacio.

Mason le susurró diciéndole:

—Ésta es su gran bomba. Ellos pensaban que iban a despedazarnos. No deje usted que el acusador crea que eso tiene

algún valor. Si esto no nos molesta a nosotros ni damos señales de ello, entonces ellos empezarán a preocuparse pensando que nosotros tenemos alguna contraofensiva y estarán tentados a revelar todo lo que tienen en sus manos. Después de todo, lo que nosotros podemos esperar en una audiencia preliminar de esta clase es eso: hacer que ellos revelen todo lo que tienen para que no puedan reservar ninguna sorpresa para nosotros cuando vayamos a juicio ante un Jurado.

—Siga usted adelante —dijo Hamilton Burger al testigo.

—Bueno, tan pronto como ella creyó que estaba sola, se puso a buscar en los coches de la policía que estaban allí estacionados para encontrar aquél en el cual ella había sido llevada a la Jefatura de Policía. Esos coches todos tenían sus números… Y ella estaba buscando el coche número siete.

El Juez Mundy interrumpió y dijo:

—Yo aprecio la actitud de la defensa en este caso, pero después de todo, señor Denny, usted está testificando sobre un montón de conclusiones. Testifique solamente sobré lo que usted vio.

—Bueno —dijo Denny—, por acuerdo previo, dos hombres fueron dejados donde ella podía verlos. Entonces, esos dos hombres fueron llamados a otra parte del garaje para que la acusada pudiese ver que no había nadie observándola.

—¿Y después, qué ocurrió? —preguntó Burger.

—Ella caminó hacia dos de los coches estacionados, mirándoles los números. Cuando después llegó a un tercero, que era precisamente el número siete, el coche en el cual ella había sido llevada al Cuartel General de la Policía, abrió la puerta, levantó el asiento mullido y recogió el cheque.

—¿Cómo fue que usted supo que éste era el cheque que ella tomó? ¿Lo vio usted?

—Estaba doblado. Y yo pude ver que era un pedazo de papel.

—¿Y cómo sabe usted que era el cheque?

—Yo había inspeccionado el coche diez minutos antes de que ella fuese puesta en libertad. A esa hora, el cheque estaba entre el asiento mullido de atrás y la parte posterior del coche. Tan pronto como la acusada salió del garaje, yo, en compañía de otros cinco testigos, regresamos a inspeccionar el coche. El cheque ya no estaba allí.

—¿Había estado el coche fuera de la vista de usted mientras tanto?

—No, señor. Nosotros habíamos tenido fija la mirada en cada coche durante todo ese tiempo.

—Usted puede repreguntar —dijo Burger.

Mason bostezó, miró el reloj y dijo:

—No hay preguntas.

—¿Cómo? —exclamó Burger sorprendido.

—No hay preguntas —repitió Mason.

—Eso es todo —dijo el Juez Mundy—. ¿Tiene usted más testigos que presentar, señor Burger?

Burger, aparentemente —y en forma considerable— desconcertado, miró a Mason.

Etna se inclinó hacia adelante para murmurar algo, pero Mason lo advirtió para que se echase atrás con una suave patada por debajo de la mesa.

La actitud de Mason reveló que él aparentemente consideraba esa prueba solamente de menor importancia.

El Juez Mundy miró al imperturbable abogado de la defensa y luego a Hamilton Burger, quien estaba ahora sosteniendo una frenética conferencia de murmullos con Ginsberg.

—Su próximo testigo, señor Fiscal del Distrito —dijo el Juez Mundy.

—Llamen a Frank Cummings.

Cummings testificó que él era sheriff auxiliar y era también hermano de la matrona de la cárcel. El jueves por la mañana, él había acompañado a la matrona al departamento de Josephine Kempton. La matrona abrió aquél con una llave que había obtenido de la señora Kempton, entraron y ella recogió allí diversas ropas que tenía que llevarle a la acusada. El testigo Cummings había hecho después un agujero pequeño en la parte superior de la puerta, había puesto unos tapones allí y colocado una escalera en el pasillo exterior. Cuando la acusada llegó al departamento después de haber sido puesta en libertad en la cárcel, el testigo estaba trabajando subido a la escalera, simulando que se hallaba reparando los cables de la luz en el pasillo. Tan pronto como la acusada había entrado en su departamento y había cerrado la puerta con llave por el interior, el testigo había cambiado la escalera y la había puesto sobre la

puerta, subiéndose a ella para poder observar por el agujero que antes había hecho. Entonces, había visto a la acusada levantar su falda, sacar un pedazo de papel doblado de lo alto de sus medias, había ido a una estantería de libros, abrió uno de éstos y colocó el libro abierto sobre la mesa. Después, había sujetado el cheque a una página del libro con papel de pegar y había vuelto a colocar después el libro en la estantería.

El testigo manifestó que inmediatamente se había bajado de la escalera, había llevado ésta al extremo del corredor y esperado allí hasta que la acusada volvió a salir de su departamento. Él había entrado en el departamento, abierto el libro en la página en cuestión y tomado de allí el papel.

—¿Y qué era ese papel? —preguntó Hamilton Burger.

El testigo sonrió:

—Era el cheque de veinticinco mil dólares que ha sido presentado como prueba.

—Puede repreguntar —dijo Burger.

Mason miró al hombre con una sonrisa tolerante.

—¿Usted no tenía autorización para entrar en el departamento ni la primera ni la segunda vez, verdad?

—No, señor.

—¿Dónde consiguió usted la llave con la cual entró en el departamento la segunda vez?

—Yo había mandado hacer un duplicado.

—¿Sabía usted que no tenía derecho a entrar y registrar en ese departamento sin tener orden judicial de registro o permiso de la dueña?

El testigo miró a Hamilton Burger y dijo:

—Yo no había pensado en eso entonces.

—¿Y usted puede pensarlo ahora, verdad?

—Sí, señor.

—¿En realidad, había estudiado usted la Ley en relación con los registros antes de que usted fuese nombrado sheriff auxiliar, verdad?

—Sí, señor.

—¿Y usted sabía que lo que estaba haciendo era ilegal?

—Si usted quiere plantearlo en esa forma, sí.

—Yo quiero plantearlo en esa forma —dijo Mason—. Eso es

todo. No tengo nada más que preguntar a este testigo.

El siguiente testigo era un empleado del zoológico, quien declaró que había sido llamado a Stonehenge; que había llegado allí la noche del asesinato y había encontrado a tres gorilas en libertad; que había visitado anteriormente el lugar en varias ocasiones para comprobar con Benjamin Addicks sus experimentos con los gorilas; que estaba familiarizado con el número de gorilas que había y sus características generales; que bajo su dirección los gorilas habían sido reintegrados a sus jaulas; que después, él había examinado a esos gorilas para buscar manchas de sangre y que no había encontrado ninguna.

—Puede repreguntar —dijo Burger.

—¿Qué quiere usted decir por manchas de sangre? —preguntó Mason.

—Quiero decir que sus pieles fueron cuidadosamente examinadas con el propósito de ver si había en ellas algunas gotas de sangre.

—¿Por qué se hizo eso?

—Eso se hizo a requerimiento del Fiscal del Distrito.

—Con objeto de ahorrar tiempo —dijo Hamilton Burger—, yo voy a manifestar al Tribunal y a la defensa que mi próximo testigo, un patólogo, demostrará que la naturaleza de las heridas que le fueron producidas a Benjamin Addicks era tal, que necesariamente tuvo que haber habido un considerable derramamiento de sangre de la primera herida en el cuello, la cual era también una herida mortal, y que quienquiera que le hubiese causado aquella herida, tenía que estar salpicado de sangre humana.

—Oh, ya veo —dijo Mason—. Continúe usted.

—Yo he terminado —dijo Burger—. Puede usted repreguntar.

—¿No había huellas de sangre en ninguno de esos gorilas? —interrogó Mason.

—Ninguna. No en la piel…, pero espere un momento; uno de los gorilas tenía algunas manchas de sangre secas; no eran gotas sino postillas, que procedían de un corte en la mano del gorila. Evidentemente, él se la había cortado con un agudo trozo de cristal.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Porque había un trozo de cristal, un segmento en la forma de una astilla, incrustado en la mano del gorila.

—¿Y qué se hizo de ese trozo de cristal?

—Oh, era solamente un trozo de cristal ordinario. Yo no sé qué se hizo de él.

—¿Quién lo extrajo?

—Yo lo extraje.

—¿Usted lo extrajo de la mano del gorila?

—Sí.

—¿Fue doloroso eso?

—El gorila estaba dormido a esa hora. Con objeto de ayudar a su captura, se les había dado fruta conteniendo un poderoso narcótico. Yo encontré a los gorilas en unas condiciones de excitación extraordinaria. Los perros policías, que eran muy salvajes, habían estado causando una tremenda conmoción. Los gorilas estaban todos muy excitados. El sonido de las sirenas, el ladrido de los perros y los ruidos no acostumbrados propios del tumulto y del cambio de ambiente, y el hecho de que ellos sabían que estaban violando la disciplina de aquel lugar…

—¿Cómo podían saber ellos eso? —dijo Mason.

—Porque habían sido liberados de sus jaulas. Un gorila tiene un grado muy alto de inteligencia. Él sabe cuándo debe estar en una jaula, y sabe también cuando sale de ella en circunstancias que hacen de esa salida un quebrantamiento de la disciplina.

—Eso es todo —dijo Mason.

Burger dijo:

—Nosotros llamaremos ahora a Mortimer Hershey, como testigo nuestro.

Hershey subió al estrado de los testigos, hizo juramento y declaró que durante unas dos semanas anteriores al asesinato, Benjamin Addicks había estado planeando la conclusión de un gran negocio; que los detalles de ese negocio estaban enteramente encerrados en la mente de su patrón; que el testigo sabía sólo algunos de los detalles, pero nada en absoluto de gran importancia: que Addicks acostumbraba a conservar los negocios de importancia y el importe, completamente reservados para sí mismo.

Tarde, el martes por la noche que precedió al asesinato, Addicks había llamado a Nathan Fallon y a Mortimer Hershey para una conferencia. Él les había dicho que quería hacer un nuevo testamento; que quería que éste fuese legalizado solemnemente y en

debida forma, o conforme él mismo lo expresó, «Con todos los adornos legales», en una fecha posterior, pero que en el medio tiempo, a causa de que él quería estar cierto de que su casa estaba en orden, él había hecho este nuevo testamento.

—¿Les dijo él a ustedes los términos de ese testamento?

—No, señor. El no hizo más que declarar que se sentía culpable de haber juzgado mal a Josephine Kempton y que en vista de las dramáticas revelaciones que indicaban la inocencia de ella quería hacer alguna retribución en su favor.

—¿Hubo alguna conversación entre ustedes en cuanto a la naturaleza de esa retribución?

—No, sólo dijo que él quería realizarla.

—Aparte eso, ¿le dijo él a usted qué es lo que figuraba en el testamento?

—No, señor. No lo hizo. El simplemente nos dijo que quería que nosotros supiésemos que había escrito su testamento; que éste estaba hecho entero de su puño y letra, y que quería que yo lo pusiese en un lugar seguro con sus otros papeles.

»El colocó el testamento en un sobre, lo cerró y nos pidió al señor Fallon y a mí que escribiésemos nuestros nombres sobre el respaldo del sobre.

—¿Lo cual ustedes hicieron?

—Sí, señor.

—¿Lo hicieron ustedes los dos?

—Sí, señor.

—¿Y después, qué ocurrió?

El miércoles, nosotros empezamos a realizar una comprobación de…, bueno, no era nada fuera de lo usual…, empezamos a hacer un inventario.

—¿Qué quiere usted decir exactamente con eso?

—Que los Bancos habían expedido cheques a favor del señor Addicks.

Otros cheques habían sido expedidos a nombre mío y algunos al de Nathan Fallon. Nosotros llevamos esos cheques a comunidades de los contornos donde teníamos relaciones bancarias, e hicimos que esos cheques fuesen convertidos en dinero.

—¿Cuánto dinero tenían ustedes cuando regresaron el miércoles por la noche?

—Yo no regresé esa noche. Yo estaba con unos amigos en Santa Bárbara. Me fue comunicada la muerte del señor Addicks a las siete de la mañana del jueves. Fui inmediatamente en automóvil a Stonehenge y me puse en contacto con las autoridades y después con los abogados del señor Addicks, Hardwick, Carson y Redding.

—¿Y usted había cobrado el dinero de algunos de esos cheques?

—Yo tenía algo así como poco más de ochenta y cinco mil dólares.

—¿En dinero?

—Sí, señor.

—¿Y usted le entregó ese dinero al señor Hardwick?

—Sí, señor.

—Creo que usted puede repreguntar —dijo Hamilton Burger. Y después, como una forma de explicación al Tribunal, añadió—: Yo he llamado a este testigo, Su señoría, simplemente para que el Tribunal pueda tener una visión completa del asunto.

—Muy bien —dijo el Juez Mundy.

Mason sonrió a Hershey y dijo:

—¿Debo yo entender, señor Hershey, que su viaje con el propósito de recoger fondos no era en absoluto fuera de lo corriente?

—Eso es exacto.

—¿El señor Addicks, durante su vida, lo enviaba a usted frecuentemente a tales viajes?

—Así lo hacía. Sí, señor.

—¿Y qué pasaba con ese dinero?

—Yo creo que aproximadamente en cada negocio que el señor Addicks realizaba, es decir, en cada transacción de importancia, la cifra que figuraba en los documentos era probablemente inexacta.

—¿En qué forma era inexacta?

—Pues que yo creo que la cifra real era de mayor importancia.

—¿Y entonces qué ocurría?

—Bueno, yo creo que había una reducción en dinero hecha al señor Addicks, pero no estoy seguro de eso.

—¿Quiere usted decir —preguntó Hamilton Burger— que el señor Addicks estaba realizando una clase de negocios más bien complicada, la cual, como resultó después, era en extremo irregular?

—¿Puede usted explicar con un poco más de claridad qué es lo que usted quiere decir? —preguntó Mason al testigo.

—Si el señor Addicks compraba, por ejemplo, unas propiedades petrolíferas por cien mil dólares, él hacía constar en el acuerdo que el precio era de cincuenta mil dólares a pagar en una fecha posterior y doscientos cincuenta mil dólares en dinero contante, o sea un precio total de trescientos mil dólares.

—¿Pero los trescientos mil dólares no eran pagados?

—Bueno, no desde luego. Yo estoy hablando de un caso puramente hipotético.

—Ya comprendo. Siga usted.

—Era costumbre en una clase de trato como ése, el pagar quizá cincuenta mil dólares en dinero, y ésos, más los cincuenta mil dólares a pagar en fecha posterior, hacían los cien mil dólares del precio verdadero.

—¿Pero en el acuerdo constaba un precio de trescientos mil dólares? ¿Es eso exacto?

—Sí, señor.

—¿Cuál era el propósito de todo eso?

—Yo no lo sé, señor. Excepto que al hacer negocios de ésos, él estaba capacitado después para presentar documentos en los que constaban precios mucho más elevados de los que él había pagado realmente.

—Bueno, pero ¿qué pasaba con los impuestos a pagar por la otra parte del contrato?

—Yo creo, señor, que en sus libros solamente constaban los cien mil dólares, aunque los acuerdos escritos presentasen cifras diferentes. Sin embargo, muy pocas veces había algún problema debido a discrepancias sobre esto.

—En otras palabras y poniendo eso en lenguaje llano, Benjamin estaba tratando de falsear los impuestos.

Hershey dudó y después dijo:

—Yo pienso que no, señor Mason. Yo mismo creí eso al principio. Más tarde llegué a la conclusión de que había una explicación diferente.

—¿Y cuál es ella?

—Yo pienso que el señor Addicks había estado en otro tiempo casado. Y creo que su mujer vivía y que no estaba divorciado. Creo

que bajo las leyes de este Estado, todos los enormes intereses en propiedades que el señor Addicks estaba adquiriendo, podían haber sido declarados de propiedad común, si esa mujer que era su esposa lo hubiera demandado así.

»Así pues, el señor Addicks arreglaba las cosas para que sus libros revelasen solamente una pequeña ganancia. En esa forma, él podía haber discutido la cuantía de la propiedad común comparada con su propiedad separada.

—Eso es todo —dijo Mason.

—Mi próximo testigo es Nathan Fallon —anunció Burger.

Nathan Fallon declaró similarmente al testimonio dado por Hershey, excepto que era aparente que Fallon tenía sólo un profundo resentimiento contra su fallecido patrón.

—¿Dónde estaba usted la noche del asesinato?

—En Las Vegas, Nevada.

—¿Y qué estaba usted haciendo allí?

—Estaba arreglando para hacer efectivos algunos fondos bancarios, de manera que el señor Addicks pudiese embrollar las cosas y defraudar a los impuestos.

—¿Sabe usted por propio conocimiento que él estaba haciendo eso para engañar a los impuestos?

El testigo dudó.

—¿Lo sabe usted?

—No, señor.

—¿Entonces, lo que usted acaba de declarar es sólo una suposición?

—Bueno, cuando un hombre empieza a recoger dinero disperso en la forma que él lo hacía, tiene que haber alguna razón para ello.

—Exactamente —dijo Hamilton Burger—. Y entonces, puesto que usted estaba haciendo eso, cree que sería con el propósito de embrollar los datos con fines relativos a los impuestos, y usted ha supuesto que ésa era la razón de lo que Benjamin Addicks estaba haciendo.

—¿Está usted —interrumpió Mason— tratando de repreguntarle a su propio testigo?

—Bien —dijo Hamilton Burger—. Quizá mi comentario fue extemporáneo, pero después de todo, el señor Addicks no se encuentra presente en este Tribunal para defenderse a sí mismo.

—Bueno —dijo Nathan Fallon, como conversando, a Hamilton Burger—. Quizá usted pueda indicarme a mí una razón más adecuada.

El público en la sala rompió a reír y hasta el propio Juez Mundy hubo de reír también.

—¿El señor Addicks no confiaba en usted para sus confidencias?

—El señor Addicks no me quería. Y yo no quería al señor Addicks. Yo creo que mi empleo se hubiera acabado dentro de muy poco tiempo si no hubiera sido por la muerte del señor Addicks.

—¿Usted se marchó de Stonehenge, el miércoles, el día del asesinato?

—Sí, señor.

—¿Sobre qué hora?

—Yo tomé un avión para Las Vegas, Nevada, a las dos de esa misma tarde.

—¿Tenía usted órdenes sobre lo que usted tenía que hacer al llegar a Las Vegas, Nevada?

—Sí, señor. Yo tenía que regresar con ciento cincuenta mil dólares en dinero, que había de cobrar allí.

—¿Y usted hizo eso?

—No, señor. No lo hice.

—¿Por qué?

—Porque a mí no me interesaba el traer conmigo tal cantidad de dinero, a menos que tuviese una autorización específica. Cuando me enteré de la muerte del señor Addicks, llevé mi dinero al Banco e hice un nuevo depósito en la cuenta de Benjamin Addicks. Le notifiqué al abogado del señor Addicks, por teléfono, lo que yo pretendía hacer.

—¿Y el señor Hershey salió de Stonehenge antes que usted?

—No, señor. Nosotros salimos al mismo tiempo. El señor Hershey me llevó en automóvil al aeropuerto y después se fue con el coche a Santa Bárbara.

—¿Y quién estaba en Stonehenge cuando usted se marchó?

—Benjamin Addicks.

—¿Y quién más?

—Nadie más.

—¿Y no era eso un poco fuera de lo corriente?

—Sí, señor. Eso era muy fuera de lo corriente.

—Puede repreguntar —dijo Hamilton Burger a Perry Mason.

—¿Por qué era eso fuera de lo corriente, señor Fallon?

—Porque usualmente los animales requieren un cuidador y la casa requería un ama de llaves que la vigilase, además de varios sirvientes que venían allí por el día.

—¿Pero la casa estaba vacía, excepto por la presencia del señor Addicks cuando usted marchó?

—Eso es exacto. Varios días antes, el señor Addicks se había sentido insatisfecho por la forma en que la parte de esa residencia a la que nosotros llamábamos el zoológico, estaba siendo atendida, y despidió a todas las personas que estaban encargadas de los animales.

—¿Quién cuidaba de dar de comer a los animales, limpiarles las jaulas y hacer tareas de esta especie, después que los encargados fueron despedidos?

—Nosotros —dijo Fallon con evidente disgusto—. Ésa era una de las cosas que provocaron fricción entre mi patrono y yo. Yo no había sido contratado para esa clase de trabajo.

—¿Y lo ayudaba a usted el señor Hershey?

—El señor Hershey y Benjamin Addicks. Lo hacíamos nosotros tres.

—¿Y qué me dice usted sobre los sirvientes para el cuidado de la casa?

—No había sirvientes. No había ama de llaves.

—¿Se produjeron accidentes como consecuencia de esa situación?

—Sí, señor.

—¿Cuáles?

—El señor Addicks fue atacado por uno de los gorilas que sacó un brazo a través de las barras, agarró a Addicks por la chaqueta y lo apretó contra la jaula. Yo grité y golpeé contra las barras de la jaula con un raspador de hierro que estaba usando para limpiar la jaula, y el señor Addicks logró apartarse y consiguió liberarse.

—¿Sufrió algunas heridas?

—Sí, señor. Él tenía una torcedura en una pierna y también sufrió algunos cortes y laceraciones en el rostro.

—¿Cuándo fue eso?

—El lunes por la mañana.

—Eso es todo —dijo Mason—. No tengo más preguntas.

Hamilton Burger llamó al estrado a un fotógrafo, el cual presentó fotografías del cadáver tendido en la cama, mostrando la forma en la cual la sangre había brotado de la herida del cuello, saltando a la pared y a la alfombra. Había fotografías también de la cara del señor Addicks, mostrando las heridas que le habían sido infligidas por el gorila.

—Puede repreguntar —dijo Hamilton Burger.

—Yo observo que hay dos fotografías diferentes de la cara del hombre muerto —dijo Mason—. En una de ellas se ve la barba notablemente crecida y en la otra la cara está completamente afeitada.

—Una de ellas fue tomada antes de que el cadáver fuese trasladado a la funeraria, y la otra poco antes de la autopsia. El empresario de la funeraria le afeitó la cara al cadáver preparando éste para el funeral.

—Entonces usted tomó fotografías mostrando la posición del cadáver y después fue enviado a tomar más fotografías. ¿Es eso así?

—Sí, señor.

—¿Y por qué fue usted enviado otra vez?

—Yo no lo sé.

—¿Pero a usted le fue ordenado ir a la agencia funeraria y sacar nuevas fotografías que mostrasen las facciones?

—Si.

—¿Completamente afeitado?

—Sí.

—¿Para fines de identificación?

—Yo no sé para qué fines fue. Yo fui enviado a sacar las fotografías y las saqué.

—Gracias —dijo Mason sonriendo—. Eso es todo.

—Ése es nuestro caso, Su Señoría —dijo Hamilton Burger.

Mason dijo:

—Llamo la atención de Su Señoría sobre el hecho de que yo quería ver un asunto y hacer algunas preguntas más en las repreguntas. Necesito un poco más de tiempo para averiguar sobre un punto técnico y desearía conferenciar con mi asociado. Ya se acerca la hora de aplazamiento para la tarde. ¿Sería posible para el Tribunal el aplazar la sesión hasta mañana por la mañana a las

diez?

El Juez Mundy sacudió su cabeza:

—Usted ha tenido amplia oportunidad para preparar su caso, señor Mason. El Fiscal del Distrito ofreció estipular un aplazamiento cuando se inició la sesión. Y usted no quiso aceptar. Usted quiso que el caso siguiese adelante. El Tribunal no va a dejarlo a usted que lo trate a la ligera. Yo voy a darle un descanso de quince minutos, de manera que usted puede tener oportunidad para conferenciar. El Tribunal tomará ahora quince minutos de descanso.

El Juez Mundy se dirigió a su cámara.

Mason se volvió adonde la señora Kempton estaba sentada, teniendo la matrona a unos pocos pasos de distancia.

—Lo siento —murmuró la señora Kempton—. Yo quise dármelas de inteligente y me salió el tiro por la culata. Póngame usted en el estrado y yo diré la verdad real y lo aclararé todo.

—Aclárelo usted aquí y ahora mismo. ¿Me estuvo usted mintiendo a mí?

—Solamente sobre ese cheque, y en realidad no mentí sobre eso. Solamente se lo oculté a usted.

—Muy bien. ¿De dónde le vino a usted ese cheque?

—Estaba encima de la mesa de noche al lado de la cama del señor Addicks. Él estaba dormido y había estado bebiendo. El cheque estaba allí endosado a mi nombre. Yo comprendí inmediatamente que él había pensado en dármelo a mí…

—Espere un momento. ¿Usted dice que estaba endosado a usted?

—Sí, señor. Al dorso.

—¿Usted quiere decir que usted no falsificó esa firma en el endoso?

—Desde luego, no. Ya estaba firmado cuando lo vi por primera vez y entonces lo tomé. Yo sabía que era por eso por lo que él había querido que yo fuese a verlo a su casa.

—¿Usted no pensará que nadie va a creer eso?

—¿Y por qué no? Es la verdad.

—Bueno, no dejemos que nadie oiga esto hasta que podamos comprobar ciertas cosas.

—Señor Mason, yo quiero que usted me llame al estrado. Yo quiero decirles a ellos exactamente lo que ocurrió.

Mason sacudió su cabeza:

—Déjenos a nosotros que hablemos por algún tiempo.

—¿Cree usted que yo estoy mintiendo ahora?

—No necesariamente.

—Sí, usted lo cree.

—Bueno, usted nos contó una historia la cual nos preparó a nosotros para que nos abofeteasen la cara con ese cheque.

—Yo solamente omití eso. Pero no les mentí a ustedes. Hubo, sí, algunas cosas que yo no les dije a ustedes. Eso es todo.

Mason dijo:

—Si yo la llamo a usted ahora en el estrado de los testigos, ellos la crucificarán.

Mason se volvió a Etna:

—Nuestro tiempo está acabándose, Jim. Tenemos que hacer alguna cosa.

—Hagamos entonces otro intento para conseguir el aplazamiento hasta mañana por la mañana.

—El Juez no nos concederá eso. Él quiere que el caso quede aclarado ya hoy mismo. El entiende que éste es sólo un interrogatorio preliminar y que ya hay bastante evidencia presentada ante el Tribunal para mantener la acción contra la acusada.

—Bueno. Entonces, ¿qué es lo que vamos a hacer? Nosotros no podemos presentarla a ella en el estrado de los testigos.

Mason dijo:

—Un abogado cae en situaciones como ésta de vez en cuando, Jim. Nosotros precisamos encontrar alguna manera de que las cosas continúen marchando, para obligar al Juez a que se decida a ordenar un aplazamiento esta tarde para mañana.

—Sí, pero para eso no hay medio alguno —dijo Etna—. Ellos nos han arrojado la pelota, pero no tenemos sitio para correrla. Este asunto sobre el cheque y esa mala falsificación… Nosotros no podemos explicarlo, Mason, y si no logramos explicarlo, entonces estamos perdidos. Yo bien quisiera no haberla visto nunca a esta mujer…, a pesar del hecho de que necesitó el dinero procedente de ese arreglo. Yo…

Mason sacudió la cabeza:

—Uno tiene que aceptar estas cosas conforme ellas vienen, Jim.

Usted no puede sólo recoger la crema todo el tiempo. De vez en cuando, el destino lo pone a usted en estas situaciones.

—Josephine Kempton tuvo nuestra leal ayuda. Ella no tenía derecho a burlarse de nosotros de esa manera —dijo Etna.

Mason sonrió:

—¿Está usted tratando de bromear?

La sonrisa de Etna era forzada:

—Yo no quería decirlo de esa manera, pero primero viene con esa historia sobre el gorila y después se nos presenta con esa otra historia absurda sobre ese cheque… Y la atraparon tratando de ocultarlo.

—Bueno —dijo Mason—. Vamos a tratar de alargar las cosas hasta que consigamos que aquéllas se aclaren un poco.

—¿Y cómo va usted a prolongar esto?

—Yo me dejé el camino abierto para ello —dijo Mason— en las repreguntas al testigo técnico. Hay un punto sobre el cual yo creo que ellos no saben nada. ¿Oyó usted alguna vez hablar del Dr. Gradwohl, de San Luis?

Etna sacudió la cabeza negativamente.

—Pues usted debería saber sobre él —dijo Mason—. Él ha sido en gran parte el instrumento para la fundación de la Academia Americana de Ciencias Forenses, y últimamente ha estado haciendo trabajos de investigación que les van a dar a estos muchachos un dolor de cabeza. Yo no pensaba plantear ese punto hasta que tuviese una oportunidad de averiguar los hechos técnicos…, pero… ya estamos lanzados.

Mason indicó la puerta de la cámara, que se abrió para dejar paso al Juez Mundy de regreso al Tribunal.

Capítulo 17

El juez Mundy miró a su reloj.

—¿Quieren ustedes, por favor, proceder tan rápidamente como sea posible con su caso, caballeros? Yo no veo razón para que no podamos concluir con este asunto hoy.

Mason dijo:

—Con la venia del Tribunal, nosotros habíamos convenido para repreguntar al testigo Philip Groton.

—¿No se trataba simplemente de una cuestión sobre sus calificaciones? —preguntó el Juez Mundy.

—Sí, esto está relacionado con sus calificaciones.

—Bueno. ¿Y no podemos nosotros estipular en lo que se refiere a las calificaciones del señor Groton? El Tribunal tiene completamente ocupado el día de mañana.

—Con la venia del Tribunal, yo pienso que los intereses de mi clienta requieren…

—Muy bien. Pero el Tribunal le advierte a usted, señor Mason, que no va a mostrarse paciente con cualesquier tácticas utilizadas puramente con el propósito de retardar las cosas. Ésta es una audiencia preliminar. Esto no es un juicio ante un Jurado. El Tribunal está completamente familiarizado con las verdaderas calificaciones del señor Groton. El Tribunal lo ha oído testimoniar en docenas de ocasiones. Además de eso, yo creo que los abogados de la defensa están también familiarizados con las calificaciones del señor Groton. Suba al estrado el señor Groton.

Groton volvió al estrado de los testigos.

Mason dijo:

—En relación con ese análisis de sangre humana, ¿está usted familiarizado con los detalles de ello?

—Naturalmente.

—¿Puede usted describirle al Tribunal exactamente lo que…?

—El Tribunal no necesita ninguna descripción —interrumpió impaciente el Juez Mundy—. El Tribunal está plenamente familiarizado con esos procedimientos. Mediante repetidas inyecciones de sangre humana, un animal desarrolla un mecanismo defensivo, el cual lo inmuniza contra ese tipo de sangre. Por lo tanto, si un suero de la sangre de ese animal es mantenido en un tubo de ensayo y se le añade sangre humana, se produce una reacción que resulta en una precipitación. Eso es todo cuanto hay sobre ello.

—Muy bien, Su Señoría —dijo Mason manteniendo su sonrisa de buen humor—. Pero a mí me gustaría que fuese el testigo quien declarase sobre eso más bien que el Tribunal.

El Juez Mundy arrugó el ceño irritado y después dijo:

—Muy bien, pregúntele al testigo si usted quiere, pero el Tribunal sabe eso y usted lo sabe también, y toda persona que haya tenido alguna experiencia en el descubrimiento del crimen científico, lo sabe también.

—Ése es generalmente el caso ¿verdad? —preguntó Mason a Groton.

—Ésa es en general la descripción, sí.

—Ahora pues —dijo Mason—, ¿cuándo fue hecho ese primer análisis? Exactamente, conteste con brevedad a esa pregunta.

—Si a usted no le importa —dijo Groton—, y ya que esto aclarará la cuestión en su mente, señor Mason, me gustaría decirle algo sobre el análisis de precipitados.

—Siga usted adelante.

—Al doblar del siglo presente —dijo Groton—, un caballero llamado Uhlenhuth, eminente investigador alemán en suerología, fue el primero en revelar que si se inyecta a un conejo con el suero de la sangre de otra especie de animal, digamos un hombre, quedará inmunizado y producirá en la sangre del conejo una substancia que reaccionará, es decir, se mostrará aparente sólo con las mismas especies del animal con las cuales él ha sido inyectado, o sea la sangre humana.

»Wassermann fue uno de los muchos que confirmaron lo revelado por Uhlenhuth, y el análisis de prueba comenzó a ser utilizado como un método para identificar la sangre humana.

»El profesor Nuttall, un suerólogo americano que era profesor en la Universidad de Cambridge, en Inglaterra, tomó por su cuenta la inmensa tarea de realizar una determinación completa del alcance y del campo de los diversos análisis, y en 1904 publicó su trabajo en forma de libro.

»El profesor Nuttall produjo antisuero de conejos inyectados a su vez con sangre de todos los animales conocidos en el mundo, y en ningún caso descubrió cualquier excepción a la teoría de que la prueba era específica. Por ejemplo, el suero de conejos inyectados con sangre humana, reaccionaba solamente con sangre humana; los conejos inyectados con sangre de elefante, reaccionaban sólo con sangre de elefante, etcétera.

Groton miró al Juez y sonrió, y el Juez le devolvió su sonrisa como queriendo decirle: «Adivino que eso habrá puesto en su sitio a ese abogado».

Mason dijo:

—Eso es muy interesante, señor Groton. ¿Pero sabía usted que varios de los investigadores alemanes habían declarado que la sangre de los seres cuadrumanos, algunas veces daba reacciones que simulaban débilmente reacciones de sangre humana?

—Yo creo que hay algo sobre esa cuestión en algunos de esos libros.

—¿Y los métodos que han sido usados y muy mejorados desde que se inició el período de Uhlenhuth y del profesor Nuttall?

—Oh, sí.

—Y ahora, pues, ¿está usted entonces familiarizado con el Dr. R. B. H. Gradwohl?

—Sí, he oído sobre él. Pero no tengo conocimiento de él.

—Pues es el Director de los Laboratorios de la Policía de San Luis, en San Luis, Missouri.

—Creo que eso es verdad.

—¿Está usted familiarizado con sus experimentos llevados a cabo durante los años 1951 y 1952, con la mejoría técnica ahora disponible?

—No, señor. No lo estoy.

—¿Está usted familiarizado con unos documentos publicados primero en el *Laboratory Digest* volumen 15, de febrero de 1952, páginas 4, 5 y 6, en los cuales el Dr. Gradwohl siguió esa primitiva

sugestión y realizó análisis precipitados con la sangre de simios?

—¿Cómo? Ahora que usted lo menciona, creo que en una ocasión me llamó la atención ese asunto.

—Pues yo le sugiero que si usted va a declarar sobre esa cuestión, mejor sería que usted se mantuviese al tanto de los avances científicos más recientes sobre ello —dijo Mason—. Usted encontrará que el Dr. Gradwohl, con su nuevo y mejorado equipo, realizó una serie de pruebas con la sangre de chimpancé y descubrió que él obtenía exactamente las mismas reacciones en la prueba de precipitado con la sangre de chimpancés que las que obtenía con sangre humana.

»Para completar la cadena de evidencia, él inyectó entonces conejos con sangre de chimpancé, produciendo un suero de prueba antichimpancé y descubrió que ésta daba idénticos resultados, lo mismo con sangre de chimpancé que con sangre humana.

—Bueno. Yo no sabía nada de eso —exclamó Groton.

—Pero tiene usted acceso a esa información científica consultando una biblioteca de la especialidad.

—Sí, la tengo. Sí, señor.

—¿Y consultará usted esa biblioteca en el caso de que el Tribunal adopte un aplazamiento hasta mañana por la mañana?

—Oh…, vamos… —exclamó Hamilton Burger—. Con la venia del Tribunal, esto va demasiado lejos.

—Yo no creo que sea propio de un defensor el sugerirle a un testigo que el Tribunal va a aplazarse con objeto de capacitarlo a él para responder a cuestiones específicas —dijo el Juez Mundy—. O bien el testigo puede responder a la cuestión, o no puede, y eso es todo lo que hay.

—Muy bien —dijo Mason—. Yo le haré entonces directamente la pregunta al testigo. ¿Está usted dispuesto a jurar, señor Groton, que las manchas de sangre que usted encontró en las ropas de la acusada que usted analizó, con los denominados análisis de precipitado, no eran manchas causadas por la sangre de un gorila?

El testigo dudó y se quedó callado.

—Sí o no —dijo Mason—. Usted actúa de testigo como técnico profesional. Usted es una persona que está calificada como técnico en docenas de casos. Se supone que usted se mantiene perfectamente enterado de cuanto ocurre en ese campo científico.

Se supone que usted sabe lo que es verdad y lo que no es verdad. Por lo tanto, continúe usted adelante y declare ahora bajo juramento… y con absoluta claridad. ¿Puede usted jurar que las manchas de sangre no eran las de un gorila?

Groton se pasó la mano por los cabellos y miró inquieto al Fiscal del Distrito.

—¡Oh! —dijo Hamilton Burger—. Yo objeto…, con la venia del Tribunal. Yo creo que esto ha sido ya preguntado y contestado. Está enteramente fuera de lugar. Eso no es una forma adecuada de repreguntar.

—Esa objeción queda rechazada —contestó el Juez Mundy con los ojos fijos en el testigo.

Groton miró nuevamente al Fiscal del Distrito y después al Juez.

—No, yo no puedo jurar eso —dijo él.

—¿Y por todo cuanto usted sabe, las manchas de sangre pueden haber sido causadas por un gorila?

—Por todo lo que yo sé, sí.

—¿Sabe usted que uno de esos gorilas que habían sido puestos en libertad se había cortado un pie con un pedazo de cristal?

—Sí.

—¿Y que ese gorila había sangrado un poco?

—Tengo entendido eso, sí.

—Entonces, conforme yo entiendo su testimonio, ¿usted no está preparado ahora para jurar que las manchas de sangre aparecidas en las piezas de ropa inspeccionadas por usted eran de sangre humana?

—Bueno, desde luego, si ésas pudieron haber sido de sangre de gorila, no serían entonces de sangre humana, esto es, pueden no haber sido de sangre humana. Y desde luego, señor Mason, yo acepto que usted tiene razón e informa correctamente sobre los experimentos de investigación del Dr. Gradwohl. Personalmente, bueno, yo dudo si… yo no sé.

—Pero usted es un técnico.

—Sí.

—Usted sabe que usted tiene que testificar con la fuerza de sus propios conocimientos e investigaciones y no con lo que yo le digo a usted o con lo que cualquier otro pueda decirle.

—Bien, sí.

—Muy bien, entonces conteste a la pregunta. ¿Está usted dispuesto a jurar absolutamente que las manchas de sangre que usted analizó eran manchas de sangre humana?

—Yo desearía disponer de un poco más de tiempo para poder contestar a esa pregunta.

—¿De tiempo, con qué objeto?

—De tiempo en forma que yo pueda familiarizarme con los experimentos del Dr. Gradwohl. Como usted comprenderá, señor Mason, yo no soy un investigador científico. Yo soy un técnico de laboratorio y un toxicólogo. Yo sigo las pruebas que otras personas han hecho, las pruebas que han sido publicadas en libro con autoridad sobre este sujeto, y cuando obtengo ciertos resultados, evalúo esos resultados en concordancia con experimentos y trabajos de investigación que han sido hechos por otros.

»Si hay algo nuevo en este campo de la suerología —y ahora que usted lo ha mencionado me parece a mí que ya he oído discutir esa cuestión recientemente—, bueno, entonces yo pienso que me debo a mí mismo y al Tribunal el hacer una investigación.

—Con la venia del Tribunal —dijo Hamilton Burger—, yo no pienso que eso constituya el valor de un centavo de diferencia el que se trate de sangre humana o no.

—Eso depende del valor que usted le dé a un centavo —replicó el Juez Mundy—. El Tribunal está sumamente interesado en esta fase del interrogatorio y desea pedirle perdón al señor Mason por una suposición, hasta cierto punto natural bajo las presentes circunstancias, de que estas repreguntas iban a ser utilizadas como un medio para conseguir un aplazamiento. Pero muy aparentemente, el defensor tiene información del más grande interés para este Tribunal, información que ciertamente debe ser esclarecida. El Tribunal va a tomar un aplazamiento hasta las diez de la mañana de mañana, y va a pedirle al señor Groton que haga todos los esfuerzos para asegurar la verdad de los hechos en relación con esas pruebas realizadas por Gradwohl. ¿Hará usted esto, señor Groton?

—Ciertamente, lo haré. Le telefonearé al Dr. Gradwohl personalmente, conseguiré la evaluación de su análisis e iré a las bibliotecas correspondientes para leer sus documentos sobre este sujeto.

—Bajo tales circunstancias —dijo el Juez Mundy—, el Tribunal queda aplazado hasta las diez de la mañana de mañana.

Capítulo 18

Dentro del automóvil que lo conducía de regreso del tribunal, Della Street dijo a Perry Mason:

—Jefe, usted ciertamente le dio algo en que pensar a ese experto.

—Desde luego —dijo Mason—. Pero todavía tenemos contra nosotros el problema de explicar el endoso de ese cheque. Observe, Della, que ése es un elemento particularmente perjudicial y de gran prueba, porque manifiesta: primero, que la firma de Benjamin Addicks era una falsificación; segundo, que Josephine Kempton es aparentemente la única persona en el mundo que podía obtener beneficio de esa firma falsificada.

—¿Por qué dice usted aparentemente? —preguntó Della Street —. Ella *es* la única persona que podía beneficiarse de la firma falsificada.

Mason movió la cabeza denegando.

—Hay otra persona que podía beneficiarse también.

—Me temo que no le entiendo a usted… ¿Y qué hay sobre las huellas dactilares impresas en el cheque con sangre?

Mason dijo:

—Si ella miente, pudo muy bien tener sangre en sus manos por la muerte de Addicks. Si está diciendo la verdad, alguien pudo haber oprimido los dedos de ella contra el cuello del muerto mientras ella estaba inconsciente.

—¿Pero y la sangre?

—Una gota pudo haber sido puesta en los dedos de ella, o bien la sangre procedía de la mano cortada de ese gorila que es muy amigo de ella.

—¿Existe alguna forma para probar lo que sucedió?

Mason dijo:

—Vamos a hacer algo investigando esa fase del caso, Della. Yo voy a detenerme en una estación de servicio de gasolina. Usted llama a Stonehenge y vea si el hermano de Addicks está allí. Yo creo que él llegó en avión de Australia y va a tomar en custodia los negocios y demás asuntos que Benjamin dejó sin terminar.

—¿Y si él contesta? —preguntó la muchacha.

—Le dice que a mí me gustaría verlo para tratar un asunto de importancia —dijo Mason.

—Pero, Jefe, ¿no debiera usted llevar todos los asuntos relacionados con él por intermedio de su abogado? ¿No es el…?

—El abogado no lo representa a él —dije Mason—. El abogado está representando al banco, que es el albacea del testamento. Yo no tengo ningún asunto adverso a la herencia para discutir con él. Yo quiero tratar otra cosa relacionada con una cuestión enteramente diferente. Quiero que él me ayude a encontrar ciertos indicios.

—¿No irá la policía a tomar un punto de vista adverso con eso?

—Probablemente, sí.

Mason guió el coche hasta una estación de servicio de gasolina y le dijo al que la atendía:

—Lléneme el tanque, mientras nosotros vamos a hacer una llamada telefónica.

Della Street, entrando en la cabina telefónica de la gasolinera, hizo la llamada y un momento después vino corriendo hacia el coche:

—Dijo que lo recibirá a usted a cualquier hora, Jefe; que le gustaría mucho hablar con usted. Parece que su nombre es Herman Barnwell. ¿Cuándo le digo a él que irá usted?

—Ahora mismo —dijo Mason—. Dígale que estamos en camino hacia allí.

Della Street volvió a la cabina telefónica y regresó después de un par de minutos diciéndole:

—El ciertamente parece ansioso de conocerlo a usted, Jefe. Dijo que leyó muchos casos sobre usted en Australia.

—Magnífico —replicó Mason—. Vamos a tener una conversación con él y después sabremos algo más.

El que atendía la gasolinera había terminado de llenar el tanque y estaba dándole una limpieza final al parabrisas.

Mason pagó la gasolina, sacó el coche fuera de la estación y lo condujo por entre el congestionado tráfico dominante a esa última hora de la tarde.

Della Street, acostumbrada a que Mason condujese siempre en las largas distancias, se acomodó en el asiento de atrás del auto, se situó hacia el lado derecho del mismo, desde donde podía ver el espejo y así mantener un ojo vigilante en las patrullas del control de coches.

Mason tomaba ventaja de cualquier oportunidad que encontraba en el tráfico, y cuando llegaron a un bulevar de circulación menos congestionado, aceleró la marcha.

—Esto es lo que los policías están esperando para multarnos por exceso de velocidad —le advirtió Della Street.

—Ya lo sé —dijo Mason—, pero yo estoy ahora tras una pista caliente y no quiero que ésta se enfríe.

—¿Qué pista es ésa? —preguntó Della Street—. ¿Tiene usted ahora secretos para mí?

Mason dijo:

—Cuando fui a ver a Benjamin Addicks el día después que tuvo el encuentro con el gorila, se mostró muy turbado y nervioso. Uno de los lados de su rostro estaba oculto con un vendaje.

—¿El que estaba vendado era el lado derecho?

—El lado derecho. Ese lado fue donde las heridas fueron mayores.

—¿Y bien? —preguntó ella.

Mason dijo:

—Aparte de ese vendaje que cubría el lado derecho de su cara y una pequeña parte del lado izquierdo, él parecía muy presentable.

—Bueno, ¿y por qué no?

Della Street vio que Mason no quería contestar a ninguna de sus preguntas, que estaba conduciendo puesta toda su atención en esta tarea y que a la velocidad que guiaba requería la atención de todas sus facultades.

—Si yo fuera tan afortunado que obtuviese permiso para echar una mirada a toda la casa —dijo Mason repentinamente—, quiero que usted esté lejos de mí.

—¿Para qué?

—Para que esté lejos de mí, simplemente.

—¿A qué distancia?

—A cierta distancia. Bajo ninguna circunstancia deberá usted tratar de intervenir en cualquier inesperada situación que pueda surgir.

—¿Qué está usted diciendo?

—Si nosotros encontrásemos otro gorila —dijo Mason—, yo no quiero que usted trate de ayudarme. No importan las circunstancias que se presenten, yo quiero que usted se marche fuera de allí. Lleve el auto al teléfono más cercano y llame a la policía.

—Pero, Jefe, yo no lo entiendo. ¿Cree usted que existe un gorila escondido dentro de la casa? Eso no puede ser.

Mason dijo:

—El hipnotismo es una cosa sobre la que nosotros sabemos comparativamente muy poco. Supóngase que usted pudiera hipnotizar a un gorila. Entonces, viene el problema de como llegar a su mente. Porque el gorila podría hacer las cosas más insospechadas.

—Jefe, usted está tratando de engañarme para que tenga miedo. Usted no puede creer todas esas tonterías de la señora Kempton diciendo que un gorila hipnotizado mató a Benjamin Addicks.

Mason sonrió.

—Usted no lo cree, ¿verdad? —preguntó la muchacha.

Mason dijo:

—Della, yo creo que hay un indicio el cual puede haber sido pasado por alto. Creo que si usted está conmigo, y *está en posición de poder escapar*, nosotros podremos averiguar lo que es ese indicio. Por otro lado, si usted está demasiado cerca de mí, podemos encontrarnos los dos dentro de una trampa. Así, por favor, permanezca cerca de una puerta, y a la primera señal de conflicto, corra fuera a llamar a la policía.

—¿Conflicto con quién?

—Con un gorila hipnotizado.

—Pero, ¿y qué le sucederá a usted?

Mason sonrió:

—«El valor es el mejor antídoto para el peligro», ¿recuerda, Della? Yo creo que nada me ocurrirá.

Ella frunció el ceño y dijo:

—No me gusta nada en todo esto.

Mason dobló dentro de la calle Olive.

—Bueno, aquí estamos, Della. Parece haber cambios.

—Ya lo creo que hay cambios —afirmó Della Street—. El nuevo inquilino ciertamente parece ser mucho más sociable que su hermano muerto.

Las puertas de hierro estaban ahora abiertas ampliamente. El camino de grava se curvaba ahora en una forma invitadora a través del verde césped. No había ningún guardián.

Mason le hizo a Della una última advertencia:

—Si Herman Barnwell se ofreciera a mostrarme la casa para ayudarme a encontrar los indicios, Della…, y yo estoy casi cierto que él está tratando de ser muy cooperador…, yo quiero estar seguro de que usted no está con nosotros. Estese cerca de una puerta de emergencia, fingiendo que está interesada en las pinturas, las decoraciones interiores, en cualquier cosa excepto en asesinatos.

—Yo he estado martillando mi cerebro tratando de encontrar por qué usted quiere que yo haga todas esas cosas, pero todavía no he podido…

—Ya llegamos —dijo Mason.

Estacionó el coche frente a la casa. En la puerta abierta, una rechoncha y poderosa figura de hombre vino hacia ellos para recibirlos. Sus dientes brillaron en una rápida sonrisa. Habló con acento australiano muy pronunciado.

—Ah, es usted el señor Mason, creo yo. Me siento muy complacido de conocerlo a usted. Cuando usted telefoneó, yo difícilmente podía creer en mi suerte. He leído muchos casos suyos. ¿Y ésta es la señorita Della Street, su secretaria?

»Es sin duda alguna, un gran honor para mí el que ustedes viniesen. Desde luego, usted ya sabrá que hace solamente poco que llegué; no he tenido tiempo ni oportunidad de ver bien la casa. Está necesitando una buena limpieza. Pero no he podido conseguir servidumbre todavía. Y mis conversaciones preliminares con empleados de agencias, me hacen suponer que será muy difícil lograrlos.

—¿Qué hizo usted con los gorilas? —preguntó Mason.

Herman Barnwell hizo un ademán significativo con un brazo:

—Desaparecieron. Yo le vendí todas esas cosas a un zoológico. Cuando esa venta sea notificada en la Prensa, ya podré ser más

afortunado con los sirvientes. Pero, vengan dentro y díganme en qué puedo servirles. Es sin duda alguna un gran placer para mí el tenerlos a ustedes aquí.

Abrió la puerta y añadió:

—Crucen derecho esa entrada del vestíbulo y entren en el salón principal, si ustedes quieren. Yo tengo que preparar unas bebidas por mí mismo, estoy ocupado. ¿Un poco de whisky con soda? ¿O prefieren un coctel?

—Whisky con soda para mí —dijo Mason—. Pero nosotros tenemos mucha prisa. Y yo pienso que usted está muy ocupado…

—No, no, nada de eso, señor Mason. Yo he tenido una conferencia preliminar con el señor Hardwick, el abogado de los ejecutores testamentarios y he estado viendo algunas cuentas con el señor Hershey tratando de hacerme idea de los complicados negocios de mi hermano. Desde luego, aquéllos están en su mayor parte en manos del Banco, pero el Banco quiere seguir mis deseos en el asunto.

»Puede interesarle el saber, señor Mason, que yo he dado instrucciones al Banco de que bajo ningunas circunstancias se opongan a la cláusula del testamento dando a la señora Josephine Kempton una parte de los bienes.

—Desde luego —señaló Mason—, ella está detenida por asesinato y si ella…

—Ella no lo asesinó —dijo Herman Barnwell con calma—. Yo sé que ella no lo hizo.

—¿Lo sabe usted?

—Sí.

—¿Puedo preguntarle cómo sabe usted eso?

Herman Barnwell dijo:

—Yo estoy seguro, señor Mason, de que la señora Kempton no mató a mi hermano. Mi hermano estaba tratando de ocultar su pasado. No acostumbro a golpear a tientas en matorrales, señor Mason. Pero usted es demasiado inteligente para ser engañado por subterfugios superficiales. No había afecto alguno entre mi hermano y yo. No trataré de fingir…, quizá para el público, sí, pero nunca con usted.

»Benjamin estaba intensamente concentrado en sí mismo. Nosotros estuvimos algún tiempo en Australia. Tuvimos una especie

de sociedad. Hubo dificultades legales. Una de las personas que tuvo conflictos con nosotros y reclamaba nuestros intereses, fue muerta. Fue asesinada. Yo no quiero decir que Benjamin asesinase a ese hombre. Mas, existen ciertas circunstancias por las cuales señalo esto.

»Pero la policía estropeó el caso. Ellos pensaron que yo había cometido el crimen. Fui detenido y declarado convicto. Sin embargo, después de la condena fueron descubiertas nuevas pruebas con las cuales resultó que yo obtuve el perdón.

»Benjamin, sin embargo, había desaparecido por completo. Afortunadamente para él, nunca le habían sido tomadas las huellas dactilares y pudo evitarse el que lo descubrieran.

—¿Y usted no sabía dónde él estaba? —preguntó Mason.

—Yo creí que estaba muerto. Benjamin había sido muy astuto. Tenía un pequeño yate. Salió al mar en el yate cuando se estaba formando una gran tormenta. Dos días más tarde, fue descubierto flotando el yate volcado. Sin rastro alguno de Benjamin, naturalmente creímos que estaba muerto.

Mason frunció el entrecejo.

—¿Así es que él huyó dejándolo a usted bajo la acusación del asesinato?

—No exactamente. La policía tergiversó las pruebas. Mi hermano estaba huido.

Mason dijo:

—Yo tengo razones para creer que su hermano tenía un gorila que no estaba encerrado en las jaulas.

—¿Qué?

—Exacto…, un gorila sobre el cual solamente dos o tres personas sabían.

—Pero, Dios santo, señor Mason. ¿Dónde podía haber sido ocultado un gorila?

—Eso es lo que yo gustaría que usted me ayudase a averiguar.

Los ojos de Herman Barnwell estaban llenos de preocupación.

—Yo me temo que no lo entiendo a usted, señor Mason. La verdad, esa idea me parece descabellada.

—No estoy ni seguro de entenderme a mí mismo —dijo Mason —, pero esperaba ver algo en el interior de la casa, si puedo. Naturalmente, yo quisiera que usted fuese conmigo. Dudo que la

policía buscase en la casa entera.

—Por todos los santos —dijo Herman Barnwell—. Siéntense, por favor, mientras preparo las bebidas… Usted comprende, señor Mason, que yo he tenido un sentimiento negativo de que la policía pueda haber apartado su atención intencionadamente. Yo he tenido la impresión de que… Sin embargo, no quiero decir cosas que no estoy preparado para probarlas y yo no quiero alarmar a su secretaria. ¿Usted quiere whisky con soda? Y usted, señorita Street, creo que lo mismo.

—Lo mismo —dijo ella—, y si no le importase, estoy pensando en echar una mirada por aquí en la entrada del vestíbulo. Estoy muy interesada en la urna griega donde fueron escondidos los objetos desaparecidos.

—Haga como en su propia casa —invitó cordialmente Herman Barnwell—. Sírvase por sí misma.

Herman abandonó el cuarto, y unos minutos más tarde entró Mortimer Hershey.

—Buenas tardes, señor Mason. Regreso exactamente del Tribunal. Difícilmente esperaba encontrarlo a usted aquí.

Fue hacia Mason y le estrechó la mano. Después, volviéndose hacia Della, le dijo:

—¿Cómo está usted, señorita Street?

Mason señaló con la mano a Della.

—Quería ver la urna de piedra en el vestíbulo.

—Bueno, eso es perfectamente natural —dijo riendo Hershey—. Yo comprendo eso muy bien. Usted ciertamente hizo un magnífico trabajo de deducción lógica, señor Mason. E incidentalmente, surgieron interesantes cadenas de acontecimientos eslabonados.

Mason dijo:

—Yo espero que pueda hacer alguna cosa sobre las mismas líneas esta tarde. Estaba diciéndole al señor Barnwell, que yo tengo la certidumbre de que hay un gorila aquí, el cual no fue encerrado en ninguna jaula.

Hershey rió:

—Creo que eso está enteramente fuera de cuestión, señor Mason. Todos los animales que había aquí fueron vendidos, a excepción de ese mono…

Della Street lanzó un grito agudo de miedo que resonó en todo

el cuarto.

—¡Jefe! ¡Detrás de usted!

Mason se volvió.

Della Street entró corriendo en el cuarto.

—¿Qué era ello? —preguntó Mason.

—Detrás de usted —dijo ella—. Yo sólo pude verlo con una rápida mirada a través de la puerta…, era un terrible y sonriente gorila…

El estruendo de un tiro atravesó la casa. Fue seguido por un segundo disparo y después por un tercero y luego se produjo el silencio.

Una silla fue derribada.

Della Street corrió hacia Mason.

—¡Váyase! —gritó Mason—. ¡Váyase! Haga como yo le he dicho. Siga mis instrucciones.

Por un momento, Della Street lo miró en ofuscada incomprensión.

Súbitamente, un gorila gigante apareció a la puerta principal que conducía a la cocina. Un gorila con ojos relucientes y una mueca fija y sardónica en su rostro.

—¡Dios santo! —exclamó Hershey, y después volvióse para echar a correr, pero se detuvo para mirar atrás.

El sonriente gorila vino bamboleándose hacia Mason. Los nudillos de una mano grande y paluda se apoyaban en el suelo. La otra mano sostenía un reluciente cuchillo.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó Hershey, y se lanzó hacia una puerta, tropezó con una silla y al hacerlo cayó de bruces al suelo. Agarró a Mason por detrás de la chaqueta para atraerlo hacia él gritándole—: ¡Corra! ¡Auxilio! ¡Sáqueme fuera de aquí!

El enorme cuerpo del gorila vino directamente hacia Perry Mason.

Hershey sacó un revólver. Tratando de erguirse sobre sus pies, disparó tres tiros desde una posición de rodillas.

El gorila, con los ojos fijos en Perry Mason, avanzó directamente hacia él.

Murmurando palabras incoherentes con el miedo, Hershey se puso en pie, y al hacerlo, tropezó contra Mason obligando al abogado a tambalearse.

El gorila atacó salvajemente con el cuchillo.

Mason se hizo a un lado, y repentinamente agarró al gorila por el peludo brazo que sostenía el cuchillo y se lo retorció haciendo que la punta quedara hacia abajo.

Por un momento le pareció a Mason que el efecto de la gran sorpresa había aflojado los músculos del gorila dejándolo en una torpe inmovilidad.

Mason se aprovechó de este momento. Su puño derecho se estrelló contra el peludo diafragma del gorila. La rodilla derecha le propinó un salvaje rodillazo en el bajo vientre.

La bala del revólver disparada, pasó rozando la cabeza de Mason, yendo a estrellarse contra la pared.

El gran gorila se derrumbó despacio, doblándose hacia el suelo y después se desplomó con un estrépito cuyo impacto hizo temblar el suelo.

Mason se volvió hacia Hershey.

El hombre de negocios levantó el revólver, apuntando directamente hacia Mason y presionó el gatillo.

El gatillo dio un golpe seco.

Mason se abalanzó, tropezando con el gorila tendido en el suelo. Hershey volvió hacia el vestíbulo; de prisa, puso nuevos cartuchos dentro del cilindro abierto del revólver.

Della Street apareció en la puerta, con una figura de piedra en sus manos.

Hershey dio otro paso hacia atrás.

Della le arrojó la figura de piedra, con fuerza, hacia abajo.

Las rodillas de Hershey se curvaron. Soltó el arma de fuego y cayó.

—¡Della! —gritó desesperado Mason—. Yo le ordené a usted ir a pedir ayuda, al primer conflicto que surgiese…

—¿Cree usted que iba a dejarlo? De prisa, Jefe. Vámonos. Lo hemos derribado y…

Mason recogió el revólver de Hershey. Luego, se detuvo ante el gran gorila, moviéndolo hacia él y tanteándole la espalda por un momento, y repentinamente dio un gran salto.

—Jefe —gritó Della Street.

Mason alzó la sonriente cabeza del gorila por un lado, echó hacia atrás la piel del gorila y descubrió el cuerpo completo de

Herman Barnwell.

—Bueno —dijo Mason—, quizá ahora usted consienta en dejarme vigilando aquí, mientras usted va a buscar a la policía.

Capítulo 19

Mason, Della Street y Paul Drake, estaban sentados en la oficina privada del primero.

Paul Drake, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, pero no obstante alerta y con interés, dijo:

—¡Dios santo! Perry, es un milagro que usted no haya sido muerto.

Mason replicó:

—Sí, yo estoy absolutamente cierto de que si yo hubiese sabido lo que sé ahora, hubiera ido al teniente Tragg y le hubiera dicho toda la historia. Yo creo que él hubiera buscado en aquel lugar y encontrado la piel del gorila.

—Desde luego, ellos debieron haber estado planeándolo todo durante largo tiempo —dijo Drake.

—Seguro que lo hicieron. Y volviendo a los hechos ahora, Benjamin Addicks los sorprendió a ambos, a Hershey y a Nathan Fallon, descubriendo que lo estaban desfalcando. Cuando uno piensa bien en esto, ve que él les había otorgado a esos hombres una enorme cantidad de oportunidades. Tenían todas las oportunidades del mundo. Addicks había estado tratando de engañar al Estado con los impuestos, haciendo una serie de manipulaciones y una gran cantidad de transacciones en dinero efectivo, y Hershey y Fallon habían tomado buena y amplia ventaja de eso.

»Desde luego, la desventaja de llevar los negocios en la forma que hacía Benjamin Addicks, es que realmente uno no tiene registro exacto del movimiento en los libros. Uno mismo no puede saber cómo van sus negocios. Todo se embrolla de manera que no aparece nada escrito, no hay ningún informe y eso engaña por igual a uno mismo y al Gobierno.

—¿Cuánto supone usted que ellos robaron?

—La confesión de Hershey dice que unos trescientos mil dólares. Eso, desde luego, era poca cosa comparada con lo que estaban preparándose para hacer. Aparentemente, había estado en comunicación con Herman por algún tiempo. Herman les ofreció una fortuna si ellos preparaban las cosas de forma que Benjamin Addicks fuese eliminado bajo circunstancias que Herman heredase su fortuna.

»Cuando usted analiza cuidadosamente lo que ellos hicieron, reconoce que fue un trabajo muy limpio. Ellos sujetaron a Benjamin Addicks, enrollaron con vendas sus piernas, infligieron cortes y rasguños en su rostro y lo amordazaron.

»Entonces fue cuando Herman Barnwell tomó su lugar disfrazándose de Benjamin Addicks. Eso fue mucho más fácil debido a ser muy parecidos en lo físico. Había un gran parecido de hermanos entre ellos.

»La idea era que ellos llamarían a algún testigo desinteresado que no conociese a Benjamin Addicks personalmente, haciéndolo entrar en la escena. Disimulado con el vendaje de la cara y por el hecho de que Hershey y Nathan Fallon identificarían ambos a Herman Barnwell como siendo Benjamin Addicks, todos ellos estarían en posición de continuar la comedia.

»Aparentemente, intentaron mezclar en la escena como un desinteresado testigo a James Etna, pero sucedió que yo compré esos diarios de Helen Cadmus. Con seguridad, algún periodista hizo resaltar el titular, y aquí y allí, analizando el asunto, vieron las cosas más claras y decidieron entonces, que sería mejor utilizarme a mí en lugar de James Etna.

»Hicieron aparecer todo como que Benjamin no quería a Nathan Fallon, pero en cambio tenía completa confianza en Mortimer Hershey. Y necesitaron estar practicándose durante mucho tiempo para imitar la escritura de Benjamin Addicks.

»Después, decidieron que mientras Hershey y Fallon preparaban una segura coartada para ambos, de forma que a ellos no fuese posible complicarlos en el asesinato, Herman Barnwell, disfrazado como Benjamin, haría entrar a Josephine Kempton en la casa. Con cualquier pretexto él la dejaría a ella durante unos minutos e iría a abrir las jaulas de una pareja de inofensivos gorilas. En el medio

tiempo, habían obligado a beber licor y emborrachado a Benjamin Addicks hasta que estuvo lo suficientemente bebido para caer sin sentido. Herman se metió cuidadosamente dentro de la piel del gorila que tenía preparada, la cual lo único malo que tenía era que la cabeza necesariamente presentaba una natural fijeza de expresión, lo que hizo que Josephine Kempton pensase que ella estaba viendo a un gorila hipnotizado.

»Con engaños, lograron que la señora Kempton subiese al cuarto de arriba. Ella vio a este gran gorila y vio el cuerpo apuñalado e inconsciente de Benjamin Addicks. Contaron con que la señora Kempton no podría resistir la tentación de apropiarse del cheque, el cual había sido ya cuidadosamente falsificado con un endoso que mostraba que en efecto era falso.

»Y claro es, puesto que el endoso estaba falsificado, el cheque no podía ser cobrado. El dinero volvería al Estado y quienquiera que fuese el heredero de ese capital, heredaría también el importe del cheque.

»El hecho de que yo pudiera mostrar que Benjamin Addicks había cometido un error sobre el ladrón del anillo de diamantes y el reloj, era un gran oportunidad para ellos. Y decidieron capitalizar eso para incorporarlo al asunto y darle un aire de autenticidad a todas las cosas.

»Pero no tuvieron *todas* las oportunidades propicias. Algunas cosas estaban contra ellos. Una fue que, mientras yo estaba allí, Sidney Hardwick vino a ver a su cliente, y el enmascarado que se hacía pasar por Benjamin Addicks, dijo que se sentía demasiado indispuesto para verlo —¡para ver a su propio abogado, piense usted!—, aunque él me había concedido a mí previamente una audiencia, y yo no sólo era un extraño, sino un hombre cuyos intereses le eran completamente hostiles…

Drake dijo:

—Entonces, Josephine Kempton estaba diciendo la verdad.

—La verdad sobre todas las cosas, excepto sobre ese cheque del Banco. Ella trató de ocultar eso. Desde luego, Hershey, Fallon y Herman Barnwell, sabían que ellos tendrían en su poder a la señora Kempton en el momento que ella tomara ese cheque. Éste sería encontrado en posesión de ella, o ella trataría de hacerlo efectivo. Pero, estaban seguros de que ella lo haría efectivo. Tomaría el

dinero, y entonces Herman Barnwell, al revisar sus negocios, descubriría que era falsificado. Los registros del Banco mostrarían los veinticinco mil dólares que le habían sido pagados a Josephine Kempton y con eso ellos la tendrían a ella en su poder.

»En otras palabras, si la historia del gorila asesinando a Benjamin Addicks lograba pasar por cierta, eso era estupendo y era lo que estaban ellos esperando; pero si alguna cosa se desviase por diferente camino del que ellos esperaban, entonces Josephine Kempton podía ser envuelta en el caso como la autora del asesinato. Y aun en el caso de que ella no fuese acusada del crimen, una vez que ella había hecho efectivo el cheque del Banco, ya la tenían absolutamente en su poder.

—Bueno —dijo Drake—, ése era un plan extraño, pero no obstante, cuando se piensa en las fantásticas circunstancias bajo las cuales Benjamin Addicks vivía y en su aventura de experimentación con la psicología de los animales, y…, ¿cómo se explica usted eso, Perry?

—El mató a un hombre en Australia —dijo Mason—. Nosotros tenemos muchas cosas que comprobar, pero aparentemente la historia de Herman, a mí me parece verdad en su mayor parte. Benjamin Addicks, o Barnwell, estaba experimentando con su propia consciencia. El probablemente creía que había sido hipnotizado. Él puede muy bien haber estado fuera de juicio en esa cuestión.

—¿Y cómo consiguió usted el punto de partida en todo esto? —preguntó Drake.

Mason dijo:

—Realmente, Paul, yo debiera de haber olido una rata muchísimo más pronto de lo que yo lo hice.

—¿Cómo fue eso?

Mason dijo:

—Yo fui a ver a Benjamin Addicks. Y encontré a un hombre que me fue presentado como Benjamin Addicks. Yo no conseguí una visión completa de su rostro. Llevaba puestos unos lentes negros y por ello yo no pude ver sus ojos. Tenía un vendaje que le ocultaba casi todo el rostro. En realidad, desde luego, yo estaba hablando con Herman en lugar de Benjamin. Herman llevaba aquí desde hacía algún tiempo, habiendo dejado un cómplice en Australia para

contestar los cablegramas de Hardwick. Eso todo formaba parte de la trampa cuidadosamente planeada. Herman era un actor bastante bueno para cambiar su voz, y puesto que ya nunca había visto a Benjamin, ellos corrían muy escaso riesgo de ser descubiertos…, no había ni una posibilidad de ello en un millón. Pero fallaron en una cosa.

—¿En qué?

Mason contestó:

—Eso era el martes por la noche. Se daba por supuesto que el gorila había atacado a Benjamin el día antes. Eché una mirada a la mejilla del hombre con quien yo estaba hablando. Esa mejilla estaba completamente afeitada. Y en el Tribunal ellos presentaron una fotografía de la cara de Benjamin. Examiné la fotografía muy de cerca y vi que las heridas eran dolorosas y profundas.

»Yo me sentí entonces muy desconcertado sobre esa fotografía. Me di cuenta que algo no estaba en regla, pero yo no podía decir lo que era. Y desde luego, era la incongruencia de la mejilla afeitada que yo había visto.

»Que las laceraciones eran demasiado dolorosas para la víctima para poder afeitarse, estaba demostrado por una prueba indiscutible: el hecho de que él *no se había* afeitado. Sin embargo, el hombre a quien yo vi tenía el rostro afeitado completamente más de treinta y dos horas después que las heridas le habían sido causadas.

»Y no cabe error sobre esto. Un vendaje, desde luego, cubre la piel, pero cuando una persona habla, el vendaje se mueve ligeramente y si la piel de debajo de él está sin afeitar, las barbas tienen que sobresalir.

—¿Y entonces, qué ocurre? —preguntó Della Street.

—Afortunadamente —dijo Mason— nosotros podemos probar que ese testamento ológrafo es falso. Hershey está muriéndose para presentar declaración oficial. El otro testamento, entonces, se hace efectivo; el otro que Hardwick había preparado. Y desde luego, hay una cláusula en ese testamento sobre la cual Hardwick no quiso decirnos nada a nosotros, una cláusula dejando completamente su fortuna a Helen Cadmus. Hardwick ha estado insistiendo en que Benjamin Addicks hizo un nuevo testamento, porque pensó que Helen Cadmus estaba muerta. Pero Benjamin, sin embargo, no tenía verdadera intención de cambiar su testamento porque sabía que

Helen Cadmus estaba viva y también porque quería que ella quedase provista, para el caso en que a él le ocurriera alguna cosa.

»Y así, ahí tienen ustedes una situación extraña. Un abogado insistiendo en que el testamento de un cliente precisa ser cambiado, porque la principal beneficiaría estaba muerta, y el cliente sabiendo a ciencia cierta que ella no estaba muerta y dejando al abogado estancado. Después de todo, cuando Hardwick mencionó que él había estado insistiendo en que Benjamin hiciese un nuevo testamento a causa de ciertas complicaciones que habían surgido, yo debiera haber empezado a adivinar cuál era la situación entonces.

—¿Pero el matrimonio de Helen Cadmus es realmente bígamo? —preguntó Drake.

—Lo es si la primera mujer está viva todavía. Pero en cierta forma yo tengo una idea de que no lo está. Hershey dice que han pasado dieciocho meses desde la última vez que alguien tuviese noticias de ella. Antes de eso, ella acostumbraba a asediar a Addicks aproximadamente una vez cada cuatro o cinco meses.

—¿Y por qué lanzaron ellos ese ataque contra usted? —preguntó Drake.

—Por la importante razón de que sabían que yo lo sospechaba todo. Sabían que Josephine Kempton me había contado a mí su historia sobre el asesinato. Ellos ya tenían idea de que yo había empezado a olerme la rata.

»Cuando el Tribunal quedó aplazado esta tarde, yo había empezado a comprender la significación de las mejillas afeitadas que yo había visto en la persona con quien me había entrevistado. Y entonces, empecé a obtener luz sobre la verdad. En el camino de Stonehenge, medité todo, llegando a una conclusión.

»Yo sabía que a ellos les agradaría el liquidarme. Yo sabía que si ellos consiguieran matarme en tales circunstancias que Della Street pudiese en realidad ver a un extraño gorila sonriendo y que ella corriese en busca de la policía, su historia del gorila asesino sería entonces creída porque eso confirmaría la historia de Josephine Kempton.

»Yo supe por lo tanto que ellos le dejarían ver por un momento el gorila a Della Street. Y si ella entonces echaba a correr en busca de la policía, la dejarían ir. Esto me dejaría a mí solo para hacer

frente a quienquiera que estuviese en la casa. Y si allí había tres hombres, yo no correría el riesgo. Pero había solamente dos: Herman y Hershey. Herman, desde luego, aparecía terriblemente formidable, disfrazado con la piel del gorila. Pero en realidad era un fantoche solamente, pues no podía moverse con rapidez bajo el peso de la piel del gorila, la pesada cabeza y todo el relleno que llevaba. Solamente podía caminar, blandir el cuchillo, y eso era todo.

»Entonces, yo les di una oportunidad. Herman ordenó la escena y luego se fue al bar privado para preparar bebidas. Se metió en el traje de gorila y se presentó en la puerta, permaneciendo allí el tiempo suficiente para que Della Street pudiese verlo bien. Después, desapareció y disparó varios tiros. Después, vestido con la piel del gorila, se presentó en la puerta otra vez, con un cuchillo.

»Bajo circunstancias ordinarias, un hombre se hubiera quedado completamente paralizado ante tan formidable aparición. Yo debiera haber echado a correr. Y allí estaba el buen viejo Hershey simulando que me estaba ayudando y cayéndose sobre unas cosas y otras, en forma que el gorila pudiese tener oportunidad de acercarse.

»Y a la hora que Della Street llegase con la policía, se hubiera encontrado con dos hombres temblorosos, los cuales hubieran jurado que habían visto un gorila que se había escapado por el parque, y que ese gorila me había matado a mí. Ellos habían disparado contra él y creían que quizá lo habían herido. Oh, si ellos hubieran precisado hacerlo, Hershey me hubiera dado muerte de un tiro, afirmando que me había matado accidentalmente mientras le apuntaba al gorila.

—Usted corrió grandes riesgos —dijo Drake.

—Algunos riesgos —admitió Mason—. Yo tomé le decisión de que si las cosas llegaban a un punto extremo, les iba a decir que estaban desenmascarados, que Della conocía todo el secreto y había ido a llamar a la policía.

Drake dijo:

—De todas formas, fue preciso mucho valor.

—Quizá —dijo Mason—. Pero ésa fue la única forma que yo pude pensar para obligarlos a ellos a mostrar sus manos, de manera que yo pudiese tener pruebas absolutas.

»Creo que ahora será mejor que yo vaya a ponerme en contacto

con Helen Cadmus y hacerle saber como está la situación. Y a propósito, Della, ¿recuerda usted que yo dejé un billete en el restaurante chino donde comimos y le dije al cajero que regresaría a buscar el cambio?

Ella asintió.

—Pues yo fui allí a buscar el cambio y el hombre me dio el monedero de usted. Parece ser que usted lo dejó caer cuando sacó su libreta de notas de su bolso.

El rostro de Della Street se ruborizó súbitamente.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Mason.

—El papel de la suerte estaba adentro.

—Mason sacudió su cabeza.

—Aparentemente usted debe haber puesto ese papel en algún otro lugar, Della. No había ningún papel en él.

—¡Oh! —dijo Della Street con un tono de alivio en su voz.

—Bueno —dijo Mason—. Obsequie usted a Paul Drake, Della. Saque esa botella de whisky y tomaremos una copa. Yo voy afuera, al conmutador, para hacer una llamada a Helen Cadmus. Por lo menos, podremos quitarle un gran peso de su mente.

Mason fue al despacho exterior, conectó la línea telefónica y al hacer esto sacó de su bolsillo el papel doblado del pastel de la suerte, que le había dado el chino, junto con el monedero de Della Street.

En el papel decía en letras finamente impresas:

Si usted se casa con él, usted será muy feliz y lo obsequiará
con un niño varón, el cual será el vivo retrato de su padre.

Mason dudó por un momento, y después, abriendo su cartera, metió el papel muy doblado al fondo de un rincón de aquélla. Volviendo a meterse la cartera en el bolsillo, hizo la llamada a Helen Cadmus.

Notas

[1] Sociedad Protectora de Animales. < <

[2] Dicho familiar en Norteamérica, usado humorísticamente en las despedidas momentáneas, significando «Hasta pronto». < <